

Una historia de amor inesperada, de esas que nos cambian la vida.

A scenic photograph of a rugged coastline. In the foreground, large, dark, mossy rocks are scattered along the shore. The ocean is a deep blue with white foam from waves crashing against the rocks and the base of the cliffs. A small, white, two-story house with a dark roof sits atop a steep, grassy cliff in the background. The sky is overcast with soft, grey clouds. The overall mood is serene and somewhat melancholic.

*Así*  
es como  
termina

KATHLEEN  
MACMAHON

de

Otoño de 2008, en la costa de Dublín.

Bruno, un estadounidense que acaba de perder su empleo en Lehman Brothers, llega a Irlanda en busca de sus raíces. Addie, una arquitecta sin trabajo, se está recuperando de un desengaño amoroso mientras cuida de su padre convaleciente.

Cuando sus mundos se encuentran, Addie y Bruno sienten una conexión como jamás habían sentido antes, aunque pronto su amor reciente se verá puesto a prueba de manera inexorable. Una historia que nos lleva más allá del «felices para siempre», allí donde comienza y termina el verdadero amor.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*



Kathleen MacMahon

# **Así es como termina**

ePub r1.0

nalasss 27.08.14

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

Título original: *This is How it Ends*

Kathleen MacMahon, 2012

Traducción: Marc Barrobés

Editor digital: nalasss

ePub base r1.1



[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

*Para Mark, por todo*

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi agente, Marianne Gunn O'Connor, a su asistente, Vicki Satlow, a mis editoras, Rebecca Saunders y Helen Atsma, y a todo el equipo de Little, Brown and Grand Central por la ayuda prestada. Gracias a Cormac Kinsella, que estuvo ahí desde el principio. Agradezco la ayuda de Larry McDonald, antiguo miembro de Lehman Brothers, de Andrew X Kopiak y Margot Collins de la embajada de Estados Unidos en Dublín, de Christine McDonnell de la Biblioteca Nacional de Irlanda. Gracias también a Aoife Kavanagh y Pat Lynch por su asesoramiento en lo que respecta a Bruce Springsteen, a Kimberly Rogers, Valerie Bistany y Mema Byrne por su colaboración con el manuscrito. Gracias a Mary Reynolds por toda su ayuda y especialmente a Margaret Dunne por su contribución. Gracias a Niamh y Gerry Hurley por su apoyo. Y a Sara Burke, Hilary McGouran, Ronan Browne y James Ryan por sus sabios consejos. Y a mi muy querida Caroline Walsh, defensora de tantos, entre otros de mí. Y, finalmente, gracias a Lucy, Clara y Mark. A Meg, Kevin y Des, mi infinito amor y agradecimiento. Y a Valdi, espero que lo sepa.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)



# 1

Una lluviosa mañana de mediados de otoño, Bruno Boylan puso por fin los pies en la tierra de sus antepasados.

Viajaba con un pasaje de ida y vuelta de cuatrocientos dólares que había comprado pocos días antes desde la comodidad de su propio hogar. Un par de clics del ratón y un número de tarjeta de crédito de dieciséis dígitos. Sin billete, simplemente con una impresión del correo electrónico y un código mágico. Sin retrasos, sin escalas, sin condiciones climatológicas adversas durante la travesía. Había permanecido despierto hasta el paso del carrito de las bebidas y la comida, luego había leído un libro durante un rato. Después se tomó un somnífero y durmió el resto del trayecto de un tirón. Viajaba muy ligero de equipaje. Lo único que llevaba era una pequeña mochila y una bolsa de lona en la bodega. No había nada en absoluto que indicara que aquello tuviera el aspecto de un viaje épico.

Un pitido metálico del sistema de megafonía lo despertó. Al abrir los ojos se encontró ridículamente acurrucado contra la pared del avión para estar más cómodo, la cara aplastada contra la persiana de la ventanilla. Se irguió recuperando su posición en el asiento e inclinó la cabeza atrás sobre el reposacabezas. Volvió a cerrar los ojos y permaneció allí sentado sin moverse, esperando que llegara una voz.

Entonces percibió un malestar físico abrumador. Le dolía la cabeza y sus rodillas agarrotadas crujieron cuando trató de estirar las piernas. Sentía el culo dolorido de tantas horas sentado. Tenía ganas de orinar. Los desperdicios del viaje estaban esparcidos a su alrededor. La manta delgada sobre las rodillas, los auriculares enredados en su regazo. El libro estaba

apretujado en algún lugar debajo de él, pero se sentía tan entumecido que apenas podía notarlo. Sus zapatos estaban debajo del asiento. Pronto tendría que buscarlos y volver a enfundar sus pies en ellos. Se permitió un momento más para saborear la agradable sensación de pisar el suelo enmoquetado con los calcetines.

Otro pitido metálico y se oyó la voz del piloto en la cabina. Bruno lo oía a trompicones, pero podía imaginar lo que estaba diciendo, podía llenar los espacios vacíos. En breves momentos iniciarían el descenso. Algo sobre el tiempo en Dublín que Bruno no pudo pillar. Subió la persiana de la ventanilla y trató de ver a través de una espesa nube blanca. Lo único que se veía era el ala del avión, extrañamente inmóvil.

Volvió la vista hacia la pantallita azul de la parte posterior del asiento de delante. Un mapa en movimiento, que lo único que mostraba era el perfil tosco de la costa este de Estados Unidos, la inmensidad del Atlántico, y luego el contorno de Irlanda e Inglaterra en la esquina superior derecha. Un amplio arco trazaba la trayectoria del vuelo, en una línea de puntos que terminaba con un avión virtual. El avión en miniatura ya casi estaba sobre Irlanda. La escala era tan desproporcionada que estaba a punto de cubrir el país entero.

El cerebro de Bruno cambió de marcha. Experimentó un instante inesperado de pánico, la sensación nauseabunda de que tendría que haberse preparado para aquella llegada. No estaba preparado. No debería haber dormido, debería haber permanecido despierto todo el rato. Debería haber estado presente durante el viaje. Recordó algo que le habían contado una vez: los indígenas americanos se sientan en el aeropuerto al llegar a algún lugar, les gusta dar al espíritu la posibilidad de alcanzar al cuerpo. De repente, Bruno le encontró sentido: su cuerpo no estaba en onda con su espíritu, necesitaba tiempo para estarlo.

La pantalla que tenía delante cambió. Ahora mostraba una lista de estadísticas. Tiempo hasta el destino, veintitrés minutos.

Tenía que aprovechar el tiempo. Aclarar todas sus ideas.

Hacía tres semanas que había perdido su empleo, tres semanas que parecían tres años. O tres días o tres horas. Tanto daba; parecía que hiciera



toda una vida y, sin embargo, era tan reciente que las heridas seguían abiertas, sangraban.

Faltaba un mes para las elecciones. La espera era insufrible. Tenía que convencerse de que el tiempo avanzaba como siempre lo había hecho, que cualquier día se habría acabado todo y conocería el resultado. Pero la espera seguía siendo insoportable.

Y allí estaba Bruno, suspendido en el aire entre aquellos dos puntos, a veintiún minutos de su destino. Se imaginó como un monigote en aquel mapa en movimiento, un hombrecillo de mazapán toscamente recortado. Imaginó su viaje a lo largo del amplio arco que atravesaba el océano. Estaba trazando la línea con el dedo cuando, sin aviso, la pantalla se apagó.

El sistema de megafonía volvió a ponerse en marcha y se encendieron las luces de la cabina. El indicador del cinturón de seguridad se iluminó y el personal de a bordo comenzó a moverse por el avión repartiendo formularios de inmigración. Pestañeando por aquella luz repentina, Bruno rellenó el formulario con el bolígrafo que le habían dado. Una vez hubo terminado, descubrió que no tenía dónde guardar el formulario. Lo metió dentro de la sobrecubierta del libro y se lo puso cerrado sobre el regazo.

Un lento descenso a través de las nubes, y allí estaba Bruno, encorvado junto a la ventana, tratando de atisbar algo entre la nada. Lo único que alcanzaba a ver era la lluvia que golpeaba la parte exterior de la ventanilla y la extensión gris del ala del avión, que araba el denso aire blanco. No había manera de saber lo cerca que estaban del suelo.

De repente todo se volvió verde al otro lado de la ventanilla, y Bruno vio pasar a toda prisa hierba mojada y una manga catavientos a rayas rojas y blancas y un edificio bajo y gris y oyó el estruendo de las ruedas golpeando brevemente la pista y rebotando en ella. Fue un aterrizaje accidentado, el fuselaje del avión se inclinó violentamente hacia la izquierda y luego hacia la derecha antes de estabilizarse gracias a la acción de los frenos. Bruno se agarró con ambas manos al respaldo del asiento para no caer de bruces.

Mientras el avión rodaba hacia el edificio de la terminal tuvo una sensación de euforia y vértigo. Después de tantos años, por fin lo había

conseguido. Hacía treinta años de aquella promesa junto al lecho de muerte, promesa que lo había atormentado desde entonces. Ahora ya estaba allí. Por un momento imaginó que tal vez pudiera quedarse en el avión y regresar sin más. Hasta que se le ocurrió que no había nada a lo que regresar.

Un escalofrío le recorrió la columna mientras se agachaba para recoger los zapatos del suelo. Metió los auriculares en la bolsa de la parte posterior del asiento. Se desabrochó el cinturón de seguridad y permaneció sentado, deseando cepillarse los dientes.

El avión se detuvo con una sacudida y se produjo un gran suspiro colectivo cuando se abrieron las puertas. La gente en el acto se levantó y comenzó a hurgar en los compartimentos superiores para recuperar sus cosas. Un momento o dos esperando la orden de avanzar y luego todos arrastrando los pies en fila, con la cabeza gacha como un grupo de prisioneros encadenados. Bruno pasó al asiento del pasillo, se incorporó con esfuerzo y se empinó para bajar su bolsa de mano. Después avanzó con la fila hacia la puerta del avión. Saludó con la cabeza a las azafatas y salió al túnel de plástico que conectaba el avión con la terminal. Inició la suave ascensión por el pasillo, siguiendo a la gente que lo precedía. Formar parte de aquella procesión ordenada le produjo una extraña sensación de bienestar, como si formase parte de una peregrinación.

Mientras doblaba el recodo del pasillo, el suelo osciló bajo sus pies, como un embarcadero flotante. Su estómago también osciló. Se sintió ligero como un globo. Se retiró la bolsa del hombro y la asió firmemente como contrapeso, colgando hacia el suelo. Sin ella, Bruno imaginó que saldría volando.

Los aviones llegan sobrevolando Howth.

Cuando el día está despejado puedes ver la bahía de Dublín, que se extiende justo debajo de ti, con el puerto de Dun Laoghaire a lo lejos a la izquierda y Portmarnock a la derecha. Entre ambos puntos, la enorme franja desierta de la playa de Sandymount.

Desde la playa pueden verse los aviones que llegan, un flujo constante que atraviesa el cielo en silencio. Aparecen a lo lejos sobre el mar, se acercan en un descenso suave sobre el cabo de Howth y se deslizan a lo largo de la costa sur. Luego desaparecen ruidosamente y aterrizan en la ciudad.

Los aviones están ya tan integrados en el paisaje que Addie apenas se fija en ellos. Tampoco en el humo de las chimeneas de Poolbeg, ni en los transbordadores de coches que se deslizan perezosamente sobre el horizonte camino a Dun Laoghaire. Ni en las nubes, ni las aves marinas, ni siquiera en el propio mar. Addie no se fija en ninguna de estas cosas. Está tan absorta en sus pensamientos que no se da cuenta de nada más.

Prácticamente, nació en la playa.

Tenía cinco días cuando la llevaron a casa. Su madre la sacó en brazos del coche, como un pequeño fardo envuelto en una manta violeta de angora, con un gorrito de lana que le cubría la frente y las orejas. Su madre subió los peldaños hasta la puerta principal y al llegar arriba se detuvo y se volvió hacia el mar.

Su padre ya había abierto la puerta, había entrado en el vestíbulo y urgía a su madre para que lo siguiera.

—Vamos, mujer, por el amor de Dios. Os vais a congelar ahí fuera.

Pero su madre permaneció ante la puerta con Addie en sus brazos, engullendo el aire frío del mar. Aquello era el cielo después del calor pegajoso del hospital, del que se había hartado. No se le ocurrió, ni por un segundo, que su hija recién nacida también estaba bebiendo aquel aire salino, que lo estaba absorbiendo en sus esponjosos pulmoncitos. Y una parte de aquel aire debió de llegarle al alma.

Así es como se siente ahora Addie, siente que la playa forma parte de ella. Es su lugar natural, probablemente lo único que la mantiene cuerda.

La playa está desierta a esta hora de la mañana, no hay nadie más que ella y la perrita. Hay marea baja y las nubes están suspendidas a poca altura sobre la arena, casi puede sentir su presión sobre la cabeza. El pronóstico es de lluvia, aunque de momento no hay señal de ella.

Addie camina hacia la orilla del mar. Ya ha andado casi un kilómetro y el mar no parece estar más cerca, debe de ser una marea muy baja. Ahora hay algunos charcos, cada vez más frecuentes, por lo que decide no avanzar. No quiere mojarse los pies. Empieza a hacer frío, y sin duda tendría que haberse calzado las botas. Pero no lo ha hecho, prefiere llevar zapatillas deportivas. De este modo puede sentir los surcos de la arena a través de las suelas. Sentir la arena dura bajo los pies le da sensación de solidez.

Durante toda su vida, Addie ha tenido la impresión de que un nubarrón negro la seguía a todas partes. Y actualmente siente que el nubarrón por fin la ha alcanzado. La playa es el único lugar donde tiene la sensación de poder dejarlo atrás.

En la playa puede hablar sola. Puede cantar a coro con su iPod y nadie la oirá. Puede gritar si le apetece y a veces lo hace. Grita y a continuación se ríe de sí misma por gritar. En la playa, puede pensar en todas las cosas que han ocurrido, puede analizarlas, una y otra vez, en su cabeza. Puede llorar lágrimas de autocompasión. Se siente culpable por llorar delante de la perra, pero luego se siente mucho mejor, casi contenta.

La perra escarba en la arena buscando algo que no hay. Con las patas delanteras palea arena mojada, la hace pasar entre las patas posteriores. Se está formando un gran montón detrás de ella y tiene el vientre sucio, pero no parece importarle. Addie está quieta y observa a su perra, enfrascada en esa tarea inútil. Déjala a su aire, piensa, si ella es feliz.

Addie echa la cabeza atrás y mira al cielo. Lo estudia, como si buscara algo allí arriba. Se le ocurre que le encantaría viajar al espacio, le encantaría poder ver el mundo desde allí. Si pudiera ver el mundo desde el exterior, quizá vería su situación con un poco más de perspectiva.

Se vuelve y mira de nuevo hacia la costa. Incluso desde aquí puede distinguir la casa. Es la de color masilla en medio de una hilera de pasteles sucios. Tres grandes ventanas que dan al mar, dos en el piso de arriba y una abajo.

Él debe de estar sentado en la ventana de la planta baja. No puede verlo desde donde está, pero sabe que está allí. Y sabe que él puede verla, que la está mirando. Lo que hace que esté reacia a volver.

Addie saca el iPod del bolsillo y desplaza el menú hacia abajo. Tarda un poco en encontrar lo que busca. Selecciona el tema, y guarda el aparato en la funda para evitar que resbale y vuelve a metérselo en el bolsillo. Luego echa los hombros atrás y levanta la cara hacia el viento mientras espera que empiece la canción.

Un tema musical para una soprano, nada más inapropiado para la voz de Addie, aunque eso no le impide acompañarla. Canta con entusiasmo, imaginando estar en perfecta armonía.

«Yo sé que mi redentor vive...».

No sabe toda la letra, pero no importa, se siente tan bien cantando. Y los trozos que sabe se repiten mucho.

«Yo sé que mi redentor vive...».

Echa la cabeza atrás y cierra los ojos mientras canta. No hay nadie alrededor que pueda oírla, y de todas formas tampoco le importaría que lo hubiera. La perra no presta atención al canto. Ya está acostumbrada.

Addie vuelve ahora a grandes zancadas hacia la costa, la perrita dando vueltas alrededor de sus pies. Detrás de ella, el cielo está negro y enfurecido, la lluvia caerá en breves momentos. La línea del horizonte queda interrumpida por un horrendo carguero. Está allí parado, tapando la vista. Las chimeneas siguen echando humo hacia la atmósfera, el humo pálido contra la oscuridad del cielo. Las luces de aviso de los aviones parpadean intermitentemente.

A lo lejos, más allá del cabo de Howth, otro avión emerge por debajo de las nubes e inicia un suave aterrizaje hacia el aeropuerto de Dublín.

Al pasar por el control de pasaportes, Bruno se sintió de repente demasiado viejo para todo aquello.

Hacía tanto que no viajaba que había olvidado lo agotador que resultaba. Las piernas entumecidas, la garganta reseca. Las tripas crujiendo.

—¿Motivo de su visita?

—Refugiado político —dijo Bruno en un momento de locura.

El tipo alzó la vista hacia él con las cejas levantadas. Sin duda no era lo bastante mayor para ser policía, no aparentaba más de doce años. Tenía el pelo naranja brillante, color zanahoria. Por tanto no encajaba con el estereotipo.

Bruno entró en razón.

—Era una broma —dijo.

En un intento de hacerse el interesante, se inclinó hacia la ventanilla con aire cómplice. Consciente de la cola que se estaba formado detrás de él.

—En el sentido más amplio —añadió—. En realidad estoy aquí de vacaciones. Hasta después de las elecciones. Fíjese, el cinco de noviembre.

Le mostró la hoja impresa con el billete, pero el tipo no se molestó en mirarla. Estaba escudriñando la cara de Bruno.

—De acuerdo —dijo.

Levantó el sello y lo hizo bajar con un pequeño golpe sobre la página. Cerró el pasaporte y se lo devolvió. Lentamente, como si tuviera todo el día por delante.

—Le diré qué haremos —dijo el policía—. Si la gentuza que hay ahora sigue en el cargo después de las elecciones, véngame a ver y le daremos asilo de verdad.

Bruno no estaba seguro de haberlo oído bien.

—Sin ánimo de ofender —añadió el joven agente, preocupado de repente por si había ido demasiado lejos.

—No me ha ofendido en absoluto.

Y Bruno tuvo la tentación de añadir algo más, pero no lo hizo. Se metió el pasaporte en el bolsillo de la chaqueta, cogió su equipaje de mano y se largó.

Seguía sonriendo mientras esperaba en la cinta de los equipajes. Imagínate, pensó. En mi país, una broma con un agente de inmigración y empiezan a sacar los guantes de goma.

Y aquello le dio qué pensar. Cuando divisó su maleta serpenteando hacia él, ya había hecho un pacto consigo mismo.

Si ganan los republicanos, no volveré.

La lluvia empezó cuando giraba la llave de la puerta del sótano. Un diluvio repentino y violento. Se apresuró a entrar y cerró la puerta de golpe detrás de ella. La perrita logró escabullirse a tiempo por el hueco.

—Hemos llegado justo a tiempo, *Lola*. ¡Nos habríamos empapado!

Últimamente habla más con la perra. A veces le dirige largos discursos. No puede ser una buena señal.

*Lola* daba vueltas alrededor del cuenco de agua vacío, moviendo la cola con expectación. Addie cogió el cuenco, lo llenó con agua del grifo y *Lola* bebió ruidosamente. Vacío el cuenco en segundos.

Luego, Addie llenó la tetera con agua del grifo, la puso al fuego y se apoyó contra la encimera mientras esperaba a que hirviera.

Le echó un vistazo al reloj de la pared y vio que ni siquiera eran las diez. Tenía todo el día por delante, toda la mañana y luego toda la tarde y después toda la noche. De repente, la idea se le hizo insoportable, por mucho que lo intentara no sabía cómo iba a pasar el tiempo.

Mientras estaba allí de pie, apoyada en la encimera de la cocina, un diminuto soplo de optimismo se apoderó de ella. Se entusiasmó con la posibilidad de visitar a Della, podía enviarle un mensaje de texto y sugerirle tomar un café. Un texto divertido, que no diera la impresión de estar necesitada. Pero luego recordó que aquel era el día de la biblioteca, que Della se había apuntado para ayudar en la biblioteca escolar. No estaría libre para tomar un café. Addie sintió las lágrimas brotar de su garganta y volvió a encontrarse una vez más tratando de vislumbrar el fondo de un profundo pozo de desesperación.

¿Has pensado alguna vez en hacerte daño a ti misma? Eso era lo único que había querido saber aquella terapeuta. Simplemente quería cubrirse, le aterrorizaba que Addie pudiera suicidarse y la considerasen responsable. De modo que no dejaba de preguntar si pensaba alguna vez en hacerse daño y Addie respondía que no, aunque era mentira.

¿Cuántas veces al día lo piensa Addie? Más de dos, menos de cinco, los dedos de una mano. Piensa en la posibilidad y luego en los motivos para no



hacerlo. *Lola*. Su padre. Della y las niñas. La posibilidad de que las cosas mejoren.

La idea revolotea por su mente y luego se marcha volando nuevamente. Sabe que no es una opción. Solo gira el picaporte de una puerta que sabe que está cerrada.

*Lola* estaba sentada en el suelo delante de ella, con la cabeza elegantemente alzada, su mirada trágica de spaniel clavada en Addie.

—No —suplicó Addie con la voz entrecortada—. Me vas a hacer llorar. Por favor, no me hagas llorar.

Y se puso en cuclillas y envolvió con sus brazos dulcemente el cuerpecillo mojado de la perra, enterrando su cara en el pelaje de su nuca. Cerró los ojos y se dejó caer sobre la perra buscando consuelo. *Lola* se tambaleó, pero enseguida recuperó el equilibrio y soportó el peso de Addie. El olor a arena húmeda, a conchas saladas y a los bichos era inaguantable. Addie tuvo que apartarse. Volvió a incorporarse justo en el momento en que el agua empezaba a hervir y la tetera se apagaba automáticamente.

Una pequeña victoria, había logrado recuperar el equilibrio. Se preparó un café y calentó un poco de leche en el microondas. Quedaba suficiente leche caliente para otra taza, aquello era lo más lejos que se permitía planificar. Llevó la taza a la mesa y se sentó. Sorbió el café con leche caliente mirando, a través de las puertas del patio, la lluvia que caía en el jardín de atrás. Concentrada en el café y la lluvia, había decidido no pensar en nada más.

Estaba a punto de levantarse para volver a llenar la taza cuando oyó unos golpes en el techo sobre ella. Uno, dos, tres golpes cortos, señal de que él necesitaba algo.

Se obligó a seguir sentada un minuto más antes de subir a verlo.

Fuera de la terminal del aeropuerto había cola para coger un taxi. Grupos de personas con ropa veraniega y la piel dorada por el sol empujaban carritos sobre los que se amontonaban grandes maletas. Todo el mundo parecía estar fumando. Bruno se sintió fuera de lugar y muy solo.

Cuando llegó al principio de la fila, el encargado le indicó que avanzase.

—¿Cuántos?

—Solo uno —se excusó Bruno.

Abrió la puerta del taxi, lanzó su equipaje dentro y luego subió. Se reclinó en el asiento, aliviado de que el viaje estuviera ya a punto de terminar. Un momento después se dio cuenta de que el taxista se había vuelto hacia él y lo miraba con expectación.

El taxista le dijo algo que Bruno no entendió. Tenía problemas con el acento.

—¿Perdón?

—Le decía que no tengo telepatía. Tendrá que decirme a dónde quiere ir.

—¡Ah! —dijo Bruno alegremente—. Voy a Sandymount, ¿puede llevarme a Sandymount, por favor?

Apenas pronunció las palabras, el taxi arrancó.

Bruno se inclinó hacia delante entre los dos asientos delanteros.

—Por casualidad, ¿conoce algún hotel o pensión en Sandymount? —preguntó—. Necesito un lugar donde alojarme.

El taxista miró a Bruno por el retrovisor.

—¿Algún lugar en concreto de Sandymount?

—¿Hay playa? Tal vez podamos encontrar algún lugar cerca de la playa.

El taxista seguía observándolo.

—Muy bien —dijo.

No parecía muy seguro.

—Tengo familia allí —añadió Bruno.

Pero el taxista no pareció interesado.

Sandymount. Era lo único que recordaba su hermana. Se lo había anotado en un papelito y él lo había copiado en la cubierta interior de su guía.

Vivían al lado de la playa, le había dicho ella.

Era lo único que recordaba. No había ninguna garantía de que siguieran viviendo allí.

Los buscaría en la guía telefónica, era lo primero que debía hacer. Y si no aparecían en la lista, siempre podía preguntar por los alrededores. Seguro que alguien tenía que conocerlos. Incluso en el caso de que se hubieran mudado de casa, tal vez hubieran dejado alguna dirección, o alguien supiera dónde encontrarlos. Mientras el taxi aceleraba a través de la ciudad, Bruno imaginó todos los escenarios posibles. Los analizó cuidadosamente y pensó en las alternativas. Lo único que no contempló fue la posibilidad de que no quisieran verlo. Ni por asomo se le ocurrió.

El taxi dobló en una rotonda estrecha y luego cruzó un puente ancho y feo. A la derecha de Bruno, el río se abría paso a través de la ciudad. Edificios grises y bajos bordeaban los muelles a cada lado de la orilla de aguas tranquilas y grises. A su izquierda vio barcos. Transatlánticos y cargueros atracados junto al muelle, pequeños yates amarrados precariamente en medio del río. Más allá, imaginó, debe de estar el mar.

El taxi se detuvo en la cola de un peaje. El silencio hizo que Bruno prestara atención a la radio del coche. El acento de la mujer que leía las noticias le pareció encantador. Se inclinó hacia delante en su asiento para saborearlo. Para Bruno, aquella era una voz del pasado.

«Las últimas encuestas en Estados Unidos indican que el candidato demócrata, Barack Obama, aventaja a su rival republicano, John McCain, en los estados clave de la contienda electoral. En Ohio, cuyos votantes han elegido al vencedor en las últimas once elecciones, el senador Obama supera en tres puntos porcentuales al senador McCain. Ambos candidatos se enfrentarán esta noche en un segundo debate televisado».

Bruno sonrió.

No haría falta mandarlo todo a paseo.

Claro que ahora, pasado el tiempo, es tan evidente. Cuesta imaginar que pudiera haber acabado de otro modo.

Cuando ves a ese tipo, sentado a su escritorio del Despacho Oval, con su largo brazo extendido para estampar su famosa firma con la mano izquierda. Cuando ves su silueta desgarrada emerger de las entrañas del Air Force One, el avión presidencial, saludando a las cámaras con las palmas

abiertas, con su encantadora esposa junto a él, parece que ese fuera su lugar. Cuesta imaginar a nadie más allí.

Cuando pones las noticias y oyes decir, por enésima vez, que el mercado inmobiliario está en caída libre. Cuando oyes predecir que la recesión será más seria de lo esperado, que la factura que habrá que pagar será mayor, realmente ya no te sorprende. Porque está bastante claro que las cosas iban a terminar así, que las cosas llegarían a donde están ahora de forma natural.

Pero hay que recordar que, entonces, nadie sabía cómo terminaría.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## 2

El tráfico era cada día menos denso. Era evidente que había menos coches en las carreteras.

Desde su atalaya de la ventana principal, Hugh tenía una posición perfecta para observarlo.

—Estoy llevando a cabo un estudio —dijo—. Todas las mañanas cuento los coches durante diez minutos. Sin duda hay menos. Y por las tardes también se nota.

Parecía un enorme y patético oso, abandonado en su silla tallada, con sus dos extremidades delanteras enyesadas hasta los codos. La escayola blanca reposaba sobre la brillante superficie de caoba del escritorio. Ante él, su diario, encuadernado en cuero, abierto y la pluma estilográfica entre las páginas, como si sobrara.

—¿En serio?

Trató de parecer interesada. Aunque aquella tarde estaba cansada. A decir verdad, casi todas las tardes estaba cansada. Cada día oscurecía más temprano. Podías sentir la noche echándose encima. A Addie aquello la alegraba. Menos día que llenar.

Hugh no perdía de vista la hilera de faros que avanzaban por Strand Road.

—Menos gente camino al trabajo, supongo.

—Menos trabajos a los que ir.

Nadie lo sabía mejor que ella.

—Más gente haciendo footing.

—Sí, últimamente también hay más gente en la piscina. Tratan de mantener la moral alta, pobrecillos. No es fácil ser un parado, ¿sabes?

Pero él no la escuchaba.

—Tendría que escribir al *Irish Times* —dijo él—. Ve a por un papel y un bolígrafo, ¿quieres? Tengo que dictártelo.

—¿Es un buen momento para que te recuerde que soy tu hija, no tu esclava?

—¿Es un buen momento para que te recuerde que me encuentro en este maldito apuro precisamente por tu culpa?

Había tropezado con la perra, eso era lo que había ocurrido.

Hugh salía de la cocina con una copa de vino en cada mano. Ni siquiera se dio cuenta de que *Lola* se deslizaba sigilosamente a su lado, con el cuerpecillo arrimado a la pared. Estaba llamando a Addie, diciéndole que pusiera algunos anacardos en un cuenco y los subiera. No vio que la perra se cruzaba delante de él hasta que fue demasiado tarde.

Por instinto salvó el vino. Cuando Addie llegó a toda prisa para ver qué había ocurrido, su padre estaba arrodillado en el suelo del corredor, asiendo todavía ambas copas por el pie. Milagrosamente, no se habían roto. El vino se había vertido, por supuesto, había salido despedido en todas direcciones con la caída. Había salpicaduras de color burdeos en todas las paredes. Pero las copas en sí estaban intactas. Las estúpidas copas de las narices, que solo valían un euro en el bazar.

Se había roto las dos muñecas, de eso se dio cuenta enseguida. Fueron las muñecas las que soportaron el golpe al caer.

Ahora se pasa los días contando las cosas que no puede hacer.

—Ni siquiera puedo limpiarme el trasero —dijo.

Había regresado al hospital, a la consulta externa. Buscaba comprensión, trataba de arrancar al menos una sonrisa. Aunque tampoco es que lo esperase de esas personas. Pandilla de sosos sin sentido del humor.

—Muy desafortunado —dijo el joven traumatólogo que le adjudicaron—. ¿Cómo decía Oscar Wilde? Romperse una muñeca...

Hugh habría preferido a alguien conocido.

—Mejor empezar con un desconocido —le dijeron—. Hace las cosas más sencillas.

¿Desde cuándo se hacían así las cosas? No sospechaba que se habían pasado su expediente como si fuera una granada de mano a punto de estallar.

—No me pagan para ocuparme de este tipo de dolencias —dijo la residente de cirugía—. Eso es cosa del especialista.

A las enfermeras les entró la risa tonta y la jefa de enfermeras tuvo que intervenir.

—El profesor Murphy es un paciente como cualquier otro —dijo—. Así que podéis mostrarle un poco de respeto.

Lo que provocó que se rieran aún más.

Pasó por toda una retahíla de médicos. El último en entrar, un engreído joven de Cork recién llegado tras una temporada en Boston, fue el único que quedó en pie cuando la música paró. Se aludió a bautismos de fuego, se habló de que lo tenía merecido.

—Estoy bastante contento con cómo se está arreglando esto —dijo el de Cork, observando la placa de rayos X en la pared.

Arrastraba las vocales como un estadounidense, lo que le hacía parecer tonto.

—Se trata claramente de una fractura de Colles —empezó a decir—. Debe su nombre a un médico dublinés. Aunque por supuesto eso ya debe de saberlo. De todos modos, le echaremos otro vistazo en quince días, aunque de momento estoy bastante contento. Siga moviendo los dedos, ya sé que es más fácil decirlo que hacerlo. Y vuelva a verme dentro de dos semanas, puede pedir cita fuera.

Aunque por supuesto, volver al hospital le resultaba impensable. Había sido un ejercicio de humillación de principio a fin, desde el momento en que Addie había parado el coche frente a la entrada principal y había corrido a ayudarle a salir. Las miradas de los camilleros del hospital, a

quienes había visto sonreír. Y la enfermera de servicio en las consultas externas, que no parecía haberlo reconocido. Le había pedido información médica. Incluso le había llamado «cariño».

—Creen que soy un paciente —rio entre dientes mientras lo llevaban al consultorio. Trataba de parecer jovial, de no hacerse el mandón.

—Disculpe que no le estreche la mano —le dijo al joven—. ¿Cómo había dicho que se llamaba?

Resultaba imposible acordarse de todos esos tipos, todos los días aparecía uno nuevo. Algunos no parecían siquiera lo bastante mayores para llevar pantalón largo. Pero tenían un gran concepto de sí mismos, por el modo en que hablaban.

—Hugh —había dicho el tipo—. Espero que no te moleste que te tutee. El caso es que, hasta que te quiten esta escayola, «eres» un paciente.

Debería haberle dicho que por supuesto que le molestaba. Aquellos tipejos, ¿de dónde habían sacado la idea de que todo el mundo era su igual? Se iban a Bristol o Brisbane o Bahrein unos años y en cuanto volvían empezaban a tutear a todo el mundo.

No, no. Volver al hospital de ningún modo.

—Temo que la próxima vez tengan que enviar a alguien a visitarme —dijo, tratando de reafirmar su autoridad—. No me va a ser posible venir.

No le pasó inadvertida la mirada que se dirigieron la enfermera y el joven médico. Pero no dijeron nada, por lo que decidió que había ganado el asalto.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó Addie cuando salió.

—Pues bien —dijo—. Es como si hubieran puesto a los cazadores furtivos de guardabosques. Están todos en guardia.

Cinco semanas más, le habían dicho, hasta quitarle la escayola. Pero no sabe si podrá soportar cinco semanas más. Ni siquiera sabe si soportará cinco días más.

¿Cómo pueden soportarlo?



Es lo que se pregunta mucha gente. Esas niñas, dicen, son buenas con él. Cómo lo soportan, solo Dios lo sabe. Alégrate de no ser una de sus hijas, es lo que dicen las enfermeras. ¡Imagínate!

Cuando eran niñas a veces las llevaba al hospital los sábados por la mañana, cuando no tenía a nadie que las cuidase. Las dejaba en el puesto de las enfermeras mientras hacía su ronda de visitas. Addie recuerda cómo se amontonaban las enfermeras a su alrededor para mirarlas como si fueran animales del zoo. Enseguida las invitaban a chocolatinas y las animaban a repetir.

Solían hacerles preguntas, preguntas inocentes. Preguntas que en aquella época no le parecían impertinentes. Addie no habría imaginado jamás que estuvieran fisgoneando.

¿Ha elegido tu papá este vestido para ti? ¿A que es un papá genial? ¿Y a qué colegio vas? ¿Y quién te cuida cuando papá está en el trabajo? ¿Y cuál es tu cena favorita? Y papá cocina para ti, ¿a que sí? ¿A que es estupendo?

Addie era demasiado educada para no responder, y contestaba con ilusión. Se estaba allí sentada, haciendo girar el chocolate en su boca, con las piernas colgando del taburete giratorio, y se columpiaba como un canario.

Della no, Della no era tan fácilmente manipulable. Incluso ahora, recuerda que rechazaba las chocolatinas, todavía puede ver su imagen allí sentada, callada, con una mirada fulminadora. Della nunca fue de las que deja que los buenos modales interfieran en sus principios.

Y antes de que pudieran darse cuenta, su padre aparecía a toda prisa por el pasillo y el interrogatorio terminaba como si hubiera dado una palmada. Dios, era tan elegante, entonces parecía un ídolo de matiné. Los cabellos negro azabache, los ojos resplandecientes y su tez rubicunda. Patricio de pies a cabeza, la voz penetrante con aquella autoridad innata que lo caracterizaba.

En aquellos tiempos, Addie creía que dirigía el hospital, creía que allí todos lo reverenciaban. Un rey en su reino, por la manera en que recorría

los pasillos y la gente lo saludaba inclinando respetuosamente la cabeza al pasar. Pero ahora sabe que lo que les infundía era miedo. La verdad sea dicha, odio.

Lo raro es que nada de eso le importa a Addie. Su padre ocupa un lugar en su corazón más allá de ninguna razón o lógica. Recuerda cómo le trenzaba los cabellos cuando era pequeña. El olor a *aftershave* y a jabón, el olor de su camisa recién planchada. El modo relajado en que se sentaba al borde de una silla de la cocina, con las piernas abiertas y extendidas y ella de pie entre ambas. Con sus manos grandes de médico, dividía su cabello en tres partes y las entretejía formando una trenza desde todo punto de vista aceptable, que sujetaba con una goma elástica. Luego la cogía por los hombros y hacía que se volviese ciento ochenta grados, y luego en sentido contrario. Jamás tiraba de su pelo, sus trenzas estaban casi tan bien hechas como las trenzas de las demás niñas. Aunque ahora sabe que no hay que utilizar gomas elásticas para sujetar los cabellos. Las gomas rompen el pelo, hay que utilizar cintas. Pero ¿cómo podía saber eso Hugh?

Tras la muerte de su madre, Addie a veces se despertaba por las noches y se sentía sola. Salía sigilosamente al pasillo y entraba furtivamente en la habitación de su padre, rodeando los pies de la cama antes de meterse dentro por el otro lado. Sin despertarse siquiera, él la estrechaba entre sus brazos. Dormían acurrucados, Hugh la rodeaba con su enorme brazo y ella recostaba la cabeza en la áspera manga de algodón de su pijama.

Esto es lo que Addie recuerda de él, y puede perdonarle casi cualquier cosa.

Hasta después de cenar no se acordó de hacerle escuchar los mensajes del contestador. Estaban sentados a oscuras con sus bebidas. La pantalla del televisor difundía una luz azul intensa por la habitación.

—Hoy no hemos escuchado tus mensajes.

—No, es cierto.

—¿Quieres escucharlos?

—No particularmente, aunque supongo que será mejor escucharlos de todos modos.

Hugh no estaba en condiciones de utilizar el móvil y Addie había tardado horas en descubrir cómo desviar las llamadas al teléfono fijo.

Addie se acercó al escritorio y pulsó el botón del contestador automático.

Una espeluznante voz robótica llenó la habitación; ondas sintéticas.

—Tiene un mensaje nuevo.

Hugh hizo una mueca de dolor mientras esperaba. Pero lo que le esperaba era todavía peor de lo que podía imaginar.

—Hola, este es un mensaje para Hugh Murphy. No esperaba encontrarte tan fácilmente.

Una voz potente y profunda, inequívocamente estadounidense.

—No me conoces. Me llamo Bruno Boylan, y soy embajador de la rama de la familia de Nueva Jersey.

Ambos se quedaron petrificados, se miraron horrorizados.

—Mi padre era Patrick Boylan, primo de tu madre, lo que nos convierte en primos segundos.

Pronunciaba cada sílaba de su apellido con demasiado énfasis, tal como lo decía sonaba como BOY-LAN.

También utilizaba un tono inadecuado, alarmantemente alegre, lo que tenía un terrible efecto en su público.

—Tal vez recuerdes que una de mis hermanas estuvo pasando una temporada con vosotros. Aunque eso es retroceder un poco en el tiempo...

Sí que la recordaban. Virgen santísima, sí que la recordaban. Era como si volviera a estar con ellos en aquella sala, aquella chica horrible. Los cabellos crespos, el aparato dental. Aquel acento insufrible.

—Temía que os hubierais mudado. Hace tanto tiempo...

Llegados a ese punto, ambos se hallaban ya en estado de alerta animal, preparados para lo que tuviera que venir.

—Acabo de llegar a Dublín y me gustaría pasar a saludaros.

Luego dijo en voz alta un número largo, el número de un «celular», como lo llamó él.

—... tal vez tengáis que añadir un uno delante. Tengo ganas de ponerme al día con vosotros.

Se hizo el silencio. Addie y Hugh se miraron uno al otro. Estaba todo tan oscuro que apenas podían verse.

Hugh fue el primero en hablar.

—¡Santo cielo!

Addie soltó una risilla nerviosa, casi un resoplido.

—Dime que ahora nos despertaremos y descubriremos que solo ha sido una pesadilla.

Ambos miraban el contestador automático como si fuera una bomba.

—Rápido —dijo Hugh—, borra el mensaje, siempre podemos decir que no lo hemos oído.

Addie se incorporó de un salto y se acercó a la lámpara de pie tras el escritorio. De repente una luz amarilla inundó la habitación. Addie se agachó y pulsó el botón de borrar del aparato.

—¿Y si vuelve a llamar? ¿Y si deja otro mensaje?

—Eso ya lo veremos cuando llegue el momento.

Hugh se inclinó hacia delante para dar otro trago largo a su whisky, haciendo un ruido indecente al sorber la pajita.

—Se me acaba de ocurrir algo terrible —dijo Addie—. ¿Tú crees que tendrá la dirección?

—Es muy posible. No podemos correr ningún riesgo. No debemos abrir la puerta.

Addie rio nerviosamente.

—Si alguien nos oyera, pensaría que estamos asediados.

Pero a Hugh no le hacía ninguna gracia.

—No tiene ninguna gracia —dijo—. Bajo ningún concepto podemos recibir a ese hombre. No estoy de humor para un americano idiota que busca sus raíces. Ahora mismo, ya tengo más que suficiente con mis preocupaciones. Muchas gracias.

Y tenía razón, por supuesto. No estaban en condiciones de dejar entrar a un forastero en su pequeño círculo tambaleante.



### 3

Era difícil saber qué hacer a continuación.

Les había dejado un par de mensajes. Uno el primer día y dos más la víspera. Pero no había recibido ninguna respuesta, ni siquiera un suspiro. No quería volver a llamarlos, eso le haría quedar como un acosador.

Tal vez no tuvieran la costumbre de escuchar los mensajes, hay gente que no escucha sus mensajes de forma habitual. O hubieran tratado de llamarlo y no hubieran podido comunicarse con él; tal vez hubiera algún problema con los prefijos. Y, por supuesto, siempre quedaba la posibilidad de que estuvieran de viaje.

Sabía tan poco de ellos. Había saqueado la memoria de su hermana y no había conseguido casi nada. De aquello hacía casi treinta años, había dicho Eileen en su defensa. Entonces solo tenía veintidós, y ahora tiene cincuenta y uno.

Eileen había pasado dos meses con ellos y lo único que podía recordar era lo siguiente: había dos chicas, que se llevaban poco más de un año. Tenían nombres de personajes de cuento, Imelda y Adeline. Su madre había muerto, nadie le contó a Eileen qué le había pasado. No había ningún rastro de ella en la casa, nada que sugiriera que había llegado a vivir allí. La casa estaba frente a la playa, eso lo recordaba claramente. Se veían dos chimeneas altas desde las ventanas de delante.

Strand Road, eso era. Bruno había encontrado la dirección en la guía telefónica, la había copiado en un papel junto con el número de teléfono. Le había preguntado a la mujer de la casa de huéspedes si quedaba lejos. ¿Strand Road?, había dicho ella, mirándolo como si fuera tonto. Sí, está

doblando la esquina. Saliendo a la izquierda, dijo, y luego otra vez a la izquierda.

Bruno decidió que pasaría por delante de la casa, simplemente para ver si había señales de vida. Después del desayuno, daría un paseo por la playa e identificaría la casa al pasar. Simplemente con la idea de tantear el terreno.

La playa es una playa urbana y está en el límite oriental de la capital. Resguardado junto a ella está uno de los suburbios urbanos más exclusivos de la ciudad, una mezcla de casas victorianas de ladrillo rojo y de villas de principios del siglo XIX, un batiburrillo encantador junto al mar. Durante el boom, un cobertizo en esta zona costaba un millón de euros. Es la proximidad del mar, solían explicar los agentes inmobiliarios. Todo el mundo quiere vivir junto al mar.

Mientras paseaba por el sendero, Bruno se dio cuenta de lo bien cuidados que estaban los setos de las entradas de vehículos, cayó en la cuenta de la cantidad de coches alemanes apretujados en los pequeños jardines de entrada. Las ventanas recién pintadas. Bruno se había criado en una ciudad junto al mar. Sabe que estas ventanas hay que pintarlas un año sí y otro no.

Algunas de las casas tienen números; otras, no. Algunas tienen nombres en vez de números, nombres como Vista Mar y Rusheen. Cuando Bruno encuentra una casa con número la toma como referencia y mira a derecha e izquierda para descubrir cómo van. Luego, a medida que avanza, adjudica un número a las casas sin él que deja atrás. Cuenta de uno en uno, esta calle solo tiene casas a un lado. Cuando llega a otra casa con número por un breve instante siente satisfacción. Va por buen camino.

Ahora ya debe de estar cerca, solo está a unas casas de distancia. Pasa por delante de un chalé bajo un poco apartado de la carretera. Las siguientes casas están dispuestas en un pequeño terreno escalonado, cuatro de ellas seguidas. Altas y elegantemente proporcionadas, cada una de ellas tiene una amplia escalinata de escalones de piedra que conduce a la puerta de entrada.

La primera de ellas está pintada de un rosa pastel; la siguiente, de azul claro. Colores de costa, quedan bonitos uno al lado del otro, el contraste es

hermoso. Pero la casa que sigue está sin pintar, la fachada es de piedra gris mate. No tiene nada de la alegría de las casas vecinas. Tiene número, unos números blancos desconchados en el tragaluz de la puerta de entrada.

Es la casa de sus primos.

Bruno se detiene un instante ante la puerta. Observa las malas hierbas que crecen entre la gravilla de la entrada de vehículos, el coche pequeño y abollado aparcado junto a la rampa del sótano. La pintura negra desconchada de las barandas y los peldaños recubiertos de liquen. Levanta la vista hacia las impenetrables ventanas negras, dos en el piso de arriba y una abajo.

Mientras está ahí de pie percibe un movimiento en la ventana de abajo. Fuerza la vista, tratando de distinguir si hay alguien ahí o ha sido solo un efecto de la luz. Pero no ve nada. Solo ve el cristal opaco, el persistente destello del cielo reflejado en él.

Entonces entra en razón. Se da cuenta de que está ahí de pie en la acera, observando fijamente la casa. No tendría que estar ahí mirando. Podría haber alguien en la casa, podrían verlo. Da media vuelta rápidamente, caminando a paso vivo por la acera, como quien huye del escenario de un crimen. Y al llegar a la esquina se detiene. Mira a ambos lados para comprobar el tráfico y luego cruza la calle, se escabulle por un vano en el muro y sale al paseo.

Está cansado.

Lo nota al dejarse caer en un banco; está agotado. Está tan cansado que podría echarse en el banco y dormir, como un vagabundo. Aquí nadie lo conoce, a nadie le importaría.

Aun así, no puede hacerlo. Por muy tentador que sea, se obliga a mantenerse erguido y se protege con su chaqueta forrada en busca de consuelo. Es uno de los momentos más extraños de su vida, se siente completamente perdido. No sabe qué hacer.

Ha estado durmiendo durante el día. Ha vuelto a su habitación de la casa de huéspedes, con el propósito de leer durante unas horas y descansar.



Pero al minuto siguiente se encuentra en una especie de coma vegetativo. Como si le hubieran administrado anestesia pero pudiera oír lo que dicen los médicos.

Duerme y, al mismo tiempo, es consciente de estar durmiendo. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puedes estar dormido y a la vez ser consciente de la sensación degradante de tener la cara aplastada contra la almohada? Consciente de que la dura pretina de los tejanos se te clava en los huesos de la cadera. Consciente de tener frío pero aun así incapaz de meterte debajo del cubrecama. En algún lugar, muy por debajo de él, es consciente de que la vida cotidiana sigue. Una aspiradora se enciende y se apaga, un teléfono suena y suena. Bruno está allí tumbado y oye y siente todo aquello, pero no puede moverse.

Cuando por fin consigue salir de este extraño no-sueño, descubre que está tiritando, la sangre le circula lentamente. Siente el frío de dentro hacia fuera, como alguien en un experimento científico. Tiene que obligarse a bajar a la ciudad a tomar otro café para poder siquiera volver a sentirse razonablemente bien. Duerme y cuando se despierta vuelve a por más café y luego se pregunta por qué tiene tantos problemas para dormir por la noche.

Podría ser el jet lag, piensa, podría ser la diferencia horaria. Podría estar deprimido, podría estar sufriendo un trastorno de estrés postraumático. Ocurre que no se siente deprimido. Solo se siente cansado.

Han pasado muchas cosas, se dice.

Apenas hace tres semanas salía por la puerta del edificio de Lehman con una caja de cartón en las manos con todas sus cosas apretujadas. En la acera, los turistas se paraban a tomar fotografías, la policía trataba de retenerlos más allá de las vallas protectoras. Aquí no hay nada que ver, les decían, no verán a nadie famoso. Solo a gente que ha perdido su empleo.

Al otro lado de la calle, los periodistas de televisión se alineaban en un amplio arco, las antenas parabólicas de sus furgonetas zumbaban. Al pasar delante de ellos, Bruno se preguntó por qué se habrían dispuesto en

formación, como una bandada de aves siguiendo alguna norma secreta del universo. Hasta que no llegó a casa e hizo un poco de zapping no cayó en la cuenta. Estaban todos situados de aquella manera para que se viera el logotipo del banco detrás de ellos, ahí estaba, justo encima del hombro del periodista. Mientras hablaban se desplazaban hacia el borde de la pantalla, inclinándose ligeramente hacia un lado.

«Detrás de mí pueden ver a los empleados del banco que se marchan con sus pertenencias. Muchos de ellos se han pasado todo el fin de semana dentro del edificio, esperando noticias. He hablado con algunos de ellos esta mañana y han manifestado estar en estado de shock. Y lo que dicen es que esto es un tsunami financiero».

El resto fue a ahogar sus penas con los filetes de Bobby Van. Trataron de convencerlo para que los acompañara, pero Bruno no tenía el estómago para filetes. Se fue a casa, se sentó en el sofá y vio cómo su vida se desmoronaba en directo por televisión. Saltó de un canal a otro, digiriendo los cortes de voz, dejando que aquellas frases repetitivas lo fueran aplastando hora tras hora. Todo aquello tenía algún guión, tal vez si lo escuchara lo suficiente llegaría a encontrarle sentido.

No era solo el trabajo lo que había perdido, la mayoría de sus ahorros habían desaparecido con él. La mitad de su sueldo de los últimos casi seis años se había esfumado instantánea e irremediablemente. Lo más curioso era que se sentía bastante lejos de todo aquello. Se podría decir que había incluso una extraña euforia, una subida de adrenalina. Era como el tipo que vuelve del trabajo y encuentra su casa arrasada por un incendio, y lo único que se le ocurre pensar es «lo cierto es que nunca quise nada de todo esto».

Cuesta creer que solo hayan pasado tres semanas. Cuando ahora piensa en el tema, le parece estar recordando la vida de otra persona.

Se ve a sí mismo a través de la mirada de un desconocido. Un hombre bien afeitado con ropa cara que sube las escaleras del metro. Sale a la Séptima Avenida, se para a comprar un café al iraní de la esquina. Ya tiene el cambio exacto. Intercambian cuatro frases y un par de bromas. Luego Bruno da media vuelta y desaparece por las puertas de su oficina, café en mano.

Por encima de su cabeza, un mapa del mundo se movía por la fachada de cristal del edificio como una nube cruzando el cielo. Islas y mares se deslizaban silenciosamente sobre la superficie, con el logo de Lehman Brothers arrastrándose detrás de ellos en una letra negrita enorme. Magnífico, eso solía pensar. Hacía que el corazón se le hinchase en el pecho cuando atravesaba aquellas puertas. Ahora le parece más bien arrogancia, tal demostración de jactancia de supremacía global.

Se ve a sí mismo en su escritorio de la segunda planta, con múltiples pantallas ante él. Sigue la pista de las acciones de las líneas aéreas, escudriña la retahíla de cifras, buscando cualquier cosa inusual. Detrás de él, una pared de cristal. Si mueve la silla hacia un lado ve el tumulto de la Séptima Avenida. Debajo de él, el tráfico denso y los humos y la gente. A la altura de sus ojos, vallas publicitarias y letreros de neón que cambian constantemente. Al otro lado de la calle, se levantan enormes extensiones de cemento, acero y cristal. Y por encima de todo, el vulnerable cielo de Nueva York.

Ahora piensa qué ha estado haciendo estos últimos años. Estaba ahí sentado, esperando a que apareciera otro avión en el horizonte que se dirigiera directamente hacia su edificio de oficinas.

Y en cierto modo lo había hecho.

Más tarde, ese mismo día, Bruno vagará por las calles buscando pequeñas librerías, pero solo encontrará las grandes. Se sentará en un café y leerá todos los periódicos locales para ponerse al día con las elecciones. Se verá obligado a pedir algo que no quiere para cumplir el mínimo establecido. Después paseará por una plaza de la ciudad, se parará un rato a contemplar a unos niños de preescolar con uniformes pintorescos que recogen hojas de otoño. Descansará en un banco junto a un canal cubierto de juncos, sonreirá a los borrachos que se reúnen en el banco de enfrente. Y se preguntará: ¿qué hago aquí?

Ese es el día que tiene por delante, puede verlo desplegado como un camino. Pero no tiene ninguna prisa por embarcarse en él. En vez de eso, permanece sentado en el banco al borde de la playa con la mirada perdida en el mar. Piensa en su pasado, como si fuera un campo que acabara de cruzar. No quiere volver atrás, aunque tampoco está preparado para seguir adelante.

Parece un hombre que ha sufrido un naufragio y ha sido arrastrado por las olas hasta una isla desierta. Tiende la ropa para que se seque al aire y contempla la nueva vida que se le ofrece.

Todavía no está seguro de qué hacer con ella.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## 4

—Me temo que nuestro amigo americano anda merodeando.

Desde la entrada, donde estaba Addie, su padre no parecía más que una silueta troquelada. Un perfil negro recortado contra la luz brillante de la ventana.

—¿Qué te hace suponer eso?

Ella lo miraba con los ojos todavía entrecerrados, medio dormida.

—Esta mañana había un tipo raro ahí fuera, me ha dado la sensación de que nos estaba espiando.

Addie se acercó a la ventana. Echó un vistazo a la entrada de vehículos, pero allí no había nadie.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que fuera él?

—No tengo la menor duda. La barba, los tejanos azules, el porte general. Acabado de salir de una agencia de castings.

Hugh hizo una especie de chasquido con la garganta cuando ella se agachó para besarle la coronilla. Ahora tenía el pelo fino como un bebé y se había aplastado un mechón sobre la calvicie en un intento inútil de disimular, lo que despertó la ternura de su hija.

—No hay mucho más que pueda hacer —se excusó—, además de sentarme aquí y observar. Si estoy aquí sentado el tiempo suficiente, seguro que sucede algo interesante. Todo esto tiene algo de *La ventana indiscreta*.

Aquella era su especialidad, esa costumbre de calificar cualquier situación con el título de una película. Es conocido por su costumbre y la gente bromea sobre la cuestión a sus espaldas.

—Que nadie mencione *Mi pie izquierdo* —había susurrado la hermana de Addie cuando lo visitaron en la habitación del hospital el día del accidente, al ver cómo trataba de pasar la página de su expediente hospitalario con el mentón.

—¿Me tocará hacer de Grace Kelly? —preguntó Addie sonriendo mientras se agachaba para recoger, del cesto junto a la puerta, la ropa sucia de Hugh.

—Eres su vivo retrato, cariño.

El accidente había sido duro para él. Y también desastroso para ella. Estaban unidos por la impotencia ante la situación.

—A mí me gusta tan poco como a ti —le había dicho, antes de que tuviera la oportunidad de quejarse—. De todos modos, solo serán un par de semanas.

Lo habían arreglado todo entre las hermanas, Della y ella. Una conversación casi sin palabras, una decisión rápida en el pasillo del hospital. Addie se había ofrecido y Della se había limitado a asentir. Estaba claro que era lo que había que hacer, y Addie era sin duda la persona indicada, no tenía a quién cuidar excepto a sí misma. Y además, le iría bien tener algo en que ocuparse, eso era lo que pensaba Della. Últimamente había pasado demasiado tiempo sola, y andaba alicaída. Cuidar de Hugh podría ser algo que la distrajera de sus problemas.

Cuando están juntas se refieren a él por su nombre, siempre lo han hecho.

—Imagino que Hugh no será el más fácil de los pacientes —había dicho Della.

Y no se equivocaba.

Addie había ido directamente a su apartamento y había metido algunas cosas en una maleta. Había metido el cuenco de *Lola*, su cepillo y su mantita en una bolsa de supermercado. Había cogido un abrigo y una bufanda y había salido a la calle. Una extraña sensación, cerrar la puerta del apartamento detrás de sí, dejando sellada allí dentro la vida que con tanto

esmero había construido. Sus paredes de blanco lechoso y sus sábanas de algodón blanco y su jabón de azucena. Los potecitos de hierbas frescas en el alféizar de la ventana y la máquina de café expreso y la taza de Nicholas Mosse con violetas en la que tanto le gustaba tomar el café por las mañanas. Había dejado la taza atrás, en el estante. Tampoco se trataba de llevarse su vida consigo. A fin de cuentas, solo serían un par de semanas.

¿Por qué entonces aquella sensación de pavor cuando abrió la puerta del piso del sótano? Al poner los pies dentro había sentido que se le contraía la garganta y que sus hombros se encorvaban hacia delante sin querer. Enseguida había percibido aquel olor a humedad, un olor que parecía filtrarse directamente a través de sus huesos y estremecía incluso el alma. Hasta su perra se había mostrado reacia a entrar. ¡No es para siempre, *Lola*! Eso era lo que le había dicho Addie. Pero su voz había sonado frágil e insegura. Era a ella a quien había que convencer, no a la perra. Había descargado las bolsas sobre la cama y había subido enseguida.

Juntas, Addie y Della habían bajado la cama de Hugh a la sala de estar, desplazado el sofá hacia el comedor y cerrado la puerta de doble hoja. Por supuesto que, de entrada, Hugh refunfuñó lo suyo. Pero ahora Addie empezaba a pensar que aquello le gustaba bastante. Había algo de majestuoso en todo aquel escenario. Concentrar tu vida en una sala, rodeado de todas tus cosas preferidas. Había quedado claro que empezaba a sentirse contento con la nueva distribución cuando pidió que le bajasen el cuadro de Jack Yeats del dormitorio y lo colgasen sobre el aparador.

Hacía una semana del accidente y todavía no había ido ningún amigo a visitarlo. Addie empezaba a preguntarse si tenía alguno. Hugh no parecía echarlos en falta.

—¿Has desayunado algo?

—Sí —dijo él—. El siempre servicial Hopewell me ha preparado una tostada.

Hopewell, el desdichado enfermero contratado para ayudarle a levantarse y vestirse por las mañanas. Naturalmente, Hugh aborrece a

Hopewell. Su desprecio por él se ha convertido en su objetivo principal durante la convalecencia.

Hopewell es de Nigeria. Negro como el as de picas, como diría Hugh.

—Espero no detectar ni un atisbo de racismo en tu actitud hacia Hopewell —le había advertido Addie.

—Todo lo contrario —había replicado Hugh—. Mi posición respecto a Hopewell no tiene nada que ver con el racismo. Supongo que hay muchísimos enfermeros y enfermeras muy capacitados a lo largo y ancho del continente africano, por tanto no entiendo cómo, con tantos millones de posibilidades ante nosotros, hemos tenido que acabar con alguien tan singularmente inútil como Hopewell.

Lo que pueda opinar Hopewell de su padre... Addie siente un escalofrío solo de pensarlo.

Hopewell es alto. Debe de medir más de un metro ochenta. Es negro, negro en el sentido literal de la palabra. Sus ojos son de un blanco crema, su sonrisa azul como los polvos de detergente. Se podría introducir una moneda de un euro por el hueco entre sus dos dientes delanteros.

Hopewell se quita los zapatos en el vestíbulo. Nadie sabe si es una costumbre que ha traído de su país o si cree que es lo que se espera que haga aquí. Resulta un poco bochornoso verlo andar, sin hacer ruido, en calcetines, pero nadie se atreve a decirle nada por miedo a herir sus sentimientos.

Es de Lagos. Cuando Addie le preguntó de qué parte de Nigeria era, pareció desconcertado por la pregunta. Soy de Lagos, dijo, como si no pudiera ser de ninguna otra parte. Les contó que era enfermero en su país y ella lo dio por hecho. Tampoco había modo de comprobarlo.

Suele ser bastante conversador cuando está solo con el paciente, no parece haberse dado cuenta de que despierta una intensa antipatía. O tal vez no le importe. Cuando aparece Addie se queda mudo.

Es puntual. Llega todas las mañanas al dar las ocho. Addie lo oye llamar a la puerta antes de abrir con su copia de la llave. Se embarca con alegría en las rutinas matinales, una serie de deberes que han sido meticulosamente negociados hasta el menor detalle.



—Él podrá desabrocharme el pijama, pero me lo quitaré yo solo. Podrá abrir el grifo de la bañera, pero tendrá que esperar fuera hasta que yo haya terminado. Podrá pasarme la toalla, pero insisto en secarme solo.

¿Había sido Della quien había dicho que era como negociar con una estrella de cine particularmente caprichosa?

Una vez Hopewell lo ha ayudado en lo que Hugh denomina sus «abluciones», le ayuda a ponerse ropa interior y un pantalón de pijama limpios. Luego a ponerse otra ropa encima del pijama. Es un plan excéntrico, pero parece funcionar. Hugh viste su ropa habitual de la cintura para arriba y pantalón de chándal. Una indignidad tremenda, aunque inevitable si quiere ir al baño solo.

Addie se ocupa de él después del desayuno. Recoge el periódico del suelo de la entrada y se lo lleva, lo deja plano sobre el escritorio para que pueda ver la portada. A veces toman el café juntos. Más tarde llega la señora Dunphy. Antes del accidente, Hugh apenas necesitaba que fuera unas pocas horas a la semana, pero ahora va todos los días. Hace las compras y echa al buzón cualquier carta que haya que enviar. Pone una lavadora, plancha un poco. Antes de irse, prepara la comida, que deja en una bandeja sobre el escritorio. Hugh mira por la ventana mientras come.

—Podría llegar a acostumbrarme a esto, señora Dunphy —dice sin volverse.

Es su manera de tratar de ser simpático. Pero ya es demasiado tarde en su relación con ella. La señora Dunphy le saca la lengua al salir de la habitación.

Al atardecer llega Addie con las compras para la cena. Habitualmente algún tipo de comida preparada para dos que pueda ponerse al horno, servirse caliente y pasar por comida casera.

Mientras se calienta la cena, le ayuda a desvestirse en la medida en que él la deja. Le desata los zapatos para que se los pueda quitar. Le ayuda a quitarse el jersey, tratando de no tirar las gafas mientras lo hace. Le desabrocha la camisa, y él consigue quitarse el pantalón de chándal solo. Y como por arte de magia vuelve a estar en pijama, su pudor a salvo.

Hugh se mete en la cama, mientras Addie enciende el fuego y prepara el DVD. Cuando ya tiene toda su ropa doblada y colocada sobre una silla, va a por las bebidas. Una copa de vino tinto y tres dedos de whisky Tyrconnell para él. Hugh tiene un armario repleto de botellas de whisky por abrir, todas ellas regalos de pacientes agradecidos.

Addie le sirve el whisky en un vaso de cristal tallado y pone dentro una pajita de plástico. Hugh no ha tenido más remedio que aceptar la idea de sorber el whisky con una pajita.

Han estado viendo una colección de películas de Bette Davis. Ya han visto *La extraña pasajera* y *Como ella sola*.

—¿Qué te parece si esta noche vemos *La solterona*? —pregunta Addie.

—¿No te sentirás demasiado reflejada?

—Muy gracioso.

No es que Hugh quiera comerle la moral, es que es su forma de ser. Adora a Addie, es su hija favorita. Probablemente sea su persona favorita del mundo.

Antes de irse abajo, Addie le llenó el vaso con agua de la jarra de la mesilla de noche. Comprobó que el bastón estuviera donde tenía que estar, apoyado contra el escritorio.

—Tengo que ir a pasear a la perra. Pero luego vendré a ver cómo estás. Pórtate bien.

Hugh miraba por la ventana.

—Ten cuidado ahí fuera. Él podría estar rondando por aquí.

Llevaba la ropa para lavar al hombro como si fuera un botín.

—Es ridículo —dijo al salir de la habitación—. Es como si fuéramos presos en nuestra propia casa.

Hugh alzó la voz, con la vista fija en la calle.

—No me gusta tu actitud complaciente. No con el enemigo en las inmediaciones. —Ahora disfrutaba con lo dramático de la situación. No tenía nada más que hacer. A pesar de oír que se cerraba puerta, siguió

hablando con Addie como si todavía estuviera en la habitación—. Ese tipo —añadió— tiene algo que me recuerda a *Defensa*.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## 5

Addie lo vio en cuanto cruzó la calle, era imposible no fijarse en él. Un hombre corpulento con una chaqueta forrada enorme y un extraño gorro, allí sentado en el último banco, el que hay junto a los escalones.

La gente no suele sentarse en los bancos a esa hora de la mañana. A esa hora, suelen estar enfrascados en algún tipo de actividad. O pasean sus perros arriba y abajo por el paseo o hacen footing o andan a toda prisa. Siluetas subexpuestas que pasan a tu lado en la penumbra. Suelen estar conectadas a algún tipo de aparato estéreo, u ocultas tras una bufanda grande o algo similar. Nadie presta atención a nadie a esa hora de la mañana, es un acuerdo tácito.

Tal vez por eso él llamaba la atención. Era raro ver a alguien sentado allí en el banco a aquella hora de la mañana. Había algo que no encajaba.

Addie decidió echar un vistazo más de cerca.

Cruzó la calle por el lugar habitual, bajó del bordillo, esperando una pausa del tráfico. ¿Por qué esperar a que el semáforo se ponga rojo? Después de cruzar, cogió a la perra y la pasó al otro lado del muro, y luego pasó ella también. Primero se sentó a horcajadas y después pasó la otra pierna.

Para llegar a las escaleras tenía que pasar a su lado. Se aseguró de no mirarlo siquiera de reojo, se limitó a pasar a su lado y se sentó en el peldaño superior, como hacía habitualmente. Hizo un poco de teatro para quitarle la correa a la perra, a la que habló mientras la desataba.

Aun de espaldas a él, podía sentir sus ojos clavados en ella.

—Ya hemos llegado, bonita. Ahora estate quieta o no podré quitarte la correa, tontita. Ya está, a correr.

Y la perra salió corriendo y bajó hacia la playa describiendo un amplio arco, meneando la cola con alegría desbordada.

Addie se quedó inmóvil durante un minuto en el escalón, las rodillas abrazadas contra su pecho, disfrutando de la visión de su perrita feliz, la playa y aquella mañana preciosa. Había rastros de escarcha aquí y allá sobre la arena, y la perra parecía confundida. Corría de un lado a otro husmeando la escarcha con recelo y levantaba la mirada en busca de consejo, con cara de desconcierto. No podías evitar una sonrisa, estaba tan graciosa.

Desde el banco oyó un ruido que le pareció una risa.

Addie se volvió apenas y miró por encima del hombro. El hombre observaba a la perra perplejo y se reía. Cualquiera habría jurado que la perra que miraba era suya.

Ella no le dio tiempo a hablar. Volvió la cabeza bruscamente de nuevo hacia la playa. Se levantó de un salto, bajó la rampa a saltos hasta la arena. Sacó el lanzapelotas y le dio un buen golpe a la pelota de tenis, que salió volando. *Lola* se lanzó a toda velocidad a por ella, meneando la cola como si fuera la hélice de un helicóptero.

—Vaya, menudo lanzamiento —dijo Bruno con humor.

Addie fingió no haberlo oído. Sacó el iPod del bolsillo y se quedó allí de pie a los pies de la escalera mientras desenredaba los cables. Se conectó, se envolvió la bufanda alrededor del cuello y metió el resto bajo el abrigo, dejando fuera todo el aire frío. Seleccionó un tema y subió el volumen al máximo posible. Luego miró hacia el mar, cerró los ojos y se encaminó directamente hacia el horizonte.

Formaban una bonita imagen allí en la playa, la chica y la perrita. Bruno se sentía feliz solo con verlas.

Era un día precioso. El cielo estaba despejado hasta donde alcanzaba la vista; el agua, de un azul resplandeciente. La escarcha de la playa parecía fragmentos de espejo. Bruno sentía el calor del sol en la cara. Casi tenía calor con aquel abrigo, pero no quería quitárselo. Era una delicia en aquella época del año.

Ahora la chica estaba tan lejos que parecía casi un muñeco, un abrigo negro y palillos negros para los brazos y las piernas.

Bruno la miraba levantar el brazo por encima de la cabeza, volverse hacia atrás y con el lanzapelotas lanzar la pelota de tenis al cielo en un arco perfecto, mucho más lejos de lo que pudiera pensarse que podía llegar. Cada vez que ella lanzaba la pelota, la perra corría a toda prisa hasta los bajíos para recogerla. Ya debía de haber lanzado la pelota un centenar de veces, aunque Bruno no las contaba.

Detrás de ella, haces de luz de color rosa oscuro carnosos atravesaban el cielo. La chica parecía una simple marioneta de sombras recortada contra el resplandeciente telón de fondo.

Ahora estaba de pie, en la orilla, quieta como una estatua. Y así estuvo durante mucho rato. Bruno no pudo evitar preguntarse por qué estaba allí quieta.

Deseó que se volviera.

Hacía frío en la playa, barrida a todo lo largo por un viento feroz. A Addie le ardían las mejillas y sentía la nariz entumecida. Sin embargo, no sentía frío en el cuerpo, aunque la bufanda estaba un poco húmeda por su propio aliento.

Escuchaba a Tom Waits.

*Y fueron días de rosas,  
Poesía y prosa. Y Martha,  
Solo te tenía a ti y tú solo me tenías a mí.*

Tenía ganas de marcharse, pero no podía. Esperaba que antes se marchara él. Imaginó que no podía estarse allí todo el día. De vez en cuando se volvía para escudriñar el paseo, esperando descubrir el banco vacío. Pero él seguía allí. Era como si la estuviera esperando.

Mierda, pensó, si me quedo aquí mucho más rato me congelaré.

Bruno estaba sentado, observándola mientras volvía.

Addie daba saltitos de un lado a otro. Él imaginó, equivocadamente como suele pasar, que trataba de evitar los charcos.

Al principio pensó que hablaba sola. Tenía la cabeza gacha y parecía hablar mientras caminaba. Se preguntó si estaría hablando con la perra, pero la perra no estaba cerca, sino que corría a su alrededor en amplios círculos. Entonces cayó en la cuenta de que no hablaba, cantaba.

Le llegaba en pequeñas ondas, zarandeadas por el viento, como si estuviera girando el dial de una radio tratando de encontrar la emisora. Cuando por fin consiguió una señal clara, no reconoció qué era lo que cantaba, porque desafinaba muchísimo.

Había que desconectarse de la melodía y concentrarse en las palabras. Cuando descubrió qué cantaba, no pudo evitar sonreír. Y la acompañó con la canción.

*Un poco de lluvia nunca hace daño a nadie.*

Ahora, a cada paso podía verla más nítidamente. Llevaba un abrigo negro grueso y una bufanda enorme de colores llamativos con la que se envolvía varias veces alrededor de los hombros. Ahora llevaba un gorro. Bruno dudó si ya lo llevaba antes, era una boina azul marino. Se veía algún mechón de cabellos de color miel sobresaliendo detrás de las orejas.

Tenía una cara alegre, la cara que dibujaría un niño pequeño. Un círculo perfecto, ojos redondos enormes y mejillas sonrosadas.

A Bruno le cayó simpática al instante. Más tarde diría que la amó desde el momento en que vio su cara.

Ella era consciente de que la observaba y que ni siquiera trataba de disimularlo.

Caminaba con la cabeza gacha para evitar mirarlo. Se miraba las zapatillas mientras caminaba.

Addie trató de concentrarse en la música. Tenía que recordarse constantemente que no debía cantar en voz alta. Incluso a aquella distancia, no era seguro. A veces el viento puede transportar los sonidos hasta la misma costa.

Avanzaba dando saltos sobre la arena, seleccionando su siguiente movimiento con atención para aterrizar sobre la concha de una almeja. Le encantaba el crujido que hacían bajo sus pies.

A cien metros del paseo marítimo alzó rápidamente la vista para comprobar que él seguía allí. Entonces trazó una nueva ruta. Seguiría caminando hasta el extremo de la playa, subiría las escaleras junto a la torre Martello, cruzaría la calle por el semáforo y volvería sobre sus pasos por la acera. De ese modo no tendría que pasar a su lado. Podría evitarlo, podría volver sigilosamente a su casa sin que él la viera siquiera.

Era un poco mezquino, pero había que hacerlo.

Deslizó la correa de la perra, que se había colgado al cuello, y se volvió para ver dónde se había metido *Lola*. No había ni rastro de ella. Addie dio una vuelta completa, escudriñando la playa para ver si estaba detrás de ella, pero no estaba. Al volverse hacia la costa la avistó.

Y vaya por dónde, estaba justo al pie de las escaleras. Estaba allí quieta mientras meneaba la cola y esperaba que Addie se uniera a ella. No tenía más remedio que seguirla.

Addie caminaba con la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos. Era consciente de que él la estaba mirando, pero estaba decidida a no levantar la vista. Le pondría la correa a la perra y pasaría caminando justo a su lado. Aun a esa altura, estaba resuelta a evitarlo.

Mientras Addie se acercaba a los pies de las escaleras, *Lola* empezó a corretear en círculos. Al momento estaba sentada sobre las patas traseras, adornando la arena con un gran zurullo. Genial, pensó Addie, de puta madre. Por un momento pensó en dejarlo allí. Pero no podía hacer eso, y menos estando él allí sentado mirándola.

Hurgó en el bolsillo en busca de una bolsa, pero en vez de eso encontró las llaves. Las sacó y se las pasó a la mano izquierda. Siguió hurgando hasta que encontró el rollo de bolsas. Sujetó el extremo suelto del rollo entre los dientes y arrancó una bolsa, que quedó colgando de su boca. Y con el rabillo del ojo lo miraba a él.

Caminó hasta donde *Lola* había hecho sus necesidades, se agachó con la máxima elegancia posible y, utilizando la bolsa como un guante para evitar



cualquier contacto directo, recogió la caca de *Lola*, dobló la bolsa por la mitad, la ató con un nudo y la sostuvo delicadamente a cierta distancia.

Alzó la vista para mirar las escaleras que tenía justo delante. Un rápido vistazo al banco y vio que él la estaba mirando fijamente.

Con las llaves todavía en una mano y la bolsa colgando de la otra, subió lentamente los escalones, intentando mostrarse lo más digna posible en aquellas circunstancias.

Al llegar arriba se puso derecha. Él le sonreía con la mirada, como si ella hubiera hecho algo gracioso. Levantó la mano para saludarla, un gesto familiar, como si la conociera.

Addie esbozó una sonrisa temblorosa, inclinando apenas la cabeza para devolverle el saludo. Luego se irguió y enfiló hasta el contenedor de cacas para tirar la bolsa. Dejó que la tapa bajase sola con un estruendo metálico. Sin siquiera volverse a mirar al tipo, dio media vuelta y siguió su camino por el paseo marítimo, llamando a la perrita para que la siguiera.

Cuando oyó que la llamaba, Addie no daba crédito. No se lo podía creer. No hacía falta que se volviese. Sabía que era él y sintió despertar en ella una ira repentina.

Esto sí que no, se dijo entre dientes. Esto sí que no.

Y empezó a acelerar el paso, dando grandes zancadas hacia el espacio abierto en el muro del malecón.

—¡Eh!

A pesar de la música y del ruido del tráfico podía oírlo.

Desde el extremo del sendero podía verlo con el rabillo del ojo. Estaba ahí, de pie, junto al banco, una silueta ridícula con aquella barba y aquel gorro de chiflado. Levantaba un brazo en una especie de saludo y le gritaba algo.

—¡Espera!

Addie fingió que no lo veía y permaneció en la acera, esperando una pausa del tráfico.

Un coche se detuvo, el conductor le hizo un gesto para que cruzase y ella corrió al otro lado. *Lola* corrió a su lado sin preguntarse por qué.

Ahora era consciente de que él la seguía, oyó la bocina de un coche y luego oyó que le gritaba algo, pero estaba tan turbada que no podía entender qué decía. Y lo tenía justo detrás, no había manera de librarse de él.

Addie se detuvo de golpe y se volvió, tratando de fingir sorpresa. Se quitó los auriculares de uno en uno, los sostuvo en la mano derecha, como quien sostiene unos dados antes de lanzarlos.

—Lo siento —dijo con su voz más gélida—. No lo había oído.

Él se había parado delante de ella y se inclinó hacia delante, apoyando las manos en los muslos y jadeando, con las orejeras del gorro colgando a ambos lados de su cara como las orejas de un perro. No dijo nada, simplemente levantó la mano derecha. Algo pendía entre sus dedos pulgar e índice.

Un juego de llaves de aspecto muy familiar.

Addie se quedó mirándolas. Su mente tuvo que esforzarse para comprender lo que estaba viendo. Bajó la vista a su mano, donde tendrían que haber estado las llaves, y lo que había era la bolsa con caca. De repente cayó en la cuenta de lo sucedido y lo miró horrorizada.

De repente, él parecía tan poco amenazador. Allí, de pie, doblado por el esfuerzo de perseguirla, los ojos marrones levantados hacia ella. Las llaves sostenidas en el aire, como una ofrenda.

Addie se apoyó en el pilar del portón, echó la cabeza atrás y se rio.

Y así empezó todo.

Más tarde, por supuesto, él bromearía sobre aquello.

—Lo que tuve que pasar —diría— para conseguir que esta mujer me prestara atención. Las pasé canutas para que me hiciera caso.

Y Addie sonreiría cada vez que él contaba la historia.

—Casi me sentí obligada a acostarme con él —le contó Addie más adelante a su hermana—. Me porté tan mal que sentí que debía compensarlo.



## 6

Y no es que se acostase con él enseguida. Antes pasaron juntos todo el día.

—¡Me alegro mucho de conocerte por fin, Adeline Murphy!

Bruno estudiaba su cara impasible, parecía realmente encantado, le brillaban los ojos.

Estaban sentados frente a frente a la mesa vieja y maltrecha del sótano. Sendas tazas de café delante de ellos. El café todavía estaba demasiado caliente para beberlo.

Addie sentía un bochorno indescriptible. Incluso ahora trataba de encontrar un espacio en su cabeza donde repasar las excusas que le había dado. No estaba nada segura de haber sido convincente.

—Precisamente anoche escuchamos los mensajes —había dicho—. Íbamos a devolverte la llamada hoy.

El rubor rojo oscuro que le subía a la cara delataba la mentira. Addie siempre se había sonrojado con facilidad, lo que era una fuente de mortificación constante.

—¡No puedo creerme que seas el primo! —había exclamado en un intento desesperado por redimirse—. No se me habría ocurrido jamás. Pensaba que eras un desconocido que me acosaba.

Mientras ella iba inventando excusas, él asentía educadamente con la cabeza. Y no dejaba de sonreírle con los ojos. Parecía divertido por la situación.

Era más guapo de lo cabía pensar a primera vista. La barba era un poco engañosa. Tenía el pelo negro y blanco, con la barba más oscura que los

cabellos de la cabeza. Unos ojos bonitos, que, curiosamente, se destacaban más por la barba. Diez años atrás debía de haber sido muy guapo. Ahora parecía ser la caricatura de sí mismo, con ojeras y papada.

Addie tenía que recordarse continuamente que eran parientes. No parecía que fueran de la misma familia. Ni siquiera parecía que fueran de la misma especie.

Él era de Nueva Jersey y parecía sorprendido de que ella no lo supiera.

—Springlake, Nueva Jersey —había dicho orgulloso—. La ciudad más irlandesa de América.

Addie hizo una mueca de disgusto. Bruno pareció desconcertado.

—¡No me crees!

Pero no era que a Addie le costase creer en lo que decía. Era algo que Bruno no entendería jamás. No quería creerlo.

Para Addie, la América irlandesa era algo con lo que no quería tener nada que ver. Los americanos de origen irlandés eran gordos con pantalones a cuadros y gorra de béisbol, bajaban de los autocares de turistas en la calle Nassau y andaban como patos hasta Blarney Woollen Mills para comprar jerseys de Aran. Gente de cara colorada en zapatillas deportivas que rondaba por la Biblioteca Nacional tratando de descubrir su árbol genealógico. Personas que asistían a cenas para recaudar fondos en salones de baile de hoteles en Boston y Nueva York, y que decían estupideces sobre el Norte. Hablaban demasiado alto y pronunciaban mal todos los nombres de lugares. La sola idea de un estadounidense de origen irlandés en busca de sus raíces bastaba para hacerte sentir un escalofrío.

Por supuesto, Bruno no parecía darse cuenta de las connotaciones negativas que suscitaba. No tenía ni la menor idea de todos los prejuicios y resentimientos mezquinos que despertaba. Él tenía la impresión de que no había nada de qué avergonzarse.

—Mis hermanas han sido todas campeonas de bailes irlandeses —dijo sonriente—. Mi hermana Megan todavía enseña en la Academia Lynn de Danza Irlandesa de Audubon, Nueva Jersey.

Y Addie volvió a estremecerse, pensando, ¿dónde me he metido?

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Trabajar un poco, supongo.

Dios mío, qué mal que mentía.

—Es una lástima quedarse en casa cuando fuera brilla el sol. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas tomarte el día libre?

Los estadounidenses y su sentido de posibilidades infinitas pillaron a Addie desprevenida y no se le ocurrió ninguna excusa lo suficientemente rápido. Tampoco quería inventar ninguna excusa.

—Oye —le dijo—. Soy arquitecta. Probablemente podría cogerme todo un año libre.

Bruno pensó que Addie bromeaba sobre lo de nadar.

—Sí, hace un día fantástico para darse un baño —había dicho él riéndose.

Ella lo dejó esperando en el coche mientras subía a ver a su padre. Había dejado el motor en marcha, de modo que la calefacción se pondría en marcha mientras la esperaba. Muy considerado de su parte.

Bruno se inclinó hacia delante para volver a poner la radio. Hablaban de las elecciones. Tenían en línea a un tipo de la NPR y hablaban del debate del miércoles por la noche. Quién había ganado, quién había perdido. Las encuestas de la CNN y las encuestas de la CBS decían que había ganado Obama, sin duda. McCain había perdido, se había pasado al lado oscuro y había perdido. Aunque eso no significaba necesariamente que fuera a perder las elecciones, decía la presentadora. Y volvió a entrar el periodista. No, señora, lo único que significa es que ha perdido el debate. Lo que ocurra en las elecciones es algo que no sabe nadie.

Bruno alargó el brazo y volvió a apagar la radio. Se quedó allí sentado en el silencio ronroneante y dejó que le llegase el aire caliente. Aspiró por la nariz y espiró luego el aire lentamente. Resultaba difícil no alterarse con el tema. Incluso a tanta distancia, resultaba difícil no alterarse.

¿Por qué se preocupaba tanto? A veces ni siquiera él mismo lo entendía. Le había pillado desprevenido, como todo en su vida. Él no era un animal político, nunca se había considerado comprometido políticamente. Lo

habían educado como demócrata, del mismo modo que como católico. Pero la idea de implicarse en política le repugnaba. Bruno no era de los que llevan insignias en la solapa ni pegatinas en el parachoques. Él era un observador, eso era lo que se había dicho siempre. Simplemente un observador interesado. Pero cuánto más observaba, más se veía implicado, ese era el problema. Especialmente aquellos últimos años, parecía que había muchos temas en los que implicarse.

Estaban la guerra de Irak y la guerra de Afganistán y no había nada que vinculase Irak con Afganistán ni con el 11-S. Era esa falta de lógica la que alteraba a Bruno. Los habían engañado y eso ofendía su sentido del orden. Nadie más que él parecía haberse dado cuenta. Cuando hablaba del tema en el trabajo todos parecían incómodos o se lo tomaban a risa. Bueno, ¿qué otra cosa cabía esperar? Todos ellos republicanos sin excepción, lo único que les interesaba eran las repercusiones que tendría sobre los impuestos. Luego estaba Sarah Palin, que era como un chiste malo, excepto que a Bruno no le hacía ninguna gracia. Solo de pensarlo se volvía loco. Obama tenía que ganar, sin duda tenía que ganar.

A Bruno le distrajo el ruido de un portazo. Se volvió y vio a Addie bajar las escaleras con un montón de toallas enrolladas bajo el brazo.

O sea que lo de nadar no era broma.

Nadar es un rito para ella. Es algo que lleva muy dentro. Es nadadora.

Por eso lleva siempre el pelo corto, por eso siempre huele a cloro. Siempre hay bañadores y toallas colgando de los radiadores y distintos tipos de gafas de natación en la guantera del coche. Una enorme piscina enmarcada de David Hockney en la pared de la cabecera de la cama. Un año, por Navidad, Della le regaló una colección de películas de Esther Williams. Addie las ha visto cientos de veces.

En invierno nada en la piscina. Pero de junio a octubre también en el mar. Planifica su vida según las mareas. Siempre sabe cuándo hay marea alta. Nunca tiene que consultarlo en el diario.

Nada en Seapoint o en Forty Foot, incluso nada en el club de natación Half Moon, en South Wall, donde ya no se baña nadie. Está junto a una planta de tratamiento de aguas residuales, justo debajo de la central eléctrica, tal vez sea eso lo que hace que la gente tenga cierta aprensión. Prefieren nadar al otro lado de la bahía. Aunque tal como lo ve Addie, es el mismo mar. La gente nada en el maldito Mediterráneo, la gente nada en el Ganges, por el amor de Dios.

Desde junio hasta finales de agosto hay socorristas de servicio, pendientes de que no entre ningún perro. Pero hacen una excepción con *Lola*. Se ha ganado sus respetos.

Es la elegancia con la que nada, con el cuello erguido para mantener la cabeza fuera del agua. Es la distancia que recorre, en todo momento junto a Addie. El único indicio de cansancio son sus jadeos. Traza amplios círculos en el agua, como una barca de remos, por simple placer.

—¡Qué perro tan extraordinario!

Era el cumplido más bonito que le habían dedicado jamás a *Lola*. Salían juntas del agua después de un baño. Había dos ancianas sentadas en bañador en un banco de piedra y una de ellas le dijo a la otra, qué perro tan extraordinario. Y Addie se sintió muy orgullosa de ser la dueña de aquel perro extraordinario. *Lola*, la perra nadadora.

Desde la carretera, el mar se veía brillante, azul y atractivo. Pero ahora que estaban ante él, era de un horrible gris piedra. Olas enormes, de aspecto frío y claramente poco tentadoras. Bruno empezaba a cambiar de idea.

Addie, por supuesto, se metió directamente. Se desvistió, dejó la ropa en el suelo, bajó por la rampa, entró en el mar como si no hubiera diferencia entre el aire y el agua, como si fueran un mismo elemento.

Ahora, la perra y ella ya estaban mar adentro. Bruno podía ver la cabecita mojada de la perra debatiéndose junto a Addie. Ella le hablaba, aunque él no podía oír lo que decía, palabras de ánimo, sin duda.

Bruno sintió una punzada de celos. Ojalá me estuviera dando ánimos a mí, pensó.

Le costaba creer que estuviera haciendo aquello. Incluso mientras descendía lentamente la rampa helada, agarrándose a la barandilla como si



le fuera la vida, le parecía increíble estar haciendo aquello.

Sus calzoncillos se agitaban al viento, el pelo del pecho estaba rígido, petrificado. Se le habían encogido las pelotas. Le preocupaba su corazón.

Tal vez sea así como termina todo, pensó, tal vez sea esto. Comportándose como un idiota para impresionar a una chica. Por supuesto, sería un bonito final.

—Vamos, entra —decía ella sin poder contener la risa. Estaba haciendo el muerto, como si estuviera en el Caribe, y se divertía provocándolo—. ¿No me digas que hay algo que te detiene?

—Solo el miedo a morir —respondió con un bramido.

Luego levantó los brazos por encima de su cabeza, respiró profundamente y se lanzó al agua.

Llevaba tres días en el país y allí estaba ahora, nadando en un mar gélido con la loca de su prima. Allí estaba la torre Martello dominándolo todo.

—¡Me siento como si estuviera viviendo la experiencia *Ulises*! —gritó Bruno una vez recuperado del shock térmico.

Addie se balanceaba en el agua a su lado. El pelo aplastado contra la cabeza, las pestañas largas y puntiagudas y los ojos grandes y brillantes, parecía una foca.

—¡Nunca pasé del primer capítulo! —gritó como respuesta, su voz rebotaba en la superficie del agua—. Es más un libro para chicos, ¿no?

Bruno se echó de espaldas y pataleó con las piernas furiosamente para entrar en calor. El chapoteo le satisfizo enormemente. Empezó a sentir una oleada de calor recorrer todo su cuerpo.

La sensación no duró. Pocos minutos después comenzó a perder la sensibilidad de las piernas. Quería orinar, pero no podía, su vejiga parecía congelada. Volvió hacia la costa nadando crol. Tuvo que flotar en posición vertical durante un minuto hasta dar en la rampa con el dedo gordo del pie. Se impulsó hacia fuera apoyándose en la barandilla oxidada y se arrastró tambaleante por la piedra resbaladiza con los calzoncillos mojados, la piel

ardiendo al entrar en contacto con el aire. Se secó con la camiseta y se embutió como pudo los tejanos y el jersey. Los pantalones se le pegaban constantemente a la piel empapada cuando trataba de subírselos.

Se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la base de la torre. Cerró los ojos y saboreó aquel sol pálido en la cara. De vez en cuando abría un ojo y escudriñaba el mar intentando descubrir a Addie.

—En realidad no soy tu prima, ¿verdad?

Bruno habría jurado que había algo insinuante en el tono con que lo había dicho.

—Sobrina segunda.

—Ah, bueno, aquí esas cosas no cuentan —había dicho ella.

Y él había sonreído.

Ahora podía ver su cabeza emerger del agua y volver a desaparecer. La cabecita de *Lola* resoplaba a su lado. Detrás de ellas, mar gris y más mar gris. Y más allá del mar, la delgada línea del horizonte, y por encima de él, el cielo.

Addie nadaba crol paralelamente a la costa, con brazadas cortas aunque impetuosas. Cada dos por tres se volvía para dar ánimos a la perra. La visión de aquella bestezuela leal nadando junto a ella nunca dejaba de emocionarla.

Cuando volvió la cabeza hacia el otro lado pudo ver a Bruno allí sentado tomando el sol. Sin el gorro de cazador y el enorme abrigo parecía casi normal.

Aquello era el principio de un idilio, eso Addie lo tenía muy claro. En cuanto saliera del agua tendría que retomarlo por donde lo habían dejado antes del baño. Seguramente se acostaría con él, tal vez más tarde aquel mismo día.

De repente se sintió abrumada ante la perspectiva.

No se sentía con energías para alguien nuevo. No tenía energías para todas las preguntas que habría que plantear y todas las respuestas que habría de dar. El entusiasmo y la fe en sí misma para presentarse una vez más, para

mostrarse tal cual era y presentar su historia como algo atractivo, positivo y adorable. Recordó que no se había afeitado la línea del bikini desde hacía semanas y de repente se sintió sin energías para nada de aquello.

Se puso de espaldas con los brazos extendidos a ambos lados y se sumergió nuevamente en el mar, el trasero, las caderas y la barriga primero, dejando que el peso de su torso hundiera las extremidades en el agua.

Se dejó hundir como una muñeca de trapo, sacando el aire por la nariz para no flotar. Abrió los ojos y vio sus propias piernas sobresaliendo del agua delante de ella. Su piel blanquizca de aspecto inquietante, como la piel de una persona ahogada. Por un instante se preguntó si debía dejarse hundir sin más. ¿Tendría el valor de no salvarse a sí misma? ¿Cambiaría de opinión cuando ya fuera demasiado tarde?

Una parte de ella sentía curiosidad por comprobarlo. Pero sin siquiera haber tomado la decisión, se encontró de nuevo dando la vuelta en dirección a la superficie, la cara de frente como la proa de un barco y los brazos empujando el mar hacia abajo a ambos lados.

Luego emergió a la superficie. Por encima de la línea ondulante del agua pudo ver a Bruno de pie, escudriñando el agua en su busca.

Addie sacó el brazo del agua para devolverle el saludo.

Ambos tenían frío después del baño. Necesitaban una pinta para calentarse. En cuanto el camarero la dejó sobre la mesa, Bruno alargó el brazo para cogerla.

—¡No! —gritó Addie.

Bruno la miró desconcertado.

—No puedes bebértela hasta que repose —dijo Addie señalando el horizonte nuboso entre la cerveza negra y la espuma blanca—. Es parte del placer —añadió Addie—. La expectativa.

Y Bruno se quedó absorto mirándola desde el otro lado de la mesa con sus ojos oscuros centelleantes. Estaban allí sentados los dos, mirándose y tratando de no sonreír.

De regreso, Addie condujo deprisa.

La calefacción estaba muy alta dentro del coche, por lo que tenían que alzar la voz para oírse. Al rato dejaron decaer la conversación, los silencios fueron cada vez más largos, no parecía haber ninguna necesidad de hablar. Fuera, el día oscurecía poco a poco. La ciudad entera parecía sumergida en tinta azul oscura.

Cuando cruzaron la vía del tren y salieron a Strand Road ya era noche cerrada y la playa no era más que un espacio oscuro a su derecha. Addie dejó que el coche pasase de largo ante las puertas abiertas de la entrada de vehículos y lo aparcó en la calle. Apagó el motor y se quedaron allí sentados un momento, conscientes del silencio.

—Así pues —dijo ella—, ¿quieres entrar o no?

Él no lo dudó.

Sí, sí.

Bruno bajó del coche, cerró la puerta suavemente y la siguió sobre la gravilla crujiente, bajaron la escalera lateral y entraron por la puerta del sótano.

Y entonces, después de haber pasado seis horas seguidas en mutua compañía, después de haber descubierto todo lo que había que saber sobre el otro en un solo día, entonces se acostaron juntos.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## 7

Es algo muy personal, eso de acostarse con alguien.

Se lo habían dicho cientos de veces, de cien de maneras diferentes. Era lo que siempre insinuaban las monjas, hacía ya muchos años. Y había una verdad fundamental en lo que decían. ¡Ah, cómo le gustaría ahora haberles hecho caso!

No te entregues fácilmente, eso era lo que solían decir. No te vendas barato. Tu cuerpo es un templo. Addie recuerda la hilaridad en los vestuarios, cómo se mofaban de las monjas a sus espaldas. Cómo imitaban sus acentos, cómo se burlaban del tono santurrón. Dieciséis años y ya eran veteranas en un mundo que las monjas jamás conocerían.

Las chicas tenían un vocabulario diferente para hablar del tema. Tenían expresiones para restarle intimidad al asunto. Hablaban de darse el lote con alguien, y cuando fueron un poco mayores de tirarse a alguien y al final de lo único que hablaban era de montárselo. ¡Cómo se deleitaba Della con todas aquellas expresiones tan vulgares!

Aún hoy, a Della le encanta rememorar su pasado más soez. Le encanta recordar todas sus conquistas, cuanto más sórdido mejor. Recuerda a los organizadores de espectáculos y a los hombres de negocios de paso y a los conferenciantes universitarios, recuerda el dónde y el qué y el cómo y se ríe a pierna suelta al recordarlo. Sus años locos, le va bien recordarlos. Ahora que los ha dejado definitivamente atrás.

Qué diferente es para Addie. Ella recuerda sus intimidades del pasado con horror. La atormentan. La degradan. Tiene flash-backs. Cosas que dijo,

cosas que nunca tendría que haber dicho. Cosas que sugirió en un momento de pasión. Actitudes impulsivas, que jamás podrá superar.

Como cuando fue a esperar a un novio al aeropuerto. Addie llevaba un abrigo largo sin nada debajo. Ni bragas, ni sujetador, solo un par de botas altas de ante y el abrigo con el cinturón bien ceñido alrededor de la cintura. Llevaba días planeándolo. Todo el tiempo que él estuvo fuera ella imaginó cómo se lo susurraría al oído en la zona de llegadas. Cómo él deslizaría la mano dentro del abrigo, simplemente para comprobarlo. Cómo dejaría que se abriera el abrigo mientras conducía, cómo él no podría quedarse quieto en su asiento. Se vería obligada a empujarlo hacia su lado del coche, para evitar un accidente.

El problema fue que no acabó así. Sus maletas no salían y tuvieron que esperar en el aeropuerto durante horas, ella temiendo que se le abriera el abrigo, y cuando finalmente subieron al coche estaban riñendo y Addie helada de frío, con la carne de gallina. Addie lo dejó en la ciudad. Siguieron viéndose aún durante algunas semanas más, pero ambos sabían que todo había terminado. De vez en cuando ahora se topa con él en el supermercado, hablan de cosas sin importancia, los dos hijos de él sentados en el carrito, y Addie quiere morirse.

Estos recuerdos borbotan, se cuecen a fuego lento en su mente como un estofado envenenado. Una proposición desestimada, un malentendido por una tarjeta de San Valentín. Un mensaje de texto sugerente, enviado a un cliente por equivocación. ¿Estas cosas les ocurren a los demás o solo a Addie? ¿Los otros se recuperan de estas situaciones?

Es una especie de hemofilia, las heridas parecen no cerrarse nunca.

Siempre es el pasado lejano lo que la mortifica. Son las cosas pequeñas más que las cosas grandes. Quizá porque el pasado reciente es demasiado doloroso, ni siquiera se atreve todavía a hablar de él.

La simple mención del tema la marea, como si estuviera en la cubierta de un barco y el suelo se inclinara bajo sus pies. No sabe qué vocabulario utilizar para contar la historia, nada de lo que intenta decir le deja buen

sabor de boca. Todas las palabras que logra pronunciar parecen demasiado duras y demasiado bruscas, como guijarros en su lengua.

En su cabeza, sigue siendo una película muda.

Allí está ella, tiesa como una momia en la cama del hospital, con la cabeza apoyada en una pila de almohadas, los brazos desnudos sobre las mantas.

Unos tubos la inmovilizan, un tubo grueso de drenaje de plástico elimina la mugre de la herida de su abdomen, un tubo fino le suministra antibióticos a través de una aguja que le han insertado en el dorso de la mano. Un feo moretón sube hacia su muñeca como una mancha. El esparadrapo que sujeta la aguja en su lugar le pica, está arrugado y es irregular. Addie ansía quitárselo, pero teme desplazar la aguja. No quiere ser una molestia. Trata de pensar en alguna otra cosa, cualquier cosa que la distraiga.

A la izquierda de su cama hay una amplia ventana rectangular. Una hilera de jarrones vacíos alineados en el alféizar. Fuera de la ventana una lluvia sin fin. Si vuelve la cabeza hacia la derecha puede ver su mesilla de noche, coronada por las rosas amarillas que le llevó Della, los lirios de su padre, las postales hechas por las niñas.

No habían llegado flores de David, solo una serie de mensajes de voz sin aliento, una letanía de excusas y promesas. A ver si puedo escaparme mañana, le había dicho cuando ella le había devuelto la llamada, hay un vuelo a primera hora de la mañana. A todo el mundo le encantaba la exposición, le había dicho. Había una galería de Nueva York interesada.

Genial, le había dicho ella. Me alegro por ti.

Sus obras eran una porquería, eso Addie siempre lo supo. Aunque nunca lo hubiera admitido antes. No parecía importar, no hasta que se encontró postrada en la cama del hospital. Fue en el hospital donde, de repente, todo pareció cobrar importancia.

A un hombre solo se lo pone a prueba unas pocas veces en la vida, eso fue lo que dijo Hugh más tarde. Raramente reconocerá la prueba cuando se le presente. Y para cuando caiga en la cuenta de que era una prueba, ya será

demasiado tarde. Pero su comportamiento en ese momento será lo que lo defina. Eso lo retrata. No hace falta decir que David no superó la prueba.

Sí que la llevó al hospital. Para ser justos, llegó incluso a la sala de espera con ella. Y esperó con ella hasta que la vio una enfermera. Pero llegaba tarde al aeropuerto y si perdía el vuelo se perdería la inauguración. No podía perderse la inauguración, Addie lo entendía, ¿verdad? Mientras se la llevaban para examinarla, él ya estaba en la calle, con los ojos desorbitados, haciendo señas a un taxi para que parase. Mientras el médico señalaba la pantalla y le mostraba a Addie el líquido que inundaba su cavidad abdominal, mientras le indicaba por dónde se filtraba hacia el pecho, lo que explicaría el dolor debajo de las clavículas, mientras le explicaba la extensión de la hemorragia interna, David estaba sentado en el taxi, atravesando como un bólido el túnel del puerto hacia el aeropuerto. Mientras la preparaban para cirugía, mientras le decían al anestesista que se apresurase, que no había tiempo que perder, él volvía a tratar de llamarla al tiempo que hacía cola en el control de seguridad del aeropuerto. Ya me dirás cómo va todo, dejó dicho en el contestador automático. Luego apagó el móvil antes de ponerlo en un cesto sobre la cinta automática del escáner.

Trató de llamar una vez más antes de embarcar, pero ella no cogió el teléfono. Pidió un vodka con tónica cuando pasó el carrito de las bebidas. En cuanto se terminó la bebida se quedó dormido. La azafata tuvo que despertarlo para decirle que enderezase el respaldo del asiento para el aterrizaje. Cuando volvió a llamar desde la recogida de equipajes fue Della quien respondió al teléfono, en un tono marcadamente glacial. Habían podido salvar a Addie, le dijo, pero no al bebé.

Ojos que no ven, corazón que no siente. A David, en ningún momento, se le había pasado por la cabeza que aquello fuera una prueba. Ni por un segundo se le ocurrió que tuviera algo que reprocharse. Ni siquiera cuando se presentó en el hospital tres días después, con una caja de bombones del duty-free en la mano, la crítica del *Independent* londinense plegada en el bolsillo para enseñársela.

Llegó en el momento más inoportuno. En cuanto salió del ascensor, se topó con Hugh.



David fue directamente del hospital a la comisaría más cercana de la Garda, la policía irlandesa, y denunció que lo habían agredido. Los agentes no tuvieron más remedio que acudir al hospital. A fin de cuentas, se había presentado una denuncia. Tenían que interrogar a todos los testigos. Siguieron a Hugh a su despacho para charlar, las suelas de sus enormes botas chirriaban en el suelo de linóleo.

Hugh lo admitió sin más, no se arrepentía en absoluto.

—Le he dado una buena paliza, eso es todo —dijo—. Se lo merecía. Ese tipo es un canalla —añadió a modo de explicación—. Un canalla y un sinvergüenza.

Los agentes sonrieron ante aquel lenguaje de capa y espada. Parecían divertidos por el asunto en general. Para ellos era un pequeño alivio, un descanso de borrachos y yonquis. Ambos se acercaron a estrecharle la mano antes de guardar sus libretas en el bolsillo de la chaqueta y marcharse lentamente.

No pensaban llevar aquel caso más lejos. Nunca se sabe cuándo se puede necesitar a un médico.

Eso fue lo último que supieron de David. Jamás se atrevió a volver a aparecer.

Cuando Addie volvió a casa del hospital, recogió sus cosas y las empaquetó en una caja de cartón. Tampoco había mucho que empaquetar, algunas camisetas, dos pares de tejanos negros, algunos calcetines raídos. También una bufanda delgada de lana que a ella siempre le había gustado, y esa se la quedó. Un cuadro que le había regalado unas navidades. Lo descolgó, lo envolvió en plástico de burbujas y lo metió en el maletero de su coche. Pensaba en devolvérselo alguna vez. O tal vez sería más sencillo donarlo a alguna organización benéfica.

Estuvo varias semanas conduciendo con el cuadro en el maletero del coche. Y un buen día, sin pensarlo, paró el coche y lo tiró en un contenedor

junto a la carretera. No lo hizo por ira, ni por amargura, ni por despecho. Si no porque simplemente nunca le había gustado aquel cuadro, lo había colgado en la pared por educación. Estaba segura de que jamás valdría nada.

—Buen viaje a la basura —decía Della siempre que salía en la conversación.

—¿David? ¿Quién era David? —preguntaba Simon, tratando de hacerse el simpático.

—Yo me encargué de despedirlo —afirmaba Hugh orgullosamente—. Puse fin a sus correrías.

Y no era que a Addie le supiera mal que él se hubiera ido, porque no era así. Sabía que no era bueno, sabía que había suspendido la prueba. Solo que nadie había pensado jamás en preguntarle a ella qué pensaba.

A ninguno de ellos se le había ocurrido preguntárselo.

¿Había amado a David? En ese momento diría que no. Sin duda le había gustado, era su tipo, con el pelo largo, desgarrado y de aspecto poco formal. Se había sentido halagada cuando la invitó a salir por primera vez. No estaba segura de qué había visto en ella, pero había sido confortante pensar que tenía que haber algo.

Addie se adaptó fácilmente a su ritmo. Solían hacer la ronda de inauguraciones de galerías y clubes nocturnos. Iban a cenas en casas donde la gente fumaba porros sin esconderse sentados a la mesa y bebía cantidades ingentes de vino tinto. Los fines de semana se quedaban holgazaneando en casa para pasar la resaca. Comían platos para llevar y miraban mucho la tele. Y entre las fiestas y las resacas lograban hacer un hueco para trabajar un poco. Ninguno de los dos tenía grandes expectativas con respecto al otro y eso les daba una sensación de seguridad agradable. Pero no, ella ni por un momento había albergado la ilusión de estar enamorada de él.

Lo peor de todo era que había desperdiciado seis años de su vida con él.

Tras separarse de David, Addie se dedicó en cuerpo y alma al trabajo. Era su manera de olvidarlo, trabajaba, trabajaba y trabajaba.

Se habían puesto de moda las ampliaciones, todo quisqui parecía querer ampliar su casa. Todos querían el mismo tipo de ampliación. Querían cocinas americanas con mucha luz, con la encimera en el centro y puertas de cristal que dieran a lo que quedaba de sus exiguos jardines. Querían ventanas Velux, pinturas de colores terrosos y tejas de diseño. De modo que Addie les daba exactamente lo que querían.

Y de pronto, casi de la noche a la mañana, el trabajo se acabó.

La primera semana de agosto, el teléfono dejó de sonar. Addie pensó que tal vez todos se hubieran ido de vacaciones, pero luego llegó septiembre y nada. Addie supervisó las obras de construcción de sus últimos pocos trabajos, acabó con los arreglos pendientes y luego ya no tuvo nada que hacer.

Para su sorpresa, descubrió que no le importaba lo más mínimo. Se sentaba a su mesa de dibujo como hacía siempre sin que el teléfono le molestara en absoluto. Se libraba de todas aquellas consultas espantosas, de las cafeteras sin fondo de café, del inacabable estudio de las cartas de colores y de las interminables discusiones sobre la idoneidad del mármol travertino para el suelo de la cocina. Tenía que ser muy disciplinada para permanecer ahí sentada, asintiendo sin cesar con la cabeza, como si le importara un carajo. Era lo único que podía hacer para no saltar ni chillar. No me importa, tontolaba. Eso era lo que siempre le habría apetecido decir, ¿qué coño importa?

Addie no necesitaba su dinero, lo que hacía mucho más difícil soportar la situación. Tenía el piso pagado, sin ninguna hipoteca sobre él. Y todavía le quedaba bastante del dinero de su madre para ir tirando. Además, ella vivía prácticamente sin nada.

De modo que cuando se acabó el trabajo, a Addie no le importó. Sacó todas aquellas cartas de colores de su carpeta y las enganchó en la pared encima de su escritorio. Era algo hermoso de ver, cuando las liberabas de su propósito y les permitías existir por su cuenta.

Colocó los botes de tinta en el alféizar de la ventana junto al escritorio, donde les daría la luz. Ahora, a primera hora de la tarde, cuando les toca el sol, brillan como cristales de colores de una belleza asombrosa. Le cuesta

decir cuál es su favorito. Es incapaz de decidirlo. Se sienta allí e intenta elegir uno. El verde manzana o el azul cobalto. El violeta con el dibujo de una ciruela en la etiqueta. Amarillo sol y amarillo canario, y escarlata y siena tostado. Algunos le encantan por el nombre. El carmín y el viridiana y el vermellón. De otros le gustan las etiquetas. La araña de patas largas de la tinta negra india y la rana del verde brillante. Le encantan esas tintas, le basta con mirarlas para ser feliz.

Le encanta ordenar sus lápices de colores, agrupar los azules y los verdes y los violetas en un tarro de mermelada. Los colores alegres en otro tarro, los amarillos y los rojos y los naranjas amontonados en un batiburrillo divino.

Sabe que es una forma estúpida de perder el tiempo, pero le produce placer y no le hace ningún daño a nadie. Placeres inofensivos, es lo que se dice a sí misma. Por fin estoy descubriendo la alegría de los placeres inofensivos.

A veces Della se pregunta si Addie no será un poco autista. Un autismo de tipo leve, algo que jamás se ha diagnosticado. Por el modo en que alinea sus tazas en el estante, bocabajo, con todas las asas en la misma dirección. Por la forma en que se ríe cuando las niñas mezclan sus lápices de colores, que sabes que se pasará toda la tarde ordenando.

—Me encanta el modo en que utilizas la palabra «leve» —dice Hugh con un bufido.

Della le hace burla al respecto.

—Monica —le dice—, ya vuelves a ser Monica.

Y Addie se ríe y se hace la ofendida. Pero en realidad a Addie no le importa ser Monica. Es una persona ordenada, siempre lo ha sido. Ahora raya en lo patológico. Placeres inofensivos, se dice a sí misma, mientras mete un calzador en cada uno de sus zapatos y los alinea en un estante en la parte inferior del armario de la ropa.

A veces se siente como si estuviera poniendo sus asuntos en orden antes de partir de algún modo. Imagina que su vida se está agotando y se limita a ocupar el tiempo.

¿Sabes cuando estás en una boda o en una cena con baile y deseas que termine para poderte ir a casa?

El aperitivo con champán ha sido agradable, la comida era buena. Pero ahora se ha acabado la comida y se han apartado las mesas para dejar espacio para el baile. Tú sigues sosteniendo la última copa de vino, has estado hablando con alguien durante la comida, pero ahora ha salido a fumar y te has quedado sola. Es demasiado pronto para marcharte, sería de mala educación marcharse ahora. Pero en cuanto empiece a tocar la banda, en cuanto la gente salga a la pista de baile, podrás escabullirte. Puedes susurrarles adiós a los anfitriones. O tal vez levantarte para ir al baño y luego seguir más allá, segura de que de todos modos nadie se dará cuenta.

La banda toca un popurrí de los Beach Boys, los hombres lanzan sus chaquetas y las mujeres se quitan los zapatos para poder bailar en medias.

Tú estás de pie junto a la puerta, con el abrigo colgado del brazo, y escudriñas la sala para comprobar si hay alguien de quien tengas que despedirte. Pero nadie parece darse cuenta de que estás por marcharte.

Estás a punto de escabullirte. Pero justo en ese momento la banda empieza a tocar tu canción favorita. No simplemente una canción a la que le tienes cariño, sino tu canción favorita de toda la vida, aquella que siempre te da ganas de bailar. La canción que te hace olvidar todos los problemas y te hace querer vivir. Estás de pie ahí en la puerta y no sabes qué hacer. ¿Te quedas o te vas?

Allí es donde estaba Addie cuando conoció a Bruno.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## 8

Se despertó por un estruendo ensordecedor, un golpe feroz en la puerta. Un aporreo, un tamborileo irregular. Addie tenía una idea aproximada de quién podía ser.

Miró a Bruno, pero Bruno estaba acurrucado, el edredón cubriendo la cabeza. El dormitorio estaba a oscuras, las cortinas descorridas. Imposible saber qué hora era. Addie apoyó la cabeza en la almohada, cerró los ojos y confió en que dejaran de golpear. Aunque, por supuesto, no lo hicieron.

Más golpes. Golpes de puños pequeños, el sonido hueco de una manita regordeta golpeando la puerta. Addie rodó hasta el borde de la cama y se quedó allí sentada un instante, tratando de orientarse antes de cruzar tambaleándose la sala de estar hasta el vestíbulo. Abrió la puerta solo una rendija, dejando el cuerpo detrás y asomando la cara por la abertura.

—¿Por qué pensé que seríais vosotras?

Daban brincos. Era una visión mareante a aquella hora de la mañana, de un rosa cegador y actividad frenética.

—Tenemos un pez, tenemos un pez.

Era Stella la que sostenía la pecera y se dirigía a gritos a las demás.

—¡Basta! Se os va a caer. Y si se derrama, os mato. Quiere conocer a *Lola* —dijo dirigiéndose ahora a Addie—. ¿Le podemos presentar a *Lola*?

—*Lola* se lo comerá —dijo Elsa secamente, con una vocecilla ronca.

—Lo llamaremos *Lola*.

—¡No, no lo llamaremos así! —gritó Stella—. Es mi pez y lo llamaré como yo quiera.

—Ni siquiera sabemos si es chico o chica.

—Cariños, vuestro pez es encantador, pero no podéis entrar —dijo Addie—. Es demasiado temprano y todavía no estoy vestida.

Las chicas se quedaron allí mirándola con cara de desconcierto. Cuando oyeron que subía su madre tras ellas, todas se volvieron.

—Hola, Ad —dijo Della, bajando las escaleras apresuradamente, con las llaves del coche todavía en la mano y arrastrando la cola de su abrigo detrás de ella.

—Hola, Dell —contestó Addie.

—¿Qué pasa?

Addie respondió en un susurro, escupiendo las palabras con cuidado para no tener que repetir las.

—He tenido fiesta de pijamas.

¡Oh! La boca de Della dibujó un círculo perfecto y respondió en el mismo tono forzado.

—Bueno, chicas, la tía Addie parece que tuvo fiesta de pijamas anoche.

—Exacto —dijo Addie, repitiendo sus palabras y asintiendo con la cabeza—. Una fiesta de pijamas.

—De acuerdo —dijo Della—. ¿Sabéis lo que vamos a hacer, muchachitas? Vamos a llevar el pez arriba y se lo presentaremos a vuestro abuelo. *Lola* ya lo conocerá en otro momento.

Addie observó por la rendija de la puerta cómo Della las arrastraba de nuevo escaleras arriba. Al llegar arriba se volvió e hizo el gesto de pasarse los dedos por debajo de los ojos.

En cuanto se perdieron de vista, Addie cerró la puerta suavemente y caminó hasta el baño. Como suponía, tenía ojos de oso panda, los lechos secos de rímel surcaban su rostro hasta las mejillas. Haciendo el menor ruido posible, abrió el grifo lo justo para que saliera un hilillo de agua. Con un algodón mojado, se quitó los restos de maquillaje. Se cepilló los dientes y se pasó un enjuague bucal por las encías. Luego se peinó las cejas con el cepillo de dientes mojado.

Cuando volvió al dormitorio, tuvo la extrañísima sensación de verlo por primera vez. Advirtió la pintura mugrienta de las paredes y las viejas cortinas verdes raídas de la ventana del sótano. Cortinas sin forrar, con el

dobladillo inferior hecho a mano y un punto de hilván suelto que sobresalía por el otro lado, formando huecos a lo ancho de la tela. Aquellas cortinas habían estado en tiempos pasados arriba, en el dormitorio de Della. Pero habían terminado ahí abajo, junto con todo lo que nadie quería.

La butaca en la esquina, la otomana maltrecha contra la pared, la lámpara de pie de madera que alguien había tratado de repintar de blanco: cosas de aspecto lamentable, del tipo de las que esperarías encontrar en una casa de veraneo. Ni siquiera las sábanas de la cama, la funda del edredón y las fundas de las almohadas hacían juego. La sábana ajustable era azul marino, la funda del edredón a cuadros azules y blancos, y las fundas de las almohadas de color verde botella. Desprendían un perceptible olor a polvo seco, el olor de una prensa caliente abandonada.

Esto es lo único que conoce de mí, pensó mientras volvía a meterse en la cama. Este sótano lamentable. La perrita. El padre lesionado que acechaba en el piso de arriba. Lo repasó como si fuera una lista. Y al hacerlo, sintió que se quitaba un peso de encima. Ni falta hace que le cuente nada más sobre mí, si no quiero. Podemos dejarlo aquí.

Cuando se volvió hacia él, descubrió que estaba tumbado de espaldas a ella, acurrucado hacia la pared. La cruda luz invernal que entraba por la ventana destacaba una ancha extensión de piel pecosa, con algunos pelos oscuros que brotaban de sus hombros. Addie pasó su mano por el hueco entre el brazo y la cadera de Bruno y apoyó la cabeza en su espalda. Aspiró su aroma, ya tan familiar.

A los pocos segundos volvía a estar dormida.

Era casi la hora de comer cuando él se marchó.

La pobre *Lola* se moría por salir. Addie tuvo que esforzarse para ponerle la correa en el collar, ya que la perra correteaba en círculos, temblando por la fuerza del deseo de salir.

—Vale, cariño, vale. Ya salimos, te lo juro.

La marea estaba alta, de modo que bajaron caminando hasta el parque. En cuanto cruzaron la puerta soltó a *Lola*. Llevaba el iPod encima, pero no



lo sacó del bolsillo. Quería rememorar los recuerdos de la noche anterior, quería reproducirlo en su cabeza. Ya le parecía un sueño. De no ser por aquella sensación deliciosa en su interior, tal vez pensara que no había sucedido.

Rebobinó y lo volvió a reproducir en su cabeza como si se tratara de la secuencia de una película.

El momento embarazoso cuando habían cerrado la puerta detrás de ellos. Ambos temerosos de dar el primer paso por miedo a haber confundido las señales.

Addie estaba tan nerviosa que empezó a balbucear. No sabía qué iba a decir hasta que las palabras le salieron de la boca.

—Escucha —había dicho, con las manos abiertas delante de ella para mantener las distancias—. Antes de que vayamos más lejos, quiero decir algo.

Qué locura, se moría de vergüenza al recordarlo.

—Tengo que anunciarte algo —había dicho, con la voz ronca por lo nerviosa que estaba—. No me desnudo delante de un desconocido desde hace tiempo. Tengo treinta y ocho años. Tengo una marca en el pecho izquierdo, donde me extirparon un bulto el año pasado. Tengo una cicatriz del apéndice de cuando tenía doce años. No estoy tan delgada como me gustaría estar. Estoy llena de celulitis y mi pelo púbico se está volviendo gris.

Cuando lo recuerda ahora, querría morirse.

Ya le parecía oír la voz de Della retumbando en sus oídos. ¿Qué le dijiste QUÉ?

Para ser justos con él, ni siquiera pareció asombrado. Cabría pensar que tendría que haberlo estado, pero por la expresión de su cara parecía más bien divertido.

Había sonreído, una sonrisa comprensiva que ella empezaba a encontrar bastante atractiva. Había sonreído y había empezado a andar con paso firme hacia ella. Y mientras andaba había empezado a cantar, con aquella voz grave melódica suya. Y fue aquella falta de vergüenza lo que ella encontró más sorprendente.

Estaba tan pasado de moda...

*Muestra un poco de fe, hay magia en la noche.  
No eres una belleza, pero, oye, estás bien.  
Y a mí eso ya me vale.*

Addie no pudo evitar reírse. Había pasado mucho tiempo sin que nadie la sorprendiera.

Dio tres vueltas al parque, reviviendo aquella conversación una y otra vez. Tan pronto sonreía como se sonrojaba de vergüenza. Si alguien la hubiera estado observando, habría pensado que estaba loca.

¿Por qué la advertencia sobre el estado de su cuerpo?

¿Era normal que la hiciera? Una mujer encantadora de treinta y ocho años con media vida por delante. Una chica con todas sus facultades y más todavía. Una persona talentosa con una brújula moral tan segura como las estrellas del firmamento. ¿Por qué tendría que sentir la necesidad de hacer una advertencia sobre su estado físico antes de ofrecerse a un hombre? ¿Por qué demonios se sentía de aquella manera?

Porque Addie, a estas alturas, se siente como una mercancía estropeada. Se siente vieja y desencantada, se siente maltratada por la vida. No se ve como una mujer de treinta y ocho, sino como una mujer de casi cuarenta.

Cuando se mira en el espejo últimamente, se sorprende por lo que ve. La cara pálida parece tan espantosamente seria. Incluso cuando se obliga a sonreír, es como si sus ojos no hicieran lo que se les ordena. Esos ojos grises serios continúan perforándola, como si trataran de decirle algo.

Se estudia en el espejo y observa algunos pelos sueltos nuevos debajo de las cejas. Ahora que se fija, hay docenas de ellos, que bajan directamente hacia el pliegue del párpado. Tendría que depilárselos, pero le da pereza. Parece tan inútil depilarlos. Para que vuelvan a crecer. Es un trabajo a jornada completa, mantenerlos a raya. Eso la entristece, esa determinación

de su cuerpo para seguir echando nuevos brotes, cuando ya hace mucho que has perdido la energía para combatirlos.

Addie se acuerda de la alumna francesa a la que alojaron hace mucho tiempo por un intercambio. Se suponía que debía hacer el intercambio con Della, pero ella, por supuesto, no quiso saber nada y fue Addie quien tuvo que salir con la francesa en su lugar. Una hermosa criatura dorada que solía estirarse en el sofá de la sala de desayunos, vestida con un top de malla y uno de esos pantalones cortos increíblemente cortos, y se depilaba las piernas con pinzas. Se podía pasar horas y horas simplemente arrancando pelo tras pelo, y luego, cuando finalmente se levantaba del sofá, solía dejar una capa de pelillos finos en la tapicería.

—Es un asco —decía siempre Addie—. Es absolutamente asquerosa la manera en que lo hace.

Y comenzaba a cepillar los pelos del sofá, sacudiendo la tela con la palma de la mano para hacerlos saltar.

Della solía levantar la mirada de su libro.

—Nada humano me da asco —decía arrastrando las palabras, citando erróneamente a Tennessee Williams.

Sandrine, se llamaba la chica, aunque la llamaban Madame Mao, apodo que le puso Hugh. Tenía algo que ver con que Mao quería arrancar todas las briznas de hierba de China.

Addie se pregunta qué habrá sido de ella, de Madame Mao. ¿Estaría ahora en un apartamento de alguna ciudad francesa, de pie junto a la estufa removiendo un chocolate caliente para algún niño francés de piel de caramelo, esperando la llegada a casa de un marido francés mujeriego de pelo lacio? ¿Qué pensaría si Addie le recordara aquel verano que se pasó tirada en el sofá, depilándose las piernas con unas pinzas? ¿Se acordaría, siquiera?

En estos momentos, a Addie no le importaría pasarse los días depilándose las piernas con unas pinzas. Ahora que lo piensa, parece una manera estupenda de pasar el rato. Ojalá tuviera ella la energía necesaria para hacerlo.

Addie es complicada, lo sabe, y tiene tendencia a la melancolía. Por eso tiene sus costumbres. La natación, los paseos, son cosas que le funcionan. Tiene que entrenar su cabeza, para quitársela de encima. Puede ser un empleo a jornada completa para contrarrestar todas las ideas que burbujan en su cabeza. A veces está tan cansada que se pregunta si realmente merece la pena preocuparse.

Lo que no mata te hace más fuerte. Es lo que le han dicho a Addie, aunque ella no se lo cree. Tal vez sirva para otra gente, pero no para ella. Todo lo que le ha pasado en la vida la ha hecho más débil, como si alguien estuviera dando patadas al andamio que la mantiene en pie. De modo que ahora siente que está hecha polvo.

Se ve a sí misma como un saldo. Es una reliquia maltratada por todo que le ha ocurrido.

Y aquí está ahora, navegando en dirección a otro desastre.

Bruno volvió caminando a la pensión con un brío inusitado. Por primera vez en semanas, se sentía totalmente despierto.

De repente, la sangre corría por sus venas, se sentía ágil y en forma. Se sentía como si hubiera despertado de una pesadilla y todo estuviera bien en el mundo.

¡Cuarenta y nueve, se dijo a sí mismo, cuarenta y nueve! Sentía ganas de dar puñetazos al aire. Y como era habitual siempre que se sentía así, como era habitual cuando se sentía bien consigo mismo, tenía a Bruce Springsteen sonando en su cabeza.

*... no es pecado sentirse contento de estar vivo.*

## 9

—¡Ah!, tener tu propia vida —dijo Della—. ¡Ser libre para meterte en la cama con un perfecto desconocido!

—No es un perfecto desconocido, Dell. ¿No se trata de eso? Es nuestro primo.

—Creía que no estaba permitido acostarse con un primo, creía que hacía falta obtener una dispensa papal o algo así.

—Tío segundo, en realidad, no creo que al Papa le preocupe demasiado. Della resopló.

—¿Está casado? ¿Cuántos hijos tiene?

—Ninguno, que yo sepa. —Addie escuchó el tono cauto de su propia voz, el intento fallido de no parecer ingenua—. No se lo pregunté.

Della dejó escapar otro resoplido, que Addie prefirió ignorar.

—Es banquero.

—Impresionante —dijo Della, tratando de no sonar demasiado sorprendida.

—Es una especie de experto en acciones de líneas aéreas. En realidad acaba de perder su empleo, trabajaba para Lehman Brothers.

Eso sí que es una sorpresa, pensó Della. Addie es experta en buscar a inútiles y ese tipo tiene toda la pinta de serlo.

Addie adivinó lo que estaba pensando su hermana y se apresuró a bromear sobre el asunto.

—¿No me dirás que no tengo suerte? Justo cuando conozco a un banquero guapo, el sistema financiero mundial se derrumba.

—¡Ah!, bueno —suspiró Della—, estamos en medio de una recesión, no podemos permitirnos ser excesivamente quisquillosas.

Hubo un tiempo en que Addie habría considerado a un banquero como algo peor que un asesino en serie. ¡Banqueros, contables, abogados... no los quería ver ni en pintura! No se habría parado ni para darles la hora, impensable para una chica como ella.

Cómo cambian las cosas. Hoy, un banquero es el amor soñado de una joven.

—Hay algo más —añadió Addie—. Es mayor.

—Addie, todos somos mayores.

—Supongo.

—¿Cómo de viejo exactamente?

—Cuarenta y nueve.

—Simon Sheridan cumplirá cuarenta y cuatro este año.

Della tiene la costumbre de nombrar a su marido por su nombre y apellido cuando habla de él. Es su manera de poner un poco de distancia entre ella y su vida.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Addie—. Es solo que cuarenta y nueve solo está a uno de los cincuenta. Me parece increíble estar follando con un cincuentón. Se me hace raro.

—Eso es el futuro, ¿no? —preguntó Della—. ¿Se lo has presentado ya a Hugh?

—Por el amor de Dios, Della. Es estadounidense. Es un pariente. Y tiene barba. Son ganas de buscarse problemas.

—Sí, de acuerdo, pero no olvides que es banquero.

El problema es que Bruno ya no se considera un banquero. Ni siquiera está seguro de haberlo sido. Es algo que no eligió, pero que lo arrastró consigo. En el colegio era bueno en matemáticas y a partir de ahí todo fue rodado. Ahora se siente como el pasajero de un tren que se acaba de estrellar. Mientras se aleja de los restos del tren, piensa en la suerte que ha tenido de que lo lanzaran a la libertad.

Si alguien lo viera allí sentado en el Starbucks, con la agenda abierta sobre la mesa delante de él, podría pensar que es escritor o periodista. Mira a su alrededor, con los ojos brillantes de interés. De vez en cuando se inclina sobre su agenda y garabatea algo.

Es sábado por la tarde y el lugar está lleno de parejas. Jóvenes a la moda, vestidos con tejanos y jerseys de cachemir. Teléfonos móviles y llaves de coches desparramados sobre las mesas entre las tazas humeantes de café con leche y las pastas caras. En todas las mesas se analizan los periódicos del sábado, sección por sección. Bruno examina los titulares, las mismas frases que lo asaltan mire donde mire. Déficit presupuestario, crisis global, colapso financiero.

Curiosamente, nadie parece demasiado preocupado. Todos leen el periódico, sorben sus cafés y hacen planes para la noche del sábado. Bruno los oye hablando por los móviles. Describiendo sus resacas. A Bruno le intriga que entren en tantos detalles. Tienen un vocabulario especial. Los oye citándose para verse en tal pub o tal otro, y a continuación reservan mesa en un restaurante. Tengo que pasar por la peluquería, pero podemos vernos luego. Se comportan como si nada de aquello fuera a afectarlos.

A Bruno le interesa lo que pasa, ¿cómo podría no interesarle? Él tiene información privilegiada. Sabe cómo funciona todo. Puede prever los bancos que están cayendo, puede medir su impacto. Del mismo modo que un meteorólogo prevé un huracán en el mundo o un montañero un desprendimiento de rocas. Bruno conoce el peso de las rocas que caen rodando por la ladera, es capaz de calcular su volumen. Sabe que se llevarán por delante lo que encuentren a su paso.

Lo mira todo como quien mira una película, como si no le incumbiera en absoluto.

Helo aquí, un hombre de cuarenta y nueve años sin ataduras en este mundo. Desempleado, de aspecto ligeramente pasado de moda con su ropa informal, sentado en una silla de la terraza de una franquicia de cafeterías en Dublín, Irlanda. Mientras el mundo se desmorona a su alrededor, Bruno

está sentado en un Starbucks comiendo una tarta Valencia Naranja con un tenedor de plástico. Mientras sorbe su café americano y piensa: ¡Qué suerte he tenido de que me echaran a la libertad!

El problema de Bruno es que le interesa todo excepto él mismo. No llega a imaginar por qué podría alguien encontrarlo interesante. Es un defecto que le han señalado muchas veces.

—Eres un libro cerrado —solía decirle Laura—, indescifrable.

Y lloraba lágrimas de frustración, suplicando que le revelara algo acerca de sí mismo. Bruno siempre encontraba aquella conversación desconcertante, inconsciente de que hubiera algo suyo que revelar.

Siempre se había considerado una persona abierta. Aunque no lo pareciera.

—Cuatro años de matrimonio y tengo la sensación de que todavía no te conozco —le dijo una vez Sara. Y le había preguntado—: ¿A ti te parece normal?

Dos veces había estado casado y dos veces había dejado atrás su matrimonio, como la serpiente que se desliza fuera de su piel. La tercera había logrado evitar casarse, por si el problema fuera el matrimonio en sí.

Aquella relación fue la que más duró, aunque el final fue sin duda el más lacerante.

—No es que tenga un lío —había dicho él.

—¡Un lío lo entendería!

Incluso entonces había tratado de explicarse, negándose obstinadamente a reconocer que hubiera hecho algo mal.

—Existe algo que se llama pecado por omisión.

Ella utilizaba su voz de tribunal. Entonces él supo que se había terminado.

Tres relaciones, una por década de su vida adulta. Ahora todas se mezclan. Resulta difícil separarlas en su mente. Había algo común en las tres relaciones, aunque no entre las mujeres. Las mismas discusiones bizantinas, el mismo callejón infernal sin salida.



Relaciones como un interminable viaje en automóvil, donde no dejabas de saltarte las salidas hasta que al final aparcas en el arcén, bajas del vehículo y continúas a pie.

Bruno no le había contado nada de esto a Addie. Habían estado hablando todo el día, pero no había mencionado los hechos principales de su vida.

Le había hablado de su padre, del sueño de regresar a Irlanda que todavía tenía en los labios incluso cuando chupaba pastillas de menta para quitarse aquel aliento a muerte. Le había hablado de sus hermanas y de sus hijos, le había contado en pocas palabras sus logros y desilusiones. Le había hablado de Bruce Springsteen, de *Ausbury Park* y *Darkness on the Edge of Town*. Incluso ahora, le había contado, solo tenía que oír la voz de Bruce y se hinchaba de orgullo. El orgullo de pertenecer a algo. Le había contado todas aquellas cosas y sin embargo no le había dicho nada de sus dos matrimonios ni del último desastroso no-matrimonio.

Aunque bien pensado, se le ocurrió, Addie no se lo había preguntado. No había habido preguntas oficiales por su parte. De hecho, no le había hecho una sola pregunta sobre su pasado. No había habido ni un atisbo de preguntas capciosas, ninguna pregunta cuya respuesta se diera por supuesta, ninguna expedición de pesca torpemente disfrazada que había acabado temiendo de las mujeres.

Ni tampoco bravuconadas ni bravatas, ninguna de las expresiones severas que utilizaban para distraerte del hecho de que han enviado exploradores a marcar tu territorio. Dibujan el mapa de tu historia, incluso sospesan tu equipaje y lo comparan con el suyo.

Era casi insultante para él, aquella falta de interés por parte de ella. Ahora que lo pensaba, parecía no sentir la menor curiosidad por su pasado. Cosa que lo intrigaba. Era tan diferente de todas las mujeres a las que había conocido hasta entonces.

Con Addie, la vida parecía haberle dado a Bruno una última oportunidad.



## 10

Addie estaba decidida a no quedarse esperando a que sonara el teléfono. Iría a nadar. Su baño era sagrado.

Ya estaba poniendo las cosas en el bolso cuando oyó unos golpes en el techo.

Jesús, pensó, es como vivir en una caja. Cuando no aporrean la puerta, aporrean el techo.

—Ya voy —rugió más alto de lo habitual.

Subió pisando fuerte los escalones y se presentó en la puerta principal con su propia llave. Aquel olor agrio otra vez, siempre la llenaba de desesperación. Se detuvo un instante en el vestíbulo, desconcertada y desalentada por el olor. Había hablado del tema con la señora Dunphy, incluso pasó a controlarla. La casa estaba impecable. Y, aun así, empezaba a oler como la casa de una persona mayor, nada de lo que hicieran parecía poder cambiarlo. Simplemente no había suficiente vida en la casa, olía a rancia.

—¡Hola, papá! —gritó, abriendo la puerta de la sala de estar.

—Lazarus —dijo él.

—Viene más tarde. Es sábado. —Y se agachó para darle un beso.

Olía a jabón y a aquella loción que utilizaba para peinarse el pelo sobre la calva. Un olor demasiado empalagoso.

—Necesito que me ayudes con ciertas tareas de secretaria.

A Hugh le parece normal hablarle así a la gente. Lo ha hecho toda su vida.

—Estaba a punto de salir a nadar.

Ya sabía que no iría. Cedería ante él, como siempre hacía.

Hugh agitó su mano derecha vendada sobre el escritorio.

—Han llegado algunos documentos por correo esta mañana y necesito que me los abras. Ese de ahí. No, no, ese no. El de debajo. El grande marrón.

Addie cogió la carta que le indicaba, le dio la vuelta y pasó el dedo meñique por debajo de la solapa. Rasgó hacia arriba y luego en diagonal, dejando un desgarrón irregular en el sobre marrón. Deslizó la mano dentro del sobre y sacó una única página mecanografiada.

—Solo he pedido que abras la carta. No hace falta que la leas.

Había cierta displicencia en su tono de voz.

Addie apenas tuvo tiempo de entrever el membrete, una firma de abogados, y le lanzó la página por el aire, que vio aterrizar grácilmente delante de su padre. Hugh se inclinó a cogerla.

—Te estoy muy agradecido.

Hugh se pone en ese plan cuando habla a sus hijas como si fueran sus empleadas. A Della la vuelve loca. Addie simplemente pasa.

Addie empezó a abrir el resto del correo, apiló las cartas en un pulcro montoncito sobre el escritorio. Lanzó los sobres rasgados a la papelera después de romperlos en trozos muy pequeños.

Hugh seguía inclinado sobre la carta, mirándola enfurecido.

—Bueno, si no necesitas nada más, me marchó —dijo Addie levantándose de un salto de la silla. Revisó su móvil, ninguna llamada perdida—. Luego estaré fuera, así que te he dejado la cena preparada en la cocina. ¿Necesitas algo más antes de que me vaya?

Addie se puso derecha tanto como pudo, levantó los brazos por encima de la cabeza para estirar la columna. Le dolía la espalda. Probablemente por cómo estaba sentada, pensó. Alargó el brazo y cogió la caja de analgésicos del escritorio de Hugh, sacó una bandejita de aluminio y extrajo dos píldoras del blíster. Se las metió en la boca y las engulló con un trago largo de la botella abierta de agua mineral que había sobre el escritorio.

—No, no —dijo él como si estuviera distraído—. Eso era todo.

Addie cerró de un portazo la puerta detrás de ella, se quedó quieta durante un minuto en el peldaño superior y aspiró una bocanada de aire marino. Ahora la marea estaba en su punto más alto, y el sol, bajo en el cielo, proyectando una luz fría sobre el agua. Se podía oler la sal en el aire. Addie cerró los ojos un segundo y aspiró por la nariz.

De repente no sabía qué hacer. Debería ir a nadar, por supuesto que tenía que ir a nadar. Pero Bruno podía llamar cuando ella estuviera en el agua. Sin duda dejaría un mensaje, pero ¿y si no lo hacía? Se imaginó nadando en círculos, tratando de no pensar en la posibilidad de que su móvil sonara dentro del bolso.

Se quedó allí quieta en el peldaño superior, entre la esperanza y la desesperación. La gloriosa promesa de la mañana se estaba desvaneciendo. A cada hora que pasaba se sentía menos esperanzada de tener noticias tuyas. Lo podía sentir en cada centímetro de su cuerpo, su piel todavía ardía con su recuerdo. Pero su optimismo menguaba.

Aquella mañana, mientras paseaba a la perra por el parque, se había sentido como una amante. Se había sentido como una novia avergonzada. Había dado por supuesto que él llamaría, que aquello era el principio de algo. Pero ahora, apenas la mañana siguiente, le parecía que había pasado muchísimo tiempo. Ahora empezaba a sentirse una tonta. Eran casi las cinco. Él no iba a llamar.

De repente, no podía soportar la idea de volver a su apartamento a buscar la bolsa de natación, no podía soportar la idea de estar allí sin hacer nada en toda la tarde, ella sola con la tele y la perrita. No podía soportar la posibilidad de que su vida estuviera a punto de volver a ser lo que había sido antes de conocer a Bruno.

Bajó corriendo las escaleras y abrió la puerta del sótano, llamando a *Lola* para que saliera. Ni siquiera puso un pie dentro, ni siquiera alargó el brazo para coger su abrigo. Se limitó a tener la puerta abierta el tiempo suficiente para que *Lola* saliera dando brincos y luego la cerró de golpe, como si hubiera algo maligno merodeando dentro. Ayudó a *Lola* a subir a la

parte posterior del coche, saltó al asiento del conductor y puso la llave en el contacto.

Mientras ponía la palanca de cambios en posición marcha atrás, levantó la mirada hacia la ventana. Y allí estaba Hugh, con el cuello estirado como una jirafa loca para observarla desde lo alto. Addie lo saludó con la mano y él le devolvió el saludo, con la gran mano vendada bamboleándose en círculos encima de su brazo. Addie hizo retroceder el coche lentamente para sacarlo de la entrada de vehículos, con la vista clavada en el espejo retrovisor y el corazón alborotado por un tremendo aluvión de amor y de culpa.

Hugh la vio alejarse, vio el pequeño coche de Addie salir muy lentamente a la calle. Observó cómo Addie esperaba que se detuviera el tráfico, doblaba a la derecha y se unía a la fila de coches que se dirigían en tropel hacia el sur.

A los pocos segundos ya la había perdido de vista.

Recostó la cabeza en el respaldo de la silla y cerró los ojos. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había sentido tan desanimado.

Ya habían fijado una fecha, eso era lo que decía la carta. Todo el papeleo estaba a punto, un grueso montón de fotocopias, cogidas con un clip de tamaño gigante. Hugh ya se lo esperaba, sabía que iba a llegar. Pero había abrigado la vaga esperanza de que lo abandonaran, de que perdieran la energía para luchar, de que finalmente entraran en razón y dejaran en suspenso todo el asunto.

Por supuesto, debería haber sabido que no había ninguna posibilidad de que eso ocurriera. Aquel caso iba a llegar hasta el final.

Hugh se sintió superado por una oleada de hastío.

Se desplomó sobre el escritorio, con los hombros caídos hacia delante en un gesto de derrota. Sentía la cabeza enorme y pesada, un peso excesivo en el cuello. Dejó caer la frente adelante, con la barbilla casi tocando al

pecho, y cerró los ojos durante un instante. Se sentía como un mártir cristiano, esperando ser arrojado a los leones.

Los periódicos recibirían la noticia con entusiasmo. Tenía todos los elementos. Una madre joven, muerta antes de cumplir los treinta. Dos hijos pequeños que se habían quedado sin nadie que los cuidara. Un marido destrozado matándose para ganarse la vida, unos padres furiosos clamando venganza. Un procedimiento rutinario, así lo describirían los periódicos, una muerte innecesaria. Se referirían a Hugh como al «eminente profesor». Y en la cuidada redacción de la noticia dejarían entrever que había muchísimas más cosas que no podían decir de él por motivos legales.

Cuando salieran a la luz los detalles del caso, habría debate. Se hablaría de la necesidad de establecer nuevos estándares, la gente diría que ese tipo de comportamiento ya no resultaba aceptable. Reclamarían a la Junta Médica que publicara las normas de la industria, exigirían nuevas directrices en el trato a los pacientes y al personal joven. Hablarían de la importancia de un buen trato a los pacientes, sugerirían que estuviera incluido en el protocolo.

Dirían que había llegado el momento del relevo.

El momento más difícil de su vida.

No es que no haya habido antes momentos difíciles, por supuesto que los hubo. Pero siempre había estado a la altura del reto, siempre había arrimado el hombro. Es lo que ha hecho toda su vida, siempre ha sido trabajador.

Sesenta y cuatro años, lo que significaba que hacía cuarenta y seis años que se había embarcado en la carrera de medicina. No puede dejar de pensar que existe una simetría. Tiene algo de ingenioso. Si sigue avanzando hacia su fecha de jubilación, todo eso se habrá perdido. En el fondo sabe que no llegará a su fecha de jubilación.

Es el agradecimiento que recibes. Cuarenta años trabajando como médico, cincuenta semanas al año. Días de doce horas, días de catorce horas. Sábados y festivos, incluso había hecho sus rondas el día de Navidad.

Él lo hacía con orgullo, incluso llevaba a sus hijas con él. Llamadas telefónicas en plena noche, pacientes con todo tipo de complicaciones. Reuniones y malditas reuniones para discutir casos. Nunca jamás se había quejado de la carga de trabajo. Cualquier cosa que hubiera que hacer él la hacía. Le encantaba ser médico, todavía se emocionaba con el sonido de la palabra.

Si tan solo te dejaran «ser» simplemente un médico, si tan solo te dejaran practicar tu oficio. Pero no, ahora también tenías que ser un maldito psicólogo. Tenías que ser un trabajador social, también, tenías que someterte a interrogatorios. Toda aquella gente veía demasiado *Urgencias*, buscaban demasiada información en internet. Querían conocer todas las opciones disponibles.

Siempre había opciones, es lo que le gustaba decirles. Las opciones son estas. Podemos tratar a vuestra madre lo mejor posible, en cuyo caso es bastante probable que sobreviva. Incluso puede decidir no recibir tratamiento, en cuyo caso casi seguro que morirá.

Muy poca gente apreciaba su franqueza. Había incluso alguna queja ocasional. La gente ya no tenía sentido del humor, no podían soportar una broma.

Hugh no comprende el lenguaje que utiliza la gente, no sabe de dónde lo sacan. Hablan de cobertura de especialista 24/7 y hablan de soluciones innovadoras y hablan de atención cara a cara. Incluso han empezado a llamar a los pacientes «clientes», por el amor de Dios. Hablan de proveedores de servicios y resultados para el paciente. Tonterías de primer orden, pero en cuanto lo dices lo único que consigues son expresiones de sorpresa. Todos juegan al mismo juego, nadie se atreve a decir ni pío.

Hoy ni siquiera parecen capaces de mantener limpios los hospitales, están todos plagados de estafilococos resistentes a la meticilina, las enfermeras ni siquiera cambian una cuña. Bueno, ¿y qué esperaban? Si dejan que contables, esos malditos peseteros, dirijan los hospitales. Haced volver a las monjas, eso es lo que lleva años diciendo. Las monjas sabían cómo dirigir un condenado hospital.



Sabe que suena a otra época, anticuado. Su fecha de caducidad ya ha pasado, y es consciente de ello. Aun así, confiaba en llegar a trancas y barrancas a la línea de meta.

Ya hace tiempo que le ronda por la cabeza, la temida jubilación. Últimamente se ha descubierto pensando cada vez más en ella. Una parte de él piensa que nada de cenas ni de jaleos. Pero al rato se encuentra ensayando su discurso, repiqueteando con la cuchara en una copa. Se hace el silencio en la sala. Baja la mirada hacia la mesa y ve... ¿a quién ve?

¿Quién asistiría a su jubilación? Y es más, ¿quién querría él que estuviese allí? Mentalmente examina las caras de sus colegas y se le ocurre que no hay ni uno de ellos al que pueda contar como amigo. No hay ni uno solo con quien se encontraría jamás para tomar un trago. Ninguno de ellos lo ha invitado nunca a su casa, ni nunca se le ha ocurrido a él invitar a ninguno a la suya. No tenía esposa que pudiera hacer amistad con sus esposas, ni que pudiera organizar cenas que favorecieran su carrera. Y por supuesto jamás asistía a esos actos sociales para médicos. Dios, cómo detesta esos espantosos actos sociales.

Debería haber jugado al golf. Pero ¿en qué momento podría haber jugado al golf? Tenía dos hijas pequeñas a las que criar, no tenía libertad para largarse a pasar el fin de semana en un maldito campo de golf. Además de que su educación no había tenido nada que ver con el golf. Aun así, debería haber jugado alguna partida de vez en cuando, tal vez ahora eso sería su salvación. Nunca lo había hecho, ahora se daba cuenta. Hay que jugar al golf.

¿Daría alguno de ellos la cara por él? Esa era, en definitiva, la cuestión. Si ninguno de ellos hablaba en su defensa, estaba frito. Se podía dar por acabado.

Un intruso toda su vida, el rebaño nunca lo había aceptado. Su instinto era infalible, lo podían oler. Podía haber sido un buen médico, pero no era uno de ellos.

Jamás se había sentido solo hasta ahora.

Reunió todo su valor y levantó la cabeza, abriendo los ojos a la implacable luz del día. Se apoyó en los codos para incorporarse en el sillón,

tambaleándose como un anciano al ponerse en pie. Arrastró los pies hasta el aparato de la música, tal vez un poco de música lo salvaría de sí mismo.

Hugh no entendía mucho de música. Le gustaría saber más, le gustaría mucho, es algo que siempre habría querido tener tiempo de hacer. La ópera, eso es lo que le gusta, se considera a sí mismo un aficionado a la ópera. Pero lo único que tiene en su repertorio son unos pocos cedés de recopilaciones, regalos de Navidad y similares. Se avergüenza de su ignorancia, y lo lamenta. Sería tan reconfortante ser en estos momentos un melómano.

Recuerda su primera cata de ópera. Le habían regalado una radio en Navidad, a la que había dado el lugar de honor en su mesita de noche. Estaba estudiando para los exámenes, debía de ser la prueba de acceso a la universidad. Todavía recuerda el frío glacial en los pies bajo el escritorio, el dolor del cuello de tanto inclinarse sobre los libros. La humedad despiadada de las mañanas de invierno, en que hubiera agradecido cualquier comodidad por poca que fuera. La radio apenas se oía, ni siquiera era consciente de que funcionaba hasta que empezó la música. Levantó la cabeza de los libros, aguzó el oído y escuchó.

Un sonido celestial. Ni siquiera sabía qué era lo que cantaban, lo único que sabía era que era hermoso. Y en aquel momento sintió que se abría su mente, como se abre un paquete cuando le quitas el cordel. Se quedó allí sentado, como hechizado.

De repente fue consciente del mundo que había más allá de su ventana, un mundo de infinitas posibilidades. Imaginó a la gente sentada en grandes teatros de la ópera por todo el mundo, ataviada con sus mejores galas, escuchando aquella misma música hermosa. La imaginó oteando desde apartamentos de grandes ventanales las resplandecientes ciudades a sus pies, escuchando aquella música, una parte de su vida. Y se dio cuenta de que pronto abandonaría aquel lugar y saldría al mundo y formaría él también parte de todo aquello. Quizá se le ocurriera entonces que no volvería jamás.

*El coro de los esclavos hebreos* era aquella primera obra musical. La reconoció cuando volvió a oírla años más tarde. Y cada vez que la escucha desde entonces es como si volviera a estar en aquel dormitorio frío de aquella casa fría y la riqueza del mundo se le revelara por primera vez.

Debería haber sido el inicio de un gran viaje, debería haber sido el comienzo de un idilio con la música para toda la vida. Debería haber ido a La Scala, a Covent Garden, debería haber ido a Verona. Podría haber sido un habitual de Wexford. A estas alturas habría explorado todas las grandes grabaciones, estaría capacitado para afirmar quién era la mejor Norma, quién era su *Madame Butterfly* favorita.

Pero en vez de eso, todavía está donde empezó, con la colección *Grandes Coros de la Ópera*. Bueno, pues que así sea, volvería a escuchar *El coro de los esclavos* y al infierno lo de ser un aficionado a la ópera. *El coro de los esclavos* nunca dejaba de levantarle el ánimo.

Arrastró el disco con la manga hasta el borde del mueble y luego lo cogió con las puntas de los dedos. Lentamente, dobló las rodillas hasta quedar en cuclillas, con un crujido de su espalda mientras realizaba el movimiento. Luego dejó caer el disco en la bandeja abierta. El disco encajó perfectamente y Hugh gruñó de satisfacción. Con el dedo corazón pulsó el botón para cerrar la bandeja y luego le dio al *play*.

Se incorporó nuevamente con la sensación del trabajo bien hecho. Los primeros sonos de la música llenaron la sala y volvió a sentirse invadido por la esperanza.

En cuestión de unas pocas semanas le quitarían la escayola. Entonces volvería a estar en forma para defender su caso, y no había ningún motivo en absoluto por el que no pudiera ganar. Se reivindicaría, vería cómo se calificaría su carrera con nota alta. Tal vez podría incluso volver a dar clases. No hay nada que supere la experiencia, al fin y al cabo lo que cuenta es la experiencia.

Todavía, si quería, podía ir a La Scala, no había nada que se lo impidiera. Se llevaría a Addie con él. La invitaría, podrían pasar un fin de semana. Hugh se sentía optimista. Todavía le quedaba vida, de eso estaba convencido.

Todavía le quedaba vida.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## 11

Della abrió la puerta vestida de noche. Un vestido largo de satén negro con mangas cortas festoneadas y un escote pronunciado. No llevaba maquillaje e iba descalza.

A Addie se le cayó el alma a los pies al verla.

—¿Te estás preparando para salir?

—Qué va, no —contestó Della, dando media vuelta y atravesando el vestíbulo—. Solo estoy ordenando el cuarto trastero.

Y empezó a subir las escaleras, arrastrando detrás de ella la cola del vestido.

Addie subió tras ella. *Lola* era demasiado educada para seguirlas y se quedó mirándolas desde el vestíbulo, meneando lentamente el rabo. Luego se tumbó sobre las baldosas, apoyando la barbilla en las patas delanteras, la mirada fija en las escaleras.

El rellano estaba repleto de cajas de cartón y bolsas de lona.

—Siéntate y cuéntame lo que tengas que contarme mientras sigo con lo mío —dijo Della—. Ahora que he empezado, tengo que acabarlo.

Addie eligió un espacio libre junto a la pared. Se sentó en la alfombra, con las rodillas dobladas contra el pecho y la espalda apoyada en el radiador caliente.

Della se encaramó para llegar a un estante del cuarto trastero; de un tirón se apartó con una mano la cola del vestido para subir.

—¡Estoy buscando el equipo de esquí! —gritó—. No me acuerdo de dónde lo dejé la última vez... Tiene que estar en algún lugar aquí arriba.

Una zapatilla de niña salió volando y aterrizó en el suelo junto a Addie.

—¡Las cosas que se encuentran!

De uno de los dormitorios del piso de arriba llegaba un ruido terrible. El jaleo descomunal que estaban montando muchas niñas pequeñas. Chillidos, golpes, un follón. De vez en cuando, alguien gemía.

—¿Cuántas tienes ahí arriba?

—Pues vete a saber —respondió una voz apagada dentro del cuarto trastero—. ¿Qué? ¿Te ha llamado?

—No —dijo Addie en voz baja.

—Bueno, eso no significa que no vaya a llamarte —dijo Della, y se volvió para mirarla.

Estaba colgada del estante superior, con los pies apoyados precariamente en el estante inferior, la cabeza doblada hacia un lado para evitar la pantalla de la lámpara.

—No llamaré —dijo Addie con desánimo—. Tengo ese presentimiento.

Pero Della no respondió. Ahora tanteaba el estante de arriba, con el cuerpo colgando en el vacío.

—Tendría que afrontar la realidad —dijo Addie, subiendo ligeramente la voz esta vez—. No llamaré.

Della se sujetaba ahora al estante con una sola mano, mientras utilizaba la otra para tirar de una bolsa de plástico enorme.

—¡Eh!, Addie, ayúdame a bajar esto. ¡Cuidado, ahí va, vigila!

Addie se abrazó las rodillas contra el pecho y apoyó la espalda contra el radiador mientras la bolsa caía. Della saltó detrás de ella. Ahora estaba de pie, con aire triunfal, las manos en las caderas, la cara roja. Se agachó para abrir la cremallera de la bolsa.

Una peste asfixiante a orina fermentada emanó de la bolsa.

—No, por favor —dijo Della, tapándose la cara con las manos—. Esto no puede estar ocurriéndome a mí.

Addie se tapaba la nariz, de modo que su voz salió distorsionada.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí dentro? No me lo digas. ¿Desde enero pasado o más?

—Salvajes del estiércol —musitaba Della—. No son más que salvajes del estiércol.

Empezó a sacar los trajes uno a uno, los sostuvo ante su nariz y olisqueó con recelo.

—No sé quién puede ser el culpable.

En aquel momento, la puerta del dormitorio de arriba se abrió de golpe y salieron bramando como una manada de elefantes. Eran seis, siete, Addie las contó mientras pasaban zumbando, saltando para esquivarla mientras negociaban su retorno. Iban casi todas disfrazadas de hadas, mucho poliéster y mallas baratas en espantosos tonos de rosa.

Lisa fue la última en aparecer, por el rellano de arriba, con pasos pequeños y afectados. Addie se fijó en que tenía las dos piernas embutidas en una sola pernera de un chándal rosa de falso terciopelo.

—¡Eh!, Lisa, grandullona —dijo Addie—. Creo que te has hecho un lío con los pantalones, ¿quieres que te ayude?

La niña se detuvo en lo alto del pequeño tramo de las escaleras, mirando a Addie con desdén. Sus ojos, de tan claros, eran casi blancos. Los ojos de Simon.

—Soy una sirena —dijo.

—Es evidente que eres una sirena —admitió Addie—. Solo quería asegurarme. ¿Quieres que te ayude a bajar las escaleras, cariño?

Lisa no le hizo ni caso. Se sentó en el escalón de arriba y se impulsó hacia delante, bajó los seis peldaños con el culo y con gran esfuerzo volvió a levantarse en el descansillo. Luego arrastró los pies hasta la parte superior de la escalera principal y volvió a sentarse y a impulsarse hacia delante. Bum, bum, bum, doce veces hasta llegar abajo. Cuando por fin llegó a los pies de las escaleras, las otras niñas ya volvían a subir.

—¡Saludad a vuestra tía Addie! —rugió Della.

—¡Hola, tía Addie! —dijeron todas mientras pasaban en tropel.

—¿Quién es esa? —preguntó Addie, señalando a una niña a la que no había visto nunca—. ¡No soy tu tía! —gritó a su espalda.

—Me rindo —decía Della, observando con impotencia el montón de trajes de esquí—. Parece que se han impregnado todos.

—Estupendo —dijo Addie.

—Tendré que lavarlos. —Della los apiló en sus brazos y esquivó los pies de Addie—. Vamos, que tomaremos un té.

De modo que Addie la siguió escaleras abajo, totalmente confundida.

—Creo que papá podría estar deprimido —dijo mientras seguía a Della hacia la cocina.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Pues no lo sé, está muy callado. Parece preocupado.

—¡Pues claro que está preocupado, Addie! Es normal que lo esté. Le han puesto un pleito, por el amor de Dios. Es algo muy grave para él, saldrá en todos los periódicos. Afectará a su reputación, podría ser su final.

—Hablas como si ya supieras que va a perder.

Della estaba en cuclillas, metiendo los trajes de esquí en la lavadora. Hizo una pausa de un minuto.

—Simon dice que los argumentos de la acusación son sólidos.

—¡Papá me dijo que no tenían dónde agarrarse!

—¡Pues claro, qué va a decir! Ya sabes que papá nunca admite que se equivoca.

Addie llenó la tetera y la encendió. Sabía que Della tenía razón, por supuesto que tenía razón. Y aun así estaba aquel abismo entre ellas, el mismo abismo que siempre aparecía cuando acababan hablando de su padre. A Addie no le gustaba hablar mal de él. Della parecía deleitarse. Para Addie, la verdad nunca era tan importante como el amor.

Las niñas volvieron a aparecer en la cocina corriendo en ruidosa procesión. Elsa iba delante.

—¡Novia a la fuga! —gritó mientras salía corriendo al patio de atrás.

—Della. No puedo soportar la idea de volver a estar sola.

Della iba de un lado a otro de la habitación, no estaba claro que estuviera escuchando. ¿Acaso Della ya no se sentaba nunca?

Addie siguió hablando.

—Creía que era lo mejor, de verdad que lo creía. Imaginaba que me sentaba bien lo de ser soltera, con la perra, la natación y todo. Pero ahora me doy cuenta de que no. —Tenía lágrimas en los ojos, que trató de quitarse pestañeando—. No quiero estar sola.



Della estaba de espaldas a ella, de pie junto a la encimera de la cocina, preparando el té. Pero resultó que sí que estaba escuchando.

—Estar casada tampoco es tan fantástico, ¿sabes? —dijo—. Yo envidio tu vida, la verdad. ¿Sabes cómo me siento a veces? Me siento como una oficinista, como una funcionaria sin porvenir. Me paso el día tramitando el papeleo en mi escritorio sin que nadie se dé cuenta de lo que hago.

Addie ya estaba abriendo la boca para replicar, pero Della no había terminado.

—Y no parece importarle a nadie mientras no me queje.

Esto es algo típico de Della, siempre hace comparaciones para describir su vida. A veces se compara con una trabajadora de una fábrica, o con una de una granja de pollos, o de una cadena de montaje día sí, día también. Otras veces con una jugadora de tenis, una jugadora de tenis sin nadie al otro lado de la pista, se pasa el día golpeando pelotas que nadie devuelve.

Addie las ha oído un millón de veces. Pero también tiene que tener en cuenta que Della y Simon bailan pegados en la cocina cuando las niñas ya se han acostado. Sabe que practican el sexo en la mesa de la cocina cuando sus invitados se han marchado a casa. De modo que le cuesta mucho sentir lástima por ella.

De todos modos, pensó Addie, ¿no estábamos hablando de mí?

Addie miró por la ventana al patio de atrás.

—Della —dijo, cambiando de tema—, Elsa lleva puesto tu traje de novia.

—¡Ah!, no te preocupes por eso, dejo que se lo pongan. Tampoco es que vaya a usarlo nunca más. —Della se acercó a la mesa y dio vuelta una silla para poder arrodillarse en ella.

—¡Pero es que están en el patio, Della, y lo está poniendo perdido de barro! ¡Y *Lola* se está comiendo el velo!

—¿Y qué importa? —Della echó una cucharada colmada de azúcar en su taza de té—. Es mi nueva coletilla, encuentro que se puede aplicar en casi cualquier situación de mi vida. Deberías intentarlo. ¿Y qué importa?

Y estaba tan guapa allí arrodillada en su silla junto a la mesa de la cocina con aquel estrafalario vestido de noche y la taza de té entre sus

diminutas manos. Addie no pudo evitar una sonrisa.

—Deberías vestirme siempre así, te queda bien.

—Creo que sí que debería. ¡Y qué importa!

—Exacto, qué importa.

O sea que ya volvían a ser dos hermanas contra el mundo.

Se parecen. Se nota que son hermanas. La misma cara redonda, los mismos ojos grises muy abiertos. La misma naricilla simpática. Incluso sus cabellos tendrían la misma tonalidad, entre castaño y rubio, si no se los tiñeran.

Actualmente los cabellos de Addie rondan un color de miel oscura. El número 78 según la caja que compra en el supermercado, cuando le apetece. Della tiene los cabellos más claros, va a una peluquera cara cada cuatro semanas para que le hagan reflejos, su única concesión a la respetabilidad.

Si Addie llegara algún día a hacerse famosa e hicieran una muñeca a su imagen y semejanza, se parecería a Della. La cabeza ligeramente más grande en proporción al cuerpo. Las tetas más pequeñas y compactas. Las mejillas un poco más altas, los ojos un poco más grandes. Es la viva imagen de Addie, pero más guapa. Hay algo de perfección en Della, como si el molde se hubiera deformado ligeramente cuando tocó hacer a Addie.

Cuando eran niñas no se parecían en nada. La gente solía destacar lo diferentes que eran. Solían decir que Addie se parecía a su padre mientras que Della había salido a su madre.

«Hay una de cada». Addie recuerda que alguien lo decía, aunque no recuerda quién.

No se llevaban muy bien durante la infancia. Se criaron una al lado de la otra, por supuesto, se pasaban el día en mutua compañía, pero no estaban muy unidas.

Se pasaban horas y horas encerradas cada una en su habitación. Horas que de juntarlas se convertirían en semanas, meses y años. Aunque Addie las recuerda como solo un momento.

Addie está agachada en el suelo sobre una enorme cartulina blanca, trazando líneas con un lápiz y una regla de madera. Le duele la espalda y tiene las rodillas y las pantorrillas rojas por el contacto con los pelos rugosos de la alfombra. Está escuchando Radio Nova, la canción que ponen ronda en los confines de su memoria. Si escuchas tres canciones seguidas puedes llamarlos, aunque no recuerda qué ganas.

En las cartulinas enormes dibuja casas de ensueño. Mansiones con muchos detalles, con patios interiores rodeados por balcones de madera. Dormitorios con escaleras de caracol que llevan a jardines secretos. Azoteas donde se cultiva de todo y hamacas colgadas entre árbol y árbol, para dormir bajo las estrellas.

Fue allí donde Addie pasó su infancia, en aquellas casas hermosas y fantásticas que ella misma imaginaba. Solo era su sombra la que merodeaba por la casa grande y fría de Strand Road. En su cabeza, Addie flotaba por una serie de habitaciones comunicadas entre sí, cada una pintada de un azul más claro que la anterior, puertas francesas del suelo al techo que se abrían a un lago oscuro y profundo, su vestido blanco inflado por la brisa. Ella se sentaba con los pies colgando en el borde de la piscina poco profunda de un patio embaldosado repleto de plantas tropicales, mojaba los dedos de los pies en el agua verde y calma, apoyando la espalda en una columna fría de piedra.

En sus recuerdos, Addie es consciente de la presencia de Della en la habitación contigua. Sabe que Della está tumbada en la cama, leyendo. De vez en cuando se oye el sonido susurrante al pasar las páginas.

—¡Santo cielo, hija mía!, te van a quedar los ojos cuadrados.

Eso era lo que solía decir la canguro cuando se acercaba a encender la luz. Antes había llamado desde la cocina del sótano, pero ninguna de ellas había contestado. Por tanto había subido un tramo de escaleras, gritando por el camino. Y protestando otro tramo más sin obtener respuesta, hasta que por fin se había encontrado en el rellano de arriba, jadeante y exasperada.

—Chicas, tendríais que salir a que os diera el aire —les decía—. A que os cogiera un poco de color en las mejillas.

Y ellas alzaban la vista para mirarla con ojos fantasmagóricos, como si quisieran darle la razón. Aunque eran niñas que se contentaban con poca cosa, eso tenía que admitirlo. Eran niñas fáciles de cuidar, nunca le dieron ningún problema. Dos pobres chiquillas sin madre, decía, su padre las tiene bien educadas.

Al recordarlo ahora, Addie se da cuenta de que eran unas niñas excéntricas. Se les permitía ser excéntricas. No había nadie que lo impidiera.

Durante un tiempo pareció que con la edad habían dejado de serlo. De adolescentes, salían con otras chicas, hablaban mucho por teléfono. De los veinte a los treinta parecían progresar normalmente. Al cumplir los treinta, Della se había casado con un médico y estaba embarazada de su primera hija. Addie se había licenciado en Arquitectura y tenía su propio apartamento. A primera vista, les había ido bien.

—Han salido magníficas, estas chicas, hay que reconocérselo a su padre.

Pero desde hace un tiempo, Addie piensa que aquellos años intermedios debieron de ser un accidente, un breve flirteo con el convencionalismo. ¿De qué canción era eso? «*Las convenciones pertenecen al ayer*». Actualmente, Della es tan excéntrica como lo era de pequeña, quizás incluso más.

—Trato de destacarme entre las esposas de los demás médicos —había dicho en defensa de sus conjuntos—. Aquello es un mar de Burberry y tejanos de diseño, los pobres niños tienen problemas para distinguir a su propia madre.

Es como si la situación se estuviera revirtiendo. Está volviendo a ser la niña que era hace treinta años, la niña a quien no le importaba lo que pensarán de ella los demás, la niña que solo quería leer un libro y que la dejaran en paz. El «club-de-todos-los-demás-pueden-irse-a-la-mierda», así era como lo llamaba Della. Un club de un solo miembro.

Actualmente, Addie también tiene su propio club exclusivo. *Lola* y ella son los únicos miembros. Por supuesto, ¿quién más iba a querer apuntarse?

Todas sus amigas están casadas, la mayoría tenían hijos. Ya no las ve tanto como antes, e incluso cuando las ve tiene la sensación de que algo se interpone entre ellas. Aunque griten, no pueden oírse bien unas a otras.

Actualmente, Addie se siente más cercana a Della que a ninguna otra persona. Es como si el resto de la gente hubiera desaparecido y lo único que le quedara fuera la familia.

Echa de menos a su madre como nunca antes lo había hecho.

Della había vuelto a levantarse y recogía las tazas.

—¿Te quedarás a cenar? —preguntó—. Pastel de carne y puré de patatas. Un vaso de vino. Una buena comida casera. Vamos, quédate y nos salvamos la una a la otra.

Estaban a media cena cuando sonó el teléfono de Addie. Se acababa de terminar la primera ración de pastel de carne y estaba a punto de pasar el plato para una segunda. Las niñas no habían tocado los suyos, por supuesto, se quejaban de que llevaba cebolla y Simon las reñía a grito pelado y Della les decía que ya se podían morir de hambre si era eso lo que querían, que ¡qué importaba! Con tanto follón, Addie casi no oyó el móvil. Hurgó en el bolsillo de su chaqueta, miró la pantalla y vio el código de llamada americano. Salió corriendo de la sala para contestar.

—Hola —dijo.

El corazón le latía con tanta fuerza que temía no oírle.

—Hola —contestó él—. No estoy seguro de cuáles son las costumbres por aquí, pero ¿se considera correcto que un hombre invite a una chica a cenar?

## 12

En cuanto Della cerró la puerta principal, sintió que una ola de autocompasión rompía sobre ella. Tuvo que quedarse un minuto plantada en el vestíbulo para tranquilizarse. Sabía que era una mierda para ella. Se alegraba por Addie, por supuesto que se alegraba. Incluso había conseguido fingir alegría. La había largado con instrucciones estrictas de pasar por casa y maquillarse un poco, se había quedado de pie ante la puerta sonriendo mientras su hermana salía disparada con la perra corriendo tras ella. Le había dicho adiós con la mano mientras se alejaba con el coche, y le había gritado ¡pásalo muy bien!

Pero en cuanto había cerrado la puerta se había sentido abandonada.

Ahora estaba apoyada contra la puerta cerrada y miraba a su alrededor. El abrigo de Simon había caído del perchero del vestíbulo y estaba tirado sobre un charco en las baldosas a su lado. Había botas de lluvia llenas de barro esparcidas por el suelo, entre ellas unas bragas con aspecto de mojadas y todavía entrelazadas con unas medias. Desde la sala de estar llegaba el sonido de la tele. Podía imaginar a Simon repanchigado en una esquina del sofá, con una botella de cerveza en la mano y el mando a distancia en el brazo del sofá.

En el piso de arriba había otra tele encendida, en la que daban probablemente algo inapropiado. Era casi seguro que sería inapropiado, al menos para Lisa. Della se había visto obligada hacía poco a prohibir *Los Simpson* después de que Lisa le preguntara qué eran unas bragas comestibles. Sin embargo, la prohibición era simbólica, porque aún seguían

mirándolo. A la pobre Lisa le habían puesto el nombre en honor a aquel maldito programa, por tanto, ¿qué se podía esperar?

Della se agachó para recoger el abrigo de Simon, con una sensación de cansancio y hastío. Mi vida parece salida de una canción de música country, pensó.

Decidió volver a la cocina, apartó a un lado con el pie el montón de botas de lluvia al pasar. Pasó sigilosamente por la puerta abierta de la sala de estar y bajó los tres escalones hasta la cocina. Fue directamente hasta su silla de lectura, la silla blanca de mimbre que se había comprado la primera vez que se había mudado de casa. La pintura estaba desconchada, la rejilla de mimbre deformada. Se estaba hundiendo, como ella misma. Sacó el libro de debajo del cojín y se hundió en la silla y cruzó las piernas con los pies sobre la silla. Empezó a leer donde lo había dejado por la mañana, preguntándose cuánto rato pasaría antes de que alguien reclamara su atención.

Cuando Della era niña se podía pasar un día entero tumbada en la cama, leyendo. Leía durante horas sin parar, podía leer hasta tener todo el cuerpo entumecido, hasta que su barriga rugía de hambre. Hacía una pausa para comer y luego volvía a su dormitorio y leía hasta el anochecer.

Ahora para ella es como un sueño, el recuerdo de todo el tiempo que tenía en sus manos sin que nadie la molestara.

A veces, ahora, trata de escabullirse. Sube sigilosamente a su dormitorio a media tarde sin decirle a nadie adónde va. Se echa sobre el edredón con aire de culpabilidad, coge el libro de su mesita de noche y lo abre con avidez, lo devora como si fuera pornografía. Lee con las orejas bien abiertas, aguzando el oído por si hay golpes o lamentos, peleas o alguien que se cae de un árbol. Pocas veces termina un capítulo.

Mamá.

Una voz procedente del piso de arriba.

¡Mamá! ¿Dónde estás?

Es la palabra que oye todo el día. Mamá, gritan, y de algún modo logran que la palabra tenga cinco sílabas. Mamá, ¿sabes dónde están mis bambas?

Mamá, ¿podemos ver la tele? Mamá, Stella no me ha pedido permiso para jugar con mi Nintendo. Un mamá lastimero, un mamá indignado.

¡Mamá, mamá, mamá!

¿Recuerdas cuando eras pequeño y practicabas escribiendo tu nombre en un papel una y otra vez? Y al cabo de un rato las letras empezaban a no tener ningún sentido, empezaban a parecer una construcción aleatoria de marcas sobre el papel, una cosa sin significado. Empezabas a preguntarte si aquello era tu nombre, empezabas a sentirte como si cayeras de lo alto y no hubiera nadie para recogerte.

Eso es lo que siente Della cuando la llaman mamá, no tiene ningún sentido para ella.

La gota que colmó el vaso fue cuando Simon la llamó mamá.

—Mamá —dijo—, ¿sabes dónde están las raquetas de tenis?

—Simon —respondió ella—, no soy tu madre. Como me vuelvas a llamar así otra vez, no volveré a acostarme contigo.

A Della no le tiembla la mano a la hora de cortar cabezas.

Cuando su madre murió, Della ocupó su lugar. Se convirtió en la madre de la casa. Del mismo modo en que un nuevo presidente jura el cargo en cuanto muere el anterior.

La gente todavía dice que se parece mucho a su madre. La misma cara hermosa, el mismo aspecto alocado. Y es lectora, como lo era su madre.

Addie no tiene ningún recuerdo de la noche en que murió su madre, no tiene memoria alguna de aquella época. Della lo recuerda, pero preferiría no hacerlo. Recuerda la vuelta a casa después del hospital, recuerda la soledad de ser solamente tres. Recuerda haber sacado algo de sopa de la nevera y haberla calentado. Recuerda que se sentaron los tres a la mesa con los cuencos humeantes delante de ellos. Addie fue la única que consiguió comer algo. Al fin y al cabo, todavía era una niña. Después de la cena, todos se pusieron el pijama y Hugh y Addie tiraron la ropa sucia al cesto de la colada, como siempre. Al día siguiente, Della cogió la colada y la metió en la lavadora. Y así fue como empezó. Tenía diez años.



Contrataron a una mujer, siempre había una mujer. Pero Della estaba al mando. Della preparaba las comidas escolares para las dos. Della escribía las justificaciones por enfermedad. Se aseguraba de que hubiera regalos envueltos en casa para que Addie los llevara a las fiestas de cumpleaños. Siempre se acordaba de incluir una tarjeta. Una parte de ella todavía espera que alguien le dé las gracias.

De un día para otro, una familia de cuatro se convirtió en una familia de tres. Una pareja con dos niñas pequeñas se convirtió en una pareja con una niña. Della subió de rango, ocupó el puesto junto a Hugh como la otra adulta de la casa. Y Addie se convirtió en la hija única mimada.

Ahora Della vuelve a ser madre. A veces se siente como la madre de todos ellos. Es la alocada con la vida resuelta, su casa es la casa de todos, aunque no vivan allí. Y la verdad es que, por mucho que gruña, es como le gusta que sea.

Cuando Addie perdió al bebé, Della se quedó desconsolada por ella y por el sobrinito o sobrinita que ya había empezado a querer. Ya había imaginado que el círculo familiar se ampliaba, otra familia además de la suya. Otro hogar con Addie en el centro. Addie también madre. Aquello cambiaría las cosas entre ellas, sin duda. Cambiaría toda la estructura de la familia.

En algún rincón péfido y oscuro de su corazón, Della se alegra de que aquel cambio jamás se llegara a producir.

## 13

Treinta y ocho años y a Addie nunca la habían invitado a cenar.

Trató de explicárselo a Bruno, pero a él le costaba entenderla.

—En lo que respecta a ti es bueno —dijo Addie sin mirarlo, fingiendo que leía el menú.

—¿Y qué significa para mí? —Bruno estaba intrigado.

Addie continuó sin levantar la mirada.

—Bueno, hay ciertos favores sexuales con los que siempre me había prometido que premiaría al primer tipo que me invitara a salir como Dios manda —respondió sin dar crédito a lo que estaba diciendo.

—Bueno, ¿a qué estamos esperando?

Bruno dejó el menú e hizo ademán de coger la chaqueta y de levantarse ligeramente de la silla.

—¿Sin cenar? —se rio ella—. No lo dirás en serio.

Habían pasado por unos seis restaurantes buscando una mesa. Eran las nueve de la noche de un sábado y todo estaba llenísimo, estaban poniendo a la gente en listas de espera. Al final acabaron yendo al restaurante de Danny. Addie llamó antes y de algún modo Danny imaginó que era una cita, así que cuando llegaron allí tenía preparada la mesita del fondo para dos, con una rosa solitaria sobresaliendo de una jarra de leche.

Bruno insistió en acercarle la silla. Mientras Addie se sentaba, pudo ver que Danny merodeaba detrás de él sosteniendo sus abrigos. Por la cara que ponía, Addie se dio cuenta de que estaba muy emocionado por ella y lo fulminó con la mirada, pero él se limitó a devolverle una sonrisa amable y meneó la cabeza como un genio de pantomima.

—Tengo tanta hambre que me comería un caballo —dijo Bruno.

—Y el culo del jinete de postre.

Addie abrió el menú y fingió que lo estudiaba. Había decidido no decirle nada del pastel de carne con puré de patatas.

—Creía que se suponía que había recesión —dijo Bruno mientras observaba a su alrededor todas las mesas abarrotadas.

—El penique todavía no ha caído —dijo Addie.

—Para mí sí que cayó hace tiempo.

—¿Por eso has venido? ¿Porque te quedaste sin trabajo?

—Por eso y por las elecciones. Lo de las elecciones me estaba poniendo nervioso y necesitaba cierta perspectiva. Así que me dije, reserva un viaje de ida y vuelta, Bruno. Reserva un viaje de ida y vuelta, y regresa cuando todo haya terminado. Si gana Obama, habremos triunfado. Si gana McCain... —Bruno se inclinó sobre la mesa para dar más énfasis a sus palabras—. Si gana... rompo el billete de vuelta. Si gana, me como el billete.

Addie se rio, con esa risa llena de vida que se le escapa sin previo aviso. Aunque pensó que para eso faltaba menos de un mes.

Llegó la comida, grandes filetes de ternera ennegrecidos y un pequeño bol rebosante de patatas finitas.

—Mi plan era pasarme un mes recorriendo el país en coche. Y lo sigue siendo, supongo. Solo que todavía no me he puesto en marcha.

—¿Un mes? —Addie abrió los ojos como platos por la sorpresa—. Te aseguro que puedes recorrer el país en coche en un solo día. En menos de un día. Solo se tarda unas cuatro horas en ir de una punta a la otra.

Bruno no pareció convencido.

—Me cuesta un poco hacerme a la idea. Me cuesta imaginar algún lugar tan pequeño viniendo como vengo de un lugar tan grande.

—Tendrías que dar toda la vuelta —dijo Addie, tratando de imaginárselo cerrando un ojo mientras dibujaba una línea alrededor de la

isla—. Tendrías que bordear la isla, lentamente, para que durara un mes. E incluso en tal caso, me pregunto si tardarías un mes.

—Tal vez deberíamos probarlo.

Ella no dijo nada, concentrada en cortar su filete.

—Es un viaje que hace muchísimo tiempo que tengo en la cabeza —añadió él—. Le hice la promesa solemne a mi padre de que vendría. De eso hace ya treinta años. Parece increíble que no haya cumplido la promesa hasta ahora.

—¿Y por qué has tardado tanto?

Bruno tuvo que pararse a pensar.

—Pues mira, yo también me he estado haciendo esa misma pregunta. Desde que llegué aquí me estoy preguntando qué ha pasado durante todo ese tiempo. Hace treinta años que murió mi padre, hará treinta años en verano. Y durante todo ese tiempo he deseado hacer el viaje, he sentido la necesidad de hacer este viaje. Siempre ha estado ahí, como una vocecita dentro de mi cabeza. —Bruno ahuecó las manos sobre la boca y susurró dentro de ellas, burlándose un poco de sí mismo—. Ve a Irlanda, Bruno. Ve a Irlanda...

—Pero no lo hiciste.

—No. No lo hice. No lo he hecho hasta ahora.

Bruno parecía perplejo y fruncía el ceño, como si registrara su memoria en busca de algo.

—Al principio creo que era demasiado pronto. Venir aquí, al país de mi padre. No me sentía preparado, era demasiado joven. Y cuando estuve preparado para hacerlo, estaba demasiado ocupado. Trabajaba mucho y viajaba mucho, y lo último que quería hacer cuando no estaba trabajando era viajar más. Iba de vacaciones a México. Me gusta México. México está cerca, es fácil.

—México —repitió Addie.

Ahora Bruno le había hecho pensar en todos los lugares donde jamás había estado.

—Sí, México. Además, también tenía que pensar en mi madre. Estuvo enferma durante mucho tiempo, estaba en una residencia. Y me daba miedo

hacer el viaje, por si le pasaba algo mientras estaba fuera.

—Eso es un motivo para no hacer un viaje, un buen motivo.

—Sí, bueno. Siempre había motivos para no hacerlo. Además estaba aquella sensación extraña, tras el Once de Septiembre, como que tenías que quedarte cerca, habría parecido...

Bruno hizo una pausa para buscar la palabra adecuada. Addie ya había observado lo cuidadosamente que elegía las palabras. Tenía la sensación de que estaba escrutando su alma en busca de todas y cada una de sus palabras.

—... habría parecido una deslealtad marcharse.

—¿Y qué ha cambiado?

Bruno pareció sorprendido por la pregunta.

—¿Qué ha cambiado? —Bruno se inclinó sobre la mesa—. Todo ha cambiado. —Levantó la mano e hizo chasquear los dedos—. De repente, todo ha cambiado.

Bruno miraba fijamente a los ojos a Addie mientras hablaba. Atravesándola con su mirada.

—Estuve repasando todas las razones para no venir, una por una. Estaba tumbado en la cama, despierto, era justo después de perder mi empleo y no podía dormir, y estaba ahí tumbado tratando de pensar en todos los motivos por los que no podía venir. Y ya no existía ninguno. Y pensé, ahora, Bruno, no hay nada que te lo impida. Es la hora de la verdad.

—Debió de ser una sensación agradable.

Bruno hizo una pausa, caviló un momento antes de responder.

—No —dijo—. Fue una sensación jodidamente horrible.

Y se echó a reír, una risa tan inesperada y tan contagiosa que Addie se rio con él. La risa de ella era como un motor fuera de control, empezaba en lo más profundo de la garganta y salía por la boca como un borboteo ruidoso.

—Reinventarse a uno mismo —añadió sacudiendo la cabeza, como si estuviera viendo algo que no se acababa de creer— da miedo a mi edad.

—Al menos no tuviste demasiado miedo de hacerlo —contestó Addie.

Y pensaba, yo jamás tendría el valor para hacerlo, de empezar de cero. Y se corrigió mentalmente mientras lo pensaba. No tengo el valor, pensó.

No he tenido el valor. Pero al mismo tiempo, en algún lugar dentro de ella se había encendido una diminuta chispa, una chispa que decía «tal vez»...

Era como si él pudiera leer sus pensamientos.

—¿Tú qué serías, si pudieras reinventarte?

Addie no lo dudó ni un segundo.

—Diseñadora de piscinas.

—Diseñadora de piscinas...

Bruno le dio vueltas en su cabeza, sonriendo mientras lo analizaba. Era como si ella acabara de entregarle un objeto peculiar.

—¿Por qué diseñadora de piscinas?

—Es lo que siempre había querido ser, cuando era niña. Solía decirle a todo el mundo que de mayor sería una famosa diseñadora de piscinas, diseñaría unas piscinas fabulosas y viajaría por todo el mundo para ponerlas a prueba.

Addie se sintió incómoda ante sus preguntas, se sintió repentinamente tímida y alargó la mano para coger su copa de vino.

—¿Y por qué no lo fuiste?

Bruno la miraba con expectación, esperando una respuesta. Addie se atragantó con el vino, un sorbo se fue por el agujero que no tocaba, le empezaron a llorar los ojos y sintió que se ponía lívida. Se golpeó el pecho con la mano plana y cogió el vaso de agua.

Bebió un trago largo, se le aclararon los ojos y volvió a respirar con normalidad. Bruno la observaba, esperando todavía una respuesta.

—Es increíble que me hayas preguntado eso.

—¿Que te haya preguntado qué?

—Es increíble que me hayas preguntado por qué no llegué a ser nunca diseñadora de piscinas. Me ha hecho gracia, eso es todo.

—¿Por qué te ha hecho gracia?

—Porque es ridículo. No se puede ser diseñador de piscinas.

Bruno se quedó perplejo.

—¿Por qué no? No lo entiendo. ¿No se necesita a alguien que diseñe las piscinas? Seguro que hay gente por ahí que se dedica a diseñar piscinas.

Ahora era ella quien lo miraba fijamente. Se dio cuenta de que hablaba en serio. Estaba absoluta y completamente serio. Le había hecho una pregunta y quería saber la respuesta.

—Es solo una idea infantil —contestó Addie—. Como mi sobrina, que quiere rastrear leones en África. Es lo que quiere hacer cuando sea mayor. Son cosas que piensan los niños, Bruno, no son opciones profesionales realistas.

—Pero ¿por qué no? Tengo un amigo del instituto que rastrea tigres en Camboya, trabaja para World Wildlife Fund. Estoy seguro de que en África rastrean leones, estoy seguro de que hay alguien que se gana la vida así. Y estoy seguro de que hay gente que diseña piscinas para ganarse la vida, tiene que haberla. No veo por qué no podrías hacerlo tú.

Y levantó su copa hacia ella. Casi sonreía con suficiencia.

Bruno es interesante, pensó Addie, es realmente interesante. Y aquello fue una revelación para ella. No se esperaba que fuera interesante.

Addie lo miró fijamente a los ojos, aguantó su mirada durante el tiempo suficiente para hacerlo embarazoso. Luego levantó su copa hacia él un instante antes de dar un sorbo largo.

—Y entonces, ¿qué vas a ser en tu nueva vida?

Bruno respondió muy lentamente y con gran dignidad.

—Me gustaría ser escritor.

Aquello tuvo un mal efecto sobre ella, que de repente se irritó. Un momento antes se sentía fascinada por él. Ahora la aburría. No quería que fuera escritor, le gustaba que fuera banquero. Escritor era lo último que querría que fuera. Addie se obligó a levantar las cejas, intentando parecer interesada.

Del todo ajeno a las ideas horribles de Addie, se inclinó hacia delante para hacerle una confidencia.

—... toda mi vida he querido ser escritor, siempre he creído que llegaría a serlo. Solo que nunca me he puesto a escribir.

Addie sintió el impulso irrefrenable de ser desagradable con él, no pudo evitarlo. Aunque mientras lo decía se avergonzaba de su actitud.

—¿No cree eso todo el mundo? Quiero decir, ¿no es lo que dicen? ¿Que todo el mundo cree que lleva un libro dentro?

—Eso dicen.

—Y pues —añadió—, ¿de qué va a ir el tuyo?

—Bueno —respondió Bruno con pies de plomo—, estoy trabajando en una idea. Es solo el principio de una idea.

Se quedó mirándola un minuto, escrutando su rostro. Tal vez estuviera sopesando si decírselo o no.

No, se sintió tentada Addie de decirle. No hace falta.

Pero era demasiado tarde.

—De acuerdo, te lo diré.

Bruno dobló la servilleta sobre la mesa delante de él, pasando la mano por encima para eliminar las arrugas.

—Trata de un tipo. Es americano, evidentemente, como yo, de Nueva Jersey.

Addie se esforzaba por controlar la expresión de su cara.

El libro empieza cuando llega a Irlanda, la tierra de sus antepasados. Es un viaje de autodescubrimiento, busca sus orígenes.

Bruno seguía pasando la mano por la superficie de la servilleta, y de vez en cuando levantaba la mirada hacia ella.

—Es algo en lo que he pensado mucho últimamente. Llega un punto en la vida en que tienes que descubrir tus orígenes antes de seguir adelante.

Addie tuvo que reprimir el impulso de poner los ojos en blanco. Bruno plegó la servilleta como si cerrara un libro y le dio una palmadita.

—Sin embargo, en cuanto llega a Irlanda conoce a una hermosa chica irlandesa. Una encantadora y perdida chica irlandesa. Y se enamora locamente de ella.

De pronto, Addie volvía a estar interesada. Bruno resultaba cada vez más listo de lo que ella esperaba.

Addie sonrió.

—Creo que ya veo a dónde quieres ir a parar.

Bruno se llevó el dedo índice a la boca, indicándole que se callara.



—Conoce a esta mujer y enseguida se da cuenta de que es la mujer de su vida.

Addie ladeó la cabeza, sonriéndole con complicidad.

—Solo trata de llevársela a la cama.

Pero él mantuvo la mano alzada pidiéndole silencio, en gesto sacerdotal, como si estuviera a punto de rociarla con agua bendita.

—Le estás quitando importancia, no deberías quitarle importancia. Estoy hablando de una gran historia de amor.

Addie sacudió la cabeza, interrumpiéndolo.

—No tiene ningún futuro. Él es extranjero, volverá a su casa y se olvidará de ella.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan segura de que termina así?

Addie sintió terror al comprobar que su corazón latía con fuerza en su pecho. Intentó que su tono de voz pareciera displicente.

—¿Y por qué no me cuentas cómo termina? Tú eres el escritor.

—No puedo —respondió él, negando con la cabeza como quien pide perdón—. No sé cómo termina, todavía no. Y aunque lo supiera, no te lo diría. Un buen escritor nunca revela el final.

Al final de la noche, los camareros habían apartado las mesas contra la pared y todo el mundo bailaba. Harry Belafonte, la isla bajo el sol, y todo el mundo bailaba y tarareaba la canción mientras bailaba, y era muy extraño, pero todo el mundo lo estaba pasando en grande. Era como si todos hubieran dejado sus problemas en la puerta y no hubiera nada en el mundo de qué preocuparse.

Si es así como tiene que ser la recesión, pensó Addie, pues bienvenida sea. Pero estaba interpretando mal las señales. Aquello no era la recesión, sino la antesala de ella. Aquello era la postergación de la realidad, aquello era la negación de la realidad.

—¡Esta no es la habitual noche del sábado en Dublín! —le gritaba Addie a Bruno. Su cara reflejaba perplejidad. Nunca antes había pasado una cosa igual, aquello era rarísimo—. ¡Te estás llevando una impresión muy

engañoso de nosotros! —chilló en su oído, sin estar segura de si la oía o no—. Nosotros no somos así.

Más adelante, Bruno recordaría a menudo aquella noche en que bailaron con desconocidos en el restaurante de Danny hasta altas horas de la madrugada. Recordaría la noche y rememoraría una imagen, la de la orquesta tocando en la cubierta mientras el *Titanic* se hundía en el mar.

Más adelante, la gente discutiría sobre el momento exacto en que estalló realmente la burbuja. Algunos dirían que fue Waterford Crystal, dirían que cuando oyeron que Waterford Crystal había desaparecido supieron que todo había terminado. Otros dirían que fue Dell, que la retirada de Dell había significado la sentencia de muerte. Un tipo telefoneó a una emisora de radio para decir que su naranjo acababa de dar un limón.

Pero cuando Addie y Bruno se conocieron, cuando tuvieron su primera cita, todo aquello todavía estaba por llegar. Todas las señales estaban allí, pero nadie quería darse cuenta. Todos los días había nuevas informaciones sobre pérdidas de empleos, bajadas en los precios de las viviendas, bancos con problemas. Todo el mundo decía que aquello era inevitable, pero todavía no se lo podían creer.

En aquellas semanas cegadoras previas a la Navidad, todavía era apenas un tren que se acercaba por la vía. Ya se podían ver las luces, se podía oír el zumbido que hacía al acercarse. Pero tú seguías allí, de pie, y te preguntabas si realmente se dirigía hacia ti, si pararía antes de llegar a ti o doblara hacia otra vía y pasara a toda velocidad a tu lado.

Hasta que no llegara y te atropellara, todavía había alguna esperanza.

## 14

Desde el primer momento fue un idilio.

Hubo muchos besos, mucho tomarse de la mano. Charlas interminables. Y risas, Dios, uno hacía reír al otro. Había inocencia en todo aquello, casi como un amor de instituto. Si los hubierais visto juntos aquella primera semana, ellos dos y *Lola*, habríais pensado que eran una familia. Por cómo se movían, cómo caminaban al compás. Parecía que llevaran juntos toda la vida.

Todas las noches se dormían enredados el uno en el otro. Y cuando se despertaban a la mañana siguiente aún estaban entrelazados. Ninguno de los dos fingía que se tratara solo de sexo.

Las cosas más complicadas, las cosas que habían sido auténticos campos minados en otras relaciones, aquí eran temas de discusión. Eran cosas de las que se podía hablar.

—¿Has estado alguna vez embarazada? —preguntó Bruno.

Incluso en aquel momento a Addie le había parecido la cosa más insólita que preguntar. Y sin embargo la más fundamental, si querías comprender a una mujer.

La tercera noche juntos, una noche de domingo, se habían quedado en casa para pasar la resaca. Habían encendido la estufa de gas y se habían acomodado en el sofá. Tenían la tele encendida, aunque solo la miraban a medias. Una película sobre una detective embarazada. Ambos la habían visto antes.

—¿Has estado alguna vez embarazada? —preguntó él.

Como si le preguntaras a alguien si ha estado alguna vez en Francia.

—Sí —respondió ella sin tapujos.

Addie mantuvo los ojos fijos en el televisor. De repente fue consciente de cómo estaba sentada, con un pie sobre el sofá y el otro aplastado debajo de ella. Sintió la necesidad de permanecer muy quieta, como si un animal peligroso hubiera entrado sigilosamente en la habitación.

—¿No hubo bebé? —preguntó él.

—No hubo bebé.

—En mi caso tampoco —dijo él—. No ha habido bebés.

Y por ella, de ese modo, dio por zanjado el tema.

Addie podría haberlo dejado allí, pero no quiso.

—No es lo que estás pensando —aclaró, volviendo lentamente la cabeza para mirarlo.

—Yo no estoy pensando nada.

—Fue un embarazo ectópico, ¿sabes lo que es?

—Más o menos —respondió Bruno, queriendo decir que no.

—Es cuando el bebé queda atascado en el tubo. No termina bien. — Addie respiró profundamente y siguió—: Es probable que no pueda tener hijos.

Trató de hacer que sonara como si no le importara demasiado, como si fuera algo que no tuviese que ver con él. Pero tal como la miró él cuando se lo dijo, Addie sintió ganas de llorar. Volvió la cabeza bruscamente, mirando al televisor, y pestañeó para quitarse las lágrimas. Lo había apartado de su mente durante tanto tiempo, diciéndose a sí misma que no era para tanto. Claro que no había encontrado a nadie con quien quisiera tener hijos, eso era lo que se había estado diciendo. Pero ahora que lo había dicho en voz alta, ahora que había visto su reacción, de repente sí que le pareció que era grave.

Por eso sentía tanto dolor, estaba segura. Porque a esas alturas debería haber tenido un hijo. Según el orden natural de las cosas, debería haber tenido seis. El dolor de espalda y los calambres y la barriga hinchada, ahí estaba el origen de todo aquello, era un lastre. Addie había buscado información en internet y había topado con palabras que jamás hubiera creído que existieran. Palabrejas espantosas, como fibroma y endometriosis,

palabras como quiste. Por supuesto que había oído hablar de quistes antes, pero nunca había sabido qué eran. Cuando buscó en Google la palabra descubrió que era exactamente lo que sugería. Un cosa asquerosa llena de líquido. Ni siquiera era capaz de pensarlo, no podía soportar la idea de tener una de esas cosas flotando en su interior.

Tengo las entrañas hechas un revoltijo, eso era lo que le había dicho a Della, era así como lo había descrito. Y Della se había quedado un poco preocupada. ¿No debería verte alguien?, le había dicho. No, no, había respondido Addie, ya sé lo que es. Es porque no he tenido ningún hijo. Es ir contra la naturaleza, eso es lo que es.

Después de diagnosticarse se había medicado ella misma. La natación ayudaba, y lo mismo los paseos. Probó la acupuntura, fue a darse algún ocasional masaje shiatsu, tomaba muchos suplementos vitamínicos. Bebía zumo de arándano. Y tomaba montones de analgésicos. Y también ibuprofeno, en caso necesario, podías duplicar la dosis sin dañar tus órganos, eso era lo que ponía en internet.

En el hospital le habían dicho que volviera para hacerle una prueba, algún tipo de cirugía laparoscópica. Le habían dicho que esperara seis meses y luego pidiera hora. Pero ella no lo hizo. En el fondo del alma, lo sabía. Y realmente, durante mucho tiempo, no le importó. Ella creía en el destino. Creía que lo que tuviera que venir, vendría. Veía la vida de Della y no estaba nada segura de que aquello fuera lo que ella quería, de modo que se dijo que en verdad no le importaba.

Es curiosa la manera en que logras borrar las cosas de tu mente. La manera en que te convences de algo de un modo u otro, la manera en que asumes las cosas. Hasta que te das cuenta de que nunca habías estado convencida del todo.

Addie siente un gran cariño por las hijas de su hermana, las quiere como si fueran suyas. Sabe qué día cumplen años. Tiene fotografías de ellas junto al teléfono.

Para ellas es más una hermana mayor que una tía. Las lleva a comprar ropa y les deja comprar todo lo que quieran. Cuando las lleva a nadar, las invita luego a tomar chocolate a la taza. Las invita a quedarse a dormir en su casa y miran la tele juntas en el sofá. Y le dan palomitas a la perra.

A Addie le gustan los mismos programas que a ellas. Le gustan *Los Simpson*, le gusta incluso *Friends*.

—Yo soy Rachel —dice Stella.

—¡No, Rachel soy yo! —protesta Tess.

¿Por qué todas quieren ser Rachel?, se pregunta Addie. Yo no quiero ser Rachel, si pudiera ser alguien, sería Phoebe. Es lo que tiene hacerse mayor, piensa. Ya no quieres ser Rachel, quieres ser Phoebe. Aunque Addie sabe que Della tiene razón, si ella es alguien, es Monica.

Las niñas utilizan expresiones que sacan de la tele. «Musquis», «repámpanos» y «lerdo», dicen. Lllaman a Della «mami». Dicen «listo» cuando han terminado de cenar.

Della le echa la culpa a Addie.

—Tú las animas a ver esa basura —dice—. Y luego te largas y soy yo la que tiene que escucharlas.

Lo de no tener hijos cambia las cosas. Eso es lo que está descubriendo Addie ahora que evoluciona. Hace unos pocos años todo tenía que ver con el bebé, todo tenía que ver con quedarse embarazada, y ver a otra gente quedarse embarazada y anhelar ser tú. Tenía que ver con la pequeña criaturilla, con su olor. Tenía que ver con sostener en brazos al bebé y ver cómo se duerme y ponerlo en el moisés y darle un beso de buenas noches y quedarse ahí a oscuras a escuchar su respiración.

Addie, ahora, ya no piensa en todas esas cosas. Tal vez porque ahora vuelve a estar soltera, o porque ha abandonado toda esperanza de volver a NO estar soltera nunca más. Tal vez sea porque las hijas de Della están creciendo y ya no son bebés, ahora ya son personas. Addie disfruta de su compañía, le gusta salir con ellas. Su propia vida parece muy tranquila en comparación.

—Tienes que pensar en el futuro —dice Della—. Tener hijos no tiene nada de bueno —añade—. Es un infierno. Pero es una inversión para el

futuro, tienes que creer que valdrá la pena en años venideros.

¿Cuántas veces han tenido esta conversación? Della está muy versada en el tema, lo tiene todo bien pensado.

—Me gusta tener gente alrededor —dirá—. Si tienes suficientes hijos, seguro que tendrás gente alrededor. Aunque solamente sean sus espantosos novios y sus espantosos maridos o sus amantes lesbianas. Habrá gente entrando y saliendo. De lo contrario seríamos solo Simon y yo. Y me cuesta imaginar que pudiera funcionar.

Y sigue:

—No tuvimos suficiente gente alrededor. Cuando éramos niñas, había demasiado silencio en casa. Yo quiero tener gente alrededor.

Della tiene una visión muy clara del futuro y a menudo habla de ella.

—Cuando sean adolescentes —dice—, entonces volveré a trabajar. Encontraré un trabajo y pondré los pies en polvorosa. Ya se manejará Simon con tantas hormonas. A fin de cuentas, él es médico, debería de estar suficientemente preparado para encargarse de todo.

A Addie le resulta extraña tanta planificación en su hermana. La forma en que lo tiene todo resuelto.

—Nos compraremos una casa en Francia —dice—. Cuando las niñas sean mayores, el plan es comprarnos una casa en Francia y yo me pasaré allí todo el verano y Simon irá de aquí allí y las niñas podrán aprender francés y yo me sentaré en el jardín a leer.

Della se lo imaginaba todo.

—¿Dónde te ves de aquí a diez años? —pregunta a Addie—. ¿Qué te ves haciendo?

—¡Por Dios!, Della, no sé ni dónde me veo de aquí a diez días.

Y con esta respuesta manda la pelota fuera.

Aunque sí que le preocupa. Cuando está sola, le preocupa. Trata de imaginarse a los cincuenta, pero no lo consigue. Simplemente no lo ve.

Y eso la asusta.

Bruno volvió a sacar el tema más tarde. Estaban en la cama, Addie estaba tumbada con la cara hundida en la cálida curva entre el hombro y el

cuello de Bruno. Estaba a punto de quedarse dormida cuando él le hizo una pregunta.

—¿Cuándo ocurrió lo del bebé?

—A finales del año pasado.

—O sea que a estas alturas el bebé ya habría nacido. Si hubiera vivido, ahora mismo el bebé estaría aquí.

Bruno había hecho el cálculo, tal cual.

Addie no logró articular una respuesta, no le salían las palabras. Y antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando, estaba llorando, lágrimas silenciosas que brotaban de su interior. Addie lloró en el hombro de Bruno, lágrimas que se juntaban formando pequeños charcos pegajosos sobre su piel.

Bruno no dijo nada. La estrechó junto a él y agachó la cara para besarle la cabeza mientras ella lloraba. Dejó que llorase y llorase, y cuando acabó estaba agotada. Sentía como si su cuerpo fuera de plomo. Pero, por primera vez en casi un año, tenía la cabeza despejada.

Nunca hubiera imaginado que alguien se preocupara tanto por ella. Que adivinara lo que estaba pensando, que le hiciera compañía en sus pensamientos más íntimos. Aquello tuvo un poderoso efecto sobre ella.

Por primera vez desde que había muerto su madre, tenía la sensación de que no estaba sola.



## 15

No se hablaba de ella, de la madre de Addie. Sí, se la ha mencionado a lo largo de los años, por supuesto que se la ha mencionado. A vuestra madre le habría salido mucho mejor que a mí, solía decir Hugh mientras se esforzaba por coser un botón de la bata escolar. Vuestra madre era muy buena con la costura.

O cuando una de ellas tenía problemas con los deberes de mates. En esto habéis salido a vuestra madre, decía Hugh, yo nunca tuve ningún problema con las mates cuando era un chaval.

Pero nunca se la recordaba, nunca les contaba historias sobre ella. De modo que Addie y Della no saben qué clase de persona era.

Siempre que sacan las fotos antiguas, cosa poco frecuente, su padre se las arregla para saltársela. Dice, por ejemplo:

—El de la izquierda soy yo, y este es un tipo que estudió en la Facultad de Medicina conmigo. ¿Cómo diablos se llamaba? Ya me acordaré. La de la derecha es Maura. Apenas se la reconoce, en aquellos tiempos no era tan fea.

Y se la salta en la fotografía. Lo hace indefectiblemente, ni siquiera la menciona, es como si jamás hubiera estado allí. Es algo muy raro de hacer.

—Tenéis que entenderlo —dice Maura—. Vuestro padre es un hombre extraño, pero eso no significa que no la quisiera. La quería mucho, lo que pasa es que ahora no sabe qué hacer con todo ese amor.

Maura lo conocía bien, había ido a la facultad con él. Hugh se especializó en cirugía y ella en psiquiatría.

—Loca como un rebaño de cabras —dice Hugh—, como todos los médicos de la cabeza.

Aunque por supuesto Maura no tiene nada de loca, está especialmente cuerda. Para Addie y Della, Maura es una fuente inagotable de sabiduría.

—Vuestra madre decidió casarse con vuestro padre porque le gustó cómo se secaba entre los dedos de los pies.

Eso es lo que les ha contado Maura, se lo ha contado tropecientas veces a lo largo de los años, y ellas no se cansan nunca de oírla.

—Un día fuimos todos a nadar, un resplandeciente día de verano, los exámenes acababan de terminar. Fuimos a la playa de Portmarnock. Y vuestro padre se sentó después del baño y se secó entre los dedos de los pies. A vuestra madre aquello la impresionó mucho, siempre contaba que fue en aquel momento cuando decidió casarse con él. Se dio cuenta de que él siempre haría las cosas correctamente.

Ahora, Addie espera una señal así de Bruno, espera un momento de lucidez.

Addie no sabe si el hecho de que él sea extranjero lo hace más fácil o más difícil. Su pronunciación resulta un problema para ella, no le gusta cómo pronuncia las palabras. No le gusta su manera de decir «caribeño». Pero difícilmente se puede considerar algo sustancial, no es lo que se dice una falta grave.

Además es elocuente, Addie empieza a darse cuenta. No tartamudea ni farfulla, elige las palabras con cuidado. Es preciso en el uso del idioma, y esto a Addie le gusta. Siempre procura elegir la palabra adecuada.

—Obama es elegante —dice Bruno—. Es la característica que más me gusta de una persona, su elegancia. Las mejores personas son elegantes.

Ahora Addie empieza a pensar que Bruno es elegante. Por la forma en que inclina el torso hacia delante cuando anda, la forma en que arrastra los pies como un adolescente. Tiene la cabeza demasiado grande para su cuerpo, pero en sus movimientos hay honestidad, humildad. Cortesía, también, por cómo le pone la mano en la espalda para guiarla delante de él cuando cruzan la calle. Es su manera de hablar, la forma de componer las

frases. La manera en que te escucha, ladea un poco la cabeza y te escucha, es de lo más adulator.

¿Son esas las señales que busca Addie? No lo sabe, ya no confía en su propio criterio.

—La primera impresión —dijo Della.

—Bah, no me salgas con esas.

—Vamos, dime qué fue lo primero que te vino a la cabeza.

—No estoy segura de querer decírtelo, influiría siempre en tu opinión sobre él.

—No, no lo hará. Una primera impresión es una primera impresión y punto.

Addie estaba preparando el té. Había llenado dos tazas con agua hirviendo y tenía colgadas las bolsitas de té sobre las tazas, haciéndolas subir y bajar dentro del agua por sus cordelitos. El aroma a menta se elevaba en nubes espesas entre ellas.

Della estaba inclinada sobre la mesa. Llevaba una camiseta blanca ajustada que tenía escrito delante con grandes letras negras: ¿Y CÓMO IBA A SABERLO?

—¿De qué va la camiseta? —preguntó Addie.

—¡Ah!, la compré por internet. Así no hace falta que lo diga continuamente. Me hacen cada pregunta que te harías cruces.

Impaciente, Della volvió a llevar la conversación a donde estaban antes.

—Venga, va —dijo—. La primera impresión, desembucha.

—Vale, vale. Pensé en *La conjura de los necios*, eso fue lo que pensé. Pensé que se parecía al tipo de *La conjura de los necios*. Prométeme que no se lo dirás nunca.

Della soltó un gritito y se golpeó los muslos con las palmas de las manos en una especie de repique de tambor.

—¡Oh, Dios!, Addie, ¿estás segura de lo que haces? Vaya, me muero de ganas de conocerlo.

Ahora Della se frotaba las manos, parecía divertida.

—¡*La conjura de los necios*! ¿No tenía necesidades especiales o algo el tipo de *La conjura de los necios*? No me puedo creer que te estés acostando con el tipo de *La conjura de los necios*.

—¡No es el tipo de *La conjura de los necios*! Esa fue solo mi primera impresión. Fue el gorro, ¿sabes? Llevaba uno de esos gorros con orejeras o como se llamen. Y la barba, por supuesto, la barba era un poco desalentadora. Pero en realidad no se parece en nada al tipo de *La conjura de los necios*. En realidad es bastante guapo. Ahora que lo conozco, me recuerda más a George Clooney.

—Dios, me había olvidado de la barba.

Addie se esforzaba por defenderlo, se sentía desleal hablando de él de aquella manera.

—No siempre ha llevado barba, no es que sea una parte intrínseca de él ni nada de eso, aunque sí, ahora mismo lleva barba. Y en realidad la encuentro bastante atractiva, hace que te fijes en sus ojos. Tiene unos ojos bonitos.

Della tenía el ceño fruncido, estaba pensando.

—No sé si he besado nunca a un hombre con barba. Espera, sí que debo de haber besado a un hombre con barba... seguro que he besado a un hombre con barba. —Della arrugaba la cara tratando de recordar.

Addie sopló sobre la superficie de su té para enfriarlo.

—Es un poco como besar a un erizo, pero agradable.

—Me pregunto si podría persuadir a Simon Sheridan para que se dejara la barba.

Della sorbía su té, con los labios arrugados mientras sorbía.

—¿Qué piensa Hugh de él?

Addie se llevó las manos a la cara.

—Todavía no me he atrevido a presentárselo.

—¡Todavía!

—Ya lo sé, ya lo sé...

Addie miraba fijamente a Della entre sus dedos, la voz apagada por las manos.

—Me da miedo que lo estropee todo, me da miedo que diga cosas desagradables de él y lo estropee. No tengo por qué presentarlos, ¿no?

Cuando apartó las manos, tenía una mirada suplicante.

Della negaba con la cabeza.

—No soy la persona más indicada para preguntárselo. No creo que debas hacer nada que no quieras hacer.

—Della —añadió Addie nerviosa—, creo que esta vez podría ser la buena.

Della se limitó a alzar una ceja.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo Addie—. Pero de verdad que creo que esta podría ser la buena.

Addie esperaba que Della le soltara una perorata. Se estaba armando de valor para soportar su análisis, esperaba que lo hiciera punto por punto. Estaba convencida de que lo descartaría. Pero, para su sorpresa, no lo hizo.

Lo único que dijo fue:

—Eso espero, Addie, en serio que lo espero.

Aunque estaba pensando, me lo creeré cuando lo vea.

—¿Esa es tu hermana? ¿La niña que se cubre la cara con las manos?

Bruno estaba junto a la puerta del baño, mirando fijamente una fotografía enmarcada en la pared. Llevaba tanto tiempo allí que Addie ya ni reparaba en ella, llevaba semanas pasando por delante unas diez veces al día, pero realmente nunca se había fijado en ella.

Se acercó por detrás de él y apoyó la barbilla en su hombro. Una fotografía de colores vivos bien enmarcada, aunque en algún momento había entrado agua entre el marco y el cristal y ahora el paspartú estaba manchado.

Ya has visto la foto, has visto cientos como esta. Una niña pequeña en la playa, comiéndose un helado, con un vestido de verano. Su hermana está sentada sobre las rocas detrás de ella. Es el primer día bueno del verano.

Addie se quedó estudiando la foto, tratando de recordar.

—No sé de dónde ha salido. Es una de las únicas que tenemos de las dos juntas después de la muerte de mamá. Mi madre era la que sacaba las fotos.

—¡Tú estás igual! No has cambiado en absoluto. ¿Qué edad tenías aquí?

Eso era lo que Addie trataba de calcular. ¿Qué edad debía de tener? ¿Ocho, tal vez nueve?

Lleva un vestido amarillo de algodón con margaritas blancas. El vestido venía con un pañuelo a juego, aunque Addie no lleva el pañuelo en la fotografía, probablemente lo había perdido en algún lugar. Sea como fuere, Addie caminaba por la orilla de la playa de Sandymount, justo delante de la casa, y se levantaba el vestido delicadamente para no mojarlo, iba salpicando al andar y lo que no se puede evitar al observar en la foto es que parece muy contenta. Está en su propio mundo.

Estos últimos días, Addie se siente más cerca de aquella chiquilla de lo que se ha sentido en años. Siente el agua lamer sus tobillos. Recuerda la sensación de humedad de las bragas donde se había orinado. El escozor del pis y el agua salada en la parte superior de los muslos. Recuerda cómo el ruedo mojado del vestido se pegaba a sus tobillos, el sabor exótico del helado de vainilla y cómo el cucurucho se iba reblandeciendo por las gotas que chorreaban por los lados. Recuerda con sorpresa la sensación de felicidad de estar a su aire.

—Me encantas en esta fotografía.

Lo anunció alegremente, en el tono más ligero y tranquilo que se pueda imaginar. Luego entró en el baño y cerró la puerta detrás de él.

Y Addie se quedó sola de pie en el pasillo, con una sonrisa en la cara.

Supo lo que había querido decir con aquello, comprendió a qué se refería. Y era la primera vez que un hombre le decía que estaba enamorado de ella, de esa manera.

Le sacaron aquella foto, la del vestido amarillo, el día del entierro de su madre. Addie no lo sabe, pero Della sí que se acuerda. A veces Della cree recordarlo todo. Es como una especie de maldición, este recordar constantemente.

En aquellos tiempos no se consideraba adecuado que los niños asistieran a los funerales, no era apropiado. Así que una vecina a la que apenas conocían se quedó cuidando de ellas. Las llevó a la playa. Hasta el día de hoy, Della recuerda su rabia porque no le permitieran ir al funeral. No recuerda haber estado triste porque hubiera muerto su madre, solo recuerda lo mucho que quería ir al funeral.

Recuerda que estaba enfurruñada. Recuerda que le compraron un helado, recuerda que se negó a comérselo, aunque le apetecía. Recuerda dónde estaba sentada cuando le sacaron la foto. Estaba sentada en las rocas, mirando a Addie jugar en los charcos con los hijos de la vecina. Cuando la vecina quiso sacarle una foto, se tapó la cara con las manos.

Della no recuerda el nombre de la vecina por mucho que lo intente. Probablemente lo hizo con buena intención, lo de llevarlas a la playa. Aunque ahora Della se pregunta qué la llevó a sacar aquellas fotografías. ¿Era para recordarles el día del entierro de su madre? ¿O sacó la foto simplemente porque llevaba una cámara encima, porque hacía un día soleado y había dos niñas dulces con bonitos vestidos jugando en la playa? A Della le gustaría saberlo.

Della es una buena lectora, siempre trata de descubrir la historia.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## 16

Bruno había empezado a trabajar en su árbol genealógico.

Cuando sobre el papel era un árbol en invierno. Era una cosa de aspecto desnudo, ramas peladas que terminaban en espacios en blanco. No había follaje ni color, todavía no tenía vida. Solo en el extremo izquierdo de la página había alguna indicación de crecimiento. Empezando por su abuelo, Bruno había construido un esquema de líneas rectas y casillas que se desplegaban a través de las generaciones. Dentro de las casillas, en meticulosas letras minúsculas, había escrito los nombres de su padre y de su madre, sus hermanas y sus distintos maridos. Todos sus sobrinos y sobrinas. Bajo sus nombres había escrito su fecha de nacimiento y, si era pertinente, el año de su muerte. En el caso de su padre también había incluido el año en que había emigrado. También el de su tía Nora, que había seguido a su padre dos años más tarde. Nacida en 1926, había escrito bajo el nombre de Nora. Emigró en 1950. Murió en 1990.

Lo llenaba de emoción verlo escrito en la página.

—¡Vengo de una estirpe de pioneros! —le dijo a Addie—. Es algo que me llena de orgullo.

—Vaya por Dios —dijo ella, con poco entusiasmo mientras se inclinaba sobre su hombro y examinaba su trabajo—. Me recuerda a esas novelas que tienen un árbol genealógico al principio. Al que tienes que volver constantemente para saber quién es quién. Siempre me ha parecido aburridísimo. Y siempre abandono cuando se vuelve demasiado complicado.



Addie estaba resultando poco útil con el árbol genealógico. Ni siquiera sabía el nombre de su abuelo.

—Hacía de médico en un barco, creo. No estoy segura de haberlo llegado a conocer.

—Pero debes de saber su nombre, ¿no?

—Murphy, supongo, ¿no? Alguna cosa Murphy, supongo.

Así que Bruno escribió Murphy, con un interrogante al lado.

—Podríamos preguntárselo a tu padre, sin duda tiene que saberlo.

Addie entrecerró los ojos solo de pensarlo.

—No le gusta demasiado hablar del pasado. No creo que sea bueno mencionarle el tema.

—Lo único que necesito son algunos nombres —insistió Bruno—. Una vez que tenga los nombres, puedo seguir adelante.

—Por supuesto —dijo Addie—. Ya se lo preguntaré. Aunque yo no albergaría muchas esperanzas.

Ahora, Bruno es consciente de que ha llegado sin preparar el tema.

Debería haber realizado algún trabajo preliminar. Antes de marcharse de Nueva York, debería haber interrogado a sus hermanas, debería haberlas reunido alrededor de una mesa y haber exprimido su memoria. Aunque por supuesto no lo hizo, ni siquiera se le ocurrió. Por algún motivo había imaginado que su búsqueda solo podía empezar en Irlanda.

—Yo siempre le sugiero a la gente que empiece con viejas historias familiares —le dijo el genealogista de la Biblioteca Nacional—. Es sorprendente lo que llega a recordar la gente en cuanto empieza a pensar en el asunto. Si rastrea sus propios recuerdos, es probable que descubra que ya tiene el esqueleto de su historia familiar.

El genealogista, un hombre minúsculo con la camisa perfectamente planchada, había recibido a Bruno como a un viejo amigo. Le había indicado con gestos que se sentara a la mesa grande de una sala subiendo las majestuosas escaleras. Aunque los rodeaba el silencio de la biblioteca, el genealogista no bajó la voz, avanzó a través del silencio como si ni siquiera

fuera consciente de él. Era como un médico en la sala de un hospital, que va a lo suyo.

—Cualquier detalle aislado que pueda recordar —le dijo—. Son como oro en polvo. Cosas que hubiera podido mencionar su padre sobre la familia. Tal vez le hablara de cómo se ganaba la vida su abuelo, o le dijera de dónde era su abuela, ese tipo de cosas. Si consigue reunir las, descubrirá que una pista lleva a la otra.

Bruno lo iba anotando todo. Había llevado una agenda encuadernada en cuero con este preciso objetivo. Aquella era la primera vez que la utilizaba.

—En cuanto tenga la estructura de la historia podrá empezar a buscar en los archivos públicos. Los nacimientos, las bodas, las muertes. Por supuesto que si tiene las fechas eso le facilitará muchísimo la labor. ¿Cuándo emigró su antepasado?

—A finales de los cuarenta —dijo Bruno.

—Suponiendo que fueran católicos, habría que buscar en los registros eclesiásticos. El registro civil no empezó hasta 1864...

Bruno lo interrumpió.

—Los cuarenta del siglo veinte. Mi padre emigró en mil novecientos cuarenta y algo.

El hombre pareció sorprendido.

—Eso habrá gente que todavía lo recuerde —respondió—. Un buen comienzo podría ser basarse en esos recuerdos.

Bruno se vio por un momento atrapado por el pasado. Sus recuerdos del pasado eran tan confusos que temía que lo abandonaran antes de haber acabado con ellos, como el fragmento de una canción que oyes por la ventana abierta de un coche al pasar.

Según sus recuerdos, Bruno está pintando el porche de alguien. Ha mojado el pincel en el bote, lo escurre en el borde interior para eliminar la pintura sobrante, para que luego gotee. No era un buen pincel el que utilizaba. Tenía que parar a cada instante para quitar los pelos sueltos de la pintura fresca. Cuando eso ocurría, tenía que darle otra pasada a la madera, para que volviera a quedar uniforme. Recuerda la angustia porque quedara uniforme. Sabía que su padre volvería más tarde para comprobar el trabajo.

Lo siguiente que recuerda es a su hermana detrás de él. Le decía que debía volver a casa. La abuela ha muerto, decía. Papá dice que tenemos que ir a la iglesia a rezar por ella. ¿Qué año debía de ser? 1972, calcula Bruno, debía de ser el primer verano que trabajaba para su padre. Anotó la fecha en su agenda con un interrogante al lado.

El genealogista seguía hablando, y Bruno volvió bruscamente al presente.

—¿Lleva encima alguna fotografía familiar antigua? Las fotografías pueden tener un valor incalculable, sobre todo si están fechadas. A menudo la gente escribía los nombres en el reverso, ese sería el golpe de suerte que busca.

Bruno sacó la fotografía de su agenda y la pasó al otro lado de la mesa.

Su padre estaba en el centro de la fotografía, mirando la cámara. Su hermana Nora estaba de pie a su lado. Había tres mujeres más en la fotografía. Dos de ellas estaban junto al padre de Bruno, la otra, al otro lado de Nora. Todas tenían los brazos alrededor de la cintura de las demás, tal vez les hubieran pedido que se pusieran así para que entraran en la foto. Las mujeres llevaban vestidos de verano y posaban con expresión solemne. Era evidente que no estaban acostumbradas a que les sacaran fotografías. Había un fuerte parecido familiar entre ellas, todas tenían los mismos ojos claros, la misma cara redonda de personas honestas. Todas compartían la misma postura poco relajada, con los hombros ligeramente levantados por timidez.

El genealogista ni siquiera miró la foto. La dio vuelta inmediatamente y estudió el reverso.

Alguien había escrito la fecha en el reverso. Estaba meticulosamente escrita en tinta azul acuosa, el color se había difuminado con el tiempo. Bruno se preguntó quién podría haberla escrito. Pensó que ojalá también hubiera escrito los nombres.

Las mujeres eran primas de su padre, hasta ahí sabía Bruno. Hermanas entre ellas, una familia de chicas. Una de ellas debería de ser la madre de Hugh, aunque Bruno no estaba seguro de cuál sería.

—Kitty era la guapa —eso era lo que solía contar Nora—. Era la belleza de la familia. Era la que llevaba de cabeza a todos los mozos.

Y eso a su vez le recordó una vieja canción que solía cantar su padre. Es preciosa, es hermosa, es la belleza de la ciudad de Belfast. Bruno siempre había pensado en Kitty como en la chica de aquella canción. Pero fijándose ahora en la fotografía, no sabía decir cuál de ellas podía ser, ya que para su gusto todas eran atractivas.

—Lo que le sugiero es que anote todo lo que recuerde —seguía diciendo el genealogista. Le devolvió la foto—. Anótelo todo y siga desde allí.

Bruno emergió de la beatitud de la biblioteca a un ruido atronador.

En la calle había una muchedumbre, algún tipo de protesta. Se amontonaban delante del edificio del parlamento, desbordaban la acera y tomaban la calle. Mientras Bruno estaba allí mirando, alguien se acercó y le entregó una octavilla. Él bajó la mirada para leerla.

¡NO AL RESCATE BANCARIO! En letra más pequeña seguían una serie de motivos. ¿Por qué tenemos que pagar por una década de avaricia? ¿Para esto murieron nuestros abuelos?

Bruno volvió a mirar a su alrededor.

Algunos de los manifestantes portaban pancartas. Todas llevaban mensajes parecidos. Había una atmósfera sorprendentemente amistosa, los manifestantes se juntaban en pequeños grupos y conversaban de forma amigable. Algunos hablaban con los policías que hacían guardia ante las puertas.

Los vehículos que pasaban por allí tocaban la bocina. Una mujer con un maletín pasó entre la multitud y la gente se apartó para dejarla pasar hasta que se metió en el edificio por una puerta lateral.

Bruno volvió a pensar en su situación. Se dio cuenta de que estaba allí en medio, con la octavilla en la mano. El ruido del tráfico y el aire cargado se arremolinaban a su alrededor y se sintió como si hubiera estado bebiendo. Vio un hotel al otro lado de la calle y corrió a cobijarse en él. Entró empujando las puertas y se dejó caer en una butaca en la zona del

salón. Pidió un café y un bocadillo de jamón, sacó la agenda de la mochila y la abrió sobre la mesa delante de él.

Le rondaban muchas cosas por la cabeza sin orden ni concierto. Temía que se perdieran si no las escribía. No lograba que el bolígrafo escribiera lo bastante rápido, su mano garabateaba a toda prisa para mantener el ritmo.

Fragmentos de conversaciones, frases inconexas, Bruno estaba tan seguro como se puede estar de recordarlas palabra por palabra. Los giros y expresiones característicos de su padre Bruno nunca habría sido capaz de reproducirlos.

Ponte detrás de mí, demonio, y empuja, eso era lo que decía su padre cada vez que desenroscaba el tapón de la botella de whisky. Tampoco es que lo hiciera a menudo, era un bebedor responsable. Pero encontraba un gran placer en la bebida, como encontraba placer en todo lo que hacía. Bruno todavía podía oír su risa socarrona. Ponte detrás de mí y empuja.

El suspiro de desaprobación de su madre todavía le daba más ánimos. ¿Quieres sosegarte, mujer?, decía. Ven aquí y siéntate en mi regazo, por el amor de Dios. Tan pocas atenciones que recibo en esta casa. Y cogía a su mujer y se la sentaba en el regazo. Ella trataba de escabullirse de entre sus brazos y las niñas se echaban a reír.

El padre de Bruno era un hombre cabal. Un hombre corpulento, con una gran presencia en su casa. A veces podía ser un poco rudo, podía ser grosero. Las noches de verano, solía salir al patio de atrás, desabrocharse la bragueta y orinar en los parterres de flores. San Patricio, suspiraba la madre de Bruno. Solía chasquear la lengua cuando desaprobaba algo.

¿Dónde iremos a parar, decía su padre, si un hombre no puede mear en su propio jardín? Y te aseguro que es bueno para las rosas. Y luego arrastraba los pies de regreso a la cocina, con las piernas arqueadas como un vaquero para poder cerrarse la bragueta. Con un destello travieso en la mirada, le encantaba sacarla de sus casillas.

Hacía treinta años que había muerto su padre y de repente Bruno podía oír nuevamente su voz, como si estuviera escuchando una grabación desenterrada de algún antiguo archivo de radio. El ritmo de su voz, la forma

en que las palabras salían como un bramido de lo más profundo de su pecho.

Era un hombre como hay pocos. Eso era lo que su padre solía decir sobre su propio padre. Un auténtico oso. Bruno recuerda historias de la infancia de su padre, anécdotas sobre las idas a nadar a un río crecido, anécdotas sobre naranjas robadas durante la guerra. Historias que ahora asaltaban a Bruno como una inundación. Un tío al que le habían prestado un coche, un viaje a la playa de Bettystown. Una prima muy pequeña que cayó en una fosa de estiércol y murió.

Bruno anotaba rápidamente todos aquellos recuerdos. Los volcaba en la página. Tenía la sensación de que apenas estaba comenzando. Todas aquellas historias que les contaba su padre cuando eran niños, si se lo hubieran preguntado la semana anterior, Bruno habría dicho que las había olvidado. Estaba maravillado de comprobar que seguían allí.

Tres décadas hacía que había fallecido su padre y de repente era como si se hubiera abierto una puerta al pasado. Aquel hombre al que creía olvidado de repente estaba en todas partes a su alrededor.

Bruno podía estar paseando por la calle y su padre aparecía delante de él. Incluso de espaldas sabe que es él, el robusto cuello emergiendo del cuello de la camisa, los cabellos bien cortos, los hombros achaparrados bajo el grueso abrigo. La plaza Merrion una tarde soleada y él persiguiendo a un hombre que lleva muerto treinta años. Tiene que reprimir un grito.

Bruno está en la barra de un pub en Sandymount y el camarero le está sirviendo una pinta. El hombre lo mira por encima de los surtidores, lo mira con aquellos ojos azul celeste y las mejillas sonrojadas y por un momento Bruno piensa que le va a llamar hijo.

Papá era de aquí, tiene que decirse a sí mismo. Esta es su gente, es natural que me recuerden a él.

No era algo que hubiera pensado encontrar aquí, esta conexión con su padre. Pero el hecho es tan reconfortante como extraño. A Bruno siempre le dijeron que era irlandés. Ahora, por primera vez, empieza a comprender lo que significa.

Huelga decir que Hugh no hizo el menor gesto de ayudar con la fotografía.

—Tal como predije —dijo Addie—, no estuvo demasiado comunicativo.

—¡Oh! —exclamó Bruno, recuperando la fotografía que ella le alargaba, y la estudió de nuevo.

—Ya te advertí que no le entusiasmaba hablar del pasado.

Bruno asintió con la cabeza. Era algo que le resultaba difícil de entender.

—Lo que sí me dijo es quién es quién.

—¡Oh...! —volvió a decir Bruno—. Bueno, eso ya es una ayuda.

Addie se puso detrás de él, se apoyó en su hombro para señalarlas.

—La de la derecha de tu padre es Margaret, aunque siempre la llamaron May. La que está a su lado es Patricia.

Addie hundió la barbilla en el hueco de la clavícula de Bruno.

—Y a la izquierda, esta es la otra hermana. La madre de Hugh.

—Tu abuela —dijo Bruno.

—Sí —dijo Addie con indiferencia—. Mi abuela. Se llamaba Catherine, pero todos la llamaban Kitty.

Addie miró la fotografía. Examinó el rostro de su abuela sin encontrarle nada. No era más que una desconocida que le devolvía la mirada. Por primera vez, Addie tuvo curiosidad. Aquella era su abuela. Sin duda tenía derecho a saber algo de ella.

—¿Por casualidad te dijo el apellido?

—¿No deberían ser todas Boylan?

—Por supuesto. Pero lo que me haría falta realmente son sus apellidos de casadas. Si supiera sus apellidos de casadas podría buscarlas, tal vez alguna de ellas siga viva.

—No lo creo.

—Es posible. Al menos, si supiera sus apellidos tendría por dónde empezar.

—No sé si será buena idea volver a sacar el tema a Hugh, me da un poco de miedo lo que pueda decir.

Podía oír su voz retumbando en sus oídos.

Pero qué quiere ese tipo, clasificando el pasado. Ya te dije que era a eso a lo que venía, no digas que no te lo advertí. El maldito árbol genealógico. Nuestro árbol genealógico solo sirve de leña para el fuego.

Bruno no parecía hacerse a la idea de lo desesperante de la situación.

—Quizá podría preguntárselo yo —dijo alegremente—. Si tú no quieres implicarte, siempre se lo puedo preguntar yo.

Tal vez si ella le hubiera dado una explicación más clara de la reacción de Hugh lo habría convencido. Addie sabía que ella era la única culpable. Siempre minimizando todo, suavizándolo. Siempre disimulando sus desvaríos.

—Francamente, Bruno, no creo que sea una buena idea.

—No sé qué es lo que te preocupa tanto. Puedo ser encantador si me lo propongo.

—Créeme, no eres tú quien me preocupa.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)



## 17

En muchos aspectos, Bruno y Addie son tremendamente incompatibles. Y esta incompatibilidad nunca es tan manifiesta como por las mañanas.

—¿Todos los hombres americanos habláis tanto?

Él estaba despierto desde antes de las siete, lo que significaba que ella también lo estaba desde antes de las siete. Había llevado la radio de Addie de la cocina al dormitorio y había puesto *Buenos días, Irlanda*. La charla iba sobre el apoyo de Colin Powell y Bruno se regodeaba con la noticia. Cada vez que leían los titulares de prensa le decía a Addie que se callara. Ya lo habían oído tres veces.

—Chisss —le dijo, mientras el presentador daba la entrada al boletín de las ocho.

—Si no era yo quien estaba hablando. —Addie se puso bocabajo y enterró la cara en la almohada.

—Escucha, esto es importante.

—El ex secretario de Estado de Estados Unidos Colin Powell ha apoyado formalmente la candidatura de Barack Obama a la presidencia. Entrevistado ayer por la NBC, el general Powell dijo que el senador Obama era una «figura transformadora» y criticó los ataques personales de su propio partido, el Partido Republicano, durante la campaña. El general Powell también dijo que la elección de Sarah Palin como candidata a la vicepresidencia ponía en cuestión el buen criterio de John McCain.

—¡Sí! —dijo Bruno, apretando los puños mientras lo decía.

Addie le habló a la almohada.

—Eso es exactamente lo que han dicho a las siete y media. Y a las siete.

—Ya lo sé, ya lo sé. Es que no me canso de oírlo. Esto tiene que ser bueno para nosotros, no es posible que no lo sea.

Addie se volvió de lado.

—Bruno, ¿puedo hacerte una pregunta? ¿Todos los hombres americanos habláis tanto por las mañanas?

—Por supuesto, ¿los irlandeses no?

—Te aseguro que no —contestó ella—. Los irlandeses solo hablan a sus mujeres cuando están borrachos. Jamás por la mañana, bajo ninguna circunstancia.

Bruno registró la información, con la cabeza ladeada mientras la escuchaba.

—La cuestión es —dijo Addie— no hablar por las mañanas. Es a lo que estoy acostumbrada. Toda esta conversación matinal se me hace un poco rara. No estoy acostumbrada a hablar con nadie hasta que he tomado el café.

—De acuerdo, ¿qué tal si trato de no hablarte hasta que te hayas tomado un café?

De modo que desde aquel día le llevaba un café al dormitorio y se quedaba allí mirando cómo se incorporaba en la cama y se lo bebía y entonces le preguntaba si ya había terminado y Addie le decía que sí y él decía fantástico, ahora ya podemos hablar.

—Y yo que me preguntaba cómo era posible que siguieras soltero a los cincuenta. Ahora ya lo sé.

—Ah, ¿sí?

—¿Nadie te ha explicado qué es tener espacio para uno mismo?

Bruno se mostró impasible ante la pregunta. Imposible ofenderlo.

—¡Eh!, que vivo en Nueva York. ¿Cómo voy a saber yo eso del espacio para uno?

—A eso iba exactamente. La cuestión es —dijo Addie amablemente— que yo tengo mi rutina. Está el paseo y luego el café. Y no hablo con nadie hasta que me tomo el café.

—Así pues, ¿no hablamos durante el paseo?

—Eso es lo que estoy tratando de decirte. Tú no me acompañas al paseo.

—De acuerdo —dijo él sonriendo—. Yo no voy de paseo.

—¿Estás ofendido?

—No, no lo estoy.

Y, realmente, no lo parecía. Tenía una capacidad especial para recuperarse.

Los días de marea alta, el paseo lleva a Addie a lo largo de Strand Road, desde un extremo del parque hasta Shelley Banks. Un nombre hermoso, Shelley Banks, un nombre mucho más bonito que el lugar en sí.

Solo hay un camino, un camino mal conservado que serpentea a lo largo de la costa. A un lado del camino hay una pequeña colina. Al otro lado está el mar. Se supone que es una reserva natural, pero Addie lo único que ve son hierbas. Alguna rosa silvestre, alguna ave marina. A veces se pregunta qué tipo de pájaros son, y aunque siempre se propone consultarlo nunca lo hace.

Shelley Banks es el territorio favorito de *Lola*, todo juncos y hierbas y espacios rocosos. Aquí *Lola* está en su elemento, sube corriendo las laderas y las baja saltando, el pelaje lleno de abrojos. Baja las rocas como una flecha y se lanza al mar. Luego vuelve a aparecer delante de Addie, desaliñada y llena de barro, meneando el rabo loca de alegría.

Pasan otros perros a su lado, pero *Lola* no les hace ni caso. No le interesan los de su propia especie, en esto es como su dueña.

Por supuesto, Addie conoce de vista a todos los demás dueños de perros, los saluda todas las mañanas.

Está el hombre con dos labradores negros, que tiene que andar quince kilómetros al día por su bypass. Otro a quien acompaña su nieto mientras pasea al perro. Arrastra el cochecito del bebé detrás de él como un carrito de golf, dice que así le va mejor para la espalda. Están las mamás en chándal, que charlan mientras pasean y sus perros juegan en grupo. Hay una mujer muy mayor cuyos ojos son claros como el cielo. Les canta a sus

perros en voz baja y dulce. Lleva sandalias abiertas todo el año. Es la favorita de Addie.

Existe un protocolo entre los dueños de perro, existe una rutina que Addie observa. Se saludan entre ellos moviendo la cabeza y preguntan por los perros de cada cual.

—¿Cómo está *Rambo* esta mañana?

—¿Cómo está *Lola*?

—¿Le has cortado el pelo a *Rambo*?

—Pues sí, ya le tocaba. *Lola*, en cambio, tiene el pelo tan bonito, no deberías cortárselo.

—Eso es verdad, a todas las mujeres les encanta el pelo de *Lola*.

Nunca se dirigen unos a otros por el nombre, solo hablan de sus perros. Ni siquiera se detienen a hablar, se limitan a intercambiar un par de comentarios corteses en el momento de cruzarse. No hay saludos ni despedidas.

A Addie le parece la manera ideal de llevar una relación.

—Menuda mañana.

—Fabulosa.

—Compensa por el verano que hemos tenido.

—Esperemos que dure.

Addie se dirigió a la entrada del parque. *Lola* iba delante, tirando de la correa, Addie inclinada hacia atrás como una esquiadora acuática.

El parque entero estaba inundado de luz, como uno de esos carteles de Hare Krishna que se ven en las paredes de las tiendas de alimentos saludables. Un paisaje extraño, una luz de otro mundo, casi podías distinguir los rayos que emanaban del sol. Con el rabillo del ojo, Addie contempló una enorme bandada de pájaros reunidos sobre la hierba en el centro del parque. Eran animales de aspecto triste, de cuello elegante y cuerpo desproporcionado por el peso del vientre. Se acurrucaban como inmigrantes acabados de salir de la patera. *Lola* se dirigía hacia ellos

dispuesta a atacar. Addie recogió un poco más la correa en su mano y tiró de *Lola* hasta que pasaron de largo.

El día era inusualmente caluroso para la época y Addie estaba sudando. Se quitó el jersey y se lo ató alrededor de la cintura. Y entonces se dio cuenta de que se había olvidado de ponerse sujetador y que sus pechos se veían claramente a través de la camiseta, los pezones tiesos para su vergüenza. Se desató el jersey de la cintura y se lo colgó sobre los hombros, de forma que las mangas colgaran sobre sus pechos. Un modo de preservar su pudor.

Pasó un ciclista y *Lola* se revolcó en el camino delante de él. El ciclista viró bruscamente subiendo al arcén de hierba para evitar a la perrita, pero recuperó el equilibrio inmediatamente. Addie lo vio todo a cámara lenta. Luego riñó con un grito a la perra, más que nada por el ciclista. Estaba resignada al hecho de que cualquier día *Lola* haría caer a alguno. Solo era cuestión de tiempo.

Esa mañana el paseo se le estaba haciendo muy pesado. Caminaba arrastrando los pies. Le dolía la espalda y sentía un peso en la pelvis, como si transportara piedras dentro de la barriga. Le puso el ojo a un banco que tenía un poco más adelante. Se pararía allí y dejaría que *Lola* corriera como una loca mientras ella descansaba. Empezaba a sentirse culpable de acortar el paseo.

Cuando por fin llegó al banco, Addie estaba encorvada por el dolor, las dos manos en la zona lumbar como para mantenerse en pie. Se dejó caer en el banco muy, muy despacito, como si su columna vertebral fuera de cristal. Cerró los ojos y lentamente, muy lentamente, se inclinó hacia delante.

Se concentró durante un rato en respirar, aspirando el aire ruidosamente por las ventanas de la nariz y espirándolo poco a poco a través de los labios casi cerrados. Los dientes apretados todo el rato. Se sentía como un caballo herido. Pensó por un momento en lo poco elegante que debía de estar, pero luego se dijo que no había nadie alrededor que pudiera verla.

El dolor la asustó, su nefasta molestia. Ahora no, se dijo, por favor, ahora no.

—¿Has estado haciendo algo particularmente agotador últimamente? — Eso fue lo que le había preguntado la fisioterapeuta de la piscina. Addie hacía semanas que quería ir a que le hicieran un masaje, pero lo había ido retrasando—. ¿Has hecho algo fuera de lo común?

—Bueno, he practicado mucho el sexo —había murmurado Addie—. Para mí es algo fuera de lo común.

Estaba echada boca abajo con la cara enterrada en ese agujero en forma de cara que tienen las camillas de masaje. Le parecía estar hablando con el suelo.

—¿Estamos hablando de algo puramente físico? —preguntó Jessica.

—No, por Dios —dijo Addie. Sintió cómo la sangre se acumulaba bajo su piel y los ojos se le salían de las órbitas—. Él tiene casi cincuenta años —añadió en un intento de dejar las cosas claras.

La masajista estaba aplicando una presión suave sobre los riñones de Addie. Con la mano plana, iba palpando la zona.

—A mí ya no me sorprende nada —comentó con alegría.

Presionaba y palpaba, pero no encontraba nada extraño, nada que explicara el dolor.

—Vigila la postura —dijo—. Mantén los hombros atrás. Y haz los ejercicios que te he enseñado, creo que te sentarán bien.

Y Addie asintió con la cabeza educadamente. Ya sabía que no haría los ejercicios.

—¡Hagas lo que haga, no dejes de practicar el sexo, que es muy saludable!

¿Era posible sentirse más avergonzada? Nunca podrá volver a mirarla a la cara, pensó Addie.

Aunque realmente no le importaba.

Era tan feliz.

Ahora sonreía al recordarlo.

El dolor iba menguando, apenas un aura, casi imperceptible. Desaparecido el dolor, y el miedo con él. No podía ser nada demasiado

grave si desaparecía tan fácilmente. No podía ser nada de lo que hubiera que preocuparse. Todo formaba parte de ser una mujer, esa era la teoría de Addie.

Se levantó. Atravesó el camino y miró hacia abajo a las rocas, pero ni rastro de *Lola*.

Se quedó allí de pie y levantó la mirada para ver la bahía. En días claros como aquel se podían distinguir las casas de Strand Road, una por una, como una hilera de dientes bien cuidados. Incluso a esa distancia, la casa de Hugh se veía descolorida y deteriorada. A Addie le entristeció verla.

Hubo una época en que la casa le había parecido un lugar mágico donde vivir. La casa ideal y majestuosa, más que ninguna. Se había creído la niña más afortunada del mundo por vivir allí.

La casa estaba llena de antigüedades, a Hugh le encantaban las antigüedades. Siempre andaba hojeando los catálogos de las subastas y doblaba la esquina de la página cuando descubría algo que le interesaba. Después de la subasta solía haber números garabateados en bolígrafo azul junto al lote.

—Pobre Hugh —había dicho una vez la tía Maura—. No tiene ni pizca de gusto.

Maura nunca tuvo muy buena opinión de Hugh.

—Todas esas porquerías que compra son completamente inservibles. Los vendedores lo deben de ver a la legua. Pero no le digáis que lo he dicho, por el amor de Dios, así se mantiene entretenido.

En realidad, Maura no es su tía. Era la mejor amiga de su madre, su dama de honor. Es la madrina de Della. Y en la práctica hace de madrina de las dos.

—El hada madrina —dice Hugh con un bufido.

Fue él quien acuñó la frase y nunca ha dejado de hacerle gracia. Ahora las niñas incluso se lo dicen a la cara.

—Esa vieja lesbiana malhumorada —dice Hugh—. Con esa lengua tan afilada, seguro que ningún hombre la querría.

Tras la muerte de su esposa, Hugh solía llevarse a sus hijas en su ruta por los anticuarios. Los domingos por la mañana, cuando el resto de la

gente estaba en misa, ellos tres solían bajar por la calle Francis, iban de tienda en tienda, pequeñas tiendas. Addie todavía recuerda el aroma dulce de la cera para muebles y cómo sus ojos se esforzaban para adaptarse a la oscuridad interior, después de la luz resplandeciente de la calle. Recuerda el dolor agudo en la espinilla cuando tropezaba con algo en un sótano abarrotado.

Aquel recuerdo le produjo un dolor en el corazón. Cuánto se había esforzado Hugh por convertir aquella casa en un hogar, cómo se había esforzado para implicar a Addie y a Della en el mantenimiento de la casa.

Fue una época feliz, los tres juntos. Compraban antiguos armarios de farmacia con puerta de cristal que Addie y Della llenaban de conchas y piedras que encontraban en la playa. Compraban pupitres de tapa corrediza con pequeños cajones y compartimentos secretos, un globo terráqueo que se abría y resultaba ser un mueble bar. Un ratón disecado dentro de una cúpula cerrada de cristal.

Pero lo que más le gustó a Addie, lo que le encantó en cuanto le puso la vista encima, fue una sirena gigante de madera. Addie se enamoró de aquella sirena, al segundo de verla supo que tenía que ser suya.

—Procede de la proa de un barco —dijo el hombre de la tienda, cosa que hizo que Addie se enamorase aún más de ella, imaginándose ya a la sirena mirándola desde la pared de su dormitorio.

—Es demasiado grande —dijo Hugh—, ¿estás segura de dónde ponerla?

—En mi habitación —contestó Addie, como si fuera la cosa más evidente del mundo—. La colgaremos en la pared de mi habitación.

Ambos tenían que estirar el cuello para verla entera.

—Es un monstruo —le advirtió Hugh—. Desconchará todo el estucado de la pared.

Pero no hubo manera de convencer a Addie de lo contrario, se le había metido entre ceja y ceja adquirir aquella sirena.

—Lo consultaremos con la almohada —había dicho Hugh, en un último intento por disuadirla.



Addie había tratado de negociar. Había suplicado y se había hecho la zalamera. Se había enfurruñado y había rogado. Batalló días y días hasta que finalmente su padre cedió. Pero cuando volvieron a comprar la sirena, ya no estaba, alguien la había comprado ya. Addie se lo recordó siempre a Hugh.

Pobre Hugh, ahora no podía dejar de sentir lástima por él. Abandonado en aquella antigua y enorme casa, varado entre esos curiosos tesoros. Él mismo era también ya una curiosidad, un niño mayor. Un error humano, allí sentado fosilizándose junto a la ventana mientras el resto del mundo seguía adelante sin él.

Así era como lo veía Addie, desde allí, mientras contemplaba, más allá de la franja de agua en calma, la vieja casa gris al otro lado de la bahía. Es curioso lo claro que se ve todo a distancia.

—*Lola.*

Addie gritó su nombre y esperó a que apareciera.

—¡*Lola!*

Seguía sin haber rastro de ella. Addie se volvió para mirar cuesta arriba. Su atención se detuvo en un gran panel informativo justo delante de ella. Era información del Ayuntamiento de Dublín, pero fue la fotografía lo que le llamó la atención, una imagen de una bandada de pájaros descansando en la hierba.

Se acercó unos pasos más, se inclinó hacia delante para estudiar los pájaros. De cuello y pecho negros, y el resto del cuerpo gris, la misma pose desgarbada. Barnaclas carinegras, ponía en el aviso (*Branta bernicla hrota*).

Había un mapa que mostraba su ruta migratoria. Una línea amarilla discontinua seguía su viaje desde el noroeste de Canadá, atravesaba Groenlandia e Islandia, y acababa en Irlanda.

LAS BARNACLAS CARINEGRAS SE CRÍAN EN CANADÁ  
DURANTE EL BREVE VERANO ÁRTICO Y PASAN EL

INVIERNO EN LAS BAHÍAS Y ESTUARIOS DE LA COSTA  
ESTE DE IRLANDA.

EN PRIMAVERA EMPRENDEN LOS OCHO MIL  
KILÓMETROS DE VIAJE DE REGRESO, REPOSANDO  
BREVEAMENTE EN ISLANDIA EN SU VUELTA A CASA.

Addie miró fijamente el panel. ¿Cuántas veces había recorrido ese camino, cuántas veces se había parado a descansar en aquel banco? ¡Y nunca antes se había fijado!

Se quedó allí y volvió a leer el breve texto muy despacio, considerando cada palabra. Estudió el mapa. Luego leyó el texto de nuevo. Absorbió la información sobre las rutas migratorias y su cerebro memorizó los movimientos estacionales. Asumió la certeza del viaje de regreso. Y le pareció que en todo aquello había un mensaje para ella.

Tarde o temprano Bruno volvería a casa.

De regreso en la habitación de la pensión, Bruno sacó de su mochila la copia del correo electrónico que confirmaba los detalles de su vuelo.

Un manojito de papeles que había impreso él mismo con la impresora de chorro de tinta en su apartamento; no parecía en absoluto un billete de avión. Le costaba tomárselo en serio. Llevaba impreso un código ridículo, una combinación mágica de números y letras que tenían que indicar al empleado de facturación para poder viajar. Había una lista de limitaciones de equipaje y prohibiciones que se extendía en cuatro páginas de letra pequeña.

Bruno comprobó la fecha de vuelta, aunque de hecho ya la sabía. Comprobó la hora, aun cuando todavía era demasiado pronto para preocuparse por detalles de ese tipo. Luego dobló las páginas por la mitad y las volvió a meter en el bolsillo de la mochila.

Sintió un repentino ataque de nostalgia por aquellos billetes de avión que hacían antes, aquellos billetes que parecían un talonario con el logotipo

de la compañía aérea delante y un fajo de papeles de carbón intercalados de un color cada vez más claro, pasando del negro al rosa y al gris.

Con un billete de aquellos eras un viajero, eras un pasajero de avión. Podías presentarte en las oficinas de la compañía aérea en cualquier ciudad del mundo y te tratarían de «señor». Podías hacer un cambio en tus planes de viaje, podías conseguir que te hicieran un billete nuevo. Y luego te quedaba un recuerdo del viaje, tenías algo que meter en una caja para encontrarlo años más tarde.

Hubo una época en que Bruno viajaba mucho. En su empleo anterior, el trabajo lo había llevado a China regularmente. Japón, Corea, Malasia, Tailandia, era lo habitual para él. Aprendió un poco de chino mandarín. Unas pocas palabras de japonés, lo justo para intercambiar saludos corteses. Se hacía hacer trajes ligeros expresamente. Tenía una cuenta de viajero habitual. Un pasaporte atiborrado de sellos.

—¿Es verdad que solo un uno por ciento de los estadounidenses tiene pasaporte?

Bruno levantó la vista del periódico con interés. Parecía interesarle cualquier cosa que dijera ella.

—No lo había oído nunca.

—Bueno, tampoco puedo asegurártelo —dijo Addie—. No sé dónde lo oí. Es probable que no sea verdad.

Seguramente no. Parece el típico dato tergiversado sobre los estadounidenses que se oye en las conversaciones de los pubs. Por suerte, Bruno no se lo había tomado como algo personal.

—Es posible —dijo pensativo—. Hay muchos estadounidenses que no han visto nunca el océano.

Y Addie entrecerró los ojos tratando de imaginárselo. Pero no pudo.

—¿Has estado alguna vez en Berlín? —le preguntó él—. ¡Podemos ir a Berlín por nueve euros!

Había descubierto Ryanair. Tenía ante él un anuncio a toda página del periódico, estaba entusiasmado con la idea de tanto viaje barato. Las ciudades de Europa, todas ellas al alcance por un precio irrisorio.

—¿Qué me dices de Venecia? —sugirió—. Podríamos ir a Venecia a pasar el fin de semana. Por diecinueve euros, pone aquí.

—Creía que Venecia estaba inundada. Vi una foto en el periódico. Se está hundiendo en el agua.

—¡Con más razón hay que ir! ¡Tendríamos que ir antes de que desaparezca del todo!

—Los anuncios son un poco engañosos, ¿sabes? Cuesta bastante más en cuanto le añades las tasas.

Pero todos los argumentos de Addie caían en oídos sordos.

—¡París cuesta solo noventa y nueve céntimos!

Addie detestaba tener que frustrar su entusiasmo.

—La cuestión es —dijo amablemente— que no me gusta abandonar a *Lola*.

Bruno cerró el periódico y lo dejó sobre sus rodillas. Ahora que el anuncio había desaparecido de su vista, la idea de tanto viaje en avión parecía de repente menos tentadora.

—Para serte franco, ahora tampoco me entusiasma tanto volar —admitió Bruno—. Lo encuentro cada vez más desagradable. Antes no me lo parecía. Pero ahora sí. Debe de tener algo que ver con hacerse mayor. Y de todos modos —añadió tras una breve pausa—, todavía no he visto nada de Irlanda. Me gustaría ver primero un poco de Irlanda, antes de pensar en ir a cualquier otro lugar.

Y así volvió a dejar de discutir.

No era el momento de ir a ninguna parte, ambos lo sabían. Era un tiempo de espera. Un tiempo lleno de la frágil magia de las posibilidades, un tiempo igualmente plagado de peligros. Era como si se hubieran conocido en la sala de tránsito de un aeropuerto. Atrapados ambos entre dos mundos, se limitaban a compartir aquel momento de la vida.

## 18

Todas las mañanas, Hugh los ve salir juntos de la casa.

La misma rutina. Salen del sótano, Hugh oye el portazo de la puerta al cerrarse y el sonido de sus pies subiendo las escaleras. Luego quedan a la vista, aparecen sobre la gravilla justo debajo de su ventana. Ve sus coronillas, la silueta de sus cuerpos.

Addie va vestida para la playa, con el abrigo y las botas de lluvia. Revisa los bolsillos para asegurarse de que tiene todo lo que necesita. Él lleva aquella chaqueta enorme y el gorro ridículo. Parece haber hecho muy buenas migas con la perra, se agacha para sujetarle la correa al collar antes de entregársela a Addie. Cuando llegan al portal se detienen y se vuelven el uno hacia el otro sin hablarse. Se besan. Luego él dobla a la derecha y se aleja por la acera. Hugh puede ver su cabeza balanceándose tras el seto del vecino. Un instante más tarde ya ha desaparecido.

Addie y *Lola* cruzan la calle. Hugh observa cómo Addie pasa a la perra al otro lado del muro del paseo marítimo y luego trepa ella. Las observa mientras bajan brincando las escaleras y salen a la playa.

A Addie se la ve con más brío últimamente, incluso Hugh se ha dado cuenta. Cuando entra por la puerta tiene las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y sonríe sin motivo alguno. Su felicidad roza lo ridículo, piensa Hugh.

Ninguno de los dos habla del asunto, no pronuncian ni una palabra.

Al principio resultaba fácil no mencionarlo. Parecía imposible abordar el tema, ¿qué diablos iba a decir? Pero a medida que pasaban los días, a

medida que los días se convertían en semanas, a Hugh se le hacía más difícil no decir nada.

Estaban manteniendo su relación amorosa justo delante de sus narices, por el amor de Dios. Lo mínimo que podría esperarse era una presentación.

—¿Simon y tú ya lo habéis conocido? —le preguntó a Della tanteándola.

Ya se preparaba para la respuesta, se los imaginaba a todos sentados alrededor de la mesa de la cocina de Della, en un ambiente de risas.

Pero no, no habían sido presentados. Hugh tuvo que sonsacárselo, Della parecía reticente a admitirlo, daba la sensación de sentirse un poco molesta. Hugh imaginó que, por una vez, Della y él podían ser aliados en algo, podían apoyarse entre ellos en una causa común.

—Yo lo veo marcharse todas las mañanas —dijo—. Aunque nunca lo veo llegar, es muy curioso.

—Hum —dijo Della quitándose el abrigo y tirándolo sobre una silla.

Hugh estaba sentado a su escritorio junto a la ventana. Pesaba sobre él un aire de melancolía. Llevaba su uniforme para la ronda del sábado por la mañana: una camisa gris de franela, un jersey de lana sin mangas de cuello en pico. La camisa estaba arremangada hasta más arriba de las muñecas para dejar espacio a las escayolas.

—¿Cómo está el paciente inglés? —había dicho Della con torpeza al llegar.

Hugh gruñó dándose por enterado del chiste.

—¡Ah!, pues ya ves, consumiéndome lentamente.

Cuando Della se agachó para darle un beso reparó en una pizca de espuma de afeitar seca y encostrada cerca del lóbulo de la oreja. Se la quitó con una uña. Hugh le apartó la mano con la escayola.

—Podrías salir, ¿no? —Della utilizó su tono de voz de monja de hospital, con la simple intención de molestarlo—. Podrías bajar a la ciudad. Un poco de aire te vendría bien. Hace un día magnífico.

Della se quedó mirándolo, inocentemente, esperando una respuesta. Hugh se limitó a mirarla y siguió el hilo de su discurso.

—La única explicación que se me ocurre es que llegue al amparo de la oscuridad.

Della se quedó quieta, contemplándolo. Hugh estaba más gordo, eso era lo que pensaba su hija. Había un michelín que no estaba allí antes, sobresaliendo por encima de la goma del pantalón de chándal. De tanto estar sentado, pensó Della. De tanto whisky.

El montón de documentos en el suelo al lado del escritorio crecía día a día. No digas nada, pensó Della. No digas nada.

—El caso es —trató de explicarle Hugh— que siento curiosidad por él, no me molestaría conocerlo.

Pero Della estaba antipática.

—Mira, Hugh —dijo—. Solo tú tienes la culpa.

A falta de encuentro, Hugh se pasa el día imaginándose. Se pasa el día sentado junto a la ventana, con la mirada perdida en el mar, ensayando acaloradas conversaciones con un adversario ausente.

Supone que es partidario de Obama. Basta con verlo.

—Pues yo estoy con McCain —dirá—. El tal Obama está aún por ver, es una incógnita. Y ahora la situación es demasiado grave para eso, no es momento para los aficionados.

Si el estadounidense vale la pena estará dispuesto a un toma y daca, y él disfrutará de una buena discusión.

—Es fotogénico, eso lo admito, da una buena imagen en la televisión. Pero, viniendo de donde venimos, eso no es motivo suficiente para votarlo. Aquí en Europa elegimos a nuestros líderes por otras razones que no son el aspecto físico.

Hugh sería amable con él, sería acogedor. Pero no dejaría ninguna duda acerca de cuál es su posición sobre las cosas.

—Estados Unidos —dijo—. La culpa es de Estados Unidos.

El abogado y su pasante se miraron nerviosamente.

—De allí ha venido todo esto.

Hugh tenía la cara colorada y los pelos de punta. Estaba inclinado hacia delante en su silla, las dos muñecas escayoladas apoyadas sobre la lustradísima mesa de la sala de reuniones.

—Toda esta maldita cultura de los litigios la hemos importado de Estados Unidos. Es un maldito cóctel de corrección política, beligerancia y avaricia desenfrenada. ¡Es un peligro! ¡Créanme, esto va a paralizar la capacidad de los médicos para dedicarse a su dichoso trabajo!

Hugh hizo una pausa para respirar. El abogado se aventuró a intervenir con expresión vacilante, sin llegar al tartamudeo.

—Comprendo lo que quiere decir, profesor Murphy. Y debo... debo confesarle que estoy bastante de acuerdo con su punto de vista. Aunque me temo que... que en estos momentos realmente no podremos defender este caso apoyándonos en la inutilidad de la cultura dominante. Se han presentado acusaciones concretas contra usted. Y nos vemos... nos vemos obligados a defenderlo entrando en detalles sobre ellas.

Hugh movió la mano despectivamente.

—La medicina es una ciencia imperfecta —dijo—. Eso es lo que la gente se niega a aceptar. ¡La vida es una ciencia imperfecta, coño!

Sus ojos azules estaban inyectados en sangre. Hugh agitó la mano vendada hacia los abogados.

—Pero debo admitir, señores —continuó—, ¡que a veces se nos mueren los pacientes! Se nos mueren ancianos, se nos mueren jóvenes, e incluso se nos mueren niños, por el amor de Dios. ¡Y a veces no podemos hacer gran cosa para evitarlo!

El pasante garabateaba en la carpeta de la declaración jurada y lanzó una mirada desesperada hacia el abogado. Este le respondió encogiéndose perceptiblemente de hombros. Hugh ni siquiera pareció darse cuenta. Estaba embalado.



—¡Soy médico! Me he pasado toda la vida tratando de evitar que muera gente. Pero no es una ciencia exacta. Y no permito que se me presente como a una especie de monstruo porque tuve la desgracia de perder a una paciente ni que la gente pida a gritos que rueden cabezas.

Hugh volvió a sentarse en la silla, cruzando los brazos desafiantemente.

—Me niego a servir como cabeza de turco.

Hizo una pausa dramática y el pasante aprovechó la oportunidad para intervenir, tartamudeando levemente mientras hablaba.

—También está... esto, creo que vale la pena citar en esta coyuntura que existe el factor de los daños morales, que complica la situación. Supongo que es usted consciente de que los demandantes han pedido una indemnización por daños morales. Sostienen que su comportamiento los asustó.

El pasante tenía cara de espanto mientras lo decía, preparándose para otro arrebato.

—Dicen que temían estar en peligro.

Hugh volvió a agitar la mano despectivamente.

—La vieja historia de siempre —dijo—. Siempre dicen lo mismo, es la cantinela habitual. Aterrorizados por el enfoque insensible del médico, y que si tal y que si cual. Incapaces siquiera de volver a acercarse a la puerta de un hospital, o de ver un capítulo de *Urgencias* en la tele...

Y así continuó. Una hora de consulta y al terminar, a pesar de las tarifas exorbitantes que los dos abogados le cobrarían por la sesión, ambos se habían ganado el sueldo merecidamente.

Cuando se levantaron para dar por concluida la reunión, parecía que sus trajes de raya diplomática estuvieran más arrugados que de costumbre, las ondas esmeradamente engominadas de sus cabellos, despeinadas, sus rostros habitualmente circunspectos, desencajados.

Ambos alargaron el brazo automáticamente para darle la mano, pero descubrieron que no era posible. Hugh permaneció allí plantado con las manos vendadas a ambos lados del cuerpo e hizo una curiosa reverencia con la cabeza. Luego se volvió y se dirigió, echando chispas y con la cabeza gacha, hacia la puerta.

El pasante corrió a abrísela y, medio escondido detrás de ella, esperó a que Hugh hubiera salido.

Se lo oía despotricar mientras desaparecía en la oscuridad de las escaleras.

Aquello exigía una pinta.

La luz se filtraba a través de las vidrieras del reservado del pub, resaltando las aguas de la mesa de madera, las fundas de cuero rasgadas de las banquetas, la espuma de poliestireno que asomaba. El sol destacaba la caspa en los hombros del abogado, las venas rojas de la nariz del pasante. Los diez colores escondidos en las profundidades de la cerveza Guinness, las burbujas que ascendían para posarse en la superficie cremosa.

Los dos hombres esperaron, aunque necesitaban un trago.

—No veo cómo lo haremos subir al estrado.

—No parece que quiera aceptar ninguna solución antes de llegar al juicio.

—Tal vez no tenga otra opción. La compañía de seguros no va a querer que el caso llegue al juicio.

—¿Podríamos retrasar la presentación de pruebas?

—Ganaríamos un poco de tiempo.

—Tal vez mientras tanto puede que ocurra algo.

—Como por ejemplo que lo parta un rayo.

—Crucemos los dedos.

Y levantaron sus pintas y brindaron por aquella solución.

Hasta que no se hubo acomodado en el asiento posterior del taxi, Hugh no se dio cuenta de que no había comentado nada acerca de la investigación del hospital. Sin duda los abogados ya tenían constancia de ella, tendrían que tener constancia de ella. Pero él tenía la intención de advertirles de todos modos.

No se podía confiar en el hospital.

El hospital tenía su propia agenda, había nombrado incluso a su propio equipo de abogados. Buscaban evitar cualquier mala publicidad, trataban de minimizar los daños. Estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de mantenerse alejados de los titulares de prensa.

Eso era lo que Hugh quería decirles a sus abogados, quería advertirles. No importaban los cuarenta años de experiencia, quería decirles. No importaba la cátedra ni su pertenencia al Real Colegio de Cirujanos, no importaban conceptos anticuados como la lealtad y su condición de colegiado. Ahora el hospital estaba dirigido por burócratas. Lo dirigían tipejos que llevaban trajes de Marks and Spencer. No dudarían en desprenderse de él.

Eso era lo que quería decirle a su equipo de abogados, tenía que dejárselo claro. Necesitaba que lo entendieran. Tenían entre manos la batalla de un hombre contra el mundo entero.

## 19

Solo faltaban dos semanas para las elecciones y en todo el mundo la gente hablaba del tema. Eran como unas elecciones mundiales.

Y Bruno que creía que escaparía de todo aquello yéndose a Irlanda. Se había llegado a preguntar si podría seguirlo a fondo, pensó que tal vez la prensa local no lo cubriría bien.

No hacía falta que se hubiera preocupado.

Todo el mundo parecía estar a favor de Obama, Obama era el equipo local. Ya lo reclamaban incluso como uno de los suyos. Un grupo musical del que nunca antes había oído hablar nadie había grabado una canción sobre él. *No hay nadie más irlandés que Barack O'Bama*. Estaba teniendo un éxito sorprendente en YouTube.

—Qué vergüenza —dijo Addie—. Esperaba que tuviesen la decencia de dejarlo estar.

Pero a Bruno le parecía estupendo.

—Bastaría con que pudierais votar todos.

En todas las tiendas en las que entraba, en todos los bares, en todos los restaurantes, el único tema de conversación era Obama. En cuanto Bruno abría la boca, le preguntaban qué pensaba. Y él les daba lo que estaban pidiendo y más.

—¿Que qué pienso de Obama? —decía. Y hacía una pequeña pausa, como para tomar impulso—. Le diré lo que pienso de Obama. Creo que encarna las esperanzas de nuestro país. Creo que puede sacarnos del descrédito que nos está hundiendo a ojos del mundo. Y creo que lo que tenemos que hacer ahora es votarlo. Así que rece por nosotros, por favor.

—No lo dejarán llegar tan lejos —dijo el camarero mientras llenaba la pinta de Bruno. La llenó hasta las tres cuartas partes y luego la dejó sobre el escurridero y se apartó a esperar a que reposara—. Se lo cargarán antes, ¿cuánto se apuesta?

Pero Bruno no quería apostar nada, para él aquel asunto no tenía nada de juego.

El efecto Bradley era otra cosa de la que hablaba todo el mundo. Es imposible predecir el poder que tendrá el efecto Bradley, eso era lo que decían todos los entendidos. Podría bastar para hacerle perder las elecciones. Olvidaos de las encuestas, decían. Lo que no sabremos hasta el día de las elecciones es cuántos estadounidenses serán capaces de salir para ir a votar por un hombre negro. ¿Cuánta gente entrará en la cabina de votación y, al ver ese nombre, Barack Hussein Obama, decidirá a última hora votar por el otro tipo?

Bruno estaba leyendo de nuevo el libro de Obama, *Sueños de mi padre*, lo releía lentamente y se deleitaba con la posibilidad, por muy descabellada que fuera, de que un hombre de su talento pudiera ser elegido para el más alto cargo del país.

Bruno estaba sentado en un rincón del pub, con su pinta ante él, leía el libro de Obama y dejaba que aquellas cadencias melifluas lo hechizaran con su magia. Y llegó a un pasaje que no recordaba haber leído antes, un pasaje que tenía un inquietante aire profético. Un pasaje sobre un consejo que recibió el joven Obama de uno de los pocos ancianos negros a los que conoció durante su infancia.

Mientras lo leía, Bruno sintió un vacío en la boca del estómago.

«Te darán un despacho en una esquina y te invitarán a cenas elegantes, y te dirán que eres un orgullo para tu raza. Hasta que decidas empezar a mandar realmente. Entonces tirarán de la cadena que te sujeta y te harán saber que puedes ser un negro bien preparado y bien pagado, pero un negro a fin de cuentas».

Un escalofrío recorrió la espalda de Bruno de solo de pensarlo. De pensar que tal vez, solo tal vez, aquella norma estaba a punto de desaparecer.

Bruno es fan de Bruce Springsteen.

Es algo que descubres enseguida, es una de las primeras cosas que te cuenta.

—Bruce es el mejor —dice, sin complejos—. Vivo guiado por Bruce.

—No lo he escuchado demasiado —admite Addie.

Para Addie, Bruce es *Born in the USA*, Bruce son las barras y las estrellas y esas camisas de leñador con las mangas arremangadas por encima de los bíceps. Bruce es algo que jamás habría considerado que pudiera gustarle.

—Mira, pues a mí esto me suena como un gran desafío —dijo Bruno—. Creo que acabo de descubrir mi objetivo aquí. Ahora sé por qué me han enviado.

—¡Ni hablar! —Addie decía que no con la cabeza—. Ni por asomo me vas a evangelizar. Ya me basta con la música que escucho. Resulta que me gusta mi música. No siento ninguna necesidad de meter a Bruce Springsteen en mi vida.

Bruno había cogido su iPod de la mesa donde estaba y buscaba la lista.

—¡Santo cielo! —exclamó—, esto no puede ser serio. ¿Esto es lo que escuchas? ¿Es lo que escuchas todos los días? ¿Cómo consigues levantarte de la cama por la mañana?

—Pues mira, me gusta la música deprimente —contestó ella—. Encuentro que me anima. Me hace sentir bastante alegre, en comparación.

—No tiene sentido. Ningún sentido en absoluto. Tendrás que apuntarte al programa de Bruce, nena. Podrías incluso empezar a disfrutar de la vida.

No me lo cites, pensaba Addie, por favor no me lo cites. Pero él estaba lanzado.

—«Baja la ventanilla y deja que el viento agite tus cabellos, nena».

Ella se llevó las manos a la cabeza con fingida desesperación.

—No puedo creerlo, no puedo creer que esté escuchando esto.

Me llama nena, estaba pensando. Me llama nena y está intentando hacerme escuchar a Bruce Springsteen y yo sigo dispuesta a salir con él. Debo de haberme vuelto loca.

—Vayámonos de gira —le había dicho Bruno a Addie.

Era una noche de frío glacial, estaban acurrucados bien juntitos para calentarse. Addie llevaba el pijama puesto, llevaba incluso los calcetines puestos.

—Sexo invernal —había dicho él al verla—. No hay nada igual. Siempre pienso que hay algo muy sexy en hacer el amor con una mujer que lleva los calcetines puestos.

Addie no le seguía la corriente. ¿De gira?, pensaba. ¿Es ese otro favor sexual que le había prometido?

—*Lola*, tú y yo —propuso Bruno— tendríamos que irnos de gira. Deberíamos emprender un viaje por carretera, los tres solos. A descubrir este bonito país tuyo.

—¡Dios!, será mejor que la deje entrar —dijo Addie, saltando de la cama.

Había echado a *Lola* del dormitorio, no podía tener relaciones sexuales con ella en la habitación, simplemente no podía. Es una perra, había dicho Bruno, no entenderá qué está pasando. Sí que lo entenderá, había insistido Addie, no le gustará.

—No puedo irme de gira —añadió ella, volviendo a entrar en la cama—. Me encantaría, pero no puedo. Tengo que quedarme aquí por mi padre, tengo que prepararle la comida. No se puede quedar solo en casa. En caso de que necesite algo durante la noche, tengo que estar aquí. Y además, ¿qué haríamos con *Lola*? En la mayoría de los lugares no admiten perros.

Pero Bruno no era tan fácil de disuadir. Inmediatamente propuso otro plan.

—¿Y si hacemos como los radios de una rueda? —preguntó—. Podríamos hacer excursiones radiales. Elegimos lugares que estén a tiro de aquí y hacemos viajes de un día. Así volveríamos a estar aquí por la noche.

Addie lo estaba considerando.

—A *Lola* le gustaría —añadió él, y al oír su nombre *Lola* subió a la cama de un salto, apoyando la barbilla en el edredón y mirándolos con los ojos entrecerrados.

—Juraría que sabe de qué estamos hablando —dijo Addie.

—¡Por supuesto que sabe de qué estamos hablando! —reconoció Bruno—. Estamos hablando de «viajes», estamos hablando de «paseos por el campo».

—Basta —dijo Addie—. Ya veo lo que estás haciendo, estás tratando de ponerla de tu parte. Quieres dejarme en minoría.

—Tengo una guía en mi habitación —dijo él—. Puedo investigar un poco. Puedo buscar destinos adecuados. Puedo alquilar un coche. Seré tu chófer. No tendrás que hacer nada. Solo acompañarme de excursión.

—¿Sabes qué tipo de lugares están a tiro de aquí? —preguntó ella con reserva—. Estás hablando del centro de Irlanda —añadió, observando su rostro inexpresivo—. Es evidente que no has oído hablar de esta región.

—Podríamos ir hacia el norte por la costa —sugirió él alegremente.

—Louth —respondió ella, como si aquello fuera lo único que había que saber.

—¿Hacia el sur? —aventuró Bruno.

—Wicklów, Wexford. El mar de Irlanda.

—Vale, vale —dijo Bruno, cediendo ante su mayor conocimiento—. Pero tiene que haber algún lugar a tiro de aquí que merezca la pena visitar. Ese será mi desafío, encontrar algún lugar digno de ser visitado.

De modo que Addie cedió ante su bendita ignorancia, ante su infinito entusiasmo.

—De acuerdo —dijo—. Los fines de semana, si puedo convencer a mi hermana de que se ocupe de mi padre, saldremos de excursión.

Bruno se puso enseguida manos a la obra con su plan.

Empezó por compilar listas de reproducciones de iTunes, empezó a descargarlas con el portátil y a copiarlas en cedés.

Rebuscó en su catálogo de clásicos, eligió con muchísimo cuidado los temas que la pondrían en onda. Bruce antiguo, Bruce nuevo. Bruce oscuro y no tan oscuro. Sabía cómo manejarse con esto. Estaba seguro de que ella no podría resistirse.



Ahora Bruno era un misionero. Era un hombre con una misión. Había revisado la banda sonora de la vida de Addie, se había hecho una idea con un vistazo al directorio de su iPod. Se había montado una vida como un dramón. Una puta tragedia, un principio triste, una trama triste y un desenlace triste.

Al echar un vistazo a su iPod, Bruno había tomado una decisión. Voy a convertir esto en una película que la haga sentirse bien.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## 20

—¿No me vas a decir adónde vamos?

—No.

—Vamos, tienes que decirme adónde vamos.

—No, señora. El destino es un misterio. Lo descubrirás cuando lleguemos. —Bruno parecía un marine de Estados Unidos.

La ruta que había tomado era siniestra. A través de los muelles y de Phoenix Park, con Bruce Springsteen sonando a todo volumen en el equipo estéreo del coche.

Bruno no la dejaba hablar.

—Esto parece un traslado penitenciario, ¿sabes? Me siento como si me llevaran a una cárcel secreta en Cavan.

—Tú escucha —dijo él—. Tienes que darle tiempo para que te haga efecto. —Como si fuera una píldora.

De modo que permaneció quieta en su asiento como una prisionera. No podía hacer otra cosa sino escuchar.

—Conozco esta música —rugió—. Y sencillamente no me gusta demasiado.

Pero Bruno no le hizo caso. Acompañaba la canción en silencio, meneando la cabeza de un lado al otro mientras conducía, moviendo los labios como si pronunciara las palabras.

Al llegar a la rotonda del centro del parque, Bruno divisó delante de ellos la bandera de Estados Unidos. La bandera ondeaba en lo alto sobre las puertas de entrada de la residencia del embajador estadounidense,

deslumbrante contra el azul del cielo. La irlandesa ondeaba en el poste opuesto, la entrañable y sosa bandera tricolor de su país.

Con la voz rasgada de Bruce Springsteen bramando en la radio del coche, Addie no podía negarlo, la cosa tenía su no sé qué.

Bruno apretó con toda la palma de la mano la bocina y empezó a acompañar la canción a voz en grito.

—«Únete al levantamiento. Únete al levantamiento esta noche».

Tenía la voz ronca por la emoción, era casi contagioso. Si Addie hubiera sabido la letra, quizá se habría sentido incluso tentada de acompañarlo.

En vez de eso, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y miró por la ventana. Había una extraña franja de niebla suspendida sobre el suelo, a pocos centímetros de altura. Flotaba sobre la hierba sin llegar a tocarla, como una cinta de electricidad estática. Surgiendo por encima de la niebla, los cuernos de cientos de ciervos, cuyos cuerpos se perdían entre la niebla. Parecían criaturas materializándose tras un viaje en el tiempo.

Le habría gustado decírselo a Bruno, pero ni ella misma podía oír lo que pensaba.

Tras cuarenta minutos, treinta y tres kilómetros hacia el interior del condado de Meath y diez temas más del cedé de presentación de Bruce Springsteen, Bruno paró el coche en el arcén.

—Esta es la primera parada.

—¿Qué? Pero si aquí no hay nada.

—Vaya si lo hay. —Bruno señaló la casa que tenían al lado, un chalé de pared rugosa pintada de un verde menta enfermizo—. La casa de nuestras primas del campo. Nos han invitado a tomar el té.

Addie puso unos ojos como platos de horror.

—Dios santo. Sí que era un traslado penitenciario. Esto es una tortura. Yo no quiero visitar a ninguno de mis primos, ¿sabes? No quiero visitar a mis primos.

Lo repetía porque no se lo podía acabar de creer. Se sentía atrapada, se sentía engañada, engañada y arrinconada. ¿Cómo podía explicarle lo poco

que le apetecía presentarse en el chalé de pared rugosa de unos primos perdidos en el tiempo en las afueras de Navan? Por un instante, consideró la posibilidad de negarse a entrar. Pensó en esperar en el coche, pensó en volver andando hasta el pueblo más cercano. Habría querido volver a ser una niña. Quería tener una rabieta, llorar y gemir, cerrar los puños amenazando con no entrar.

—No debería haberte ayudado nunca —dijo—. No tendría que haberte enseñado nunca la dichosa fotografía de Hugh, ni tendría que haberlo importunado para sonsacarle los nombres.

Addie seguía sentada en el asiento del copiloto, con los brazos cruzados tozudamente sobre el pecho. Sintió la tentación de cerrar con seguro todas las puertas, de hacerse fuerte dentro.

Pero Bruno ya estaba saliendo del coche. Estaba abriendo la puerta trasera para dejar salir a la perra.

—Supongo que no les importará que venga también *Lola*.

Más tarde, por supuesto, Addie estaba muy avergonzada.

Habían sido tan amables. Se habían tomado muchas molestias. Había pan integral casero y un pastel de frutas. Habían sacado la mejor porcelana y en la mesa de la cocina había un mantel recién planchado. Si ibas al baño estaba claro que lo habían fregado. Una pastilla de jabón nueva en el lavamanos. Las marcas del aspirador todavía visibles en la alfombra del vestíbulo. Habían tenido una mañana atareada preparándose para la visita del americano.

Al llegar, Addie se había resistido a pasar. Se sentía ajena a aquella situación. Tal como lo veía ella, simplemente acompañaba a Bruno en la excursión. Pero él la presentó y se emocionaron al saber quién era. ¡Estaban tan contentas de verla! La abrazaron y la trataron como a una más de la familia. Se echaron atrás para estudiar su cara.

—Tiene un parecido con tía Mary, ¿verdad? No se puede negar que es de los nuestros.

—No me lo puedo creer, ¿cuántos años deben de haber pasado? La última vez que estuviste aquí no podías tener más de seis o siete años. Te llevamos fuera para ver a los cachorritos. La perra acababa de tener cachorritos. ¿Te acuerdas?

Addie no tuvo el valor de decirles que no las recordaba en absoluto. Ni siquiera sabía que existieran. Miró desesperadamente a Bruno en busca de ayuda. Bruno estaba agachado, buscando algo en su mochila, un regalo que les llevaba. A Addie le daba vueltas la cabeza con tanta emoción ajena. Preguntó por el baño.

Soy una estúpida estirada, pensó mientras se lavaba las manos. No quería conocer a esa gente. Me creo mejor que ellas. Me merezco que me pongan en mi lugar.

Se secó las manos lentamente en la toalla, de un blanco inmaculado, antes de atreverse a volver a salir.

Las tías eran dos. Dos hermanas, Mary y Theresa. Addie no había prestado mucha atención cuando se las presentaron y no recordaba cuál era cuál. Una de las dos en realidad vivía en Navan, explicó, pero había ido de visita expresamente. Lo contaba como si fuera un viaje de seiscientos kilómetros en vez de seis.

Eran las hijas de una de las mujeres de la foto. Lo que las convertía en primas hermanas de Hugh. ¿Cómo podía ser que Addie nunca hubiera oído hablar de ellas? No tenía explicación.

—Por supuesto, tú eres el único Boylan que queda —dijo una de las tías a Bruno—. En nuestra parte de la familia solo quedábamos chicas cuando tu padre murió. No quedó nadie para conservar el apellido.

—No se me había ocurrido —confesó Bruno—. Tienes razón, ¡soy el último de los Boylan!

Su rostro reflejaba un entusiasmo desbordante.

—Ahora depende de ti —dijo una de las mujeres— que no se pierda el apellido.

Se dieron un ligero codazo la una a la otra y asintieron mirando a Bruno.

—Vaya que sí —añadió la otra.

Addie sintió vergüenza ajena. Pero Bruno parecía encantado con todo aquello. Inclinado sobre la mesa, no hacía ningún esfuerzo por disimular que disfrutaba.

Addie miró por encima del hombro de Bruno para ver dónde estaba *Lola*.

—Seguro que le apetecerá salir al jardín —dijeron las tías en cuanto vieron a *Lola*, y se dieron la razón entre ellas.

—Ah, sí, seguro que estará mejor fuera.

Lo que significaba que no la querían dentro de casa. Y resultó un alivio para Addie, porque en cuanto mirabas alrededor de la sala de estar, en cuanto veías la delicada cómoda repleta de adornos de porcelana y los tapetes de encaje en las mesillas laterales y los antimacasares en los respaldos del sofá y de las sillas, «sabías» que no era buena idea que *Lola* estuviera dentro.

Ahora Addie podía verla, la veía claramente a través de la puerta de cristal de la cocina. Correteaba por el jardín, olisqueando con frenesí los parterres de flores. Corría en círculos, como un caballo de circo en la pista. Vueltas y más vueltas en círculos menguantes, cosa que solo podía significar una cosa. Siguió girando, tres vueltas más y entonces se puso en cuclillas para expulsar un zurullo interminable, justo en medio del césped.

Addie se inclinó hacia delante para servirse otro trozo de pastel. Fingió que no se había dado cuenta de lo que había hecho *Lola* y trató de concentrarse en lo que fuera que estuvieran hablando.

Estaban los tres mirando la foto que había llevado Bruno.

—La debieron de sacar justo antes de que tu padre se marchara a América —dijo la mayor.

—Se les partió el corazón cuando supieron que ya no volvería nunca. A mamá y a tía May. Lo adoraban, ¿sabes?

—Sí —añadió la más joven—. Siempre tuvieron la esperanza de que volviera.

Bruno las tranquilizó.

—Siempre quiso volver, la verdad es que su sueño era volver.

—Bueno, no quiso el destino, supongo. De todos modos es triste que no pudieran verse nunca más.

—Seguro que pensaban que tenían todo el tiempo del mundo. ¿No es lo que pensamos todos?

—Bueno, ahora vuelven a estar juntos, si Dios quiere.

Se produjo un silencio reverencial tras esta consideración. Luego una de las tías se animó y soltó un chillido de excitación.

—¡Nora sí que vino! ¿Te acuerdas, Mary? Fue algo excepcional para ellas. ¡Los regalos que trajo! ¿Cuándo debió de ser eso?

—Madre de Dios, deja que lo piense. A ver...

—Yo tengo cartas tuyas en alguna parte, solía cartearse con mamá. Tendría que buscarlas, no sé dónde las habré puesto...

Addie, distraída de la conversación, examinaba las fotos de la pared. Una hilera irregular de fotografías enmarcadas, cada una de las cuales mostraba a una persona joven con toga y birrete ante el telón de fondo moteado de un estudio. Todas sujetaban torpemente el pergamino enrollado con ambas manos. Era evidente que mostraban con orgullo aquellas fotografías colgadas en la cocina para que se vieran mejor. Addie pensó que su propia foto de graduación debía de estar en alguna caja por algún lugar. Hugh le había dado muy poco valor al título de Arquitectura.

El árbol genealógico estaba ahora abierto sobre la mesa, y todos lo leían atentamente.

Dios mío, qué aburrimiento, pensaba Addie. Se sentía como si estuviera en misa. Como si estuviera en una misa en latín, el aburrimiento era casi físico.

Con el rabillo del ojo podía ver a *Lola* arrancando la hierba, escarbando como un perro de dibujos animados para tapar el rastro, haciendo volar terrones de hierba y tierra entre sus patas traseras.

—Exacto —decía una de las tías—. Tu abuelo era James. Que era hermano de nuestro abuelo. John Boylan, así se llamaba nuestro abuelo. Lo tienes bien. —La mujer daba golpecitos a la hoja con el dedo índice.

—Hay algunas cosas con las que necesito que me ayudéis —dijo Bruno, mirando el árbol genealógico con los ojos entornados—. Vuestro padre era

Michael, ¿correcto?

Ambas afirmaron entusiasmadas con la cabeza.

—Papá se llamaba Michael Daly —dijo una de ellas con vehemencia—. Y el marido de May era un Lynch, Seamus Lynch.

Bruno anotaba todo en su agenda.

—Y el marido de Kitty, ¿sabéis por casualidad cuál era su nombre de pila?

Hubo una mirada entre las dos hermanas, Addie se dio cuenta al instante.

—El marido de Kitty... —repitió una de ellas mecánicamente.

—Sí. De apellido se llamaba Murphy. El padre de Hugh.

Las dos miraron nerviosamente a Addie y luego volvieron a fijar la vista en el árbol genealógico. Desde donde estaba sentada, Addie podía distinguir el interrogante que Bruno había dibujado junto al apellido de su abuelo.

—No recuerdo el nombre de pila. ¿Tú te acuerdas, Theresa?

—Ni por asomo.

Bruno sostenía el boli alzado sobre la hoja. Mientras hablaban, volvió a trazar el interrogante. Ahora parecía escrito en negrita y daba aún más el cante.

—Murió hace mucho tiempo.

—Ni siquiera sé si llegamos a conocerlo.

Bruno levantó la mirada hacia las hermanas.

—Mi padre hablaba mucho de ellas, ¿sabéis? A menudo hablaba de ellos.

—Estaban tan orgullosas de él. Siempre le contaban a todo el mundo que su primo Patrick se había ido a América. Que se las había arreglado muy bien allí.

La tía se volvió hacia Addie.

—También estaban orgullosas de tu padre. Un médico en la familia, ¿no es lo que quiere todo el mundo?

Volvía a haber algo en el aire. Cierta tensión, pero Addie no sabía exactamente de qué se trataba.

—Significó mucho para mamá que viniera al funeral.



Addie se había perdido, no sabía de quién estaban hablando. Sus tías debieron de notar su desconcierto.

—Al funeral de tía May. Significó mucho para todos que tu padre viniera.

La otra asentía con la cabeza.

—Tía May era como una madre para él, fue la única madre que conoció jamás.

Y Addie asintió con la cabeza como si lo entendiera. Asintió con la cabeza y sonrió, aunque su cabeza se estaba llenando de preguntas.

—Tu madre era muy buena y venía a visitarla. Solía visitarla a menudo y siempre os traía con ella. Significaba tanto para tía May poder ver crecer.

La voluta de un recuerdo, revoloteando alrededor de la mente de Addie. Piruletas, una lata redonda llena de ellas. Un pasador que le ponen en el pelo. Polvos de maquillaje, su dulce aroma de rosas cuando te inclinabas para el beso.

—Era una mujer encantadora, tu madre, todos la apreciábamos mucho.

Addie notó con espanto que se le llenaban los ojos de lágrimas. Se sentía abrumada por todo lo que no sabía, por todo lo que aquellas mujeres parecían saber de ella. Ella no se acordaba de nada de eso. Se sentía como si hubiera entrado en una habitación y de repente apareciera gente por detrás de los sofás y de las cortinas gritando: ¡sorpresa! Sintió ganas de salir corriendo.

Bruno debió de darse cuenta de su angustia y acudió al rescate.

—Ya que estoy aquí, me gustaría mucho visitar el cementerio, me gustaría ver las tumbas de la familia.

Las dos tías se pusieron como locas.

—Sí, claro —dijeron—, tienes que ir al cementerio, te podemos indicar cómo encontrarlo. Es bastante difícil de encontrar, a menos que sepas dónde buscar, tendremos que apuntártelo.

Bruno volvió a abrir la agenda.

—Dios quiera que no esté lleno de hierbajos, hace semanas que no vamos.

A continuación le dieron una serie de indicaciones interminable y seguían dándolas cuando Addie y Bruno se levantaron para marcharse.

—Sobre todo vuelve la próxima vez que vengas aquí —le dijo la mayor a Bruno mientras se despedían.

—Y que haya una próxima vez —añadió la otra con convicción.

Besaron a Addie y le dieron un fuerte abrazo de despedida. Pero no le dieron recuerdos para su padre. Ni tampoco la animaron a volver. De esto no se dio cuenta hasta que hubo subido al coche.

Bruno puso en marcha el motor y Addie se despidió con la mano de las dos ancianas, que de pie ante la puerta también decían adiós con la mano. En cuanto doblaron la esquina, Addie se echó atrás en su asiento y soltó un largo suspiro. La cabeza le daba vueltas, y su cerebro se esforzaba por comprender algo imposible de ver a simple vista.

—¡Mira esos árboles! —dijo—. ¿Habías visto alguna vez algo igual?

Los árboles eran tan altos y frondosos que sus ramas formaban arcos sobre la carretera. Conducir debajo de ellos era relajante. Era como caminar por el pasillo central de una gran catedral. La sensación de que algo más grande rige el mundo.

Addie no había abierto la boca desde que dejaron la casa. Bruno no parecía haberse percatado de su silencio.

—No tenía ni idea de que este fuera un país tan precioso —iba diciendo, mirando con avidez por la ventanilla—. ¡Qué país! No sé por qué, pero siempre lo había imaginado más inhóspito.

Addie también miraba por la ventanilla los campos ondulantes, con cálidas lágrimas que le escocían los ojos.

Estaba enojada con él, pero no estaba segura de por qué. También estaba molesta consigo misma y la atormentaba un malestar que se asemejaba al dolor. Una pócima embrujada de emociones adolescentes, una obstinada venda de petulancia que envolvía su corazón cada vez con más fuerza. Y cuanto más enojada estaba ella, más despistado parecía Bruno y más exasperante era su manera de disfrutar del viaje.

—¡Imagínatelo! —decía—. Mi padre y tu padre viajarían por estas mismas carreteras cuando eran jóvenes, debían de conocer tan bien este camino...

Dios, sonaba tan americano.

Había detenido el coche en un espacio abierto del seto y estaba inclinado sobre el volante mirando con entusiasmo más allá de los campos al río que corría abajo.

—Cómo le habría gustado a mi padre estar aquí con nosotros —dijo con nostalgia.

Y ella se sintió culpable de repente por envidiar su historia. Ahora que se daba cuenta de lo mucho que significaba para él. Aunque era distinto para ella. Era difícil y complicado, y allí estaba él, haciéndola sentirse mal nuevamente consigo misma.

Addie cerró los ojos para ocultar las lágrimas, que corrían peligro de deslizarse por sus mejillas. Lágrimas calientes de disgusto, y con ellas una oleada de resentimiento.

Debería haberle hecho caso a Hugh. No iba a ganar nada con todo aquello. No iba a sacar nada bueno.

Ella era feliz antes de que él llegara. Se agarró a esa idea y trató de sujetarse a ella. Como si fuera una rama sobre un río crecido. Pero no sirvió de nada, tuvo que admitir que se estaba mintiendo a sí misma. Muy bien, pues, no era verdad que fuera feliz. Pero al menos se sentía segura. Antes de que él llegara, se sentía segura en su propia tristeza.

Bruno estaba perplejo por las lagunas en los recuerdos de Addie. Era difícil no estarlo. Él, inocentemente, le había preguntado por su familia.

—¿De qué parte del país era tu madre?

Una pregunta bastante sencilla, cabría pensar. Solo que Addie no sabía la respuesta.

Estaban paseando entre las lápidas del cementerio de Navan. Eran los únicos que habían entrado a pie. Todos los demás visitantes parecían haber llegado en coche. Al atravesar la entrada avanzaban lentamente por los

pasillos hasta detenerse en un sitio concreto. Una pausa de un minuto o dos, con el brazo apoyado en la ventanilla abierta del coche. El tiempo suficiente para fumarse un cigarrillo. Luego volvían a arrancar a paso de tortuga, retrocedían, atravesaban la verja abierta y salían de nuevo a la carretera.

—La visita en coche —dijo Bruno, fascinado.

Aquello tenía algo de mafioso, pensó, algo elegante y siniestro.

Addie llevaba a *Lola* atada a la correa, no le pareció apropiado dejarla corretear suelta entre las tumbas. La perra tiraba del brazo de Addie, se arrastraba por el suelo como un ornitorrinco, las orejas rozando la gravilla.

Addie todavía le daba vueltas a la pregunta de Bruno.

—Creo que era de Wexford, me suena que era de algún lugar cerca de New Ross. Mamá era solo una niña, fue a estudiar a un instituto de Dublín cuando terminó el colegio.

—Pero ¿tú no vas nunca allí, a New Ross? ¿No los visitas nunca?

—No creo que haya nadie a quien visitar, por lo que yo sé están todos muertos. Mis abuelos murieron antes de que naciera yo. Creo que eran de New Ross, pero no estoy muy segura. Tal vez fueran de Enniscorthy. De algún lugar de Wexford, de todos modos.

Addie advirtió que Bruno estaba desconcertado por la vaguedad de su respuesta. No sabía qué hacer al respecto.

—¿Dónde se conocieron tus padres?

Bruno paseaba junto a una hilera de lápidas e iba agachándose para fijarse en los nombres. Llevaba la agenda en la mano y estudiaba las indicaciones.

Addie se dio cuenta de que ahora era ella quien estaba desconcertada.

—Pues ¿sabes que no tengo ni idea? Ni idea. Papá nunca habla demasiado de ella.

Aquello sí que le pareció extraño. Viéndolo a través de los ojos de Bruno, parecía efectivamente raro.

—¡Aquí lo tenemos! —exclamó Bruno triunfalmente.

Se había parado ante una parcela grande y cuadrada. Había una valla baja de hierro alrededor del perímetro, valla que se combaba en algunos puntos. La parcela estaba cubierta de gravilla gastada, con una capa

ondulada de bolsa de basura de plástico asomando en algunos puntos. Una lápida sencilla, cuya superficie estaba tapada con musgo y líquen. Grabada en la piedra había una larga lista de nombres, costaba distinguirlos. Boylan y más Boylan, James y John, y otro John después de él, el niño pequeño que había muerto. Podías deducirlo por las fechas, solo tenía dos años, pobrecillo. También había una Catherine, ¿podría ser su abuela? Pero ¿no deberían haberla enterrado junto a su marido? Addie no lo sabía, no tenía respuesta. Y ahora le parecía raro no haber estado antes allí.

Bruno escribía en su agenda, sobre la rodilla levantada, apoyado en un pie, y anotaba meticulosamente todo lo escrito en la lápida.

Addie se quedó de pie a un lado de la tumba y examinó lo que estaba escrito, esperando que alguna emoción se apoderara de ella, pero no la hubo. No sentía nada, no podía pensar en nada excepto en que tendría que estar pensando algo.

Rezaré una oración, pensó. Se sentía indigna de la situación, pero tenía que hacer algo. Ave María, dijo, recitando las palabras en silencio en su cabeza. Acabó la oración enseguida y tuvo la sensación de que se había saltado alguna parte. Hacía tanto que no rezaba. Se la habían enseñado en irlandés, también, y en francés. *Sainte Marie, Mère de Dieu. Priez pour nous, pauvres pécheurs*. Se quedó maravillada al ver que aún se acordaba. Esperó un segundo o dos con la cabeza inclinada solemnemente, luego siguió caminando junto a la hilera de tumbas. Descubrió que le interesaban tanto las demás lápidas como las de su propia familia.

Llegó al final de la hilera y se encontró delante de una pequeña cruz de mármol blanco. Las letras grabadas habían sido rellenadas con tinta negra.

«Phelan —ponía—, Angela. Nacida en Robinstown el 27 de abril de 1911. Murió el 11 de mayo de 1989. Una vida vivida».

Me encanta, se dijo Addie, y su corazón latió con una alegría recién descubierta mientras seguía avanzando.

Repitió la inscripción mentalmente, saboreando su poesía.

Una vida vivida.

Luego condujeron hasta Tara, aunque Addie no supo decirle a Bruno por qué era tan especial. Tiene que ver con los Grandes Reyes, dijo.

Subieron al cerro.

—Se pueden ver trece condados desde aquí —leyó Bruno en su guía turística.

—A mí me parecen todos iguales —dijo Addie—. No son exactamente los jardines colgantes de Babilonia, ¿verdad?

Y dio media vuelta para volver al coche.

En el camino de regreso pararon en la abadía de Bective y Addie le contó a Bruno que habían proscrito a los monjes y tuvieron que huir a esconderse. ¿Cuándo?, quiso saber él, ¿en qué siglo?

—¡Dios! —exclamó ella—. No tengo ni idea. No recuerdo haber estudiado demasiada historia de Irlanda en el colegio.

Bruno estaba en pie detrás de Addie y la rodeó con sus brazos mientras le besaba la oreja.

—Sí, recuerdo haber estudiado a las esposas de Enrique VIII. Nos las teníamos que aprender de memoria. La Inquisición española, ese tipo de cosas. Pero no recuerdo gran cosa de la historia irlandesa.

El río Boyne, sabía que había habido una Batalla del Boyne, sabía que había sido una frontera. Pero desde aquel campo fangoso, observando las aguas embravecidas del río, no podía recordar ni por asomo por qué había sido tan importante.

—Sé que este río es histórico, pero no puedo recordar por qué.

—No te preocupes —dijo Bruno—. Lo buscaré en Google.

De todas formas estaba avergonzada. Hasta aquel momento, Addie nunca se había considerado una persona ignorante.

*Lola*, nada preocupada por su propia ignorancia, nadaba alegremente llevada por la corriente de aquel río histórico.

## 21

Desde el principio había quedado claro que *Lola* tenía un buen corazón.

Todo el mundo puede ver las señales. Es la manera en que sostiene la cabeza, tan tímida y al mismo tiempo tan digna. La manera en que te mira, pudorosa y al mismo tiempo pidiendo amor. Es el meneo desesperante de su cola. La perra que no ladra, la llaman las hijas de Della, porque apenas ladra.

Es una perra adoptada, una perra que ha sufrido. Se aparta de la gente a la que no conoce, recela incluso de los demás animales. Si alguien a quien no conoce se acerca para acariciarla, se echa al suelo. Abre las patas, aprieta su cuerpo contra el suelo y hace una cosa con la cabeza como si tratara de refugiarse bajo un edredón. A veces tiembla.

Addie no tiene ninguna información sobre qué le había ocurrido a *Lola* en el pasado. Llegó como una refugiada, bajando del maletero de la mujer de la perrera una tarde de verano. Lo único que llevaba era un collar rojo maltrecho y una estera para dormir.

—Puedes cambiarle el nombre si quieres —dijo la mujer—, pero probablemente es mejor que no se lo cambies.

Advirtió a Addie que *Lola* quizá lloraría durante la noche. Pero *Lola* no lloró, no emitió ni un sonido. Por supuesto, Addie no pegó ojo, se pasó toda la noche acercándose a la cocina para ver si la perra dormía. Se encontró cada dos por tres de pie en camisón junto a la puerta, con un par de ojos brillantes que la miraban en la oscuridad.

Es una bestezuela nerviosa *Lola*, se sobresalta cuando oye un ruido fuerte. Solo tienes que dejar caer la tapa de una cacerola al suelo y ya está

debajo de la mesa, mirando desde su escondrijo con ojos de susto. Parece que esté esperando que le ocurra algo malo.

Addie supone que debía de ser una perra de caza en su vida anterior. Y también supone que se deshicieron de ella porque le asustaban los tiros.

—A los que tienen miedo de los tiros los atan —había dicho la veterinaria con indiferencia—. Y tratan de quitarles el miedo con palizas.

Addie había levantado la mano inmediatamente para hacerla callar.

—No, por favor —había dicho—. Prefiero no saberlo.

Pero no había manera de no oír aquellas palabras. Y una vez oídas, ya no había manera de quitártelas de la cabeza. Addie ya tenía aquella imagen de *Lola* atada en alguna parte, amarrada con una correa a la valla de un sucio patio y rodeada de hombres crueles.

Al menos no se la cargaron, eso es lo que se dice. Al menos se la dieron a la mujer de la protectora, que colgó su fotografía en internet, donde la encontró Addie. En cuanto vio la foto lo supo. Era la forma en que *Lola* tenía la cabeza ladeada con respecto a la cámara, la forma en que miraba atrás con expectación. Addie supo que era la perra apropiada para ella, era como si la reconociera de alguna parte.

—No permitiré que te vuelva a pasar nunca nada malo.

Esas son las últimas palabras que le susurra Addie por las noches cuando se agacha a su lado en el suelo del dormitorio y juega con sus orejas rizadas. Addie alisa el flequillo en punta de *Lola* y la besa en el espacio hundido de la parte superior de su cabeza aterciopelada.

La perra más mansa, la más refinada de las perras. *Lola* entiende lo del espacio personal, respeta las fronteras. Una perra afectuosa que frota el codo de Addie con la nariz cuando quiere caricias. Una perra lista, se tumba en la parcela de sol debajo de la ventana. Al desplazarse el sol, ella también se mueve. Y nunca llora. Ni siquiera cuando se le engancha una rama de espino en la cola, ni siquiera cuando se clava un cristal en la pata.

Hace tres meses que Addie tiene a *Lola*, llegó a finales de julio. Pero no tardó tres meses, sino apenas tres días en adaptarse a ella. Basta un vistazo para poder asegurar que *Lola* es buena hasta la médula, es buena y leal y fiel.



Ojalá fuera tan fácil entender a un ser humano.

—¿Podemos llevar a *Lola* a la bendición de las mascotas?

Era Elsa al teléfono. Llamaba desde el móvil de Della, de modo que al principio Addie pensó que era su hermana quien llamaba.

—¿Cuándo es eso?

—El domingo. Mamá dice que si quieres venir luego a comer a casa.

—Ponme con tu madre.

Hubo una pausa y a continuación estaba Della al teléfono.

—Estoy conduciendo, o sea que no puedo hablar demasiado.

—¿Lo dice en serio, eso de la bendición de las mascotas?

—¡Uf!, están desesperados por captar gente. Incluso bendicen los regalos de Navidad. Cualquier cosa que pueda atraer a la gente. Nosotras llevaremos al pez, pero creemos que *Lola* también tendría que venir.

—¿Estás segura de que no pasa nada por llevar a un perro?

—El año pasado alguien llevó un caballo.

—Muy bien. ¿Y lo de comer?

—... hemos pensado en invitarte a comer luego. Espera un segundo, que hay un guardia, tengo que bajar el teléfono...

—Comer con vosotras sería fantástico —dijo Addie con tono de resignación, hablando al teléfono aun sabiendo que Della lo tenía en su regazo—. Bruno estaría encantado, tenía muchas ganas de conocerlas.

—Y otra cosa... —dijo Della cuando volvió a coger el teléfono.

Addie oía al fondo a las niñas peleándose.

—¿Os podríais callar? —rugió Della—. Estoy tratando de conducir y mantener una conversación por teléfono.

Silencio.

—El hospital ya ha terminado su investigación —dijo Della—. Un pajarito se lo ha contado a Simon. Y dicen que la cosa no pinta bien.

—¡Dios santo! ¿Lo sabe Hugh?

—Supongo que debe de saberlo, se lo habrán contado.

—¿Él no te ha dicho nada?

—No.

Al instante Addie se sintió mal, sentía que tendría que haberlo sabido. Tal vez si hubiera pasado más tiempo con su padre, él se lo habría dicho. Pero había pasado todas las noches con Bruno. Le había subido la cena y dejado para que se la comiera solo.

—Hablaré con él —dijo Addie—. Lo tantearé.

—¿Quieres la buena noticia o la mala? —Eso fue lo que le dijo a Della cuando volvió a telefonarla aquella noche.

Addie le había dado calabazas a Bruno por aquella noche. Se lo había explicado, se había deshecho en disculpas.

—Lo he tenido muy abandonado —había dicho—. Creo que está enfadado, es como un niño mayor muy celoso.

—No pasa nada —había respondido Bruno—. Me lavaré el pelo o algo.

De modo que entonces Addie se sintió culpable por Bruno. No se puede contentar a todo el mundo. En un momento de locura pensó en invitarlo, aunque lo descartó enseguida.

Fue sola, con la bolsa de compras para la cena. Preparó un suflé de queso para dorarle la pílora. Era su comida favorita, y Addie había aprendido a cocinarla como regalo para uno de sus cumpleaños. Es la única cosa complicada que ha aprendido a cocinar en su vida. Y la prepara siempre que hay que animar a Hugh, es como una tradición entre ellos.

Se lo comieron en la mesa de la cocina con una ensalada verde y una botella de Burdeos. Hugh tomaba el vino con una pajita, aunque insistió en arreglárselas solo con la comida. Era patético verle asir el tenedor entre las puntas de los dedos. Tardaba una eternidad en llevarse cada bocado a la boca. El suflé debía de estar helado cuando se lo terminó.

—Esto no lo encontrarías en un restaurante. —Eso era lo que siempre decía cuando Addie le preparaba el suflé de queso—. No lo encontrarías ni en el Shelbourne.

Pero hasta que no abrieron la segunda botella de vino no consiguió hacerlo a hablar del caso.

—¿Tienes idea de cuándo será? —preguntó Addie, con inocencia.

—¡Ah!, en algún momento del año que viene —dijo él—. Las ruedas de la justicia giran muy lentamente. Pero no hace falta que te preocupes ahora por eso. —Hugh estaba más simpático que nunca, el suflé había surtido efecto—. Tengo toda la confianza del mundo en que ganaremos.

»Están buscando a alguien a quien echarle la culpa —añadió—. No le pueden devolver la vida, así que buscan a alguien a quien culpar. A mí tampoco me importaría, pero hice todo lo humanamente posible por salvar a aquella maldita mujer.

—¿Quién quiere culparte?

—Sus padres.

—Creía que era el marido quien había interpuesto la denuncia.

—Sí, pero es el padre quien lo empuja, es la fuerza motriz. El padre es taxista.

Como si eso lo explicara todo.

—Dinero. A eso se reduce todo. En eso consiste todo este maldito asunto, en sacar el máximo de dinero posible de la compañía de seguros. Cuantas más demandas presenten, más dinero esperan ganar.

Hugh estaba muy comunicativo y se extendió sobre el tema mientras duró la segunda botella.

—Estaba gorda como una vaca. No sé cómo pueden objetar que lo mencione. No es que sea tema de controversia, estaba en su historial, por el amor de Dios. Clínicamente obesa. La obesidad contribuyó a su muerte. Si no hubiera estado tan gorda, no se habría muerto. Yo ya se lo advertí, le dije que antes tendría que adelgazar un poco, pero no me hizo caso. Ella quería acabar de una vez por todas con la operación antes de una maldita boda familiar. Trata de operar a alguien con más grasa que una ballena, y a ver si encuentras la vesícula biliar.

Una sombra de duda cruzó por la mente de Addie. Notó que atravesaba su mundo silenciosamente como una nube.

—Pero no lo expresarías así...

Hugh estaba enroscado en su silla tallada como una serpiente enorme, y se irguió de manera amenazante.

—¿Perdón?

Addie hizo un gesto de dolor.

—Dime que no le dijiste eso a la familia.

—Por supuesto que no, ¿por quién me tomas?

Ahora Addie se sintió mal por haber dudado de él. Si su propia hija no le creía, ¿quién iba a creerle?

Addie se apoyó en la mesa y sirvió lo que quedaba del vino. Pensó que tal vez ya hubieran pasado la peor parte, pero Hugh continuó hablando.

—Naturalmente, los del hospital han corrido a guarecerse. Parece que quieren aprovechar la oportunidad para jubilarme. Nada que no se pudiera esperar. Parece que han reclutado a parte del personal más joven para que haga el trabajo sucio. Era lo que cabía esperar, me temo, no hay nada que les guste más que hacer leña del árbol caído.

La estaba asustando. Todo aquel asunto estaba adquiriendo nuevas proporciones, como una sombra siniestra avanzando por un muro. Addie empezaba a arrepentirse de haber preguntado nada. Pero ahora ya no podía parar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Las palabras le salieron temblorosas.

Hugh le respondió con ganas, encadenando las palabras con arrogancia.

—¡Ah!, pues por lo que he oído se han inventado una demanda contra mí. Una pequeña conspiración. Es lo que suelen hacer, juntan las cabezas e idean una historia para protegerse.

Hugh levantó las manos vendadas como un boxeador.

—Todo este asunto es muy desafortunado. Que no pueda estar yo allí para defenderme es muy desafortunado.

Addie lo observaba aterrorizada, esforzándose mentalmente por asumir lo que le contaba su padre.

—Esta podría ser la definitiva —continuó diciendo, su mirada dura tras las gafas—. Esta podría ser mi última batalla.

En cuanto volvió al sótano, Addie telefoneó a Della.

—Solo era broma —dijo—, no hay ninguna buena noticia. Lo acusan de acoso en el trabajo.

—¿Qué? ¿Además de negligencia?

—Eso parece. Es algo que apareció durante la investigación, según Hugh. Estuvieron entrevistando a todo el mundo que estuvo allí aquel día y parece ser que uno de los médicos residentes acusó a Hugh de acoso laboral. Las enfermeras lo apoyan. Hugh dice que es una conspiración para deshacerse de él.

—¡Virgen santa!

—¡Lo sé, es ridículo!

—¿Estás segura de que es ridículo?

—¡Por supuesto! Hugh es directo y no se anda con rodeos, pero eso no es delito, ¿no?

—Addie, ya sabes cómo es. Dice lo primero que le viene a la cabeza. Dice cosas desagradables. Y sabes que puede llegar a ser cruel.

—Pero no lo dice en serio. Cuando dice esas cosas, no las dice en serio.

—No importa si las dice en serio o no, ahora ya no se permite ese tipo de comportamiento.

—La familia ha presentado una demanda por daños con agravante —añadió Addie con una voz que parecía más bien un gimoteo—. La familia de la mujer que murió. Dicen que los asustó. Dicen que perdió los nervios y que temían que se pusiera violento.

—Puedo imaginármelo —dijo Della tajantemente.

—Della —susurró Addie al teléfono—, no deberías pensar que papá sea el malo de la película, ¿no te parece?

Della hizo una pausa antes de responder, lo que ya era una respuesta.

—Creo que pertenece a otra época, Addie. Y hoy, eso implica ser el malo. La gente espera un buen trato a los pacientes, espera sensibilidad. Espera que te mantengas fiel a las buenas prácticas. Es lo normal, por el amor de Dios.

—Ya lo sé, Della, pero papá es un buen médico, tú sabes que es un buen médico.

—No basta con ser un buen médico, también tienes que ser buena persona.

—Pero si es buena persona.

—Eso lo sabemos tú y yo, Addie. Pero no el resto de la gente. Y tienes que admitir que las apariencias completamente apuntan en sentido contrario.

En cuanto colgó, Addie fue al baño a lavarse los dientes, el silencio del apartamento arremolinándose a su alrededor.

La conversación con Della se repetía desbocada en su cabeza. No podía controlarla. Las palabras se reordenaban en su mente, fragmentos de su voz y de la de Della se peleaban por ocupar el primer lugar.

Mentalmente, Addie trataba de contraatacar, de meter baza en defensa de Hugh. Pero se abría paso tras ella una pérdida de fe tan enorme y terrorífica que empezaba a sentir un malestar físico.

Durante toda su vida, Addie había tenido una fe inquebrantable en Hugh, en que era una buena persona, y se negaba a contemplar otra posibilidad. Se había puesto de su parte contra el mundo. Había moldeado su visión del mundo en función de Hugh. Ahora se sentía una tonta.

Se metió en la cama, se acostó de costado y se hizo un ovillo. Se sentía como si estuviera acurrucada en el saliente de un acantilado. Si se movía un solo centímetro caería al abismo. Estaba tiesa de miedo. No sabía cómo superaría aquella noche.

## 22

En su pequeña habitación de la pensión, Bruno se despertó paralizado por una pesadilla. El corazón le latía con tanta fuerza en el pecho que casi podía oírlo. Apenas podía respirar, tuvo que tragar saliva para que el miedo creciente bajara por su garganta.

Las cortinas estaban corridas y la habitación estaba negra como boca de lobo. Bruno se incorporó y encendió la luz de la mesilla de noche. Se dejó caer pesadamente sobre las almohadas y observó la habitación con recelo, como si no la hubiera visto nunca antes. Tenía la sensación de haber pasado las últimas horas vagando por la casa de su infancia. Todavía le parecía estar en la niebla del sueño.

Un sueño que ya había tenido antes. Ahora lo recuerda, es una pesadilla recurrente. Lo sueña quizás una vez al año, y cada vez que lo sueña reconoce la escena. Pero en una o dos horas lo habrá vuelto a olvidar, lo olvidará completamente. El sueño parece poseer ese extraño poder, puede correr un velo sobre sí mismo. Un sueño que no parece serlo, no tiene guión. Un sueño insidioso, es tan realista que Bruno siempre tarda un rato en darse cuenta de que no es real.

En el sueño, su madre todavía está viva, está viviendo en la residencia de la tercera edad. Bruno no ha ido a visitarla desde hace años, nadie de la familia ha ido a visitarla. El personal de la residencia se pregunta por qué nunca nadie va a verla. Su madre pregunta por ellos, pero aun así nunca va nadie.

Bruno se despierta sintiendo una oleada de terror. Desde que mojaba la cama de niño que no sentía esta sensación. La sensación de haber hecho

algo horrible, algo que ni siquiera eres consciente de haber hecho, algo que nunca podrás arreglar.

Cuando Bruno se hacía pis en la cama, su madre lo bajaba al baño y le quitaba el pijama empapado. Lo limpiaba con una esponja y lo secaba con una toalla. Bruno todavía recuerda la sensación de cosquilleo en la piel mientras su madre lo secaba. La comodidad del pijama limpio mientras se lo ponía. El alivio de volver a meterse en la cama, con una toalla plegada y situada estratégicamente para absorber lo mojado y una sábana limpia extendida encima de la toalla. La alegría de volver a dormir con un problema resuelto.

Es la misma sensación que tiene ahora cuando finalmente entiende que el sueño no es real. Tarda un poco en elaborar el razonamiento en su cabeza, tiene que considerarlo lógicamente. Su madre está muerta, ya hace cinco años que murió. Cuando estaba viva iba a verla todas las semanas, fue a verla hasta el fin de sus días.

Él no es una mala persona.

La visitaba todas las semanas, solo que no se lo contaba a nadie. Ni siquiera a su novia. Algo que a ella le resultaba imposible de entender. Según Bruno, se negaba a entenderlo.

No estaban casados, ni siquiera estaban viviendo juntos. Eso era algo que habían decidido desde el principio, que no se iba a decir palabra de matrimonio. Los dos habían picado ya antes.

Él no le había ocultado intencionadamente la existencia de su madre. Pero no se lo había dicho. Y cuando, al final, ella lo descubrió, se convirtió en un problema gordo. No era nada personal, eso es lo que Bruno quería que ella comprendiera. No se trataba de excluir a nadie. Había sido un acto de galantería por su parte. Era difícil de explicar.

—No es lo mismo que tener una aventura —había dicho.

Pero por algún motivo ella parecía pensar que eso era todavía peor.

—¡Suponía que estaba muerta! Una suposición razonable teniendo en cuenta que siempre hablas de ella en pasado. Como jamás dijiste que la



visitaras, creo que es razonable por mi parte dar por hecho que estaba muerta.

Bruno temía que ella no quisiera ir a conocerla, por eso no se lo había dicho. No quería que nadie la viera en aquel estado. Los ojos asustados mirando desde el fondo de su carita pálida. Las manos largas y arrugadas agarrando con fuerza las sábanas de la cama. Los nudillos desproporcionados, el esparadrapo sujetando el anillo de casada a su anular, largo y huesudo. No quería hablar de eso con nadie.

No sería justo para ella, llevar a una desconocida a que la viera. Tener que pasar por el ritual de una presentación, de tratar de iniciar una conversación junto a la cabecera de la cama. La idea se le hacía insoportable.

Realmente él no había tenido la intención de mentirle, pero ya veía que daba lo mismo. Ella se lo tomó como algo personal, pensó que tenía que ver con ella. Pálida de indignación, se levantó y se marchó.

Bruno se sorprendió al descubrir que ni siquiera lo lamentaba.

La madre de Bruno era alemana. Su familia había emigrado a Estados Unidos antes de la guerra.

Bruno y sus hermanas apenas sabían nada de aquella parte de la familia. Solo conocían a irlandeses y ellos también lo eran. Siempre pareció que su sangre irlandesa prevalecía sobre la alemana. Como si los genes irlandeses fueran dominantes. Solo había una cosa que Bruno y sus hermanas habían heredado de su madre y eran los ojos marrones claros.

Una mujer callada, la gente solía dar por hecho que también era irlandesa. En realidad soy alemana, decía ella. Y todos expresaban su sorpresa. Decían que nunca lo habrían imaginado.

Su madre no hablaba alemán en casa. Solo cuando los llevaba a visitar a sus abuelos, Bruno oía hablar en alemán. Recuerda estar sentado en un taburete en aquella sala de estar oscura mirando a su madre mientras conversaban. Recuerda cómo estudiaba su cara con la esperanza de poder entenderla, solo por mirarla. Recuerda el horror que sintió al darse cuenta

de que no tenía ni idea de qué estaba diciendo. Recuerda la sensación de pánico, el impulso de levantarse de un salto y gritarle. Era como si se hubiera convertido en otra persona, ya no era su madre. Pero cuando ya estaban de nuevo a salvo en el coche, su madre volvía a conversar exclusivamente en inglés, y entonces Bruno volvía a sentirse seguro.

En sus últimos años recuperó su lengua materna. Al final solo hablaba alemán.

Todos los lunes por la tarde, después del trabajo, Bruno se sentaba durante una hora en la silla de respaldo alto junto a la cama y la escuchaba hablar en un murmullo sobre gentes y lugares de hacía mucho tiempo. Se sentaba allí a escucharla sin entender lo que decía, como la escuchaba de pequeño. Pero esta vez no había rabia, solo asombro por los hermosos sonidos que brotaban de ella. Bruno cerraba los ojos y escuchaba la musicalidad de la voz, los sonidos encantadores sin sentido. Se quedaba allí sentado y la escuchaba como si fuera música. ¡Y la gente dice que el alemán es un idioma feo! Bruno nunca ha podido entenderlo.

Para ser exactos, lo que ella hablaba era suabo. Un hermoso dialecto sibilante, cuyos suaves ritmos se filtraban en su inglés, dándole a su voz ligeras subidas de volumen cuando menos te lo esperabas. Era un acento dulce que daba seguridad, cosa que encajaba perfectamente con la personalidad de su madre.

Durante toda la vida, la madre de Bruno le había dicho que reconocería el amor cuando lo encontrase. Y Bruno había entendido que el amor lo encontraría a él, que lo alcanzaría como un rayo y no habría error posible. Durante años, había ido por la vida esperando aquel rayo salido de la nada que nunca llegó.

A pesar del paso de los años y del fracaso de un matrimonio tras otro, la opinión de su madre sobre el tema persistía.

—Solo es que aún no la has conocido —decía ella.

Cuando su madre hablaba, el final de cada frase volvía sobre sí mismo, como si las palabras no tuvieran ningún influjo sobre las verdades eternas.

—Cuando la encuentres, la reconocerás.

Ahora por fin Bruno cree que entiende lo que quería decir.

La primera vez que vio a Addie, le resultó familiar. Aunque nunca la había visto antes, tuvo la sensación de conocerla. Era como si la recordara de antes. Aún ahora, cuando la mira a la cara tiene esa extraña sensación de familiaridad. Su cara es una cara que conoce.

Tal vez sea porque están emparentados, piensa, sacando la foto familiar de su agenda y estudiándola nuevamente. Probablemente sea eso. Examina las caras buscando algún parecido con Addie, pero no lo ve, no hay nada de ella en esas mujeres.

La familiaridad que siente viene del futuro, no del pasado.

Es curioso lo rápido que te acostumbras a dormir con alguien.

Bruno la buscaba en la cama y se despertaba al darse cuenta de que ella no estaba.

La tercera vez que le ocurrió tomó una decisión. Se levantó y se vistió a toda prisa. Bajó sigilosamente las oscuras y chirriantes escaleras de la pensión, como si fuera un ladrón, y quitó el pestillo de la puerta principal para salir a la fría noche.

El cielo estaba despejado, con una luna creciente que parecía salida de un cuento de hadas. El mar plateado lamía la playa. Bruno estaba hecho un romántico, era consciente de ello. Subiendo por la calle en plena noche, llevado por el amor.

No quería llamar a la puerta de Addie por miedo a asustarla. Temía que no se despertara y despertar en cambio a su padre. Por tanto dio la vuelta por el lado de la casa hasta la ventana del dormitorio. Se puso de puntillas y dio golpecitos en el cristal con una moneda que encontró casualmente en su bolsillo. No hubo respuesta. Clic, clic, clic. De repente, tras el cristal, apareció la cara de Addie, pálida y aturdida. Tenía los ojos entrecerrados, debía de tener problemas para verlo en la oscuridad.

—Soy yo —susurró—. Déjame entrar, por favor, hace un frío que pela.

Bruno volvió hacia la puerta a esperarla. Cuando ella abrió la puerta, vio que llevaba su camiseta de Bruce Springsteen. Estaba a punto de burlarse cuando ella se lanzó hacia él. Le rodeó el cuello con sus brazos y

se dejó caer contra él con todo su peso. Bruno tuvo que dar un paso atrás para mantener el equilibrio. Se emocionó al verla tan contenta de verlo. Normalmente era más reservada. Bruno la estrechó en sus brazos.

Addie levantó la cara para susurrarle al oído.

—No consigo recordar la última vez que un chico tiró piedras a mi ventana.

—Te echaba de menos —dijo él sencillamente—. No podía dormir.

Addie lo tomó de la mano, dio media vuelta y lo llevó adentro.

A punto de caer en el pozo del sueño, Bruno le confió su peor temor.

—Addie —dijo—, necesito que me convenzas para que no salte al vacío. Me temo que va a ganar McCain.

—No ganará —dijo Addie, arrastrando la voz por el sueño—. Ganará Obama. Tengo el presentimiento.

En la cabeza de Addie ya se formaba la frase siguiente, pero no la pronunció. Ganará Obama, pensaba, y tú volverás a casa.

En los brazos de Bruno y con aquel pensamiento en la cabeza, se durmió.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## 23

—No va a ganar —sostuvo Della con absoluta seguridad—. Ganará Obama.

Estaban sentados a la mesa de la cocina de Della, donde acababan de comer. Aquella madrugada habían retrasado los relojes y fuera ya empezaba a oscurecer, aunque solo eran las cuatro de la tarde.

—Me gustaría compartir tu confianza —dijo Bruno—. Tal vez sea que me da miedo hacerme ilusiones.

—Bueno, tú hazme caso —recomendó Della mientras recogía los platos de la mesa.

Llevaba un delantal de algodón a cuadros sobre un vestido negro ajustado. Tacones altos, el pelo recogido, estaba en ama de casa cuarentona. Della había insistido en preparar una pierna de cordero, patatas asadas y la guarnición.

—Tenemos que dar buena impresión —le había dicho a Simon—. Ya me entiendes, porque es estadounidense y todo eso.

Llevaba todo el día nerviosa por conocerlo, sin poder pensar en otra cosa. Le habría gustado saber si leía a Philip Roth, Annie Proulx, Anne Tyler. ¿Qué le parecía Joyce Carol Oates? Se moría de ganas de hablar con él sobre las elecciones.

—Obama tiene la historia de su parte —decía—. Por la que lo siento es por Hillary. Nunca va a tener su oportunidad.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó Bruno—. Podría tener otra oportunidad, si ganara McCain podría volver a intentarlo en 2012.

—No —dijo Della, con un punto de exasperación en la voz, como la maestra que trata de explicarle algo a un niño que no hay manera de que lo entienda—. McCain no va a ganar. Ganará Obama. Y Chelsea será la primera mujer presidenta, me juego contigo el dinero que quieras. Y la pobre Hillary habrá sido la esposa de un presidente y la madre de una presidenta. Pero ella no lo será jamás.

Bruno se volvió hacia Addie sonriendo.

—¿Cómo sabe todo eso?

—No lo sabe.

—Y aunque a menudo se equivoca, pocas veces duda —dijo Simon arrastrando las palabras.

—No les hagas caso —dijo Della, sacando un cigarrillo del paquete—. Yo soy lectora. Todo consiste en comprender la historia.

Eran diferentes de como los había imaginado Bruno, eran más vivaces. Tanto Della, con su lápiz de labios oscuro y sus cabellos teñidos de color miel, como Simon, con su camisa perfectamente planchada y sus gafas de montura dorada, eran personas claramente definidas.

Incluso la casa tenía personalidad. No te dejaba indiferente, desde la puerta negra lustrosa con vitrales hasta las baldosas de tablero de ajedrez del salón. El blanco brillante de la carpintería y el amarillo oscuro de las paredes. Mientras lo llevaban a la cocina, Bruno advirtió grabados enmarcados a lo largo del pasillo. Le habría gustado estudiarlos, pero Della iba delante y no tenía otra opción que no fuera seguirla.

—Cuidado con la cabeza —le advirtió.

Bruno se agachó justo a tiempo.

La cocina estaba en la parte posterior de la casa, un gran espacio abierto con puertas correderas que daban al jardín. Había sido Addie quien había diseñado aquel anexo. Bruno se quedó quieto un momento y miró a su alrededor, admirando el resultado de su trabajo. Qué maravilloso tiene que ser, pensó, ver cómo tus ideas se convierten en realidad.

Pinturas enmarcadas de las niñas cubrían una de las paredes de la sala, un gran mapa plastificado del mundo cubría otra. Había algunas tachuelas pequeñas de plástico clavadas en alguno de los países. Bruno se fijó en que había una sobre Nueva York y se preguntó si sería por él.

Debajo del mapa, una mesa larga de madera estaba puesta para cenar. Había servilletas de color rosa brillante enroscadas dentro de los vasos, y un cuenco lleno de rosas rojas y rosas en el centro de la mesa. Mantequeras con la superficie de la mantequilla alisada con un cuchillo.

Las niñas habían puestos cartelitos con los nombres y habían decorado el de Bruno con la bandera de Estados Unidos. El de Addie estaba adornado con corazones de amor. A todas les entró la risa floja mientras se lo enseñaban y se llevaban las manos a la boca para disimular la risa contenida.

—Sabandijas —dijo Addie—. Esperad a ser adolescentes, entonces llegará la hora de mi venganza.

Incluso *Lola* tenía un cartelito en su sitio. Habían decorado el suelo con huellas de patas y colocado un bol lleno de agua.

Addie se sintió orgullosa de ellas mientras hacía las presentaciones. Niñas educadas, que, a pesar de su alegría exultante, sabían comportarse.

—Es un placer conocerte, Bruno —había dicho Elsa con mucha formalidad, encogiendo los hombros por timidez.

—Es un placer conocerte, Elsa —había respondido Bruno con la misma formalidad.

En cuanto todas le hubieron dicho su nombre, Bruno quiso ver si se acordaba de ellos. Las niñas se arremolinaron a su alrededor con expectación.

—Vamos a ver —dijo señalando a la que tenía más cerca—. Tú eres Tess.

La niña se sonrojó y sacudió la cabeza.

—¡No! —dijo una de sus hermanas—. ¡Tess soy yo!

—Perdona, Tess. —Bruno se volvió nuevamente hacia la primera—. Eso significa que tú debes de ser Stella.

Stella asintió enérgicamente con la cabeza.

—Todos nuestros nombres están sacados de libros —dijo—. Mi nombre realmente es Estella, de *Grandes esperanzas*.

—Qué libro tan maravilloso para buscar un nombre —dijo Bruno.

Y Stella pareció tan satisfecha que volvió a sonrojarse.

—Mi nombre viene de *Nacida libre* —dijo Elsa—. De la leona *Elsa*.

Bruno inclinó levemente la cabeza en señal de reconocimiento respetuoso.

—Lisa es la única que no tiene el nombre de un personaje literario —dijo Stella emocionada—. Le pusieron el nombre por *Los Simpson*.

—Señal evidente del declive de la cultura —murmuró Simon.

Pero Bruno asintió reverente, con expresión muy seria. Solo sus ojos sonreían.

Lisa estaba de pie delante de él, llevaba un bañador encima de unas medias de lana, con sus piernecillas regordetas separadas. Llevaba también un gorro de natación de tela en la cabeza y unas gafas de piscina apretadas sobre la frente. Las gafas apretaban tanto que le deformaban las cejas. Estaba allí de pie mirando fijamente a Bruno, que se dio cuenta de que la niña esperaba que él dijera algo.

Bruno respiró profundamente.

—Lisa Simpson —dijo— es uno de los grandes personajes de la ficción moderna. Una figura verdaderamente heroica, deberías considerarte muy afortunada de tener este nombre.

Lisa se quedó mirándolo un segundo, luego se volvió y salió corriendo de la cocina.

—Dejamos que las niñas eligieran su nombre —dijo Della, apoyando un vaso de vino sobre la mesa delante de Bruno—. No sé en qué estaríamos pensando.

—Cuatro hijas en cinco años —dijo Simon, ajustándose las gafas sobre el tabique—. Es evidente que no estábamos pensando.

Della alzó la mirada hacia el cielo.

—No le hagas caso. Exagera.

Della había salido al jardín a fumarse un cigarrillo. A través de las puertas abiertas podía verlos a todos sentados alrededor de la mesa. Simon



estaba de espaldas a ella, inclinándose hacia atrás en su silla. Della suplicó a Dios que dejara de hacerlo. Addie y Bruno estaban sentados el uno al lado del otro. Él estaba inclinado hacia delante y hablaba con Simon. Con la mano acariciaba el muslo de su hermana.

Della no oía lo que decía, pero podía verle la expresión de sincero entusiasmo. Ya le caía bien, le caía muy bien. Se sentía tan aliviada.

Le dio una calada larga al cigarrillo, llevando el humo directamente a sus pulmones. Estaba un poco pasada de revoluciones, era consciente de ello. Había estado hablando demasiado. Estaba ansiosa porque todo saliera bien, ansiosa por caerle bien.

Se volvió y bajó la mirada hacia la parte posterior del jardín. Necesitaba aquel momento de soledad. Levantando la vista al cielo, exhaló el humo lentamente. Los árboles frente al muro de atrás eran sombras, estaba cayendo la noche. El jardín cobraba vida con la oscuridad.

—¿Te importa que te haga compañía?

Della miró hacia atrás y descubrió a Bruno de pie junto a la puerta abierta, enmarcado por la luz de la cocina.

—He pensado que podrías invitarme a un cigarrillo, si no es mucho pedir.

—Por supuesto —dijo ella, apresurándose a volver a la casa—. Tendría que haberte ofrecido uno. Qué descortés por mi parte, no se me había ocurrido que pudieras ser fumador. Disculpa, discriminación racial.

—Lo dejé hace años —explicó Bruno—. No he fumado desde hace más de diez años.

Della sacó dos cigarrillos del paquete. Estaba a punto de darle uno cuando se detuvo a medio camino.

—¿Estás seguro de que lo quieres?

De repente se sintió responsable de él.

—Absolutamente —contestó él—. Estoy de vacaciones. No cuenta.

A Della se le cruzó una idea. Espero que no sea esa tu actitud con Addie, pensó. Encendió el mechero. Bruno se inclinó hacia delante para que

le diera fuego y Della estudió su cara bajo el resplandor de la llama.

—Me siento como una traficante de crack —dijo observando cómo daba caladas al cigarrillo.

Había cerrado los ojos para saborearlo.

—No te preocupes. Acepto toda la responsabilidad.

Eso espero, pensó ella, eso espero.

Se estuvieron allí de pie un momento, fumando sin mediar palabra. Della empezaba a temer que se estuviera convirtiendo en un silencio incómodo cuando Bruno habló.

—Obama fuma, ¿lo sabías? —preguntó.

—¡Me estás tomando el pelo!

—Han logrado mantenerlo en secreto. No hay fotografías. Pero fuma, te lo aseguro, fuma Marlboro. Según cuentan le ha prometido a Michelle que lo dejará si gana.

—¡No me lo puedo creer! ¿Cómo han podido mantenerlo en secreto?

—Debe de fumar en el lavabo de hombres, sin cámaras. Temen que pueda hacerse público.

—Pues hacen bien en temerlo. Ya es bastante malo que sea negro. Si sale a la luz que es fumador, jamás saldrá elegido.

—Ya lo sé —dijo Bruno apesadumbrado. Sujetaba el cigarrillo a cierta distancia de sí mismo, estudiándolo mientras exhalaba—. Personalmente me parece una buena cualidad en un presidente, que sea fumador. Siempre hará una pausa para el cigarrillo antes de pulsar el botón.

—Además —añadió Della— espero que no te importe que lo diga, pero para mi gusto parecía un poco demasiado virtuoso. Lo prefiero mucho más ahora que sé que es fumador. Ahora sí que es perfecto.

Della sujetaba su cigarrillo a un lado, como si no tuviera nada que ver con ella.

Bruno le dio una última calada deliciosa al suyo. Luego se agachó y lo apagó entre dos tejas. Se levantó sujetando con cuidado la colilla aplastada entre sus dedos pulgar e índice.

Della lo observaba, sonriendo.

—Tírala entre los arbustos —dijo, mientras lanzaba su propia colilla hacia arriba con una floritura y a continuación daba media vuelta para volver a la casa.

—Estás adelgazando mucho —le dijo a Addie mientras preparaban el café—. Zorra —susurró—, debe de ser de tanto sexo.

Addie miró rápidamente por encima del hombro para comprobar si Bruno lo había oído, pero estaba enfrascado en una conversación con Simon.

—Bueno —admitió Addie, deslizando su mirada de nuevo hacia Della—. ¿Qué te parece?

Della miró un instante a Bruno como si lo viera por primera vez. Luego se volvió de nuevo hacia su hermana. La rodeó con el brazo, se arrimó a ella.

—Creo que es guapísimo, Addie, guapísimo de verdad.

Y lo decía en serio. Por primera vez en su vida, se sentía capaz de decir algo en serio.

Viéndolos juntos, no había ningún pero posible, eran perfectos el uno para el otro. Había algo de inocencia en ellos, su alegría de estar juntos, como novios de la infancia. La manera en que él la miraba, estaba enamorado de ella, a Della no le cabía ninguna duda. Y Addie estaba resplandeciente. Della nunca la había visto así. Parecía que se hubiera pasado todo el día al sol.

No había ningún motivo para preocuparse, eso era lo que tenía que repetirse Della constantemente. No hay ningún motivo por el que las cosas tengan que ir mal. Es el hecho de que Addie sea tan feliz lo que me pone nerviosa. No quiero volver a verla triste. Estoy siendo excesivamente protectora, me estoy preocupando demasiado. Pero por mucho que razonara el asunto, Della no podía evitar la sensación de náusea que sentía en la boca del estómago. Algo le decía que todo aquello iba a terminar mal.

La próxima vez que volvieran a salir a fumarse un pitillo, le diría algo.

Las niñas habían subido a ponerse los pijamas y Simon había descorchado otra botella de vino. Era domingo por la noche, no era habitual en él que se desmelenara de aquella manera. Pero estaba encantado con Bruno, habían hecho buenas migas gracias a Bruce Springsteen.

—Tú también... —había gruñido Addie.

—¿No sabías que era fan de Bruce? —preguntó Simon, sorprendido—. Slane Castle, 1985, estuve allí, me compré la camiseta.

Della había levantado la vista hacia el cielo.

—Es el único concierto al que ha asistido —dijo dibujando la forma de un cuadrado en el aire con los dos índices.

—Lo conocí en una boda —le explicó a Bruno mientras lo invitaba a un cigarrillo—. Le di media pastilla de éxtasis y terminamos follando en el cuartito de los productos de limpieza. Salí de allí con la impresión de que era un hombre algo alocado. —Se rio—. Es la única locura que ha hecho en su vida, además de casarse conmigo.

Della pudo distinguir en la penumbra que Bruno sonreía.

Estaban sentados a la mesa del patio, las puntas de sus cigarrillos relucían en la oscuridad del jardín. Las ventanas eran grandes recuadros amarillos de luz contra la casa negra.

—Bruno —dijo Della con repentina perentoriedad—, quiero que tengas cuidado con Addie.

Calló un momento para darle una calada al cigarrillo y volvió a largar el humo antes de continuar. Sabía que estaba fuera de lugar, pero insistió.

—Addie es frágil, ¿sabes? Ha sufrido mucho recientemente, supongo que ya te lo habrá contado, ¿no?

Bruno dudó antes de responder. Se sentía desleal hablando de esa forma a sus espaldas. Se volvió para mirar a través de las puertas de cristal hacia el interior de la casa. Vio a Addie sentada junto a la mesa de la cocina con una de las hijas de Della en el regazo. Le estaba rizando los cabellos con la mano. Las demás estaban sentadas de nuevo a la mesa, bañadas por la luz

amarilla, sus caritas resplandecientes. Una risotada salió por la puerta abierta.

Bruno tuvo la sensación de que Della y él estaban en el mar, balanceándose en una barca en la oscuridad, mirando las luces de la costa.

Se volvió para mirarla a la cara.

—Lo del bebé —dijo—. Me contó que...

Della lo interrumpió mientras todavía hablaba, estaba ansiosa por contárselo.

—La dejó muy tocada, ¿sabes? Todavía se la ve tambaleante.

—Y es normal que lo esté. Perder un bebé...

Pero Bruno no pudo terminar la frase. Tenía cincuenta años y lo único que se le ocurría era pensar en lo poco que sabía de la vida. Se sentía joven e imberbe, como un explorador que se encontrara casualmente en medio de una tribu de cuyas costumbres no sabe nada.

—Perder un bebé... —dijo.

Y la frase sin terminar se quedó allí colgada. Por un instante, Bruno pensó que lo podían dejar así.

Pero Della no era del tipo de persona que deja cosas sin decir.

Sin quitarle el ojo de encima, tiró la colilla de su cigarrillo entre los arbustos.

—Addie ya tiene casi cuarenta, ¿sabes? Le faltan dieciocho meses para cumplirlos.

Della se levantó de la silla con cierto aire de formalidad y se alisó la parte delantera del vestido con las manos y se puso derecha como si bostezara.

—No tener un hijo —continuó, y se quedó de pie por un instante junto a la mesa, la cabeza ligeramente inclinada a un lado mientras hablaba—, para una mujer de la edad de Addie, es algo mucho más grave que tener uno.

Y dicho esto dio media vuelta y se dirigió a la casa, dejando a Bruno sentado solo en la oscuridad del jardín.

Della estaba indudablemente borracha.

Bruno lo notó cuando empezó a fumar en el comedor. Encendió otro cigarrillo antes de haber terminado el que estaba fumando. El anterior seguía consumiéndose en el cenicero, pero no pareció darse cuenta. Sin decir nada, Simon lo cogió y lo apagó. Della alcanzó la botella de vino y empezó a llenar las copas de todos, aunque ya estaban medio llenas. Addie extendió rápidamente la mano para tapar la suya, pero Della ya le estaba sirviendo. Unas cuantas gotas resbalaron por la mano de Addie y ella las lamió.

Luego bajó la mano sobre la pierna de Bruno, que inmediatamente la cubrió con la suya.

—Así ¿qué, Bruno? —preguntó Della con un tono de voz alarmante—. ¿Cuánto tiempo más vas a estar aquí?

Addie trató de mostrarse impasible mientras esperaba la respuesta de Bruno. Podría haber matado a Della por aquella pregunta, pero Bruno era la quintaesencia de las buenas maneras.

—Tengo billete de vuelta para el cinco de noviembre —contestó—. El día después de las elecciones.

Addie no pudo dejar de pensar en la manera en que había formulado la frase. A su pesar, se aferró a ese resquicio de esperanza.

—Si gana Obama —siguió él—, será un regreso triunfal.

—¿Y si no gana? —preguntó Simon.

Addie esperaba la respuesta cuando Della se entrometió.

—¡Quieres parar! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?, Obama va a ganar. Obama va a ganar.

Addie la habría estrangulado.

Aunque, por supuesto, Della tenía razón. Había algo de inevitable en todo aquello, una sensación de historia en movimiento. Addie se sintió impotente, como si estuviera sentada sobre una roca esperando a que llegara la marea. Y cuando esa marea volviera a marcharse, se llevaría a Bruno con ella. Dejándola donde había empezado. Ya se veía a sí misma, sola en la playa con su perrita. Y no soportaba la idea.

Levantó la cabeza de golpe para ver quién estaba hablando. Bruno le estaba explicando a Simon algo relativo a su trabajo.

—Lo que yo hago es bastante específico —estaba diciendo—. Soy algo así como un tipo que trata de vender sacos de arena después de la inundación. No estoy seguro de que siga habiendo mucho mercado para lo que yo hago.

—Eso es lo mejor que tiene ser médico —comentó Simon—. La gente nunca dejará de enfermarse.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## 24

Todo el mundo se enamoró aquel otoño.

El aire era frío y vigorizante, el cielo, azul. Los árboles de colores entre el marrón y el dorado. Un clima americano, como si el glorioso otoño de la Costa Este estuviera cruzando el Atlántico con todo el resto.

Della tenía un repertorio para el caso, por supuesto. Tenía toda una colección.

—Pobre Sarkozy —dijo—. Pobre Angela Merkel. En comparación, ahora todos parecen tener tan poco estilo. Es como si hubiéramos ido al cine a media tarde y nos hubiéramos pasado dos horas babeando por George Clooney y luego volviéramos a casa para encontrarnos a nuestros maridos sentados en el sofá con su barriga cervecera.

Era como si el mundo entero hubiera encontrado a un nuevo amante. De repente, la petulante vieja Europa parecía muy desaliñada. Y Estados Unidos, durante tanto tiempo blanco de las bromas del mundo, parecía nuevo y resplandeciente.

Pero, por una vez en su vida, Addie había apostado por el caballo ganador.

Bruno jamás había querido algo con tanta fuerza, nunca en su vida le había parecido que aquel algo haría que todo fuera bien. Esa sensación de noche de Navidad, el corazón latiendo de esperanza. Y al mismo tiempo, el terror de la desilusión.

Aquella Navidad, cuando él debía de tener nueve o diez años. Le había pedido a Papá Noel un arco y unas flechas. Era lo que más quería, poseer un



arco y unas flechas. Y llegó la mañana de Navidad y Bruno encontró un paquete largo y delgado bajo el árbol. Su nombre cuidadosamente escrito en la etiqueta. Pero dentro del envoltorio no encontró un arco y unas flechas sino un palo de hockey. Había una carta escrita a mano que explicaba por qué no había sido posible llevarle el arco y las flechas, y por qué era mejor un palo de hockey. La carta iba firmada por Papá Noel.

Ya entonces Bruno se había dado cuenta de que había algo familiar en la caligrafía. El papel de la nota era exactamente del mismo tipo que el que guardaba su madre en un cajón de la cocina.

Bruno todavía recuerda aquella sensación. Un horrible sentimiento de adulto, comprender que la desilusión es una parte inevitable de la vida. Y la lección que aprendió de todo aquello fue que la magia no existía.

Cuarenta años más tarde y ahí estaba Bruno, de nuevo a la defensiva ante aquella sensación.

—¿Qué tal si salimos de excursión? —sugirió Addie—. Sería una buena manera de pasar el día.

Y Bruno no dejó de insistir, cualquier cosa para llenar el tiempo.

—¿Qué te parece Glendalough? —preguntó—. He estado leyendo sobre Glendalough en las guías.

—Pues a Glendalough.

Metieron a la perra en el coche. Mientras Addie conducía, Bruno leía en voz alta fragmentos de la guía de Lonely Planet.

—... la personificación de la Irlanda más escabrosa y romántica —leyó—. Un lugar especialmente tranquilo y espiritual.

—No creo haber estado nunca allí —dijo Addie.

No recordaba haber estado. Aunque cuando llegaron le pareció un poco familiar. La torre redonda y el cementerio elevado, tenía un vago recuerdo de estar corriendo entre las lápidas, ¿en una excursión escolar, tal vez?

La familiaridad aumentó cuando atravesaron el pueblo. El estrecho hotel incrustado en una esquina, el letrero metálico que indicaba los salones de té, el letrero que se columpiaba con la brisa. El enorme aparcamiento, hoy casi vacío. Unos pocos vendedores ambulantes vendiendo camisetas de duendes y llaveros con ovejas.

Addie sintió una creciente sensación de incomodidad mientras recorrían con el coche el estrecho callejón bordeado de árboles que llevaba a los lagos. Tuvo el repentino deseo de volver atrás, le preocupaba que aquella no hubiera sido una buena elección, temía que la cosa no fuera bien. Precisamente aquel día tenía que ir bien. Si no iba bien, sería un mal presagio.

Mientras doblaba de mala gana hacia el aparcamiento, toda su energía estaba concentrada en combatir aquella sensación de desastre inminente. Como una adolescente que presenta a su nuevo novio a sus lamentables padres, la embargaba una vergüenza horrible, de deslealtad.

Se paró a coger el tique en la barrera, protestando en silencio por tener que pagar por aparcar allí, en su propio país. La sensación de indignación se exacerbaba por la presencia de una camioneta que vendía patatas fritas en medio del aparcamiento, con un toldo a rayas abierto y unos cuantos bancos de madera hechos polvo colocados sobre el asfalto delante de él. En cuanto Addie salió del coche, la asaltó el olor del aceite de cocina rancio.

—Parece que tenemos todo el lugar para nosotros solos —dijo Bruno con alegría mientras colocaba su mochila sobre el capó del coche y sacaba un jersey.

Addie se quedó inmóvil y lo observó horrorizada.

—Dime que no es un jersey de Aran.

No estaba claro si hablaba sola o con él.

De todos modos, Bruno no podía oírla. Ya tenía el jersey a medio poner, había pasado ambos brazos y al instante emergió su cabeza por arriba.

—Bonito jersey —dijo ella con sarcasmo.

Pero Bruno no se percató de la ironía.

—¿Te gusta? —preguntó, mirándose el pecho.

Y estaba tan guapo con el jersey, con la cara descubierta y la barba y los ojos brillantes, se lo veía tan contento y sin ningún pudor, que Addie no tuvo valor para contradecirlo.

—Sí —contestó, sonriendo—. Sí que me gusta.

Addie dio la vuelta hacia la parte posterior del coche para dejar salir a *Lola*.

En cuanto abrió la puerta trasera de par en par, *Lola* cayó al suelo. Luego dio una vuelta como una brújula tratando de orientarse. Y al momento salió disparada en línea recta hacia un hueco entre los árboles. Debía de haber olido el lago.

Addie cerró el coche y luego Bruno y ella salieron tras la perra, chocando el uno con el otro mientras subían por el estrecho sendero.

Siguieron el sendero que bordeaba el lago, caminando por la sombra bajo los árboles. Iban pisando piñas y agujas de pino. Una ligera brisa agitaba las olas de agua negra como el carbón.

Caminaban cogidos de la mano. Aquel día había tanto entre ellos, aunque no hablaran de ello. Addie no podía pensar en nada más que en el billete de vuelta, estaba todo el rato tratando de quitárselo de la cabeza. Habría preferido morir antes que mencionarlo. Y Bruno también estaba preocupado, una decisión merodeaba su cabeza, una decisión que todavía tenía que tomar.

*Lola* corría en zigzag por el sendero delante de ellos, con la nariz en el suelo como una aspiradora.

De repente Bruno dejó de andar. Se quedó quieto y la miró.

—¿Te has dado cuenta de que cojea?

—No.

Addie respondió como si se sintiera cuestionada, como a la defensiva. ¿Que si me he dado cuenta de que cojea? Quizá lleve tiempo cojeando y no me he dado cuenta.

Bruno llamó a *Lola*, se agachó y la rodeó con sus brazos. Luego la hizo echarse de lado, le cogió la patita delantera y se inclinó para examinarla.

Addie estaba de pie detrás de ellos, observándolos desde la altura, tratando de ver qué pasaba. Pero la espalda y los hombros de Bruno le impedían ver nada.

Bruno abrazaba el cuerpecito de la perra con un brazo. Con la mano libre le sujetaba la pata. *Lola* volvió la cabeza hacia un lado, los ojos

abiertos de par en par de desesperación. Bruno estaba inclinado sobre ella, parecía que estuviera lamiéndola. Addie no se lo podía creer.

Luego Bruno soltó a la perra, quitando las manos de repente como si dejara caer algo que con toda seguridad se rompería cuando tocara el suelo.

*Lola* dio un salto. Se irguió y se quedó inmóvil un instante para hacerse cargo de la situación. Se tambaleó un poco sobre las cuatro patas y luego salió corriendo, subiendo a un terraplén y provocando una pequeña avalancha de arcilla polvorienta detrás de ella. Bruno se incorporó y mientras lo hacía se quitó algo de entre los dientes, y lo sujetó haciendo pinza con los dedos para que lo viera Addie.

—¡Joder! ¿En serio que tenía eso en la pata?

Addie alargó la mano para cogerlo y se lo puso en la palma de su mano para poder estudiarlo. Era una grapa gigantesca de color cobre, una de esas que se utilizan para asegurar los paquetes de cartón. Estaba teñida con la sangre de *Lola*.

Addie sintió náuseas con solo mirarla.

—¡Oh!, Bruno, pobrecilla, ¿cuánto tiempo hará que la lleva clavada?

Y Bruno la rodeó con su brazo y le dijo que no se preocupara. La perra estaba bien, bastaba mirarla, estaba absolutamente bien.

Pero Addie no podía dejar de preocuparse. Lo sentía por la perra, lo sentía mucho, se le hacía insoportable pensar en lo que había sufrido. También estaba preocupada, disgustada consigo misma por no haberse dado cuenta de nada. Soy tan rematadamente egocéntrica, pensaba. Gracias a Dios que Bruno lo ha visto. Y no podía dejar de pensar, es mejor persona que yo.

Si existen los momentos de revelación, tal vez fuera eso.

Había dado con un buen hombre. Un hombre capaz de extraerle una grapa de la pata a una perrita utilizando solo los dientes. Lo cogió de la mano y apoyó la cabeza en su hombro mientras caminaban. Trató de quitarse de la cabeza cualquier cosa que no fuera aquel momento.

Salieron de entre los árboles a una luz fuerte.

A ambos lados dominaban las montañas, Addie y Bruno eran solo dos criaturas diminutas en el fondo de un valle escarpado, y la perrita era todavía más diminuta. Se quedaron quietos un instante, volviendo la cabeza a uno y otro lado para hacerse idea de cuál era su lugar en la gran escala de las cosas.

Bruno examinó el sendero de piedra que ascendía serpenteando por el valle. Junto al camino, un arroyo de aguas plateadas bajaba por la ladera.

—¿Subimos?

Addie alzó la cabeza, siguiendo el camino montaña arriba. Desde donde estaban la ascensión parecía desalentadora. Divisó un banco un poco más arriba que le resultó mucho más tentador.

—Vamos a sentarnos antes un rato —sugirió—. La espalda me está dando algunos problemas, no sé si podré llegar muy lejos.

Bruno se volvió para mirarla a la cara.

—¿Otra vez? —preguntó con gran preocupación—. No sabía que te seguía pasando. Tendrías que ir a que te vieran.

—Ya lo sé —dijo ella.

El color estaba desapareciendo de su cara y notaba un sudor frío. Pero se sintió ofendida por su preocupación. Aquello no tenía nada que ver con él. Más tarde, pensaba. Ya me preocuparé de eso cuando tú te hayas ido.

Se sentaron en el banco. A su alrededor, las montañas formaban una inmensa hondonada profunda. Era una sensación extraña, estar sentados allí al fondo, te sentías rodeado. Era como estar sentado en el foso de la orquesta de un teatro enorme. Aquella sensación de que te observan. Aunque allí no había nadie más.

Addie se volvió y se tumbó a lo largo en el banco, con la cabeza apoyada en el regazo de Bruno.

Este podría ser nuestro último día juntos, pensaba. Tendría que estar haciendo algo para que me recordara. Si fuera Della lo llevaría al bosque y extendería mi abrigo sobre el musgo. Si fuera Della lo habría calculado de

antemano y me habría puesto una falda y me habría quitado las bragas antes de salir de casa.

Solo de pensarlo, Addie ya se imaginaba las piedras puntiagudas debajo de su espalda. Pensaba en la torpeza poco elegante con los botones, en la indignidad del culo desnudo de Bruno con los pantalones bajados hasta los tobillos. Oía voces que se acercaban, imaginaba a extraños presentándose a media faena. Ella nunca sería capaz de hacerlo, era demasiado tímida. Estaba demasiado cansada.

Cerró los ojos y saboreó la dura madera del banco contra sus riñones, la suave presión de la mano de Bruno, que le acariciaba el pelo. Addie volvió a abrir los ojos y observó las nubes que pasaban incesantemente. La belleza del lugar era impactante.

—Ahora estarán abriendo las urnas en la Costa Este —soltó Bruno cortando el aire con su voz como un cuchillo.

Él ya había enviado su propia papeleta electoral. Pensándolo bien, lo veía como un pequeño voto en un vasto océano de votos, lo había enviado desde la oficina de correos de Ballsbridge. Había convencido a la mujer del mostrador para que certificara el sobre. No podía hacer más.

—Me siento como si estuviera en el corredor de la muerte —prosiguió—. Me siento como si esperase un perdón de última hora.

Era una conversación como un sueño, podías decir cualquier cosa que quisieras, sin importar si tenía sentido.

—¿Cuál sería tu comida antes de la ejecución?

Bruno ni siquiera se paró a pensarlo.

—Huevos rancheros y un café cargado. Y un cigarrillo.

—¿Dónde?

—Creía que estaba en el corredor de la muerte.

—No, se te permite elegir dónde.

—¡Ah! En las cabañas de Zamas, en Tulum, México, con vistas al mar. Después de un baño.

Por una vez, Addie dijo lo que pensaba, tal cual, sin más.

—Quiero estar allí contigo.

Había nostalgia en la forma de decirlo, como si supiera que aquello no ocurriría jamás.

Y le gustó que él no respondiera. Esa era una de las cosas que más le gustaban de él, que nunca decía nada a menos que lo pensara de verdad. Nunca decía nada a menos que supiera que era verdad.

—Tú no me has dicho cuál sería la tuya —dijo él.

—¡Ah!, es muy fácil. Una pinta de Guinness y una bolsa de patatas fritas. En el bar de Sweeney, en Claddaghduff. Después de un baño. Ya lo ves —añadió mientras él se inclinaba para besarla—, salir conmigo es barato.

Se quedaron despiertos hasta tarde para ver los resultados de las elecciones. Prepararon una cafetera grande y se acomodaron en los extremos opuestos del sofá, los pies peleándose entre ellos en el medio. Tenían un edredón para taparse, la perra acurrucada en el suelo debajo de ellos.

Addie se esforzaba por mantenerse despierta. A pesar de los dos cafés sus párpados parecían muy pesados, sentía que se le cerraban de golpe. No dejaba de levantar las cejas hacia el flequillo para forzarlos a volver a abrirse.

Estaba muy cómoda, y eso era parte del problema. Descalza, los dedos de sus pies cubiertos por unos calcetines finitos bajo los ásperos vaqueros de Bruno, y tenía un cojín doblado debajo de la cara para suavizar la pendiente del brazo del sofá. No había nada que hacer, Addie sentía que caía. No conseguía evitarlo.

Bruno iba zapeando por los canales, frenético por no perderse nada. Y desesperado porque Addie no se perdiera nada, cada vez que se quedaba dormida le daba una patadita para despertarla de nuevo.

—No estoy segura de que sea totalmente necesario que yo sepa qué ha votado Maine —dijo con la voz apagada de sueño.

Pero Bruno quería que no se perdiera ni un segundo. Ya empezaba a estar claro cuál sería el resultado.

La despertó para hablarle de Pensilvania, pero ella se volvió a quedar dormida al momento. Volvió a despertarla para darle las noticias de Ohio. Addie abrió un ojo, se fijó en el gráfico de la pantalla, que mostraba secciones rojas y azules a lo largo y ancho del mapa de Estados Unidos. Rojo para los republicanos, azul para los demócratas. Le pareció que había más rojo que azul. Luego volvió a dormirse.

Cuando llegó el turno de Iowa, abrió un ojo. Bruno estaba sentado al borde del sofá. Como un tipo que mirase un partido de fútbol, tenía el mando a distancia en las manos y se inclinaba hacia delante sobre las rodillas como si pudiera influir en lo que estaba pasando.

Addie se sentía destemplada, como si hubiera estado tomando drogas, se hubiera pasado el efecto y empezara a llegar la resaca. Se incorporó y se quedó sentada. Bruno la observó como si nunca antes la hubiera visto. Luego volvió a mirar al televisor.

Dakota del Sur, Nebraska, ambas habían votado por McCain. Aparecieron más recuadros rojos grandes en el mapa, formando una franja en el sur del país. Los estados azules parecían pequeños y sin orden ni concierto, todos amontonados. A Addie le pareció que los rojos iban a ganar, pero en la tele todo el mundo decía lo contrario. Hay una tendencia innegable en el campo de McCain, iban diciendo. Solo es cuestión de tiempo.

El teléfono de Bruno empezó a comportarse como una cazuela de palomitas, vibraba con la entrada de decenas de mensajes. Hasta aquel momento a Addie no se le había ocurrido que tuviera amigos. Sabía que tenía hermanas, y si hubiera pensado un poco en el asunto se habría dado cuenta de que tenía que haber más gente en su vida además de su familia. No se había parado a pensarlo, pero allí estaban todos de repente. Con cada pitido, con cada vibración de su móvil sobre la mesita del café, se sentía su presencia. Querían compartir aquel momento con Bruno, era una de las personas con quienes querían compartirlo. Addie se sintió como si ya lo hubiera perdido.

A las cuatro de la madrugada, todas las emisoras otorgaban la victoria a Obama.



Inmediatamente la pantalla pasó a Chicago, donde se veía a la multitud enloquecida. Todo el mundo lloraba y se abrazaba y hacían ondear unas banderitas estadounidenses contra el cielo nocturno, era un espectáculo hermoso.

Bruno seguía sentado en el sofá con los ojos clavados en la pantalla, totalmente ajeno a todo el resto. Se limitaba a estar allí sentado y a mirar mientras las lágrimas le resbalaban por la cara.

Addie rodeó su cintura con el brazo, se abrazó a él y apretó la cara contra su hombro. Uno no podía evitar contagiarse por la emoción de todo aquello, había que tener el corazón de piedra para no regocijarse. Ella también tenía los ojos empañados de lágrimas y un nudo en la garganta. Pero estaba confusa, no sabía si estar contenta o triste.

Se sentía como un verdugo al oír que se ha abolido la pena de muerte. Sabía que era algo bueno, pero no estaba tan segura de que lo fuera para ella.

Eran las seis de la mañana cuando finalmente se durmieron.

Después de las celebraciones. Después de haber visto a los Obama salir al escenario ante el clamor de la multitud, sus cuatro sombras largas y oscuras detrás de ellos. Después de oír los discursos y a continuación un montón de repeticiones de los momentos destacados. Después de que Bruno hubiera llamado a toda la gente a la que conocía, después de que toda la gente que conocía lo hubiera llamado a él. Entonces se fueron a la cama.

Agotados y alborozados, hicieron el amor lenta y apasionadamente. Ninguno de los dos dijo nada. Addie no dejaba de preguntarse si aquello era la despedida. Y seguía preguntándose cuando se durmió.

Se despertó antes que él. Trató de averiguar qué hora era por la luz que entraba al dormitorio, por los sonidos del exterior. Calculó que debía de ser media mañana.

Sabía que tenía que despertarlo. No dejaba de pensar en ello. Consideró las palabras con las que lo haría.

Despierta, gandul, le diría con su voz más alegre. Pero aunque sonara inocuo, había en su tono un matiz defensivo. ¿No sería hora de que te fueras levantando?, diría, tienes un avión que te espera. Todavía estaba allí tumbada ensayándolo cuando sonó una alarma en la habitación.

El ruido la sorprendió. Era un sonido que no reconocía, desconocido, nunca antes lo había oído. Pensó que debía de ser la alarma de su teléfono móvil. Pero no tenía ni idea de dónde venía, no lo veía por ninguna parte. No había nada en la mesita de noche, solo un vaso de agua que había dejado ella al acostarse.

El ruido parecía ir en aumento. Bruno estaba acostado de espaldas a ella, acurrucado hacia la pared. No hacía ademán de haber oído la alarma. Pero entonces movió los hombros y echó la cabeza atrás bruscamente.

—Mierda —dijo—, ¿ya es la hora? —Y se levantó de la cama, incorporándose de un salto y por encima de ella, como un soldado que sale disparado de una trinchera.

Addie se volvió de lado y siguió acostada, observándolo. Era consciente de que pasaban los segundos y de que no podía hacer nada por evitarlo.

Bruno estaba inclinado sobre la silla donde había dejado la ropa, titubeante, buscando en los bolsillos de sus tejanos. Finalmente encontró el móvil, lo sacó y empezó a aporrear las teclas. Finalmente, dejó de sonar.

Levantó la mirada hacia Addie y vio que estaba despierta. Ella le sonrió, la sonrisa más valiente que pudo esbozar. Trató de asegurarse de que sus ojos sonrieran al mismo tiempo que su boca. Él la miró un rato largo. Luego, sin decir una sola palabra, volvió a los pies de la cama. Se encaramó en la cama, se echó las mantas encima y se acostó en el espacio que acababa de abandonar. De lado, junto a la espalda de Addie y la estrechó con sus brazos.

A los pocos segundos volvían a estar dormidos los dos.

## 25

A Hugh le quitaron las escayolas hacia mediados de noviembre.

Sus manos emergieron rosadas y fofas, como lonchas de asado grandes y feas. La piel estaba seca y escamosa, el pelo espeso y apelmazado. Al mirarse horrorizado, Hugh se acordó de un pez fantasmagórico que habita el fondo del mar, una bestia horrible de ojos rosados y escamas pegajosas. Apartó las manos de su vista y las escondió bajo los muslos. No podía soportar tenerlas a la vista.

Hugh siempre había estado orgulloso de sus manos.

—Manos de médico —solía decir Helen con reverencia, y se inclinaba para besarlas, primero una y luego la otra.

En aquellos tiempos todas las chicas se volvían locas por un médico. Ser estudiante de Medicina te daba una gran ventaja, nunca andabas escaso de citas. Y no eran solo las enfermeras, todas las chicas se volvían locas por un estudiante de Medicina.

Por supuesto que los ingenieros hacían lo posible por tener su parte. En los bailes solían ponerse formol detrás de las orejas. Para cuando los descubrían y expulsaban, probablemente ya hubieran hecho algún progreso, tal vez ya hubieran echado el anzuelo.

Hugh soltó una risilla al recordarlo.

—Eres médico —había dicho el padre de Helen, señalando una butaca junto a la chimenea de su estudio.

Un delicioso olor a rosbif impregnaba la casa, el olor aterciopelado de los jugos de las cazuelas. Se podían oler los diferentes ingredientes, la

superficie dorada de la carne y la sangre roja goteando sobre la aceitosa salsa caliente. A Hugh le rugía el estómago y tuvo que cambiar de postura haciendo ruido en la silla para disimularlo, temiendo que el padre de Helen pudiera oírlo.

Hasta el día de hoy, recuerda cada detalle de aquel primer encuentro.

En el coche, de camino hacia New Ross, habían pasado por lugares que Hugh jamás había visto. Pueblos bonitos con puentes con forma de arco, casas de ladrillo rojo con jardines muy cuidados. A Hugh no le parecieron irlandeses algunos de aquellos lugares, tenían cierto aire de Inglaterra. Tampoco es que hubiera estado nunca en Inglaterra, pero era así como imaginaba que debía de ser.

Ahora recuerda lo joven y pobre que se sentía al lado de Helen. Aunque también sentía que se lo merecía, sentía avidez.

Ella tenía coche propio, cosa muy poco habitual. Algunos de los muchachos tenían permiso para utilizar el coche de sus padres, pero que una chica tuviera su propio coche era insólito. Hija única de un abogado de pueblo, adorada por sus padres. Había estado en París y Viena. Hablaba un poco de italiano.

Sus padres rondaban los cuarenta cuando ella nació, ya hacía tiempo que habían abandonado la esperanza de tener un hijo. Su madre ni siquiera se enteró de que estaba embarazada hasta que ya estaba de seis meses. Cuando finalmente acudió a un médico, fue porque pensaba que se estaba muriendo. Un tumor, eso era lo que pensaba, que le había hinchado toda la barriga. Pero el médico empezó a sonreír mientras la examinaba y ella casi se cayó de culo cuando se lo dijo. Corrió calle arriba hasta la oficina de Eddie y él se cogió el resto del día libre. Era la primera vez en su vida que se iba del trabajo antes de hora, la invitó a una comilona en el hotel de Wexford.

Hugh había oído a Helen contar aquella historia tantísimas veces... Su cara resplandeciente por el conocimiento de un final feliz. La certeza cándida que tenía, la seguridad de una hija adorada. Había llevado tanta alegría a sus vidas, lo sabía y lo aceptaba sin discusión. Mientras vivieron con solo mirarla eran felices.

Gente amable. Gentiles y dulces, recibieron a Hugh en su casa con los brazos abiertos como si fuera uno más de la familia. El hijo que jamás habían tenido. La madre de Helen lo acogió como a un hijo y lo mimaba. Su padre le hablaba de hombre a hombre.

Era sorprendente lo claro del recuerdo. Con tantas cosas que había olvidado. Todavía recuerda su incomodidad ante tanta hospitalidad y cortesía. El lujo de la casa en comparación con su alojamiento de estudiante. El intenso olor a cera de mueble en el pasillo oscuro, el sabor peculiar del whisky caro. El refinado vaso de cristal tallado que sostenía en la mano. El silencio al dejar el vaso sobre la mesa lateral recubierta de cuero.

Fue allí y en aquel momento cuando lo decidió, sentado ante el fuego que crepitaba y con el padre de Helen sentado frente a él. Con el whisky ardiéndole en la garganta había tomado una decisión: es lo que quiero para mí.

Jamás regresaría a la fría y húmeda granja de Navan. Jamás volvería a respirar aquel aire viciado. Las interminables tazas de té y las preguntas insidiosas que le hacían, las respuestas mordaces que salían de sus bocas. Estaba harto de todo eso, no quería volver a saber nada más de aquello.

Esa era la vida que deseaba. La serena constatación de que era así como tenían que ser las cosas.

El recuerdo se desvaneció de repente y Hugh miró alrededor de la habitación.

Era como si estuviera en el cine. Se había acabado la película y habían vuelto a encender las luces. Se encontró allí sentado inspeccionado el entorno. Parpadeando para alejar los recuerdos y volver lentamente al presente.

Una buena habitación.

Eso fue lo que pensó cuando miró a su alrededor, tenía todo lo que se había propuesto adquirir. Los muebles de caoba y los espejos dorados de anticuario, las alfombras orientales raídas. La cama desentonaba, había

llegado el momento de quitar la cama de allí. Ya iba siendo hora de que las cosas volvieran a la normalidad. Su mirada vagó hasta el rincón opuesto de la habitación. El aparador y la bandeja de plata sobre él, con un decantador de whisky y un puñado de vasos de cristal.

He conseguido lo que quería, pensó. He conseguido todo lo que quería. Y ahora soy yo el viejo chocho sentado en mi estudio bebiendo whisky en un vaso de cristal tallado.

Y sin embargo...

Empezaban a embargarlo unas sombras, una presencia nebulosa que merodeaba por los límites de su consciencia. Algo que le impedía sentir satisfacción alguna por sus logros. Una presencia inquietante, como un espíritu maligno. Tenía la sensación de que le quería decir algo.

Estaba preparado para lidiar con él. Estaba sentado con la cabeza hacia un lado, los ojos llorosos de preguntas, cuando lo distrajo un ruido del exterior.

Era Addie, que volvía de la playa; el ruido que había oído era el sonido metálico de la puerta al cerrarse. Subía los escalones de dos en dos. El viento abría su abrigo oscuro, sus piernas trepaban los escalones con largas zancadas. La perrita los escalaba torpemente detrás de ella, subir peldaños no era lo mismo con cuatro patas.

Al verlas, Hugh sintió que se le ensanchaba el corazón. Percibió un súbito cambio de humor. En un instante, todas las sombras se habían disipado. Addie siempre tenía ese efecto sobre él, cada vez que le ponía la vista encima sus problemas se desvanecían.

Oyó la llave en el cerrojo, luego hubo un chirrido mientras se abría la puerta. El sonido de las garras de la perra sobre el suelo embaldosado del vestíbulo.

Hugh se incorporó en la butaca y se volvió hacia la puerta. Con los hombros atrás, adoptó una expresión de cordialidad, una máscara de humor defensivo. Sin tan siquiera darse cuenta de lo que hacía, estaba corriendo un tupido velo sobre su amor.

—¡Te han quitado las escayolas!

Él estaba sentado a su escritorio junto a la ventana, cerrando y abriendo los puños. Con los dedos separados parecía estar contando algo de diez en diez.

—Pues sí, me las han quitado esta mañana. ¿No te lo había dicho?

Addie negó con la cabeza. Pero se preguntaba si tal vez sí se lo hubiera dicho. Quizá no lo hubiera escuchado, o lo hubiera oído pero se hubiera olvidado.

Ahora Hugh hacía girar las manos sobre las muñecas, dibujando círculos en el aire. Mientras lo hacía no dejaba de mirar de un lado a otro para observar lo que hacían las manos. Como si estuviera viendo un partido de tenis. Como si los giros de sus manos no tuvieran nada que ver con él.

—Estos ejercicios que me han ordenado me resultan sorprendentemente difíciles de hacer. Como ponerse a la pata coja y tocarse la nariz con un dedo.

Una y otra vez tenía que volver a empezar el ejercicio, sus manos sin acompasar una con la otra. Una iba más rápido que la otra, o tal vez se diera cuenta de que una había empezado en la dirección contraria. Estaba decidido a coordinarlas. Un buen ejercicio para el cerebro.

—Déjame ver —dijo Addie, dejándose caer en la silla junto al escritorio. Extendió las manos con las palmas hacia arriba para recibir las de su padre.

De mala gana, Hugh puso sus manos sobre las de su hija.

Addie las examinó un instante, se las acarició con los pulgares. Luego se agachó y las besó.

—Pobres manos —dijo, con la voz llena de ternura.

Hugh tuvo que resistir el impulso de quitarlas.

—¿Y qué? —preguntó Addie, sujetándolas todavía—. ¿Cuándo podrás volver al trabajo?

Addie tenía la vista levantada hacia él, con expresión franca y resplandeciente. Hugh se fijó, por enésima vez, en lo hermosos que eran sus ojos. Los blancos perfectamente blancos, los iris de un gris oscuro, como el

mar un día de tormenta. Le encantaban aquellos ojos, aunque ni en sueños se lo diría.

Suavemente, retiró las manos y se las puso sobre los muslos. Las frotó un poco arriba y abajo por los pantalones, saboreando aquella sensación de recuperación.

—Pues creo que todavía va a pasar algún tiempo —contestó como si nada—. Ahora tengo que empezar con el fisio.

Hugh empezó a mover papeles de un lado a otro en su escritorio, fingiendo buscar algo.

—¿Cuánto tiempo calculas?

—¿Para el fisio? —preguntó sin mirarla.

—No. Para que vuelvas al trabajo.

Hugh adoptó un tono de voz distante.

—¡Ah!, supongo que será solo cuestión de semanas. La decisión depende exclusivamente de mí.

Y empezó a tararear una canción para sí mismo, cualquier cosa para llenar el silencio. Como un niño pequeño cuando mentía.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)



## 26

—Lo han suspendido —anunció Della—. Pendiente de vista en el Consejo Médico.

—No. —Fue lo único que dijo Addie—. No, por favor.

—Pues sí —continuó Della—. Parece ser que en el hospital no se habla de otra cosa. Se ha organizado un buen alboroto, según cuenta Simon Sheridan.

—Ay, no, Della, no me digas eso.

A Addie se le llenaron los ojos de lágrimas y mantenía una mano sobre la boca.

Pero Della siguió hablando. Las cosas que decía eran terribles, Addie no daba crédito.

—Había una disputa en el quirófano. Hugh quería que uno de los médicos residentes se encargase del procedimiento. Pero el tipo no hablaba muy bien inglés, dice que no entendió lo que le estaba diciendo Hugh.

—¡Dios santo! —dijo Addie.

Sentía la voz de Hugh. Quien no nada se ahoga, decía. Así es como se hacía en nuestros tiempos. ¿Cómo van a aprender si no se ensucian las manos? Esperan que les pongan la cuchara en la boca, estos jovenzuelos. Pues yo no dirijo una guardería.

—Lo podrían echar, ¿sabes? Podrían incluso inhabilitarlo para el ejercicio de la profesión.

Addie se limitaba a asentir con la cabeza. Estaba sentada muy erguida, con la cabeza alta, pero lloraba a lágrima viva. Le dolía el estómago. Se sentía como si estuviera de pie sobre una alfombra y alguien la arrancara de

pronto de un tirón. Se sentía como si estuviera cayendo de espaldas y pensaba, ¡yo era feliz! Por un instante, empezaba a pensar que podía ser feliz.

—¡Oh!, Della —se lamentó—. No me puedo creer que nos esté pasando esto.

Della se acercó y su hermana la abrazó, apoyó la cabeza en la curva de su cuello, mientras ella rozaba sus cabellos castaños rojizos con los labios.

—Ya lo sé, cielo —dijo—. Ya lo sé.

Pero mientras lo decía se sentía una farsante. Sus ojos estaban secos, su voz firme. Se sentía insensible a todo aquello.

Mientras acariciaba los cabellos de Addie, observó que ya se le veía el color de las raíces. Todo un centímetro de castaño oscuro antes de que se impusiera el color miel del tinte. Un único e hirsuto pelo blanco sobresalía de su cabellera, y Della sintió el deseo de arrancarlo.

Addie ahora sollozaba, balanceando los hombros.

—Ya lo sé —dijo Della, apoyando la mejilla en la cabeza de Addie—. Ya lo sé.

Sentía la profunda pena de su hermana como si desprendiera una oleada de calor. Della envidió aquella capacidad para sentir auténtica pena.

Della no sentía nada, solo un dolor sordo en el corazón.

Ya empezaba a pensar cómo separarse de su hermana cuando apareció Tess alborotando en la cocina. Era inevitable que ocurriera. Todas las conversaciones que habían tenido durante los últimos diez años habían sido interrumpidas por una u otra de las niñas.

—¿Mamá?

Tess estaba ahí plantada mirándolas absorta, había olvidado lo que fuera que hubiera bajado a hacer.

A veces Della piensa que existe un hilo invisible que la conecta con Tess, la más intuitiva de sus hijas. Cuando Della abre los ojos por la mañana, la niña siempre está allí, de pie junto a la cama esperando a que ella se levante. Da incluso un poco de miedo.

—¿Qué le pasa a Addie?

Se lo preguntaba a Della, aunque Addie estuviera allí. Ese era el trabajo de Della, interpretar el mundo para ellas. Actuar como intermediaria.

—¡Ah!, no pasa nada, cariño, solo que está más sensible por la regla.

Cara de no entender nada.

—Créeme, cielo, más vale que no lo sepas.

A Addie se le escapó la risa. Había cogido su taza de té y estaba tomando un trago, con lo que le quedó toda la cara salpicada.

Tess seguía ahí de pie estudiándola, examinando la cara de su tía Addie en busca de alguna pista.

Addie apenas le sonrió. Tess no le devolvió la sonrisa.

—Tengo hambre —dijo.

Acababa de recordar por qué había bajado.

Della se acercó a la encimera y empezó a untar mantequilla en galletas saladas. Hizo un bocadillo con ellas y luego otros.

—Toma, una para cada mano.

La niña las cogió y dio media vuelta rápidamente hacia la puerta.

—Espera, llévate el paquete. Si no, las tendremos a todas aquí abajo.

Tess cogió el paquete de galletas saladas con los dientes y salió disparada hacia la puerta. Un ruido sordo, tropezar y caer en las escaleras, las dos hermanas ladearon la cabeza esperando un llanto que no llegó, oyeron cómo se levantaba y seguía adelante.

—Se está haciendo mayor —dijo Addie.

—Y cada día más excéntrica. Ahora quiere un gato.

Tal como lo dijo Della, cualquiera diría que lo que había pedido era una rata.

—¡Ah, no! —exclamó Addie con auténtica consternación—. Un gato no.

Della suspiró.

—Ya lo sé. No deja de traer a casa libros de la biblioteca del colegio. Cosas de gatos. Todo lo que hay que saber para cuidar a un gato.

—¡Santo cielo, Dell! ¿Y si le compras un perro, en vez de un gato? ¿Un conejo?

Della negaba con la cabeza con ademán de desesperación.

Addie hizo una mueca de desagrado.

—Incluso un hámster sería preferible.

—No. Parece que tiene que ser un gato. No pasa nada. Me resigno a lo inevitable. Mi vida no me pertenece, ya lo sé. No hay nada que hacer.

—¿Qué será del pez? ¿El gato no se comerá al pez?

—Siempre queda la esperanza.

Addie le echó un vistazo a la pecera. El agua estaba un poco turbia, pero vio que el pez todavía aleteaba perezosamente allí dentro. Se estaba haciendo mayor, era un poco raro que no dejara de crecer.

—¿Crees que eso me convierte en mala persona? —preguntó Della en voz baja—. ¿Qué deteste tanto al pez?

Ahora ambas miraban hacia la pecera.

—Te juro que lo detesto.

Costaba sentir lástima por él. Ahora mismo, ni siquiera Addie encontraba un rincón en su corazón para sentir lástima por él.

Addie se encogió de hombros.

—¿Cuándo llega el gato?

—¿Por Navidad?

—Pensaba que os ibais a esquiar por Navidad.

—Y nos vamos. ¿Tal vez el gato pudiera estar aquí cuando volviéramos?

Addie tenía sus dudas.

—Tampoco falta tanto para Navidad.

—Bah, no digas eso, si todavía estamos en noviembre.

Della le tenía pavor a la Navidad. Tanto esfuerzo. Tantos regalos en que pensar, la falsa alegría. Se cansaba solo de pensarlo.

—¿Has pensado qué le comprarás a Bruno?

—¿Para Navidad?

—Va a estar aquí en Navidad, ¿no?

—¡Ah!, eso creo. No hemos hablado de la posibilidad de que se vaya a casa.

—Pues muy bien. Tendrás que comprarle un regalo.

No es que Addie no lo hubiera pensado, porque sí que lo había pensado. Ya había empezado a preocuparse por el asunto.

—Apenas lo conozco —dijo—. No me había dado cuenta de lo poco que lo conocía hasta que empecé a pensar qué podía comprarle para Navidad.

—Regálale un vale —dijo Della—. No puedes equivocarte con un vale. —Y le guiñó ostensiblemente el ojo a su hermana.

Le producía una satisfacción perversa sonrojar a Addie.

Della le regala a Simon un vale para una mamada cada Navidad. Claro que ¿qué otra cosa puedes regalarle a alguien que gana medio millón al año?

—¿Y qué piensa Simon?

Es curioso cómo puede cambiar el tempo de una conversación. Ahora eran pura formalidad. Abordaban el tema con calma. Las emociones habían quedado aparcadas por el momento. Para gran alivio de Della.

—Simon cree que tendría que cogerse la jubilación anticipada. Solo faltan unos pocos meses para que tenga que irse, de todos modos. Simon cree que es una locura aguantar, es evidente que van a por él.

Della volvía a estar ante la encimera de la cocina, ponía a calentar la tetera.

—¿Y tú qué crees?

Addie se puso a la defensiva mientras esperaba la respuesta de su hermana, con el corazón en un puño.

Della se había vuelto hacia ella, apoyada en la encimera mientras esperaba que hirviera la tetera. Se estaba reajustando el pasador que le sujetaba el flequillo. Addie se fijó en que era una horquilla de Hello Kitty.

—¡Ah!, yo digo que les den —contestó Della con indiferencia—. Eso es lo que pienso. Que les den a esos cabrones.

El corazón de Addie palpitó de amor por Della.

—No veo por qué tendría que admitir la derrota. Es un viejo cascarrabias y es maleducado con la gente y tiene un temperamento

horrible, pero eso no significa que se merezca que lo inhabiliten para ejercer su profesión. Si acepta la jubilación anticipada parecerá como si admitiera que se equivocó. Y no creo que deba hacerlo. Creo que debería pelear con esos cabrones hasta el final.

Había cogido un vaso de plástico y estaba regando las plantas del alféizar de la ventana. Parecía haber olvidado que estaba esperando a que hirviera la tetera. Empezó a limpiar las fiambreras de las niñas, las dejó para que se secaran bocabajo en el escurrer platos junto al fregadero. Addie tuvo la sensación de que últimamente Della siempre hacía cinco cosas a la vez.

—Toma —dijo dejando unas uvas sobre la mesa delante de Addie—. Cumple con un servicio público y cómetelas por mí. Nunca se comen la fruta que les doy.

Sin pensarlo siquiera, Addie empezó a coger las uvas una a una y a metérselas en la boca. Estaban un poco ácidas, pero se las siguió comiendo de todos modos.

—Creía que habías dicho que había actuado mal.

—Probablemente —reconoció Della—. Pero eso no implica que tenga que admitirlo. De todos modos, es demasiado viejo para aceptar que hizo mal. Si empezara, ¿dónde terminaría?

—Bruno dice que los irlandeses están siempre disculpándose, lo encuentra digno de atención.

—Pues Bruno tiene razón, nos pasamos la vida pidiendo perdón. Si chocamos con alguien en la calle pedimos perdón. Si interrumpimos a alguien pedimos perdón, si hasta cuando tropezamos solos pedimos perdón. Estoy harta. Hugh tiene razón. ¿Por qué iba a tener que disculparse? Él no se propuso hacer algo mal. No se trata de un maníaco con un hacha ni nada parecido. Como ya he dicho, solo es un viejo malhumorado.

Della suele hacer esto a veces. Cambia de parecer. Es lo que hace tan excitante estar con ella, que nunca sabes qué va a decir a continuación.

Tentativamente, Addie le dio un codazo suave.

—Has cambiado un poquito de idea.

Della se encogió de hombros.

—Es probable que esté aburrida de llevarle la contraria. Creo que a partir de ahora me voy a poner de su parte.

Había un gesto feroz en su expresión. Tenía las manos planas apretadas contra la mesa, se apoyaba en ellas cuando se inclinaba hacia Addie.

—Nos educaron para tener miedo a todo, Ad, nos educaron para hacer reverencias y humillarnos y pedir perdón al mundo por todo lo habido y por haber. Pues yo ya he tenido bastante.

Della estaba lanzada, ya no había quien la parara.

—No quiero que mis hijas vivan así, Addie. Quiero que salgan al mundo y crean en ellas mismas. Quiero que crean que pueden hacer lo que se propongan. Atrevimiento, eso es lo que trato de inculcarles. Si lo consigo, no habrá quien las pare.

—Della.

—Ya sé que me estoy pasando. Pero consiéntemelo.

—No es eso, Dell. Mira.

Della volvió la cabeza justo a tiempo para ver a una niña pequeña colgando al otro lado de la ventana de la cocina y se levantó de un salto de la silla.

—¡Virgen Santa!

Salió corriendo hacia la puerta de atrás, Addie le pisaba los talones.

Cuando llegaron, la niña ya había aterrizado. Estaba de pie con los pies firmemente plantados en el patio, ocupada en desenredarse de una sábana enrollada.

Una niña desconocida, Addie nunca la había visto.

La sábana con la que había descendido colgaba a un lado de la casa. Addie y Della estiraron el cuello para seguirla pared arriba. Una, dos, tres sábanas atadas una a otra, a lo largo de las tres plantas de la casa. Y arriba de todo, en la ventana, donde desaparecía la sábana dentro de casa, una carita las observaba con inquietud.

—¡Elsa!

La voz de Della era un ladrido. Tenía los brazos en jarra y estaba tiesa de rabia.

—¡BAJA ENSEGUIDA!

La cara desapareció de la ventana.

Un minuto después aparecieron todas en la cocina. La respiración acelerada e irregular, las caras ruborizadas de miedo. Seis en total, incluidas las dos niñas de visita.

Trataron de defenderse.

—Estábamos practicando un simulacro de incendio —aventuró Tess—. Por si algún día se incendia la casa.

Della dio un grito y levantó la mano.

Las niñas se quedaron allí formando una hilera irregular y aguantaron la reprimenda. Seis pares de ojos serios clavados en Della.

Tras el escarmiento, salieron disparadas escaleras arriba para recoger las sábanas.

Della esperó a estar segura de que se hubieran ido. Luego se volvió hacia Addie.

—¡Cielo santo! —dijo—. ¿Qué he hecho?

Cuando Addie se marchó, Della la acompañó hasta el coche. Ni siquiera se tomó la molestia de ponerse los zapatos, salió a la calle en calcetines.

Addie ya estaba girando la llave en el contacto cuando vio a su hermana que se agachaba para mirar por la ventanilla del acompañante. Della golpeó el cristal. Addie se inclinó y bajó la ventanilla.

—Hablabas en serio, Addie.

Della había asomado la cabeza dentro del coche, las manos agarradas al marco de la ventana abierta.

—Tenemos que dejar de tener tanto miedo, Addie. Lo que pase con Hugh pasará, no es el fin del mundo. Nadie es perfecto.

Addie tenía lágrimas en los ojos mientras asentía con la cabeza.

—Tienes razón —dijo—. Sé que tienes razón.

Della sacó la cabeza de la ventana y volvió a incorporarse. Dio un par de palmadas en el capó del coche, se volvió y se dirigió a la casa.

Addie arrancó despacio, las lágrimas le nublaban la vista. Pestañeó unas cuantas veces, pero seguía teniendo problemas para ver. Paró el coche en la



esquina un momento para serenarse, luego volvió a salir a la calzada. Notaba el volante ligero en sus manos, era como si flotara por encima del suelo. Sabía que debía parar a un lado de calle pero no lo hizo, siguió en dirección a su casa.

De repente todo le parecía diferente. Veía con otros ojos aquella escena fuera de la ventana. Lo mismo pero de algún modo diferente que no sabía explicar. Como si el mundo fuera un cuadro y alguien lo hubiera cogido y lo hubiera colgado al revés. Todavía era incapaz de decir si le gustaba más así o si prefería volver a ponerlo como antes.

Se encontró con un atasco en los semáforos del canal. Era hora punta y había un flujo constante de personas que se dirigían a sus casas por los caminos de sirga. Gente con abrigos oscuros que cargaba carteras y ordenadores portátiles, gente en bicicleta con chalecos reflectantes para ser vista en la oscuridad. Addie observó sus rostros mientras pasaban, sintió remordimientos por todos y cada uno de ellos. Sintió su hastío tras un día largo, sintió su deseo de estar en casa. Y se le ocurrió que ellos se limitaban a hacer todo lo mejor posible.

De repente Hugh le pareció una persona más entre toda la gente de aquella ciudad ajetreada. No era más que otra cara entre la multitud, un viejo testarudo en un mundo en movimiento constante.

Una experiencia de vértigo, se sintió mareada solo de pensarlo. Pero por primera vez en mucho tiempo también sintió cierta tranquilidad. Tardó un momento en identificar ese sentimiento. Y cuando lo hizo la cogió por sorpresa.

Sentía lástima por él.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## 27

Ahora que ya le habían quitado las escayolas, no había ninguna necesidad de que Addie siguiera en la casa con él. Era perfectamente capaz de apañárselas solo.

—¿Qué pasa con Hopewell? —preguntó Addie—. ¿Lo mantendremos durante un tiempo?

—No, por Dios —dijo Hugh—. Me congratula decir que Hopewell ya forma parte del pasado.

—¿Quieres decir que ya se ha ido?

—Despedido —dijo Hugh—. Llamé a la agencia el viernes.

Addie se paró en seco y lo miró fijamente. Hugh estaba ahí sentado junto a la ventana, mirando por encima de las gafas unos papeles que tenía en su escritorio. Llevaba un chaleco encima de una camisa a rayas recién planchada. Iba haciendo sus ejercicios de manos mientras leía el documento, abriendo y cerrando los puños con espasmos bruscos.

En el pasado Hugh había irritado en algunas ocasiones a Addie. Sentía resentimiento, tristeza. La había agotado con su forma de despotricar y su ira incontenible contra el mundo. Pero esa era la primera vez que Addie sentía realmente que le desagradaba.

¿Era así como sería a partir de entonces?, se preguntó. Ahora que le habían abierto los ojos respecto a su padre, ¿cada vez le desagradarían más cosas de él?

—Me apena saberlo —dijo.

Le habló en un tono de voz que nunca antes había utilizado con él. Él debió de darse cuenta, porque levantó la vista de lo que estaba haciendo y la

miró fijamente, esperando oír lo que tuviera que decir.

—Me habría gustado despedirme de él. Hizo un buen trabajo para nosotros, me gustaría haber tenido la ocasión de agradecerse.

—¿Por aguantarme? ¡Ah!, no hace falta que te preocupes más. Ha sacado un buen provecho de todo el asunto, el amigo Hopewell. Ha obtenido una buena recompensa por su trabajo.

La enfureció la manera en que lo dijo, le causó tal enfado que tuvo que volverse.

Aquel hombre lo había cuidado durante seis semanas. Había cobrado por su trabajo, por supuesto que había cobrado. Pero había mucho más que eso. Había sido amable con Hugh, había soportado muchos insultos. Sin duda merecía algo mejor.

—Bueno, a mí tampoco vas a necesítarme —anunció. Y se volvió hacia él—. Regresaré a mi piso.

—Naturalmente —convino él, sin levantar siquiera la mirada—. Ya no tienes por qué preocuparte por mí, Adeline, seré perfectamente capaz de manejarme solo.

Y fin del asunto.

Si Addie esperaba algún tipo de agradecimiento por su parte, no lo iba a recibir. Para Hugh habría resultado imposible darle las gracias.

Bruno dejó su habitación en la pensión. No tenía ningún sentido seguir pagando, si nunca estaba allí.

—Podrías instalarte en casa —dijo Addie, prudente con las palabras que utilizaba.

No habían hablado de vivir juntos, ni estaban viviendo como pareja ni nada. Simplemente Bruno estaba con ella, nada más que eso.

—¿De verdad es aquí donde vives?

Bruno estaba de pie en la sala de estar, mirando a su alrededor con los ojos como platos.

Addie se había puesto nerviosa de camino al piso, le daba un poco de vergüenza. Como si se estuviera desnudando delante de él nuevamente por

primera vez. Mientras habían estado acampando en el sótano de Hugh, estaban en un espacio neutral. Pero aquello era su casa. Decía cosas sobre ella, mientras que el sótano de Hugh no. Aquel piso era un álbum de recortes de su vida y ahora lo estaba invitando a echar un vistazo.

Addie miró a Bruno con angustia.

—No sé qué decir —dijo él—. Es increíble.

No te lo esperabas, cuando entrabas de la calle.

Entrabas por la puerta principal a un vestíbulo oscuro sin ventanas, del que salía un largo pasillo con cuatro puertas. El pasillo de apartamento más corriente que puedas imaginarte, moqueta de pared a pared e interruptores de la luz y las luces empotradas en el techo. Una puerta medio abierta a la derecha dejaba ver una cocina larga y estrecha. Tirando por el pasillo a la izquierda era de suponer que estuvieran el baño y un dormitorio. Por tanto la sala de estar tenía que estar al fondo.

Y al atravesar la puerta de la sala de estar era como si te asomaras al saliente de un acantilado. Te encontrabas en medio de una enorme sala blanca, con ventanales a todo lo largo y alto del apartamento. Fuera de las ventanas, una cantidad mareante de agua y aire.

Bruno se acercó al cristal y miró fuera.

—Puedes salir. Allí a la derecha. Mira, hay una puerta.

Addie fue hacia allí y la abrió para él y juntos salieron al estrecho balcón.

Enfrente de ellos, un antiguo molino se elevaba sobre el agua, el nombre pintado de la panadería todavía legible en la piedra gris. También había otros edificios, más pequeños. Almacenes de piedra, antiguos depósitos de grano.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Bruno.

Addie se rio.

—Es la Cuenca del Gran Canal —dijo señalando un puente bajo a mano derecha—. Eso de ahí abajo es el canal.

Y volviéndose a la izquierda señaló un puente más grande.

—Y ahí es donde desemboca en el mar.

Un barco amarillo chillón apareció de debajo del puente, abarrotado de gente. La mayoría parecían llevar cascos de vikingo. Casi se podían distinguir las explicaciones del guía turístico con hábito de monje marrón que les hablaba por el sistema de megafonía y cuya voz propagaba el viento.

El barco pasó por delante del balcón de Addie y todas las cabezas se volvieron. El guía turístico dijo algo y a continuación lanzaron un gran rugido vikingo, algunos de ellos amenazaron a Addie y a Bruno con los puños.

Addie y Bruno les devolvieron el rugido, blandiendo furiosamente los puños.

Bruno todavía se reía cuando el barco realizó un viraje lento en el agua y siguió surcando el canal hacia el extremo opuesto de la cuenca.

—¡Me encanta! ¿Cuándo vuelven a pasar?

—¡Ah!, a cada hora —contestó ella—. A veces dos veces por hora. Pronto dejará de parecerte divertido.

Bruno se inclinó sobre ella. Addie creyó que iba a besarla, pero en vez de eso se acercó a su oreja y susurró.

—No estoy tan seguro.

—¿Crees que hay suficiente espacio?

Cuando Addie entró en la habitación, él estaba de pie delante del armario, mirando dentro. Parecía perplejo.

Había mucho espacio libre. Bruno jamás había conocido a una mujer que tuviera espacio libre en su armario.

Addie entró y se quedó de pie a su lado, ambos observando detenidamente el interior del mueble.

Tenía media pared entera para apañarse, cinco estantes y medio metro de perchero. Bajó la vista a la mochila que tenía a los pies y luego volvió a alzarla a Addie.

—De acuerdo —dijo ella—. Hay suficiente espacio.

Addie estaba nerviosa como un gato, no podía estar quieta ni un minuto.

—Creo que me iré a nadar un rato, si no te importa, así dejo que te instales.

Mientras lo decía cogía la bolsa de natación y salía de la habitación antes de que él pudiera responder. Bruno tiró la mochila al fondo del armario y cerró la puerta. Cuando se sentó en la cama oyó el chasquido de la puerta al cerrarse.

Addie dejó atrás un silencio quedo.

La piscina es el refugio de Addie, es donde siempre se ha sentido más feliz.

Le encantan el azul artificial del agua y el temblor del mosaico del fondo. Le encanta cómo entra la luz del sol en franjas oblongas que se derraman a través de las ventanas, cómo ilumina las partículas de polvo. Le encanta el retumbante silencio bajo el agua.

Cuando llega se permite estar un momento sentada en el borde, apoyando los dedos de los pies en la barra, las rodillas tocando al pecho. Se coloca el gorro de natación por encima de las orejas. Lleva uno de esos gorros pasados de moda que llevan flores de plástico. Tiene toda una colección. Se los compra en la farmacia, en las tiendas de deportes ya no los tienen. Son más cómodos que los gorros de tela modernos, no se mueven de un lado a otro mientras nadas, se mantienen firmes en su lugar. El único problema es que la banda de goma deja una marca en la frente que dura horas. Addie acaba yendo por ahí con pinta de bicho raro, pero no le importa.

Entra lentamente en el agua, con un estremecimiento al sumergir los hombros bajo de la superficie. Este extremo de la piscina queda a la sombra y el agua está helada. Addie se coloca las gafas y mete la cabeza para comprobar que no entre agua. Luego se lanza impulsándose con los pies en la pared. Se desliza bajo la superficie con una brazada enérgica, mantiene los ojos abiertos todo el rato, haciendo las brazadas tan largas y enérgicas como puede, prolongando el momento hasta que se ve obligada a emerger para respirar.

Luego vuelve a sumergirse, fluye a través del agua, patalea con las piernas como una rana. Pies de Charlie Chaplin, eso era lo que les decía su profesora de natación. Addie nunca lo ha olvidado. Es curioso cómo estas cosas se quedan con uno para siempre.

A la tercera brazada ya ha alcanzado la luz, nada a través de los rayos líquidos del sol, el resplandor dorado del astro rey reflejándose en las partículas de polvo suspendidas en el agua. Addie impulsa las manos a través del agua bañada de luz, vuelve la cabeza de lado mientras nada para poder ver sus brazos moviéndose a través de la luz y de regreso a la sombra. Pasa otra ventana, nada a través de otra franja mágica de luz del sol antes de llegar a la pared opuesta. Entonces gira y nada de vuelta. Y lo hace una y otra y otra vez.

Antes solía nadar cuarenta piscinas sin problemas, algunos días había llegado incluso a hacer cincuenta sin darse cuenta. Últimamente le cuesta pasar de la veintena. Es porque no ha ido lo bastante a menudo, se dice, es por haber nadado tanto en el mar. La vejez, piensa, cumpliré treinta y nueve dentro de pocas semanas. Tal vez mi resistencia ya no es lo que era.

Después de haber hecho veinte piscinas, apoya los brazos en la barra y saca pecho, saboreando la elasticidad de su columna.

Lentamente, consigue a duras penas nadar diez piscinas más.

Todas las ancianas del vestuario estaban hablando de libros. Por lo que Addie pudo deducir, estaban todas en el mismo club de lectura.

—¿No te resultó un poco angustiosa toda la violencia sexual? —preguntaba una de las ancianas, con la cabeza inclinada para secarse el pelo con la toalla.

—Es curioso, a mí no me molestó —dijo otra. Estaba de pie delante del secador de manos, sosteniendo la toalla abierta y dejando que el aire caliente secara su cuerpo—. A mí me gustó la chica —continuó, alzando su voz débil por encima del ruido del secador—. Tenía agallas.

Addie está enamorada de estas ancianas, le encanta su manera de ser.

Le encantan sus bañadores abultados de mujer mayor y sus piernas de carne de gallina. Sus pechos curtidos y sus brazos llenos de pecas. Le encanta observar cómo se ponen crema por todo el cuerpo. La laboriosidad

con la que peinan sus cabellos lacios. Son mujeres valientes, Addie las admira. Aspira a ser como ellas cuando sea mayor.

—No sé por qué me molesto —dijo una de las mujeres, sentada delante del espejo mientras se pinta con esmero los labios marchitos de color coral—. Me voy directa a casa, no sé quién creo que me va a ver.

—Bueno, una siempre se siente mejor con pintalabios —dijo otra mientras se subía las medias—. Nunca falla.

Addie seguía sonriendo cuando salió a buscar el coche.

Piscina o mar, preguntó Bruno cuando ella entró por la puerta, con el pelo mojado y desaliñado. Tenía dos surcos profundos en la frente por el gorro y una marca alrededor de los ojos por las gafas. Parecía un búho atrapado bajo la lluvia.

Addie le extendió el brazo para que lo oliera. En vez de eso, él la lamió e hizo una mueca de desagrado por el fuerte sabor a cloro.

Bruno estaba de pie junto a la cocina, removiendo algo en una cacerola pequeña con una cuchara metálica. Un olor dulce a tomates y también había algo salado.

—Pasta a la *puttanesca* —explicó—, una de mis especialidades.

Addie se puso cómoda en el taburete de la cocina. Le gustaba hacerle compañía mientras cocinaba.

Empezaba a hacerse de noche temprano, el agua de la cuenca se veía negra por la ventana, los edificios eran bloques oscurísimos contra el cielo negro. La cocina era como un televisor en una habitación sombría. La luz amarilla sobre la cocina, la radio encendida a poco volumen, un hombre con una voz hermosa que hablaba sobre arte chino. La toalla mojada de Addie humeaba sobre el radiador caliente. La perra estaba acurrucada en su estera junto a la ventana, con la barriga subiendo y bajando en su sueño.

Bruno se volvió para decirle algo. Sostenía la cuchara de madera en el aire, de la que caían gotas de salsa rojísima sobre las baldosas. Addie tenía los ojos abiertos como platos mientras lo escuchaba, luego echó la cabeza atrás y se rio.



Cualquiera que los viera desde el exterior pensaría, qué hogar tan feliz.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## 28

Durante el día, Addie trabajaba en sus piscinas.

Utilizaba láminas grandes de papel milimetrado, dibujaba la piscina desde todos los ángulos. Realizaba esbozos en tres dimensiones y cortes transversales que mostraban la profundidad y el ancho. Vistas aéreas que mostraban el contorno. Fotografías de baldosas y dibujos con tinta del color del agua.

Más que nada, era el color del agua lo que la fascinaba. Podías jugar con él, podías hacer el agua de cualquier color que quisieras. ¿Por qué las piscinas siempre son azules?, se preguntaba. Y no se le ocurría ninguna respuesta. Por tanto diseñaba piscinas de fondo rojo, rosa y violeta oscuro, con las baldosas de colores de flores tropicales. Imaginaba cómo sería nadar en una de esas piscinas. Sería como nadar en una puesta de sol.

También hacía piscinas verdes. Piscinas fascinantes con cuevas, de contornos difusos e irregulares, con bordes invadidos por helechos y plantas colgantes. Piscinas pensadas para nadar desnudo.

Piscinas como cubiteras, con hojas atrapadas dentro. Piscinas de aguas termales como aquellas lagunas de Islandia. Piscinas para la noche y piscinas industriales profundas y oscuras, como la cuenca que veía por la ventana.

—Son bonitas —dijo Bruno cuando por fin dejó que las viera. Con un punto de asombro en la voz—. ¡Son muy bonitas!

Las había sacado del portafolio de Addie, extendido una al lado de la otra en el suelo. Luego se había encaramado al sofá para mirarlas desde lo alto. Había estado un buen rato mirándolas sin decir palabra. Entonces se

había vuelto para mirar a Addie. Otra vez aquella mirada desconcertante, la estudiaba como si ella fuera una desconocida.

—Tendrías que hacer algo con ellas —dijo—. Tienes que hacer algo con ellas.

Addie se sonrojó.

Se volvió y comenzó a ordenar las láminas sueltas que había encima del escritorio. El corazón palpitando en su pecho. Detrás de ella oía como un aleteo mientras Bruno recogía sus dibujos. Ella los cogió sin mediar palabra. Los volvió a guardar con cuidado en el portafolio, tratando de esconder su cara de la mirada de Bruno. La avergonzaba su atención, no sabía qué hacer al respecto.

Pero más tarde volvió sobre el tema. Ya sentados a la mesa cenando, lo miró fijamente con sus ojazos redondos y preguntó con voz débil y quebrada:

—¿En serio crees que son buenas?

Del billete de vuelta no se había vuelto a hablar, al menos no directamente.

—Sigue siendo la América de Bush —dijo Bruno—. Hasta enero sigue en manos del enemigo. Todavía no me conviene volver.

La verdad era que no tenía ninguna prisa por volver. Estaba disfrutando de su condición de exiliado. La distancia que había puesto entre él y su país aportaba cierta claridad. Era como si el viento hubiera soplado a través de él, un viento seco que se hubiera llevado todo el polvo y sus dudas.

—Me gusta este lugar —le había dicho a su hermana cuando habló con ella por teléfono—. Me empiezo a sentir a gusto aquí.

Ya seguía una pequeña rutina. Todas las mañanas, tras el desayuno, salía para la biblioteca. Bajaba por el paseo del canal, doblaba a la derecha en el puente de la calle Mount y pasaba junto a la plaza de Merrion. Para atravesar el bullicio de la calle Nassau, Bruno bajaba de la acera para evitar a los grupos de estadounidenses que entraban en tropel en las tiendas de regalos. Subía por la calle Kildare y atravesaba las puertas de la Biblioteca

Nacional. El tipo de la recepción ya lo conocía a estas alturas, y cuando llegaba siempre se entretenía a conversar con él. Hacía amigos fácilmente, nunca le había costado.

Subía las escaleras y en la sala de lectura se acomodaba en un escritorio vacío. Mientras desenredaba los cables del portátil y organizaba su espacio de trabajo, echaba un vistazo alrededor, saludaba con la cabeza a algunos de los habituales, las mismas caras un día tras otro. Bruno empezaba a estar familiarizado con sus hábitos. Se preguntó por la naturaleza de sus empleos.

Había una mujer de espalda recta con un moño pelirrojo oscuro que apoyaba la espalda en un remanso de calma en el respaldo de su silla. Un caballero muy mayor vestido de tweed que se pasaba el día aporreando su portátil con un solo dedo. Estaba el adolescente acibillado de acné con el pelo rubio engominado que siempre estaba encorvado sobre su escritorio, tomando notas esmeradamente en una agenda grande de tapa dura. Bruno observó con interés que escribía con la agenda en posición apaisada en vez de vertical. Otro tipo llevaba una perilla desaliñada y un anillo en la nariz. No hacía más que leer todo el día. Bruno nunca le había visto escribir nada.

Estos eran ahora los colegas de Bruno, todos formaban parte de la misma comunidad silenciosa.

Antes de centrar su atención en el trabajo, Bruno se quedaba sentado un momento y saboreaba el olor a cuero y a madera vieja. Dejaba que su vista se paseara por los querubines desnudos que adornaban la base del techo abovedado, fijaba la mirada en los números romanos dorados que marcaban las estanterías. El azul claro de la pintura, el tono de una época pasada.

Siempre tardaba un poco en acostumbrarse al zumbido del generador. Las sillas chirriantes, las toses ocasionales y los bostezos de sus compañeros al desperezarse. El ruido de las puntas de los lápices sobre el papel. La biblioteca era un refugio de silencio hecho de minas de lápiz, madera, cuero y papel. Estar allí era un milagro para Bruno, se alegraba de estar allí.

Bruno desplegó el árbol genealógico, lo extendió sobre el escritorio y dejó que sus ojos vagasen por toda la página.

Su trabajo implicaba cierta alquimia, había potencial para algo de magia. Si reunías suficientes hechos, existía la posibilidad de infundirles algo de vida. De repente podía surgir una historia, como una nube de vapor producida al mezclar dos productos químicos en un laboratorio. Y Bruno era el mago, quien devolvía a sus antepasados a la vida.

Había tropezado con la historia de su abuela por casualidad. Había descubierto su nombre en el certificado de nacimiento de su abuelo, había dado caza a la fecha de su boda. Nora Boylan, así se llamaba, nacida Maguire. La fecha de nacimiento que constaba era 1850. Pero por mucho que lo intentó no fue capaz de localizarla en los archivos eclesiásticos, no había ni rastro de ella.

Las fechas de nacimiento son poco fidedignas, le dijeron.

—Las mujeres solían mentir acerca de su edad. En el momento de casarse tal vez dijera una mentira piadosa. Si dijo que tenía treinta es posible que fuera un poco mayor.

A Bruno le hizo gracia pensar en aquella mentira. Esbozó una sonrisa. Se imaginó a Nora, más cerca de los cuarenta que de los treinta. Estaba de pie ante el altar, su futuro marido al lado. Aguantaba la respiración mientras el cura leía los votos, un instante más y su soltería quedaría atrás definitivamente. Aquella mentira piadosa era el único precio que tenía que pagar. No haría falta ni que lo mencionase en confesión.

Un siglo y medio más tarde, su caballeroso bisnieto tomó la decisión de proteger su secreto. Escribió con cuidado su nombre en tinta negra en el árbol, las fechas debajo religiosamente. Nacida en 1850. Fallecida en 1898. Dibujó un recuadro alrededor del nombre, que unió con una línea doble con el nombre de John Boylan. A partir de esta unión apuntó a los tres hijos: James, John y Patrick. Ella murió el año en que nació Patrick, probablemente en el parto. Tal vez ya fuera demasiado mayor para tener otro hijo.

Bruno observó sobre el papel lo que había conseguido hasta entonces, trató de imaginar las vidas que se escondían detrás de aquellos nombres y

fechas. Allí se ocultaban más historias, sabía que tenía que haber muchas más historias.

Pero no sabía dónde encontrarlas.

—Hugh se moriría si supiera que lo tienes en tu árbol familiar.

Bruno ni siquiera se había dado cuenta de que ella se encontraba detrás de él, tan absorto como estaba en su trabajo. Sostenía una diminuta fotografía ovalada de Hugh entre los dedos, y la pegaba con cuidado a la página.

—¡Le daría un soponcio si lo viera!

Bruno ni siquiera levantó la cabeza.

—Quizá —dijo con calma—. Pero eso no cambia nada. Este es su lugar, le guste o no.

Con el dedo corazón apretó la fotografía contra el papel.

Ya había reunido muchos nombres y tenía la mayoría de las fechas. Se había pasado horas investigando en el registro de nacimientos, retrocediendo laboriosamente a lo largo de los años de generación en generación. Persiguiendo certificados de nacimiento y registros de matrimonio. Pescando al vuelo información como fruta madura.

Había tomado prestadas algunas fotos de Addie y las había llevado a la imprenta para fotocopiarlas a color. Luego las recortó hasta dejar solo el retrato de la cara, como las fotos que ponen los italianos en las lápidas. Le daba vida al árbol, poder ver las caras. Ahí estaban, devolviéndote la mirada.

—¡Ah!, no puedo mirarlo —dijo Addie, volvió a su escritorio y se dejó caer pesadamente sobre la silla, se estremeció—. Me dan escalofríos todos esos muertos.

Un nubarrón pasó por encima de la cara de Bruno. Estaba mirando fijamente su obra, con preocupación.

Todavía quedaban espacios vacíos en el árbol y le tenían preocupado. Cuanta más información descubría, más flagrantes eran las omisiones.

Bruno no dejaba de pensar en ellas, del mismo modo que no puedes evitar hurgar con la lengua un diente agrietado.

—No entiendo por qué es tan reacio a ayudar —dijo—. Lo único que pido es el nombre de su padre. Cuándo nació. Sin duda tiene que saberlo, ¿no?

—Bruno, ¿podrías dejarlo?

Bruno sacudió la cabeza en señal de frustración.

—No entiendo a tu gente.

Había algo de irritación en su voz que no había habido antes.

Addie cogió un pincel fino, lo mojó con cuidado en un tarro de tinta turquesa. Pasó el pincel a lo largo de la lámina, con la cabeza agachada, concentrada.

Bruno la estaba mirando, esperando su respuesta.

Addie sintió que montaba en cólera. Lentamente, levantó la cabeza.

—¿Por qué me miras así?

Silencio por su parte, estaba estudiando su cara.

Addie notó que se le tensaba la mandíbula.

—¡Quieres dejar de mirarme así! Me estás mirando como si fuera un animal del zoo.

—Bueno —dijo él con delicadeza—, a veces pienso que podrías serlo. Visto el interés que tienes por saber de dónde vienes.

Ahí estaba, por fin asomaba la cabeza. Lo que ella había temido desde el principio. Bruno iba a retarla. No estaba preparada para que lo hiciera, antes lo rechazaría si fuera el caso.

Addie se volvió en su silla giratoria, levantando la mano que sostenía el pincel. Estaba blanca de ira.

—Por casualidad, ¿estás tratando de ser ofensivo?

Bruno pareció auténticamente sorprendido de que ella pudiera pensar eso.

—¡Por supuesto que no!

—Pues hazme un favor y trata de tener presente una cosa. Tú no eres de aquí y no entiendes cómo funcionan las cosas. Eres un turista, Bruno. Lo siento, pero solo eres un puto turista.

Él la escuchaba muy atentamente. Ese escuchar sereno suyo, ese seguir mirándote mucho después de haber terminado de hablar, como si todavía estuviera digiriendo lo que le has dicho. Era bastante desconcertante. Aun con el tiempo que llevaban juntos, Addie todavía no sabía qué pensar. ¿Era muy estúpido o por el contrario muy, muy inteligente?

—Apuesto a que tuviste una infancia muy feliz —dijo Addie—. Por eso tienes tanta afición a hablar sobre el pasado. A la gente que ha tenido una infancia feliz siempre le encanta hablar del pasado.

No se podía quitar la amargura de la voz. A ella misma la sorprendía.

Bruno se paró a pensar. Estaba rebobinando mentalmente sus recuerdos. Y no podía negarlo, todos eran felices.

—Espera un momento —dijo él, confundido—. ¿Tú no tuviste una infancia feliz?

Sonaba tan inocente que era ridículo.

—¡No! —contestó Addie—. No tuve una infancia feliz. ¡Mi madre murió, fue una mierda! Tal vez por eso no me guste hablar del pasado, ¿no se te había ocurrido? No nos gusta hablar del pasado porque fue triste.

Bruno esperó un rato largo antes de responder.

—Addie —dijo—, ¡sois la gente que sobrevivió a la hambruna! De donde yo vengo, eso sería algo de lo que sentirse orgulloso.

Addie se había quedado sin palabras.

Se quedó mirándolo fijamente un instante, anonadada, en silencio. Luego volvió a su trabajo, se inclinó sobre la lámina con los ojos entrecerrados y los dientes apretados. Se quedó allí sentada y escuchó, sin moverse, cómo él se levantaba y se dirigía a la cocina.

En aquel momento, verdaderamente lo odió.

Aquella fue su primera pelea.

Una vez superada sin más encontronazos, parecían estar en un lugar diferente. Como cuando estás jugando a un videojuego y pasas al siguiente nivel. Había más riñas entre ellos que antes, pero la tensión había desaparecido. Addie ya se sentía más ella misma. Más ella misma que nunca.



Todos los fines de semana salían al campo con el coche. Nada de cementerios, dijo ella, ni de parientes perdidos en el tiempo. Y él aceptó, ahora la relación entre ellos era de una sinceridad total.

En cuanto salías de la ciudad todo era tranquilidad, se tomaban las cosas con más calma a medida que avanzaba el invierno. Los pálidos campos de trigo con sus cortes tipo vuelta al cole, de un color dorado frío. Los setos se habían vuelto monocromos, una vez perdido el color del verano. A Addie le pareció que los árboles mudaban la hoja tarde aquel año, como si holgazanearan para aprovechar al máximo el débil sol invernal.

Bruno insistió en utilizar el GPS de su iPhone para orientarse. Se veía a sí mismo como el copiloto. Sentado en el asiento encorvado sobre su teléfono. Cada dos minutos daba alguna instrucción que parecía desafiar toda lógica.

—¡A la izquierda! —gritaba justo después de pasar un cruce.

Él no había visto el desvío, estaba demasiado ocupado mirando el teléfono.

—Soy arquitecta —decía ella—. Te aseguro que tengo un buen sentido de la orientación.

—Sin duda era a la izquierda —decía él, contradiciendo las señales de la carretera.

Y Addie le seguía la corriente. Daba media vuelta y tomaba el desvío, surcando otro camino estrecho que sabía perfectamente que no llevaría más que a otro camino sinuoso y a otro después de aquel.

Recorrían kilómetros y kilómetros de campo, veían lugares que jamás habrían visto de otro modo. Se perdían una y otra vez, se pasaban días enteros circulando penosamente por carreteras secundarias. Una curva sin visibilidad en medio de los campos, una carretera llena de baches que ascendía una colina suave, debajo de ellos más carreteras rurales bordeadas de árboles. Hasta que finalmente daban por casualidad con la carretera principal.

Mientras conducían escuchaban sin cesar a Bruce Springsteen, Bruce era la banda sonora de sus viajes en coche.

Los lagos del condado de Cavan, las colinas solitarias de Laois. Los bosques del oeste de Wicklow. Toda una serie de lugares importantes del interior que Addie había descartado tan rápidamente ahora debía admitir que había valido la pena visitarlos. La región central y las zonas áridas, para Addie eran una sola. Ya pensaba como Bruce Springsteen, en ocasiones incluso se unía a Bruno para cantar a coro.

Si alguien le hubiera dicho a Addie solo tres meses antes que se pasaría los fines de semana viajando en coche por la región central con su nuevo amor, cantando a coro con Bruce Springsteen en el equipo estéreo del coche, le habría dicho que estaba completamente loco.

*Me he esforzado mucho, nena,  
pero es que no puedo ver  
lo que una mujer como tú  
está haciendo conmigo.*

Ahora cantaban los tres juntos. Bruce, Bruno y ella en perfecta armonía. Addie miró por la ventana los campos mojados mientras cantaba.

*... la gitana juró que nos esperaba un buen futuro,  
pero al llegar las tantas de la madrugada  
tal vez, nena, la gitana mintiera.*

Faltaban pocas semanas para Navidad y ambos sentían que tenían posibilidades. La posibilidad de que Addie dejara atrás el miedo y las dudas, de que enseñara sus piscinas a alguien, de que las colgara en alguna galería en algún lugar, de que algún día alguien pudiera incluso comprar una. La posibilidad de que Bruno fuera escritor después de todo, de que empezara a poner una palabra después de otra en una página. De que juntas esas palabras tejieran una historia. Ahora todo parecía posible. Especialmente en aquellas semanas en pleno invierno, existía para ambos la posibilidad de la felicidad.

## 29

Todas las navidades, Simon y Hugh se toman unas pintas juntos. Un ritual anual fomentado de alguna manera por Della. Especialmente este año.

—Le vendrá bien poder charlar.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que sea que acostumbréis hablar.

—Estupendo —dijo Simon—. Pero sé lo que te propones. Que sepas que no soy tonto. Sé lo que quieres.

—Él se fía de ti, Simon, puede que incluso confíe en ti.

—¿Tú crees?

—Tiene que estar preocupado. Es demasiado orgulloso para admitirlo ante mí, por supuesto. Pero no sería humano si no lo estuviera. Todo aquello por lo que ha trabajado está en juego. Toda su vida está en cuestión.

—No veo en qué puedo ayudar yo.

—Eres su único amigo —dijo Della.

—Bah, no digas eso.

—Es que lo eres. Si no, ¿con quién más podría salir a tomar una pinta?

—Te han enviado —dijo Hugh.

Se dejó caer pesadamente en el banco esquinero. Se paró un momento para recobrar el aliento antes de empezar a forcejear para quitarse la chaqueta. Se desenvolvió la bufanda de alrededor del cuello y la depositó en la silla que tenía al lado.

Simon también se estaba liberando de la bufanda y el sombrero, y metió los guantes en el bolsillo del abrigo.

—Hombre —replicó—, yo no lo diría así.

Hugh soltó un resoplido impaciente.

Estuvieron sentados en silencio hasta que llegó el camarero con las pintas. Hugh hurgó en el bolsillo de sus pantalones de pana y sacó un billete de cincuenta euros. Siempre insistía en pagar y Simon siempre se lo concedía tras una ligera discusión. Un gesto de amabilidad por parte de Simon, que sabe que Hugh se sentiría viejo si no lo dejara pagar.

Hugh cogió su jarra y le dio un trago largo. La espuma de la pinta le dejó un considerable bigote blanco en el labio superior.

—Esta Guinness ha estado en la nevera —dijo, limpiándose la boca con el revés de la mano.

—El camarero me ha jurado que no.

—Pues te ha engañado.

—Creo que actualmente la mayoría de la gente la prefiere fresca.

—Excepto los viejos chochos como yo. Esto es América, te lo digo yo, esto ya no es Irlanda. Debería aceptarlo tal como es.

No caerá esa breva, pensó Simon.

—Bueno —continuó Hugh, mirando a Simon directamente a los ojos—, tengo fecha de juicio para enero. Y, por si fuera poco, una investigación del Consejo Médico.

—Eso me han dicho.

—Mi recompensa a toda una vida de servicio.

Hugh incluso esbozó una pequeña risa, trataba de mostrarse jovial.

—Ninguna buena obra queda sin castigo —convino Simon intentando ser amable—. Eso lo sabemos los dos.

Ambos alargaron el brazo hacia su pinta respectiva.

Hugh intentó una aproximación más general.

—No sé qué hacer con todo esto.

Simon no intentó decir nada. Se limitó a levantar una ceja para mostrar que estaba interesado en lo que dijera a continuación.

—Últimamente he dispuesto de bastante tiempo libre, Simon, he estado pensando un poco en todo.

Hugh hizo una pausa para darle un trago a su pinta.

—Cuanto más avances se realizan en medicina, más parecemos alejarnos de todo tipo de comprensión de la vida. Es como si la parte científica lo dominara todo, ya no queda lugar para la filosofía. Y, por supuesto, la religión desapareció hace tiempo.

Hugh agitaba la cabeza, la frente surcada de arrugas, fingiendo perplejidad.

—Me preocupa, Simon. Es una evolución preocupante.

Simon sabía exactamente adónde quería ir a parar. Pero mintió un poco, por cortesía.

—No sé si te sigo.

—Lo que quiero decir, Simon, es que la muerte ya no es una parte natural de la vida. Ya no existe lo que se llamaba muerte por causas naturales. Si se muere alguien, tiene que haber alguien a quien echarle la culpa, alguien a quien llevar a juicio. Y en nuestro negocio, eso es una muy mala noticia.

Hugh negaba con la cabeza en señal de desesperación.

Simon hizo un gesto al camarero para que sirviera otra ronda antes de volver su atención hacia Hugh.

—Mi temor es que la muerte se está convirtiendo en una especie de aberración. Ahora cualquier muerte es una muerte que podría haberse evitado. No sé dónde acabará todo esto.

—Nos estamos convirtiendo en víctimas de nuestro propio éxito —intervino Simon—. Creen que podemos curarlo todo. Se enfadan con nosotros cuando no podemos. Te doy la razón, Hugh, esto complica mucho las cosas.

Y le daba la razón a Hugh de alguna manera. Nada de lo que decía Hugh era discutible. Tenía razón. Y sin embargo al mismo tiempo estaba equivocado. ¿Cómo podía siquiera tratar de explicárselo? En esencia, Hugh estaba total y profundamente equivocado.

Simon no lo interrumpió, no tenía sentido ni siquiera intentarlo.

—Retrasar lo inevitable, eso es lo único que hacemos. Eso es lo que la gente no puede aceptar, Simon, no quieren aceptarlo. Pero nosotros lo

sabemos, lo sabemos porque nos lo encontramos todos los días. Sabemos que la muerte es simplemente una consecuencia natural de la vida.

Simon asintió con la cabeza.

—Este reino nuestro —siguió diciendo Hugh— no es eterno. Y aun así, la gente empieza a creer que sí que lo es.

—No —dijo Simon—. Ninguno de nosotros está aquí para siempre.

—¿Lo comprendes, Simon? ¡La ira! Dirigen su ira directamente contra nosotros.

—Sin duda a veces eso parece.

—¿De dónde viene toda esa ira?

—Negación —contestó Simon en voz baja.

Pero Hugh no lo escuchaba.

—Pena —dijo Simon, cuya voz se iba apagando hasta que apenas se le oía.

Simon miraba a Hugh a los ojos. Y Hugh le devolvía la mirada. Pero era evidente que no escuchaba. Su expresión era vidriosa.

—Amor —continuó Simon bajito, para sí mismo.

—No te preocupes —dijo cuando volvió a estar a solas con Della aquella noche—. Ni siquiera contempla la posibilidad de la derrota.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## 30

Con Della, Simon y las niñas fuera, estaban los tres solos para Navidad.

Bruno había sugerido preparar la cena en el apartamento, pero Hugh quería que fueran a la casa. Desde el punto de vista de Hugh, un apartamento no era un lugar donde se pudiera celebrar una cena de Navidad. Un apartamento era un lugar donde tal vez pudieras servir cócteles, pero no una comida propiamente dicha.

—Sigámosle la corriente —dijo Addie por enésima vez en la vida—. Así podremos escaparnos cuando queramos. —Y añadió—: Será mejor que encarguemos el pavo. ¿No harán pavos más pequeños?

Todos estaban muy nerviosos. Habían retrasado demasiado aquel encuentro. Había sido una tontería retrasarlo tanto. La cosa ya empezaba a echar humo. Y ahora, además, se le añadía el peso emocional de la Navidad.

—¿Le compro un regalo? —había preguntado Bruno.

—No, por Dios —contestó Addie—. Se nota que todavía no lo conoces.

Addie imaginó a Bruno recorriendo la sección de ropa de caballero de Brown Thomas. Lo imaginó sosteniendo bufandas y al vendedor abriendo servicialmente cajones de guantes de piel. Fuera nevaba, era como la Navidad de las películas. Bruno caminaba calle abajo, con la cara cubierta por el montón de cajas de regalo que cargaba.

—Pero no puedo ir a su casa en Navidad sin llevarle un regalo —insistió Bruno, que parecía horrorizado por la idea.

Acordaron que sería una botella de vino. Addie incluso le permitió a Bruno que la envolviera como regalo.

—Ojalá no tuviéramos que ir. Si pudiéramos quedarnos en casa todo el día, podríamos comer cereales como cena de Navidad y no nos vestiríamos ni veríamos a nadie.

—Pero eso podemos hacerlo cualquier otro día —dijo Bruno—. Es Navidad.

Había algo infantil en el modo en que lo dijo. A Addie le dio pena no poder ofrecerle más. Por Bruno deseó ser el tipo de chica que ya tiene planeado lo que se pondrá en Navidad. Se imaginó a sí misma con una blusa de encaje de color crema y una falda de terciopelo negro con una faja y medias negras y tacones altos. Se imaginó una tradicional reunión familiar, una pandilla enorme de ancianos y jóvenes y niños, todos yendo juntos a misa. Después vendría el ritual reparto de regalos alrededor del árbol, champán en copas largas y el olor a pavo asándose en el horno.

—No podemos dejarlo solo por Navidad —insistió Bruno—. Y además —añadió—, hace meses que me apetece conocerlo. No me lo perdería por nada del mundo.

No hace falta decir que hicieron buenas migas.

A pesar de los peores temores de Addie, a pesar de todos los prejuicios de Hugh, congeniaron desde el principio.

Addie y Bruno habían llegado demasiado pronto. Ella llamó al timbre de la puerta, simplemente para advertirle de que ya habían llegado. Luego se inclinó para abrir la puerta con su llave.

Hugh debía de estar aguardándolos. Justo en el momento en que Addie encajaba la llave, la puerta se abrió de par en par y Hugh emergió entre las sombras. Addie estuvo a punto de perder el equilibrio. *Lola* entró como una flecha por la puerta abierta.

—¡Santo Dios! —exclamó Hugh—. ¡La maldita perra! Esperad un momento —dijo, su voz saliendo de la oscuridad—. Dejad que aporte un poco de luz a la situación.

Hugh hurgó tras la puerta y encontró el interruptor. Luego se volvió para verlos de frente, como un luchador de sumo preparándose para el



combate.

Bruno dio un paso adelante, con la mano extendida delante de él.

—Encantado de conocerlo —dijo—, señor.

Y eso fue lo único que hizo falta. Una sencilla palabra de cinco letras y, como por arte de magia, Hugh se calmó.

Toda la vida había esperado que alguien le llamara señor.

No era en absoluto como Bruno esperaba.

Para empezar, era más alto. Por algún motivo, Bruno había dado por hecho que sería bajo y fornido. Quizá porque Addie y Della eran las dos tan poquita cosa, Bruno había pensado que su padre sería bajito.

Además era más joven, en su forma de comportarse era joven y vehemente. Durante todas aquellas semanas en que Addie había estado cuidándolo, Bruno se lo imaginó como un inválido. Como una persona mayor. Pero Hugh no tenía nada de persona mayor. Tenía aspecto juvenil.

De paso enérgico, algo que hablaba de su energía juvenil. Se lo veía dueño de sí mismo, un aire de seguridad emanaba de él, un aura de autoridad innata. Era un hombre al que le gustaba estar al mando de las cosas.

Aunque fueron los ojos los que desarmaron a Bruno. Allí de pie ante la puerta extendiendo su mano abierta a Hugh para aquel primer apretón de manos, Bruno se quedó atónito. No se esperaba ver los ojos de su propio padre devolviéndole la mirada.

—Tengo que decir que me alegro mucho de conocerte, Bruno. Por fin.

Se había acomodado en su sillón orejero, con el vaso de whisky en precario equilibrio sobre su rodilla enfundada en pana.

—Por algún motivo, Adeline se empeñaba en mantenernos separados.

Hugh estaba insuperable y endiabladamente encantador. Era bastante desconcertante.

—Revisionismo —murmuró Addie, mirándolo con los ojos entrecerrados.

Pero él no la vio, tenía el rostro decididamente dirigido hacia su invitado.

—Addie me ha contado que eres banquero. O sea que has venido desde el ojo del huracán.

—Sí, señor, me temo que se puede decir así.

—No hace falta que le llames señor —dijo Addie irritada—. Puedes llamarle simplemente Hugh.

Y miró a Hugh buscando su confirmación. Pero su padre se limitó a sonreír con regodeo antes de volver a centrar su atención en Bruno.

—Así que ¿vienes de Nueva York, Bruno?

Hugh parecía decidido a no mencionar la relación de parentesco, resuelto a tratar a Bruno como a un desconocido.

—No, señor, me crie en Nueva Jersey. En Springlake, Nueva Jersey. La Riviera irlandesa, como solían llamarla. Todos los irlandeses solían pasar sus vacaciones en Springlake. Muchos tenían allí casas de veraneo. Antiguamente era a donde solían ir todos los irlandeses ricos.

Hugh no dijo nada, aunque Addie sabía exactamente lo que estaba pensando. Tal vez Bruno también lo adivinara, porque respondió a la pregunta antes de que se la hiciera.

—Mi padre trabajaba para ellos. Cuidaba sus casas. Ya sabe, pintura y mantenimiento general, vigilaba que todo estuviera bien cuando ellos no estaban. Era así como se ganaba la vida. Lo convirtió en un negocio bastante lucrativo.

Addie observó el orgullo no disimulado de su voz y sintió un poco de vergüenza ajena. Sonaba tan americano, incluso el modo en que contaba la historia era tan descaradamente americano. Addie estaba preocupada por él, temiendo la respuesta de Hugh.

Pero Bruno siguió con lo suyo, inconsciente del peligro.

—De hecho fue un compatriota quien le dio la oportunidad. Cuando mi padre llegó a Estados Unidos, dejó que se quedara en su casa de Springlake aquel primer invierno. Lo único que tenía que hacer era pintar la casa y

arreglarla un poco. De ahí sacó la idea. Toda aquella gente necesitaba a alguien que arreglara las casas. Y mi padre era uno de los suyos, confiaban en él.

Hugh escuchaba con interés.

—Qué historia tan americana —dijo en un tono un poco mordaz.

Addie estaba en el borde de su silla, en alerta roja. Ya estaba a punto de intervenir cuando Bruno respondió. O no se había dado cuenta del tono de la voz de Hugh o había elegido ignorarlo.

—Sí —admitió Bruno alegremente—, es una historia muy americana.

Hugh parecía fascinado por Bruno. Addie jamás lo había visto mostrar tanto interés por nadie.

—Por lo que sé eras el único hijo varón —dijo cordialmente—. Supongo que debía de haber cierta presión para que te unieras al negocio familiar, ¿no?

—Pues sí, señor, sin duda que la había. Pero Springlake es un pueblo bastante pequeño. Si tengo que serle sincero, siempre tuve ganas de largarme de allí.

—¡Ja! —dijo Hugh con una risotada—. Conozco la sensación.

Addie dejó a Bruno sentado en el salón con una copa de vino y bajó a la cocina a ver cómo le iba a su padre.

Hugh estaba de pie frente al horno, con un trapo de cocina colgado al hombro. Miraba con los ojos entrecerrados a través del panel de cristal de la puerta del horno.

—Le he dado un hervor a las patatas antes de ponerlas a asar —dijo—. Es un truquillo que me enseñó tu hermana.

Tal como estaba, de pie, Addie podía ver la calvicie de la coronilla. Se le había salido la camisa de los pantalones, probablemente por el esfuerzo. A Addie le molestó que hubiera buscado el consejo de Della. Le dio un vuelco el corazón, como si la hubieran golpeado por detrás, recuerdo tras recuerdo amontonándose uno encima del otro.

Hugh no solía cocinar. Antes de que su mujer se muriera, jamás había tenido que hacerlo. E incluso tras su muerte, la asistente solía preparar la cena antes de dar por terminada la jornada. Dejaba las patatas peladas y reposando en una sartén llena de agua fría. Tres chuletas de cordero en una bandeja, o tal vez tres trozos de salmón, cuidadosamente envueltos en plástico transparente. Platos sencillos, era con lo único que Hugh se apañaba.

Cómo habían anhelado Addie y Della la cocina de una madre. Dios las perdone, aquello era lo que más añoraban de ella. A veces volvían de casa de algún amigo, hablando de la sabrosa comida que hubieran probado. Un guiso, probablemente preparado por una mamá ama de casa a la que se le partía el corazón al ver cómo disfrutaban aquellas niñitas sin madre de sus platos. Quizá nunca coman algo decente, le diría a su marido aquella noche. Su padre no debe de tener mucho tiempo para cocinar cuando llega a casa.

Hugh lo intentaba, no se puede negar que lo intentaba. Les pedía a las niñas que le describieran aquellas comidas caseras hasta el menor detalle. Y luego trataba de averiguar cuáles eran los ingredientes, descifraba la receta como si se tratara de un código secreto. Addie lo recuerda junto a los fogones con su traje de raya diplomática y su cara de preocupación mientras se esforzaba por reproducir un pollo con brócoli que las niñas habían comido en casa de alguien. Por supuesto, nunca era lo mismo. Pero Addie y Della se lo comían igualmente, por miedo a herir sus sentimientos.

—¿Puedo ayudarte en algo, papá?

—Deja que piense. Sí, podrías sacar un poco de pan integral. Tengo una fuente preparada.

Y señaló una vistosa fuente de porcelana, sin duda uno de sus hallazgos de subasta. Junto a la fuente había un paquete de pan integral de supermercado, ya cortado en rebanadas. Addie cogió unas cuantas rebanadas y las colocó en la fuente.

Ahora Hugh estaba detrás de ella, espalda contra espalda. Inclinado sobre la mesa de la cocina, tratando de sacar las rodajas de salmón ahumado de un paquete de plástico. Las rodajas se rompían al sacarlas, se veía obligado a separarlas con un cuchillo.

Con la cabeza señaló la puerta de la cocina.

—He pensado que sería mejor preparar algo tradicional para nuestro amigo transatlántico.

—¿Bruno?

Había desaparecido. La silla donde Addie lo había dejado sentado estaba vacía. Addie miró alrededor presa del pánico. Se le hacía difícil acostumbrarse a la sala sin la cama de Hugh, la desorientaba. Había vuelto a poner el sofá y la puerta doble que daba al comedor volvía a estar abierta. Addie pasó la puerta y encontró a Bruno de pie junto a la ventana de atrás, mirando al jardín.

—¡Ah!, estás aquí.

La mesa del comedor estaba puesta, con un mantel de lino. Había cubiertos para tres. El salero y el pimentero estaban en la mesa, y un posavasos maltrecho de plata preparado para recibir la botella de vino.

—Igual que en Estados Unidos —dijo Addie, y Bruno se volvió.

—¿Qué?

—¡Ah!, es un viejo chiste familiar. Mi padre solía decirlo cada vez que mi madre ponía el mantel. Decía que era igual que en Estados Unidos. Y mamá solía bromear sobre eso. Se convirtió en una especie de latiguillo.

—¿Por qué Estados Unidos?

—¡Ah!, bueno, por lo sofisticado. ¿No me dirás que no utilizáis manteles allí?

—Sí, claro que los utilizamos.

—Menos mal —añadió Addie—, por un segundo me habías preocupado.

—Bueno —dijo Bruno—, así que usted también se crio en un pueblo pequeño, señor.

Addie levantó la cabeza para no perderse la reacción de Hugh.

Aguantó la respiración, esperando cuando menos un silencio fulminante. Pero no podía estar más equivocada. Hugh sonreía y empezaba a sincerarse bajo el resplandor cálido de la atención de Bruno.

—Sí —contestó—. Excepto que el uso de la palabra «pueblo» implicaría que había algún tipo de civilización.

Estaban sentados a la mesa, comiéndose el salmón ahumado. Hugh había sacado una botella de vino blanco de la nevera, un Sancerre seco. Era delicioso.

—Nos estás agasajando muy bien, papá —observó Addie.

Pero Hugh apenas la miró. Toda su atención estaba centrada en Bruno, como un niño con un nuevo amigo.

Addie creyó sentir celos. Ambos la ignoraban. Podría perfectamente no estar allí.

—He estado allí —le contó Bruno con entusiasmo—. Con Addie. Le hicimos una visita.

Hugh se volvió para mirar a Addie, con una expresión de sorpresa en el rostro. ¿Por qué no le había mencionado aquel viaje?

Addie no se lo podía creer. Qué cara tenía.

—¿Y qué sacaste de la visita?

Bruno hizo una pausa antes de responder, buscó las palabras precisas que quería utilizar.

—Es difícil de decir —contestó—. Creo que lo miré a través de los ojos de mi padre. Fuéramos a donde fuéramos, imaginaba cómo debía de verlo él. Mi padre hablaba del lugar con tanto cariño. Supongo que buscaba algo que explicara por qué se marchó.

Hugh escuchaba con atención, casi con hostilidad.

—Tal vez pueda explicármelo usted. Tal vez usted sí sepa por qué se marchó.

La expresión de Hugh era una mezcla de lástima y desdén.

—¡Por Dios, hijo! —dijo, escupiendo las palabras—. No tendrías que preguntarme eso. Si hubieras visto el lugar hace cincuenta años, no me harías esta pregunta, si no por qué se quedó alguien. Eso sí que es un misterio.

Bruno asintió con la cabeza y vació su copa de un trago. Y Addie debería de haberse sentido contenta de que se llevaran tan bien, debería de sentirse aliviada.

Pero, en vez de eso, se sentía traicionada por los dos.

—¿Crees que ya está hecho?

Hugh estaba encorvado sobre la encimera de la cocina, mirando fijamente la fuente, con un tenedor de trinchar en una mano y el cuchillo en la otra. El pollo ya estaba cortado en rodajas en la fuente, las patas y las alas colocadas a un lado. A Addie le pareció un poco rosado, aunque evidentemente ya era tarde para hacer nada al respecto.

—A mí me parece perfecto —contestó simulando una falsa alegría.

Recemos para que no cojamos todos una intoxicación, pensaba. Siguió a su padre escaleras arriba, sosteniendo la salsera con cuidado sobre la palma de la mano. El jugo del pollo, por el olor que desprendía.

—Sírrete un poco de pollo, Bruno.

Hugh pasó la fuente hacia el otro lado de la mesa. Ahora se habían pasado al vino tinto. Hugh había descorchado una botella de Burdeos un rato antes y la había dejado en la mesa lateral para que se oxigenara. Hugh no había escatimado esfuerzos para crear un buen ambiente.

—La universidad fue mi vía de escape —dijo—. Fue mi billete de salida.

Ahora era Hugh quien hablaba todo el rato, y Bruno parecía encantado de escucharlo.

—Tardé diez años en acabar la carrera. Tuve que tomarme libre uno de cada dos años para costear la matrícula. Medicina era terreno exclusivo de las clases privilegiadas, en mis tiempos. Y todavía lo es, por lo que sé.

Hizo una pausa para comer una rodaja de pollo. Luego cogió su copa y bebió un trago largo de vino.

—Jamás habían visto a un tipo como yo. Todavía llevaba barro en las botas de goma cuando llegué. A los muchachos de Dublín les daba lástima

y solían invitarme a sus casas a cenar. Debía de tener cara de necesitar una buena comida.

Addie lo observaba maravillada. No se habría sorprendido tanto si Hugh hubiera revelado de repente que sabía hablar serbocroata. Aquel era un aspecto de él que jamás había visto antes. Estaba hablando de sí mismo.

—Todos eran hijos de médicos —añadió—, y la mayoría también nietos de médicos.

Hizo una pausa para otro bocado de pollo.

—Yo jamás anteriormente había visto a un médico, la única vez que había estado enfermo de niño habían avisado al veterinario.

Y Bruno se rio. Aunque Addie no estaba del todo segura de que fuera un chiste.

Tiene algo de *Las cenizas de Ángela*, estuvo tentada de decir, pero no lo hizo, sino que le hizo una pregunta. Ya en el momento mismo de formularla, deseó retirarla.

—Creía que tu padre había sido médico de un barco.

Addie podía oír su propia voz vibrando en sus oídos.

—Cariño —le contestó con un bufido de desdén—, ¿a estas alturas todavía no lo has entendido? No hubo ningún médico de barco. ¿Cuántos barcos crees que navegan hasta Navan?

Al final de la velada, Hugh sacó el decantador de whisky y Bruno y él se pusieron a hablar de poesía. Bruno hablaba de Robert Frost y Wallace Stevens y le preguntó a Hugh sobre Yeats.

—Olvídate de Yeats —dijo Hugh con desdén—. Es a Kavanagh a quien tienes que leer si quieres entender Irlanda. O incluso mejor, a Padraic Colum.

Y empezó a recitar. Al observarlo, a Addie le impresionó lo teatral que era, podría haber sido actor.



*¡Oh!, hombres fuertes, con lo mejor de vosotros  
yo lucharía pecho con pecho,  
podría calmar vuestros rebaños  
con mis palabras, con mis palabras.*

Pues vaya, pensó Addie. No tenía ni idea de que le interesara la poesía.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## 31

—Su madre no estaba casada, ¿lo sabías?

—No, aunque no me sorprende, si te refieres a eso. Es totalmente comprensible.

Estaban sentadas a la mesa de la cocina de Della, con una tetera llena de manzanilla delante de ellas. Della levantó la tetera con ambas manos y empezó a servir el humeante líquido amarillo en las tazas.

—¿Tazas nuevas? —preguntó Addie.

—Regalo de Navidad de la madre de Simon. Supo que la empresa quebraba y bajó a toda prisa a la ciudad para comprar todo lo que tuvieran.

—Y nosotras que pensamos que nuestra familia es rara.

—Ya.

—¿Y pues?

—¿Pues qué?

—Me parece increíble que no estés sorprendida.

—Vamos, Addie. Siempre ha sido evidente que había algún tipo de secreto en su pasado. Se avergüenza de sus orígenes. ¿Por qué crees que nunca habla de su familia? ¿Por qué crees que nunca nos llevó al pueblo a visitarla?

A veces Della utiliza el tono de voz que usaría si tuviera que explicar cosas a un bobalicón.

—Pues jamás se me habría ocurrido —dijo Addie, extrañada.

—Pero si el resentimiento le sale hasta por las orejas.

Escuchando a su hermana, Addie sintió que la cabeza le daba vueltas. ¿Cómo podía saber Della aquello?

Addie recordó un verano que se había pasado en el Inter-Rail. Con algunos amigos de la facultad, un mes entero viajando en tren por Europa, que era lo que hacía todo el mundo en aquella época. Un itinerario demasiado ambicioso, querías ver demasiado y acababas no viendo nada. Addie terminó tan cansada de tanto viaje que se dormía en los trenes. Un día se despertó a última hora de la tarde para descubrir que había atravesado durmiendo toda Bélgica. Había atravesado todo un país sin siquiera darse cuenta.

Ahora volvía a tener exactamente aquella misma sensación.

—¿Y por qué nunca nos lo contó, Della? No entiendo por qué jamás nos lo contó.

Della levantó la mirada hacia el cielo.

—Sospecho que jamás llegaremos al fondo de la cuestión.

¿Por qué no se lo había contado?

Esa no era realmente la cuestión, se le ocurrió a Hugh. El porqué era evidente. El meollo del asunto era lo que nunca les había contado. Era algo demasiado complicado para contárselo a nadie.

A Hugh le daba miedo la oscuridad. Jamás se lo había contado a nadie. Solía entrar a hurtadillas en su dormitorio a media noche, todavía se acuerda de estar de pie sobre las tablas chirriantes, suplicándoles en un susurro que lo dejaran quedarse. Pero nunca lo dejaban, siempre lo mandaban de vuelta a su cuarto. Tampoco le permitían dejar la luz encendida, decían que era demasiado cara.

Todavía recuerda que se quedaba tumbado totalmente inmóvil en su pequeña cama individual, temeroso de respirar. Al otro lado de su ventana, escalofriantes ruidos de campo. Los árboles crujían y las vacas respiraban. Algo que caía al patio, el estrépito al romperse en el suelo. Un grito animal de dolor. Por la mañana, la vergüenza de haberse presentado en su dormitorio, el orgullo herido.

Ni siquiera le caían bien.

Siempre le habían hecho sentir un forastero en aquella casa. Jamás había entendido por qué. La manera en que ella siempre se aseguraba de que supiera cuánto se había gastado en su ropa, la manera en que refunfuñaba mientras le zurcía los calcetines. Cuando hacía un pastel, Hugh siempre tenía que pedir permiso antes de poder cortar un trozo.

La granja le repugnaba, no quería saber nada de ella. Sus tareas las hacía a disgusto y mal. Las notas que sacaba en el colegio eran una prueba más de su falta de voluntad para trabajar en la granja. Como si sacara aquellas notas por despecho.

—Bueno, espero que te sirva de algo.

Eso fue lo que ella dijo cuando le dieron las notas de bachillerato. Embutió el valioso papel en el sobre y se lo devolvió. Hugh no esperaba más de ella.

Entonces se lo dijo, aquel verano. Estaba preocupada porque él podría necesitar el certificado de nacimiento para matricularse en la universidad.

—Hay algo que debo decirte —le dijo.

Tenía la mirada perdida. Estaba entretenida con la cubertería, haciendo ver que le sacaba brillo. No lo miró a los ojos, solo levantó la mirada hacia él después de dicho. Su apellido, encontraría un apellido distinto escrito en su certificado de nacimiento. Su apellido no era Lynch, era Murphy. Siempre había sido Murphy. Y le explicó por qué.

Algo encajó dentro de su cabeza, como una piedra al posarse en el lecho de un río. Se alegró, esa fue su reacción inmediata. Se alegró de que ella no fuera su madre. Entonces ya no tendría que sentirse tan culpable por no quererla.

Pensó en los sellos ingleses de las cartas que ella recibía de su hermana todos los meses desde que él tenía uso de razón. Él nunca se había tomado la molestia de leer las cartas, despegaba los sellos con vapor para su colección. La mayoría de las veces eran los aburridos sellos de siempre con la cara de la Reina. Pero a veces, alrededor de Navidad, eran más decorativos. A veces sacaban una edición especial por algún que otro aniversario de la realeza.

Hugh había pegado todos aquellos sellos en su álbum, sin saber jamás lo que representaban. Había examinado los matasellos. Siempre enviadas desde Reading.

Una tía, de la que apenas se hablaba. Se llamaba Kitty y llevaba años en Inglaterra. Trabajaba en un hospital, eso era lo único que sabía Hugh. Jamás había tenido motivo alguno para mostrar interés por ella. Solo la había visto una vez, cuando volvió a casa por el funeral de su padre. Hugh tenía entonces doce años. Lo había abrazado fuera de la iglesia. Aquel abrazo le había hecho pasar vergüenza, lo había estrechado entre sus brazos un rato demasiado largo. Lo único que quería Hugh era separarse de ella.

—¿Es enfermera? —les había preguntado más tarde.

Y ellos dos se habían reído. No, no era enfermera, le dijeron, solo era una chica de la limpieza. ¿Había sido su intención ser crueles? Tanto si lo había sido como si no, el recuerdo era cruel.

Ella murió cuando Hugh estaba en el cuarto curso de secundaria. La habían trasladado a casa para enterrarla, aparentemente esa había sido su voluntad. Más tarde, Hugh le encontró sentido a las miradas de lástima que la gente le dedicaba durante el entierro.

En aquel momento no lo había entendido.

Nunca volvió a visitarlos.

Ahora le parece increíble. Busca en su cabeza una razón para su comportamiento y no encuentra ninguna. Trata de pensar en qué fue lo que le hicieron que fuera tan terrible. Pero por mucho que lo intenta no se le ocurre nada.

Lo acogieron, le dieron un hogar. Una pareja sin hijos, que debía de haber esperado tener los propios. Debían de imaginar que aquel sobrino expósito podría llenar el vacío, debían de sentirse mal porque no lo hiciera. Incluso la mentira que le habían contado, probablemente fuera con buena intención. Les debía de parecer una solución que le iba bien a todo el mundo. Se los podía imaginar sentados alrededor de la mesa de la cocina ideándolo todo. May y Seamus se quedarían con el niño tan anhelado. Kitty

empezaría una nueva vida, libre de la deshonra que se había buscado. Y su hijo sería educado dentro del matrimonio. Sobre su oscuro origen se murmuraría a kilómetros a la redonda, pero jamás se hablaría en voz alta. El propio chaval tampoco sabría nada. El infierno está lleno de buenas intenciones.

Helen había tratado de convencerlo de que volviera. Una vez casados, se lo había sugerido varias veces. Primero amablemente. Pero una vez nacida Della, sacaba el tema más a menudo, era más insistente. Al final lo dejó por imposible y fue ella sola, llevando a las niñas consigo. Después de aquello ya no volvió a hablarse del tema entre ellos.

Helen lo había comprendido, estaba seguro de ello, lo había comprendido incluso antes que él mismo. Lo comprendía demasiado bien. No era la ira lo que lo detenía, ni el dolor. Era el esnobismo, esnobismo puro, lo que le impedía volver.

## 32

En Nochevieja fueron caminando hasta casa de Della.

*Lola* iba olisqueando el camino delante de ellos. En las ventanas de las fachadas de todas las casas, árboles de Navidad de aspecto lúgubre holgazaneaban en la oscuridad. Ya nadie se tomaba la molestia en encender las lucecitas de Navidad. Las aceras estaban llenas de cristales rotos y Addie temía que a *Lola* se le pudiera clavar alguno en la pata, aunque resultaba difícil tratar de evitarlo. La brigada de limpieza todavía no había vuelto al trabajo. Nadie iba a volver a trabajar hasta pasado el fin de semana.

Fue Della quien abrió la puerta. Llevaba un vestido negro de lentejuelas que apenas le tapaba las bragas. Medias negras, zapatos de tacón de aguja negros.

Bruno se inclinó para besarla en ambas mejillas. Luego le dio la botella de champán que habían llevado y entró. Addie lo siguió. Se quitó el abrigo a desgana. Debajo llevaba su habitual jersey escotado encima de una camiseta y mallas negras. Se sintió como la canguro.

Las niñas bajaron a toda prisa las escaleras, una detrás de la otra.

—¡Addie! ¡Addie!

Tess sostenía algo en sus brazos y encorvaba los hombros hacia el pecho para protegerlo.

—¡Tenemos una gatita!

Lisa parecía que estuviera a punto de explotar. No se podía estar quieta y daba brincos sin moverse del lugar.

—Me encanta tu conjunto, Lisa.

Lisa llevaba sus leotardos de ballet encima de unas medias de lana, y sus piernas repiqueteaban dentro de las botas de agua. Una diadema colgaba de lado de su cabeza.

Addie avanzó sigilosamente para echarle un vistazo a la gata.

Tess la levantó para que la viera.

—¿Quieres cogerla?

—No te lo tomes a mal, cariño, pero no me entusiasman los gatos.

—Yo también odio a los gatos —dijo Elsa con su voz lenta y ronca, volviendo los ojos para encontrar los de Addie y torciendo la boca en una sonrisa forzada.

—¡Papá es alérgico a la gatita!

—Eso no es bueno.

—Dice que la tendremos que dar.

—No creo que a *Lola* le guste demasiado, tampoco.

*Lola* se había escabullido a la sala de estar, con el rabo entre las piernas. Ahora estaba echada bajo la mesita del café, asomando la cabeza.

—No me digas que *Lola* tiene miedo de la gata —dijo Simon, con una risa seca en la garganta.

—Simon —admitió Addie—, *Lola* le tiene miedo a su propia sombra.

—¿Y qué? ¿Has ido al médico?

Della le había estado dando la lata para que fuera.

—Estás dolorida —no dejaba de decirle—. Tienes que averiguar por qué. Tiene que haber un motivo.

Pero el dolor, en lo que a Addie respecta, era algo que había que ignorar. Si lo ignorabas, acabaría desapareciendo.

—Probablemente sea el desgaste de la edad —esa era la opinión de Addie—. Ya sabes, la naturaleza humana.

Pero Della no pensaba que fuera así.

—No estoy convencida. ¿Vas a ir de una maldita vez al médico?

Y Addie había prometido, había jurado que iría.



Della volvió a sacar el tema en cuanto se quedaron solas. Los hombres estaban en la sala de estar junto al fuego, las niñas aparcadas arriba delante de la tele. Della y Addie habían bajado a la cocina a buscar unas copas.

—¿Y qué? —repitió Della—. ¿Has ido al médico?

—Sí que fui, pero la verdad es que no me dijo gran cosa.

—Algo tuvo que decirte.

Della se había quitado los zapatos y se estaba encaramando a una silla para alcanzar unas copas de champán de la estantería superior de la despensa.

—Me dijo que tenía la presión un poco alta.

—¿Sí?

—Me tomó muestras de sangre.

—¿Te dijo por qué?

—Dijo que quizá la ayudaría a averiguar qué me pasa.

Della le fue pasando las copas a Addie, una a una. Luego se dispuso a bajar de la silla. Llevaba el vestido tan ajustado que tuvo cierta dificultad para bajar. Tuvo que levantarse la falda por encima de las caderas y saltar de la silla.

—Bueno —dijo con un suspiro.

No quedaba claro si el suspiro era por las pruebas de sangre o por el esfuerzo de bajar las copas.

—Me dijo que tardaría una semana o dos en recibir los resultados.

Della se bajó la falda con un contoneo y volvió a ponerse los zapatos.

—¿Quieres que le pregunte a Simon por el tema?

—¡No, por Dios!

—De acuerdo. Bueno, seguro que no será nada preocupante. Pero de todos modos una revisión nunca hace ningún daño.

—Sin duda. Tienes toda la razón.

—¿Necesitamos un cubo con hielo?

—No, no. Acaba de salir de la nevera. Ya estará bastante fresco.

—Y nos lo beberemos tan rápido que tampoco vale la pena.

Addie salía por la puerta de la cocina detrás de Della cuando esta se volvió.

—No te preocupes —le dijo con ternura—. Siempre dicen que probablemente no sea nada, pero eso no quita que no lo hagas.

Y Addie asintió con la cabeza, sacudiéndose la preocupación de Della. Pero la dejó pensando. Ya de pie delante del fuego, Simon desenvolviendo el papel de aluminio del champán, un pensamiento daba vueltas en su cabeza.

Nadie había dicho que quizá no fuera nada. Sin duda, el médico no había dicho que probablemente no fuera nada.

La pequeña explosión del tapón de corcho la asustó. Se llevó las manos a la cara y se echó atrás instintivamente.

Todos los demás se rieron.

—Feliz año nuevo —dijeron al unísono, acercándose unos a otros para entrecuchar las copas.

Addie se emborrachó un poco aquella noche.

Della había preparado una cena fuera de lo común: seis platos, todos ellos pequeños y deliciosos. Pero hubo muchos ratos para beber entre plato y plato, y no demasiado colchón para evitarlo. Addie sabía que se estaba emborrachando, pero no quería parar. En el fondo quería dejarse ir aquella noche, simplemente para ver qué pasaba.

Simon estaba en plena forma, contando historias divertidas del hospital.

—¡Uf!, por la puerta del hospital entra todo tipo de gente —iba diciendo—. No puedes ni imaginártelo, Bruno.

A Simon le caía bien Bruno, era evidente. Siempre se notaba cuando le caía bien alguien, era fácil de descubrir.

—La mayoría de la gente es hipocondríaca, Bruno, gente con tiempo para perder. Al noventa por ciento de las personas que veo no les pasa absolutamente nada. Y luego está el otro diez por ciento. Los que vienen con un bulto del tamaño de una pelota de fútbol en la cabeza y que te dicen, siento molestarle, doctor, mi mujer me ha hecho venir. Pero le aseguro que estoy perfectamente.

Todos se reían, Simon era el único que se mantenía serio.

—Es muy deprimente —insistió, en un intento de convencerlos.

Pero ellos no dejaban de reírse.

Durante mucho rato nadie advirtió que Tess estaba de pie junto a la puerta de la cocina, mirando a su alrededor con cara de susto y los cabellos enmarañados y sudados.

Fue Della quien la descubrió. Fue hacia ella y la cogió en brazos. La niña había crecido tanto, sus piernas flacuchas colgaban hasta más allá de las rodillas de su madre. Volviendo a la mesa, Della se dejó caer pesadamente en la silla y volvió a Tess para que estuviera sentada en su regazo mirando hacia fuera. Della acarició los cabellos de la pequeña, se los apartó de la cara.

—¿Has tenido una pesadilla, cielo?

Simon se había acercado a ella y le soplaba suavemente la cara para refrescarla.

Tess lo miró fijamente como si no lo hubiera oído.

—¿Te acuerdas de lo que pasaba en el sueño? Si se lo cuentas a alguien enseguida, no se repite.

La niña tenía la vista fija en un punto justo delante de ella. Cuando habló, fue una sorpresa para todos. Se quedaron en silencio y la escucharon.

—Estábamos en el cole —dijo—. Y la profesora repartía unas hojas de papel dobladas.

Le temblaba la voz.

—Una para cada niño de la clase, llevaban el nombre escrito.

Tess titubeó, como si no estuviera segura de recordar lo que venía a continuación.

Todos guardaban silencio a la mesa.

—Tenías que abrir el papel.

Tenía los ojos abiertos como platos y la mirada perdida. Los miraba uno por otro, aunque no estaba claro si realmente los veía.

—En el papel —continuó, con voz temblorosa, parecía estar a punto de llorar—, estaba escrita la fecha de tu muerte.

La reacción de cada uno fue diferente.

Simon se rio, una risa como un gañido. Estaba impresionado por el sueño, y al mismo tiempo le hacía gracia.

Della soltó un grito ahogado.

—¡Oh —dijo—, oh, cariño! —Y abrazó a la niña contra su pecho—. ¡Oh, pobrecilla, qué miedo!

Bruno no apartaba su mirada de Tess, fascinado por aquel sueño. Le maravillaba que una persona tan pequeña pudiera imaginar algo así. Se recordó a sí mismo a esa edad, había olvidado lo abierta que estaba su mente, todo el universo que pasaba por ella.

Addie se quedó mirando a Bruno, quería ver su reacción. Quería ver si se sentía tan desasosegado como ella.

Tal vez fuera porque era Nochevieja, o porque todo el mundo estaba pendiente del futuro, de lo que depara el futuro. Tal vez fuera por la perturbadora lucidez de la niña, o por su voz ultramundana. Tal vez hubiera despertado sus peores miedos. Fuera lo que fuera, todos se habían puesto nerviosos. Habían llegado ya a aquel punto de la noche en que habían bebido demasiado. Ahora podían elegir entre emborracharse más o espabilar. De repente, todo parecía demasiado serio.

Simon comenzó a llenar las copas, Addie se levantó de un salto y empezó a pasar el queso. Della arrullaba a Tess para tranquilizarla. La niña estaba acurrucada junto al cuerpo de su madre, aunque sus ojos todavía paseaban por la mesa, siguiendo la conversación. Addie vio cómo le empezaban a temblar los párpados y a los pocos segundos ya estaba dormida.

Addie le hizo una señal a Della y dijo en voz baja:

—Creo que ha caído.

Della bajó la vista a la cara de su hija. Volvió a mirar a Addie y asintió con la cabeza sin hablar. Se impulsó con las piernas para levantarse y tuvo que esforzarse por mantener el equilibrio, ya que el peso de su hija dormida la hacía tambalearse. Della salió de la cocina, con las piernas larguiruchas de Tess colgando a cada lado como estribos.

—¿Os gustaría saberla?

La cara de Della parecía enjuta y paliducha a la luz de la lámpara baja. Las sombras debajo de sus ojos se acentuaban, los hoyuelos de sus mejillas parecían más profundos.

Nadie tuvo qué preguntar a qué se refería, a todos les había quedado revoloteando por la cabeza.

—No —dijo Simon, el primero en responder.

—¿Estás seguro? Piénsalo. Tendrías la oportunidad de hacer todas las cosas que siempre has querido hacer.

—Ya he hecho todo lo que quería hacer —dijo Simon con convencimiento. Era la mentalidad que tenía, sin sombra de duda—. En esta etapa de mi vida, estoy exactamente donde quería estar.

—¿En serio?

Ese había sido Bruno. Miraba a Simon con expresión incrédula, registrando con los ojos la cara de Simon en busca de una respuesta.

—Por supuesto. Estoy casado con la mujer a la que amo, tengo cuatro hijas preciosas, estoy trabajando en lo que siempre había querido trabajar. Bonita casa, bonito coche. Bonitas vacaciones. Me gustaría tener un poco más de vacaciones, si acaso. Muchas más vacaciones, a ser posible.

Las gafas se le habían deslizado por el puente de la nariz y las empujó hacia arriba con el dedo corazón, un gesto que Bruno ya había observado.

Della siguió con su interrogatorio.

—¡Así que no cambiarías nada! Si mañana descubrieras que solo te quedan dos meses de vida, actuarías con total normalidad. ¿Irías a trabajar el lunes por la mañana, como siempre?

Simon lo consideró un instante. Respondió con mucho cuidado, pensando atentamente en cada palabra.

—Sí. Sinceramente creo que sí.

—¿Y tú, Bruno?

Bruno no lo dudó, esperaba que le preguntaran.

—Yo iría a ver la aurora boreal. Toda mi vida he deseado ver la aurora boreal.

Ahora todos se habían vuelto hacia Bruno.

—¿Y adónde se puede ir a verla?

Bruno había pensado en la cuestión, lo había investigado.

—Pues puedes verla en Canadá o en Alaska —contestó—. Otro lugar es Noruega. Pero yo iría a Islandia. Siempre he querido ir a Islandia.

—Pensaba que era imposible predecir cuándo se va a producir una.

Bruno negó con la cabeza.

—No es imposible. Pero tienes que estar preparado para esperar.

—Aunque supieras que te vas a morir no te importaría esperar, no tendrías otra preocupación.

—Exactamente.

Addie le sonrió. Ya se lo imaginaba envuelto en su abrigo acolchado y con su gorro de cazador. Sentado en un pequeño taburete en medio de una enorme extensión de hielo, mirando al cielo pacientemente.

Fue Simon quien la despertó del ensueño.

—Y sin embargo —dijo—, todos sabemos que estamos muriendo. Es la única certeza que tenemos. Y no hacemos todas esas cosas. No hasta que es demasiado tarde.

Della comenzó a apilar las tazas de café en la mesa delante de ella.

—Esto me empieza a dar un poco de mal rollo.

Se levantó.

—No puedo dejar de pensar en las niñas. Tal vez si fueran un poco mayores me sentiría cómoda hablando del tema. Pero ahora no quiero pensarlo, me da escalofríos. Creo que deberíamos cambiar de tema.

—Me permito recordarte que eres tú la que ha empezado.

—Pues entonces permíteme que también lo termine.

—¿Y qué pasa conmigo?

Todos se volvieron para mirar a Addie, que estaba erguida en su silla, con los ojos resplandecientes.

—Yo nadaría en más piscinas —dijo alegremente—. Vendería el piso y recorrería el mundo de piscina en piscina. Localizaría las piscinas más exóticas del planeta. Haría una lista y me zambulliría en todas.

Addie ya se ve a sí misma. Imagina la fotografía aérea de un gran hotel en Nápoles, tal vez, o en Capri. Una de esas fotos que toman y venden en la recepción. Tras la terraza del hotel, una hilera de barandas deja paso a un acantilado, mucho más abajo se ve el mar azul oscuro. La piscina es un largo rectángulo turquesa rodeado de sombrillas a rayas. Addie se ve allí, una criatura con una silueta como de rana con un bañador rojo oscuro, atravesando la piscina a brazadas lentas.

Mientras todavía está pensando en esa, otras piscinas hacen cola en su cabeza. Una piscina de dimensiones infinitas en Cabo San Lucas, el océano Pacífico fundiéndose en ella. Una piscina en un tejado abrasador en El Cairo, con el sonido de las plegarias del viernes reverberando en el aire. Una piscina profunda y oscura en un sótano de París, ¿qué película era esa? *Tres colores: azul.*

Fue Della quien la interrumpió.

—Sí, sí —dijo impaciente—. Pero ¿os gustaría saber la fecha? Esa era la pregunta.

—No —contestó Addie con un suspiro—. Supongo que no. Pero no deja de ser una idea bonita.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## 33

La mañana del cumpleaños de Addie, el correo cayó del buzón al suelo con un ruido inusualmente fuerte. Un sonido encantador, Addie lo percibió desde dentro de la cama. La puerta del dormitorio estaba abierta de par en par y casi podía ver el montón de cartas en el suelo. El corazón le dio un vuelco al sentir todo aquel amor.

Se había levantado temprano, pensando en su madre, como siempre hacía en su cumpleaños. Imaginaba aquella mañana, treinta y nueve años antes, cuando su madre habría abierto los ojos sobresaltada, su cerebro dormido consciente de repente de que había llegado el día. Fuera todavía no debía de haber amanecido, su madre se habría vuelto a un lado para despertar a Hugh, mientras las contracciones atormentaban su barriga y se hallaba a punto de estallar. O tal vez le hubieran llegado los dolores mientras preparaba el desayuno de Della, o mientras iba de tiendas con su hija en el cochecito. Tal vez habría vuelto corriendo a casa para telefonar a Hugh al hospital y se habría parado a pedirle a una vecina que cuidase de Della durante su ausencia.

A Addie nunca le han contado la historia, tiene que imaginársela.

—¿A qué hora nací? Necesito saber a qué hora nací para que me puedan hacer la carta astral.

—¡Dios santo!, hija mía, no tengo ni idea. ¿Cómo diablos podría acordarme?

Y Addie recuerda haber pensado, ¿cómo diablos puedes no acordarte?

Tumbada en la cama, oía a Bruno ajetreado en la cocina. Por el ruido, le estaba preparando el desayuno. Tuvo que resistir la tentación de levantarse



de un salto para ir a recoger el correo. Si se levantaba estropearía la sorpresa. También tenía ganas de hacer pis, aunque eso tendría que esperar. Ya olía el café, oyó el ping del microondas, donde acababa de calentar la leche.

*—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseo querida Addie, cumpleaños feliz...*

La sincronización había sido perfecta, ya que dejó la bandeja sobre sus rodillas justo cuando sonaba la última nota. Addie levantó la cabeza al mismo tiempo que Bruno bajaba la suya, cerró los ojos y saboreó el beso. El cremoso aroma del café humeante, el sol débil que se filtraba a través de la ventana, el roce de la barba de Bruno en su barbilla mientras la besaba.

Bruno había entrado el correo, las cartas estaban amontonadas en el borde de la bandeja. Addie comenzó a abrirlas ávidamente.

Una postal de Hugh, «Para una hija maravillosa». Delante había una foto de una niña posando orgullosa junto a su poni. Hugh todavía elige estas postales para Addie, como si no se hubiera dado cuenta de que ya es adulta. «Para mi querida Addie —había escrito en el interior—. Que tengas un muy feliz cumpleaños. Un beso de tu viejo padre». La punta de su pluma estilográfica era tan gruesa que la tinta se acumulaba en las curvas de las letras. Se le estaba agotando el cartucho, la escritura se volvía más acuosa a medida que iba avanzando. «PD —había escrito en la parte inferior de la página, con letra tan tenue que apenas era legible—. Tengo que comprar tinta».

Addie sonrió mientras dejaba la postal en la bandeja. Echó mano del siguiente sobre del montón. Una postal de Della, con una foto de dos mujeres mayores en bañador sentadas en sendas tumbonas. Había un fajo de vales caseros metidos dentro. Un vale para un abrazo de Lisa. Un vale para pintarse las uñas de Elsa, otro para cepillar a la perra de Tess, un masaje de espalda de Stella.

Bruno estaba sentado en el borde de la cama. Addie le pasó los vales para que los viera.

Guardó el paquetito para el final. Un sobre acolchado marrón, no parecía que pudiera haber gran cosa dentro. Addie comprobó el peso sobre

su palma abierta, parecía estar vacío. Reconoció la caligrafía del remitente, la letra recta de la mano de Maura.

—Ábrelo —dijo Bruno—. Me tiene intrigado.

Pero Addie volvió a dejarlo en la bandeja. Cogió su taza de café y se volvió a apoyar en las almohadas.

—Siempre espero un poco antes de abrir un paquete. Una vez que lo has abierto, la magia desaparece.

—Seguro que ya lo hacías cuando eras pequeña.

Addie asintió con la cabeza.

—A Della la desesperaba.

De un modo muy formal, volvió a dejar la taza de café en la bandeja y cogió de nuevo el paquete. Empezó a deslizar el dedo por debajo del precinto, lo rasgó y metió la mano dentro. Sacó una pequeña hoja doblada de papel de carta y a continuación una funda cuadrada de papel que contenía un DVD sin título.

—¡Qué extraño! —Addie abrió la carta.

Bruno se sentó y esperó mientras ella leía.

—Está en Roma, no volverá hasta el próximo fin de semana.

Addie empezó a leer la carta en voz alta, imitando la voz de Maura para Bruno, su tono brusco y serio.

—Por fin he encontrado a alguien que me copiara esto en un DVD. ¡Viva la tecnología!

Addie levantó la mirada hacia Bruno.

—No dice qué es. ¡Dios mío! Espero que no se esté volviendo chiflada, es la única persona cuerda que conozco.

Volvió a meter la carta y el DVD en el sobre. Y entonces se dio cuenta de que Bruno estaba esperando que dijera algo.

—¡Ay, Bruno! Aparte de ti, claro.

La buena de Maura siempre se acuerda del cumpleaños de Addie. Por Helen, más incluso que por Addie, es una fecha que siempre tendrá grabada en la memoria. En esta fecha, siempre lamenta profundamente la muerte de Helen, siente la tragedia tan reciente como si fuera ayer. La naturaleza arbitraria del asunto todavía le resulta incomprensible. En el colegio se

habían sentado juntas todos los días durante seis años. Ahora Helen se ha ido y Maura sigue aquí. Y eso supone una responsabilidad, deberes que cumplir. Se considera la guardiana del legado de su amiga.

Tras la muerte de Helen, sus joyas se repartieron entre sus hijas. Fue Maura quien las repartió, Hugh le había pedido que lo hiciera.

—¿No habrá algo que quieras quedarte tú? —le había preguntado a Hugh—. Como recuerdo.

Y él había contestado:

—Por Dios, no, ¿qué quieres que haga yo con una de sus joyas?

No se le había ocurrido preguntarle a Maura si quería quedarse con algo de recuerdo. De modo que Maura dividió las joyas entre las niñas.

Una lluviosa tarde de lunes, después de recogerlas en el colegio, las desparramaron sobre la colcha y las extendieron con sus deditos ansiosos. El collar de perlas que le habían regalado a Helen por sus veintiún años. Los pendientes de color aguamarina, que le había regalado su madre cuando se casó. Los guardapelos de oro y las pulseras de dijes, que eran como baratijas de niñas. El colgante de lapislázuli y la gargantilla de turmalina, regalos de Hugh a lo largo de los años. El anillo de compromiso fue para Addie y Della se quedó el anillo de boda.

—¿Crees que por eso Della se ha casado y yo no?

—¡Vaya, Addie! ¡No seas tan fatalista! ¿Qué te hace pensar que no te vas a casar?

Siempre tan optimista, eso es lo que les encanta de Maura. Cree en ellas, quiere lo mejor para ellas.

—Hay un hombre encantador en tu futuro, Addie, estoy absolutamente segura. Solo que está tardando un poco en aparecer por el horizonte.

Esto se lo había dicho Maura justo después de romper con David. Últimamente, Addie pensaba cada vez más a menudo en aquellas palabras, como si quisiera poner a prueba su resistencia, como cuando estás a punto de poner el pie sobre un travesaño de madera que chirría.

Con aquellos danzarines ojos negros y aquella cara menuda y seria, siempre resulta difícil no darle la razón a Maura. La certeza con la que habla, es como si pudiera ver cosas que nadie más ve.

—Hay muchos más peces en el mar —había dicho—. ¡La próxima vez, olvídate de la caballa y ve a por el salmón!

Las niñas heredaron el dinero de Helen, por supuesto. Todo el dinero que le habían dejado a ella sus padres en sus testamentos pasó a Hugh cuando ella murió, pero él era demasiado orgulloso para tocarlo. Así que lo guardó para Addie y Della. A la larga, les sirvió a ambas para pagarse un techo.

También había plata, un juego de cubiertos que habían recibido los padres de Helen como regalo de boda. Hugh animó a Della para que se lo llevara cuando se mudó. Addie se quedó con la taza del bautizo de Helen, que tenía en un estante de su cocina, dentro guardaba cajas de cerillas. No se le ocurría para qué otra cosa podría servir.

Pero a Addie no le servía de consuelo tener cosas de su madre. La mayoría cosas duras, trozos de metal y cristal. Podías sacarlas y mirarlas, podías sacarles brillo y pulirlas, pero no había en ellas nada de su madre. Eran tan impersonales como piedras.

Por eso la gente da tanto valor a las reliquias de los santos. Addie entiende por qué la gente se congrega para verlas. Ella ha visto las imágenes en televisión, miles de personas haciendo cola durante horas y más horas solo para poner una mano sobre una caja antigua que contiene un fragmento de hueso o un mechón de pelo.

Addie desearía tener una reliquia de su madre. Desearía tener un diente o un mechón de sus cabellos, algo que pudiera conservar todavía alguna esencia de ella. Alguna muestra de tela de alguna prenda de ropa, tal vez, algo que hubiera tocado su piel, algo en lo que pudiera haber sudado o sangrado. Si Addie tuviera algo así lo guardaría debajo de la almohada. Durante la noche alargaría la mano y se reconfortaría al tocarlo.

Ya empezaba a caer la noche cuando se decidió a mirar el DVD. Habían pasado el día fuera en el cabo de Howth, recorrieron los caminos serpenteantes de los acantilados, bajaron a una playa y luego a otra, la perra

tropezando entre las piedras antes de entrar en el agua. El cabo, el faro, la sinuosa carretera que bajaba al pueblo. Habían parado en el muelle a comprar pescado y hecho una paradita en el pub para tomar una pinta de Guinness y una bolsa de patatas fritas antes de volver sin prisas al coche. Un baño caliente y ahora Addie estaba sentada en el suelo delante de la tele. Todavía tenía el pelo mojado y llevaba una toalla que le cubría los hombros. Bruno estaba en la cocina preparando su cena de cumpleaños. Olía a ajo y a anís. A mantequilla chamuscada. El sonido de un líquido caliente vertido en un colador.

Addie apuntó a la tele con el mando a distancia y conectó el modo DVD.

La pantalla se volvió azul.

Pulsó «play».

Una pantalla negra, con una fecha escrita en el centro con letras blancas. *8 de enero de 1974*. El cuarto aniversario de Addie.

Con las piernas cruzadas sobre la alfombra, Addie miraba fijamente la pantalla. Su corazón dejó de palpar.

La fecha desapareció. Un estallido de ruido en cuanto apareció la imagen. Una cámara en movimiento, que enfocaba unos armarios de cocina y bajaba hasta posarse en una hilera de caritas. Media docena de niñas pequeñas vestidas de fiesta estaban alineadas como bolos delante de la mesa de la cocina. La cámara daba una sacudida y las niñas se volvían a mirar a la derecha de la imagen, con ojos enormes y brillantes.

Addie permanecía sentada ante el resplandor del televisor, maravillada.

La cámara vagaba hacia la derecha y Addie se vio a sí misma. Estaba de pie sobre una silla de la cocina y se inclinaba impacientemente sobre la mesa. Llevaba el pelo recogido en dos coletas altas, dos pequeños mechones a cada lado de su cara. Con sus manitas rechonchas planas sobre la mesa, daba brincos con las patas traseras como una mula.

Cuidado, Addie, cuidado, gritaba alguien. Te vas a caer de la silla.

De repente se apagaban las luces, las caras se volvían sombras. Ojos y dientes resplandeciendo en la oscuridad, formas cambiantes. Una voz masculina comenzaba a cantar un retumbante cumpleaños feliz. Las niñas se unían a la canción y la cámara se bamboleaba por la fila para pescar sus caras cantando. La voz de una mujer se alzaba por encima de ellas en un tono exagerado de soprano. Maura, pensó Addie, solo podía ser Maura. Se la oía pero no se la veía.

La cámara había llegado a la puerta y en la oscuridad aparecía un pastel con cuatro velas encendidas. Primero se veían las velas, más tarde se veía la cara incorpórea que flotaba encima de ellas, que la luz parpadeante de las velas salpicaba de sombras. Sus ojos bailaban mientras cantaba con las demás.

La cámara la seguía mientras avanzaba con cautela. Se acercaba a Addie por detrás, levantaba los codos hacia los lados y formaba un círculo con los brazos. Y con cuidado, pasaba sus brazos por encima de la cabeza de Addie y apoyaba el pastel en la mesa delante de ella. Acercaba su cabeza a la de Addie y le susurraba algo al oído. A continuación Addie soplabas las velas, había una pequeña ovación y las luces volvían a encenderse.

Addie se vio a los cuatro años inspeccionando orgullosa la mesa, las mejillas rosas, radiante, bajo la luz. Addie observó cómo la cámara se desplazaba alrededor de la cocina. Ahora su madre cortaba el pastel y servía trozos grandes en platos de cartón que se deformaban por el peso. Tenía el pelo largo y castaño rojizo, recogido hacia arriba en un moño. De vez en cuando soplabas sacando el labio inferior para apartar un rizo rebelde que caía constantemente delante de sus ojos. Llevaba una blusa de cuello alto de estilo victoriano, su boca amplia, un círculo rojo. Estaba apoyada en el armario de la cocina con un cigarrillo en las manos. Hugh estaba a su lado, Addie tardó un segundo en reconocerlo. Un mechón enorme le cubría la frente, también tenía un cigarrillo en la mano. Mientras Addie los miraba, su madre apoyó la cabeza en el hombro de Hugh durante un momento. Entonces, de pronto, se fue la imagen y la pantalla se quedó negra.

Cuando Bruno salió de la cocina se la encontró llorando. Seguía sentada en el suelo mirando el televisor. Tenía la espalda erguida y las piernas

cruzadas como un yogui, pero sus hombros temblaban mientras lloraba.

Addie no había visto nunca un vídeo de su madre antes. Fotografías sí, pero una imagen en movimiento es diferente. Una imagen en movimiento es más real de lo que jamás podrá ser una fotografía. Después de tantos años, verla de vuelta viva había sido impactante. Addie no se lo esperaba.

Cuando Bruno la encontró se agitaba entre sollozos y respiraba entrecortadamente. Por Dios, dijo, ¿qué pasa? Se acercó a toda prisa y se puso en cuclillas a su lado, con el trapo de cocina aún en la mano. Empezó a frotarle la espalda arriba y abajo con la palma de la mano en un intento de calmarla.

Addie escondía la cara entre las manos y agitaba la cabeza de un lado al otro como si tratara de sacudirse la impresión. Lloraba tanto que costaba entender lo que decía. Bruno se arrimó a ella para tratar de descubrir qué le pasaba.

—No me acuerdo de ella —decía, sollozando amargamente entre sus manos.

Bruno le frotó la espalda mientras seguía tratando de comprender qué había pasado.

—Creía que tenía recuerdos de ella, pero ahora que la he visto me doy cuenta de que no, de que tengo que habérmelos inventado.

Addie alzó la vista hacia Bruno, con los ojos rojos y la mirada confusa.

—No sé por qué me he alterado tanto. Solo es que es diferente a como yo la recordaba.

Addie se rio de sí misma mientras se limpiaba la nariz con la manga del jersey.

—Lo siento —añadió—. No sé por qué estoy tan alterada. Supongo que es que no me lo esperaba. Me ha cogido por sorpresa, es solo eso.

—No hace falta que te justifiques —dijo Bruno—. No hace falta que te justifiques.

—Tienes suerte —se desahogó Addie más tarde, cuando ya se habían comido el pescado y habían recogido los platos. Ahora hablaban

calmadamente, ya había superado la impresión—. Tienes suerte de tener toda una vida de recuerdos de tu madre.

—Sí —admitió él, aunque su cara reflejaba una gran tristeza—. A veces me parece que tengo demasiados recuerdos de ella. Especialmente del final, que tengo muy presente. A veces desearía poder olvidar el final.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*



## 34

Hugh tiene una manera característica de suspirar cuando habla de sus pacientes. Toma aire y lo expulsa con un largo suspiro de hastío antes incluso de decir nada. Como si supiera que aquello solo puede acabar de una manera, como si apenas pudiera reunir la energía para explicarlo.

Un suspiro exactamente igual al que soltó el médico de Addie cuando la hizo sentarse para darle los resultados de su exploración. Fue así como lo supo. Supo lo que iba a decir antes de que abriera la boca.

Le había preguntado si había alguien a quien quisiera telefonear. Le había sugerido que quizá le gustaría que la acompañara alguien.

Addie se oyó a sí misma diciendo no, no, no hay nadie a quien quiera telefonear.

El médico suspiró de nuevo, mientras seguía los bordes de su expediente con el dedo. No abrió la carpeta, se limitó a seguir el perímetro. Tenía las uñas bien cuidadas, observó Addie, tenía las manos muy arregladas.

—No tengo buenas noticias —dijo, alzando por fin la mirada hacia ella—. Aunque creo que usted ya lo sabía.

Addie asintió con la cabeza. Y realmente le pareció que ya lo sabía, en aquel momento le pareció que siempre lo había sabido. Asintió con la cabeza sin darse cuenta de que se le saltaban las lágrimas.

El médico le habló con frases cortas y concisas. Addie se encontró dándole la razón en todo lo que decía.

Apenas había empezado a dibujar un diagrama en la cubierta interior de la carpeta cuando lo llamaron al móvil. Tardó un momento en sacarse el

teléfono del bolsillo. Cuando lo hizo miró la pantalla con los ojos entrecerrados. Luego alzó la vista hacia Addie y levantó el dedo índice mientras respondía a la llamada.

—Doherty.

Parecía aburrido, abatido. Su tez bronceada hablaba de días festivos pasados en el campo de golf. De vacaciones en el Algarve. Llevaba una pluma estilográfica sujeta en el bolsillo superior de la chaqueta, lo que inquietó a Addie. ¿No temía que goteara?

—Eso significa tener un quirófano menos para la semana próxima.

El médico dirigió su mirada a Addie, levantó la vista hacia el cielo en un gesto de complicidad. Addie le devolvió la sonrisa comprensivamente.

—¿Tengo la lista completa para el lunes?

Mientras escuchaba la respuesta, jugueteaba con la lengua entre los dientes. Addie no dejaba de mirarlo, intrigada. Tenía los mismos gestos que Hugh, podrían haberse criado en la misma casa.

—Por el amor de Dios —decía—, tardaremos semanas en ponernos al día.

Tenía la silla inclinada hacia atrás, como un colegial. Abruptamente, dejó caer las dos patas de delante al tiempo que colgaba el teléfono.

—Tendrá que perdonarme —dijo, guardándose el móvil en el bolsillo de la chaqueta—. Tengo que salir un segundo.

Le preguntó si le importaba esperar, si quería que entrara una de las enfermeras a acompañarla.

—No —contestó Addie—. No, estoy perfectamente, gracias.

Tal como lo decía se dio cuenta de que acababa de decir una tontería.

Si la hubierais visto, parecía una mujer dentro de un cuadro, por lo quieta que estaba. Sentada con los pies plantados en el suelo, las manos relajadas sobre su regazo, la cara levantada mirando la luz que entraba por la ventana.

Miraba por la ventana el enorme cielo cambiante. Observaba la silueta relajante de las montañas. Los árboles temblorosos. El verde intenso del campo de golf. Las mujeres con pantalones hasta la rodilla y visera, cuyos carritos de golf tenían forma de buitres encorvados.

Miró todas aquellas cosas y pensó, nada. Estaba procesando las palabras que acababa de oír. Grupos de palabras, frases enteras. Palabras como intratable. Inviabile. Peor escenario posible.

Oyó el chasquido de una pelota de golf, como un estallido. Oyó el televisor en la sala contigua, la cadencia poco natural en la voz del presentador de las noticias. Un chirrido del marco de la ventana, que gemía bajo la luz del sol. Pasos en el pasillo exterior, oyó cómo se acercaban y luego oyó cómo se volvían a alejar. Oyó todas esas cosas y no pensó nada sobre ellas.

El cielo empezaba a marearla, se movía demasiado deprisa. Los árboles la inquietaban, susurraban de forma caótica. Solo las montañas la sosegaban, su tonalidad azul oscuro, su pendiente suave. Mientras miraba las montañas se sentía bien.

Le habían dicho que llamara a alguien, pero ella no había querido. Lo único que quería era irse a casa.

Más tarde, recorrió el pasillo en sentido contrario, en dirección a los ascensores. Mientras caminaba, era consciente de la extraordinaria agilidad de sus movimientos, de su cuerpo y su cerebro funcionando al unísono como un instrumento bien afinado, como si estuviera flotando por el espacio. Apretó el botón del ascensor y observó la pantalla digital que indicaba que bajaba tres plantas hasta la suya. Cuando se abrieron las puertas entró en él. Se quedó con la espalda apoyada en el espejo, observando cómo se cerraban las puertas. Una planta más abajo, esperó a que las puertas se abrieran y salió al vestíbulo del hospital.

Se acordó de sacar el tique del aparcamiento de su bolso y lo introdujo en la ranura de la máquina de la puerta principal. Encontró las monedas en el bolsillo y las introdujo en el parquímetro. Observó cómo la lectura de la máquina iba bajando la tarifa del aparcamiento hasta llegar a cero. Esperó a que volviera a salir el tique. Lo cogió y se lo guardó cuidadosamente en el bolsillo del abrigo. Salió fuera y se detuvo un instante mientras trataba de recordar dónde había aparcado el coche. Ah, sí, junto al árbol.

Abrió primero la puerta del acompañante y dejó el bolso en el asiento. Luego dio la vuelta hasta la puerta del conductor y entró en el vehículo. Cuando le dio al contacto se puso en marcha la radio, y Addie alargó la mano para pararla. Siguió las flechas del suelo hacia la salida, paró en la barrera para introducir el tique. La barrera subió y Addie salió del hospital.

El tráfico era fluido y llegó a casa en menos de diez minutos. Abrió la puerta y tiró las llaves sobre la mesa del vestíbulo. Se quitó el abrigo y lo colgó. Luego entró en la sala de estar.

*Lola* estaba tumbada en su estera detrás de la puerta. Cuando entró, levantó la cabeza con expectación y empezó a menear el rabo adelante y atrás sobre el suelo.

Addie se arrodilló. Se dejó caer a un lado, se acurrucó junto a la perra. Abrazó el cuerpecillo caliente de la perra y frotó la cara en su nuca, aspirando su olor a mucho pienso.

No hay palabras para describir lo que sintió.

Las palabras llegaban por entregas. Parecía que su mente solo pudiera asimilarlas poco a poco, como una ecuación que hay que descomponer en varias partes antes de poder resolverla.

Addie procesó lo que le habían dicho, entendió su significado con una lentitud exasperante. Significa que no voy a mejorar, pensó, significa que me voy a morir. Los demás seguirán sin mí. *Lola* seguirá aquí, Bruno seguirá aquí. Hugh y Della, y Simon y las niñas, sus vidas continuarán. Pero la mía no. Yo ya no estaré aquí.

La trascendencia del asunto se medía por las veces que le pasaba por la cabeza, por su frecuencia. Del mismo modo que se puede calcular la proximidad de una tormenta por el tiempo que transcurre entre el relámpago y el trueno. Según este cálculo, la tormenta estaba cerca.

## 35

Addie trató de explicárselo a Della.

—¿Recuerdas cuando éramos niñas y lo echábamos a cara o cruz? Cuando hacíamos algo realmente tremendo, lo echábamos a cara o cruz. O si éramos muchas a la pajita más corta.

Della lloraba, no había dejado de llorar desde que Addie se lo había dicho.

Addie trataba de consolarla.

—No pasa nada —repetía constantemente—, no pasa nada.

Hasta que Della gimió.

—¿Quieres dejar de repetir eso? ¡Sí que pasa algo!

—Sí —admitió Addie calmadamente—. Supongo que tienes razón. Sí que pasa algo.

Addie trató de discutirlo con Della.

—¿Recuerdas aquella sensación? Nos lo jugábamos a la pajita más corta y quien perdía tenía que trepar el muro del jardín de la señora mala. Sabías que alguien tenía que perder, sabías que podías ser tú. Pero nunca lo asumías realmente. No lo asumías hasta el momento en que te encontrabas sosteniendo la pajita más corta. Y todo el mundo estaba allí mirándote, todos estaban allí con sus pajitas más largas y te miraban con una lástima espantosa en la cara.

A Della se le caían las lágrimas mientras la escuchaba. Addie se sentía extrañamente lejos, casi como si estuviera viendo a alguien llorar por la tele. No estaba segura de haber visto nunca antes a Della llorar.

—De todos modos —continuó Addie—, hay algo de eso. Es una sensación de soledad.

—Hugh —dijo Della de repente, con los ojos enormes y expresión angustiada—. ¿Lo sabe Hugh?

Addie negó con la cabeza.

—¡Santo cielo, Ad! ¿Cómo se lo vas a decir?

—No te preocupes, ya se lo diré. Tengo que ser yo quien se lo diga.

—¿Y qué me dices de Bruno?

Addie negó vigorosamente con la cabeza.

—Todavía no. No hasta después de la inauguración.

Ahora Addie estaba al mando, tenía que estarlo. Por primera vez en su vida, era la líder, era la que tenía que marcar el camino. Era una sensación buena. Se sintió más fuerte que nunca. Sabía que sería capaz de hacerlo.

—¿No estás enfadada por todo esto? —preguntó Della, con los ojos totalmente enrojecidos y la frente arrugada como si tratara de comprender—. No me puedo creer que no estés furiosa.

—Tal vez lo estaría —contestó Addie— si hubiera algo que yo pudiera hacer al respecto. Pero no parece que lo haya. Por tanto, ¿qué sentido tiene?

Della estaba enfadada, estaba furiosa.

En cuanto Addie se marchó, atravesó la casa corriendo y salió por la puerta trasera como si fuera a vomitar. Bajó tambaleándose hasta el fondo del jardín. Cuando llegó allí no supo qué hacer consigo misma. No se podía creer que aquello le estuviera pasando a ella. Era como una pesadilla. Sobre todo deseó que no estuviera ocurriendo.

Se sentó en el borde de ladrillo del parterre de flores, se tapó la cara con las manos y chilló. El ruido le salió de lo más profundo del pecho, un gemido terrible. Tenía los puños cerrados con tal fuerza que las uñas se le clavaban en las palmas carnosas de las manos. Lloró lágrimas secas y tuvo arcadas mientras su mente atravesaba a toda velocidad un túnel oscuro donde la terrible realidad la iba asaltando como los letreros de neón de una autopista.

Su vida jamás volvería a ser la misma. Hugh y ella solos, los únicos de la familia, tendría que vivir el resto de su vida como hija única de Hugh. Tendría que vivir con aquel dolor, sería la única que quedaría para cuidarlo en su vejez.

Ahora las lágrimas ya eran húmedas, húmedas y reales. Notaba cómo surgían de su corazón, bolas calientes de lágrimas que ascendían por su garganta y bajaban tan rápidamente por su cara que no le daba tiempo a secárselas.

¿Quién sería ella sin Addie? Menos glamurosa, sin Addie para poder compararse. Menos alocada, sin tener a Addie para sorprenderla. Menos interesante, menos amada. Menos, menos, menos.

Sin Addie, su vida sería imposible. ¿Cómo podía morirse Addie? ¿Cómo podía ocurrir algo así? No se podía imaginar la secuencia de los hechos, no era capaz de atar cabos. Todo aquello afectaba a Addie, se le ocurrió entonces. Aquella era la tragedia de Addie. El resto la lloraría y la echaría de menos, pero sus vidas continuarían. Era Addie quien iba a morir. A Della se le partió el corazón por ella.

Al menos no es una de las niñas, pensó con un escalofrío de alivio. Si fuera una de ellas, ni siquiera Addie podría soportarlo. Pero entonces el miedo se apoderó de ella. Si aquello podía pasarle a Addie, ¿quién podía decir que la siguiente no fuera una de las niñas?

Las ideas cruzaban tan rápidamente por su cabeza que apenas tenía tiempo de procesarlas. No había modo de saber cómo terminaría todo aquello. Apoyó la frente en las rodillas y lloró.

Cuando Addie se lo contó a Hugh, él la miró como si estuviera loca.

—¿De qué rayos estás hablando, hija mía?

Addie le habló muy despacio.

—Están seguros, Hugh, me dijeron que estaban absolutamente seguros.

Hugh tenía la cara deformada por la noticia, con la barbilla escondida en el cuello alto en gesto de incredulidad.

—¿Tienes la menor idea de lo que estás diciendo, Adeline? ¿Tienes idea de lo que estás diciendo?

Addie no contestó.

—Mira —dijo Hugh, como si quisiera explicar su punto de vista—. Tiene que haber algún tipo de malentendido. Esto lo aclararemos enseguida.

—No es ningún malentendido, Hugh, créeme.

—¿Quién fue el médico que te atendió?

—Dermot Doherty, de Saint Vincent.

Hugh carraspeó ostensiblemente y soltó un bufido por la nariz.

—Dios santo, Doherty. ¿Y fue él quien te lo dijo?

—Sí —contestó Addie—. Fue él quien me dio el diagnóstico.

—¿Qué diagnóstico? —rugió Hugh—. ¡Por Dios, hija mía!, si no sabes ni lo que dices. No puedes decir estas cosas, ir soltando estas palabras como si no significaran nada.

—Hugh —dijo ella con dulzura—, me estás gritando.

—¡Por supuesto que te estoy gritando! Estoy tratando de hacerte entrar en razón.

En voz tan baja que apenas se la oía, Addie le suplicó:

—Por favor, Hugh. Deja de gritarme. No he hecho nada malo.

Addie lo dejó revolviendo los cajones de su escritorio en busca de su agenda de teléfonos, murmurando para sí mismo, despotricando.

—Mi propia hija —decía—. ¿Cómo crees que me hace quedar esto? Mi propia hija, joder.

Ahora estaba a cuatro patas, abría de un tirón el cajón inferior de su escritorio. Ni siquiera se dio cuenta de que Addie salía de la habitación.

—¿Cómo crees que me hace quedar? ¡Que ni me haya dado cuenta! Es el acabose.

Gruñó al encontrar la agenda, se incorporó, se sentó en la silla y empezó a pasar las páginas. Dennehy, Devane, Doherty. Aporreó las teclas para marcar el número, pero saltó el buzón de voz. Colgó sin dejar mensaje. A continuación llamó al hospital y pidió que le pusieran con Doherty. Tras un momento de espera saltó otro buzón de voz, esta vez la voz de su secretaria personal, que le recordaba el horario de la clínica. Hugh miró su reloj y vio



que ya eran las siete y media. Colgó el teléfono indignado. Trató de llamar al móvil de Della, pero Della no lo cogió. Volvió a intentarlo una segunda vez, pero tampoco lo cogió.

Volvió a hojear otra vez la agenda de teléfonos frenéticamente. Buscaba el nombre de un tipo al que había conocido en una conferencia en Filadelfia, ¿de Bristol, había dicho que era? Un irlandés, había mencionado que estaba ensayando un nuevo tratamiento. Pero ¿podría acordarse de su nombre?

Dejó caer la agenda de entre sus dedos encima del escritorio y se desplomó sobre la silla, como si le hubieran dado un puñetazo. La expresión de su cara era de aturdimiento, el pelo de loco, los ojos vidriosos mientras trataba de procesar lo que le estaba pasando. Todavía sostenía en la mano izquierda el auricular, del que salía un pitido débil, y lo colgó bruscamente en su horquilla.

Cuando Simon llegó a casa no encontraba a Della por ningún lado. La buscó por toda la casa. Ninguna de las niñas sabía dónde estaba, no sabían decir cuándo la habían visto por última vez. Habían aprovechado su ausencia y estaban todas sentadas en la cama de matrimonio comiendo galletas saladas y viendo *Sabrina*. Había migas por todas partes.

La puerta de atrás estaba abierta de par en par. Simon salió al patio oscuro, preso de un miedo irracional.

—¡Della! —gritó.

El sonido de su propia voz propagándose a través de la oscuridad lo puso todavía más nervioso.

Fue a la parte posterior del jardín. A cada paso tenía más miedo de lo que pudiera encontrar allí.

—¡Della!

La encontró encorvada en el suelo detrás de uno de los parterres de flores, una pequeña sombra oscura. Ni siquiera lo había oído acercarse.

—Della, ¿qué diablos pasa?

Della levantó la cabeza y lo miró como si estuviera viendo a un fantasma. Su piel salpicada por la luz de la luna, su cara de un blanco mortal.

—Es Addie —dijo, con voz temblorosa—. Es Addie, Simon, está muy enferma.

Y Simon se arrodilló a su lado y empezó a preguntarle quién la estaba atendiendo, quién era el oncólogo, quién el radiólogo.

—¿Quieres dejar de preguntarme eso? ¡No lo sé! —gritó Della—. ¿Cambia algo quién la esté atendiendo? No entiendo qué diferencia podría haber.

—No —dijo Simon, apoyando su frente en la de ella—. Tienes razón, probablemente no haya ninguna diferencia.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## 36

Se había apoderado de Addie una extraña sensación de calma. Casi podríamos decir euforia.

De repente todo le parecía muy claro. Era como si estuviera sobrevolando el mar un día despejado. En un día nublado, el agua se vería opaca, daría lo mismo si estuvieras sobrevolando montañas o campos. Podría ser un mar gris o un mar azul, podría ser de un verde sucio, pero lo único que podrías ver sería la superficie del agua, sin ningún indicio de que hubiera algo debajo. Pero en un día soleado, en un día soleado, el agua se ilumina, puedes ver el fondo. Puedes ver manchas negras de roca y coral, puedes ver un banco de peces deslizándose a través del agua. Puedes ver recortada la silueta oscura del avión en el que viajas, avanzar regularmente sobre la superficie, ondulada por las olas.

Ese era el tipo de visión que tenía ahora Addie. Su vida estaba iluminada desde arriba y podía verlo todo claramente. Un estado mental que siempre había anhelado aunque nunca hasta ahora había logrado.

Cuando Bruno se despertó, Addie fingió que seguía dormida. Mientras él estaba entretenido en el dormitorio vistiéndose, ella permaneció tumbada bocabajo, la cara apretada contra la almohada y los ojos cerrados. Estaba completamente despierta, escuchándolo todo. Oyó cómo abría y cerraba la puerta del armario, oyó a Bruno coger las botas y sacarlas de la habitación, oyó el sonido amortiguado de sus calcetines sobre el suelo, el dobladillo de sus tejanos rozar el suelo de madera. Cuando fue a la cocina, Addie siguió el ruido del agua burbujeando en la tetera, el ruido que hacía Bruno al echar pienso en el cuenco de *Lola*.

A pesar de que Bruno estaba fuera del dormitorio, Addie no se atrevió a abrir los ojos. Se quedó allí tumbada, suspendida en el tiempo, escuchando cómo se ponía en marcha el día. Antes de irse, Bruno volvió a entrar en la habitación. Ahora Addie estaba echada de espaldas. Bruno se inclinó para besarla y ella se volvió hacia un lado, dejando escapar un gruñido soñoliento. Ni siquiera a ella misma le pareció demasiado convincente.

—Nos vemos luego —le dijo, mientras él volvía a salir de la habitación. La voz le salió ronca y atropellada, eran las primeras palabras que pronunciaba aquel día.

—Sin duda —respondió él mientras salía por la puerta—. ¡Y no olvidéis que tenemos una cita con la historia!

Se hacía difícil no decírselo, la noche anterior se le había hecho difícil. Cada minuto que pasaba, Addie tenía que esforzarse para no decírselo, tenía que concentrarse en comportarse con normalidad. No era su pena lo que más temía, sabía que eso no podía evitarse. Lo que más temía era una reacción desproporcionada. Lo que no podía soportar era que alguien perdiera el control. Ahora mismo, lo que más deseaba era calma.

Balanceó las piernas en el borde de la cama y se quedó allí sentada un momento, estirando los brazos por encima de la cabeza y arqueando la espalda. Con el estiramiento, el camisón subió por encima de los muslos, dejando ver el vello de su entrepierna. A Addie le desagradaba, aquella mata de pelo, lo encontraba vergonzosamente terrenal.

Se levantó y avanzó hacia la puerta, echó un vistazo fugaz a su propia imagen en el espejo de la parte interior de la puerta del armario. El camisón era un poco indecente, apenas le tapaba las nalgas. Los tirantes estaban demasiado sueltos, el corpiño colgaba bajo, dejando ver el bulto de sus senos bajo las axilas. Madura, esa fue la palabra que le vino a la cabeza, se veía joven y madura. Era incongruente, no encajaba con su situación.

Descolgó la bata de detrás de la puerta y se cubrió con ella, ató el cinturón con actitud desafiante alrededor de la cintura.

Tarareando alegremente se dirigió a la cocina, sin saber qué era lo que estaba canturreando.

*Lola* estaba allí esperándola, meneando el rabo con expectación. Addie le dio un arrumaco rápido, casi más bien una palmadita en el lomo. Luego se volvió a enderezar y se acercó al interruptor de la máquina de café. Todavía no tenía ánimo para pensar en *Lola*.

Con la taza de café en la mano, Addie se encontró vagando por el apartamento. Como el visitante de un museo, flotaba de habitación en habitación. Miró su escritorio, que parecía una tienda de golosinas. Los tarros de bolígrafos y lápices en fila, los botecitos ordenados de tintas de colores brillantes. Un dibujo a tinta a medio hacer de una piscina ocupaba toda la superficie de un papel de acuarela.

A continuación se dirigió al baño y se quedó allí de pie de espaldas al lavamanos. Junto a la bañera había un solitario bañador negro colgado de un gancho. La tela estaba algo deteriorada, Addie pudo verlo desde donde estaba. La parte posterior del bañador estaba gastada y se transparentaba la goma elástica blanca.

Con un poco de suerte me sobrevivirá, pensó Addie. Y se sintió aliviada por no tener que recorrer la ciudad en busca de un bañador nuevo. Últimamente cada vez se le hacía más difícil encontrar un bañador decente, en las tiendas ya solo había biquinis.

Addie examinó las botellas de productos cosméticos sobre el borde de la bañera. Los acondicionadores y champús y el frasco de cristal de espuma de baño. Advirtió que los medía, calculaba cuánto quedaba de ellos.

Era algo que hacía a veces en las vacaciones. Se embarcaba en un esfuerzo maniaco por exprimir hasta la última gota de loción solar del tubo antes de comprar otra nueva al día siguiente. Alguna vez había rajado un tubo de crema hidratante con las tijeras de las uñas o hundido el cepillo de dientes en la boca del tubo de dentífrico para extraer pasta suficiente para cepillarse por última vez con ella. La satisfacción de hacer que las cosas durasen era una sensación agradable. Ahora se permitió el capricho.

Luego observó las bolsitas de té del armario de la cocina e hizo inventario de ellas. El café, los cereales, la pasta deshidratada. Parecía estar

claro que ya apenas tendría que ir más de compras. Si tenía cuidado, nunca más tendría que poner los pies en un supermercado.

Addie seguía tarareando. De pronto cayó en la cuenta de qué era lo que estaba tarareando y sonrió, y empezó a cantar en voz alta.

*Todo se muere, nena, eso es un hecho.*

*Aunque tal vez todo lo que muera vuelva algún día.*

Era algo que le pasaba cada vez con más frecuencia, no podía quitarse las canciones de Bruce Springsteen de la cabeza. A veces incluso cantaba algunas frases en voz alta. Adoctrinamiento, la habían sometido a un adoctrinamiento. Se sintió ligeramente avergonzada al descubrir que funcionaba, le pareció una señal de debilidad de carácter. Como descubrir que se te pega un acento extranjero.

Bajó la mirada hacia su sencilla bata gris. Era de una lana suave, la había elegido porque era cómoda. Sus piernas pálidas sobresalían por debajo, las uñas de los pies como siempre sin pintar.

Eso la hizo sentirse mal, deseó haberse cuidado un poco más. Pensó en su vestuario, todos aquellos pantalones de pana y jerseys de cuello de pico, todas aquellas mallas y camisetas. Se pasó una mano por los cabellos cortos, deseando que fueran largos para poderlos recoger en un moño.

De repente se apoderó de ella un enorme deseo. Quería emperifollarse, quería pasarse todo el día preparándose para él. Se imaginó a sí misma sentada en un tocador en alguna parte, aplicándose con esmero un pintalabios rojo. Imaginó cómo debía de ser aquello de embutirse en un vestido ajustado, se imaginó llevando medias con ligas y tacones altos. Lo estaría esperando en la puerta cuando él llegase a casa. Ya sentía una corriente que corría por su interior, ya se estaba apretando contra él, notaba cómo su mano viril bajaba deslizándose por su espalda. Lo cogía por el brazo, se volvía y se apartaba de él, y lo arrastraba detrás de ella como la chica de un anuncio de perfume.

*Ponte el maquillaje y arréglate el pelo  
y queda conmigo esta noche en Atlantic City.*

Sintió que la abofeteaba una ola de arrepentimiento por todas las cosas que nunca había hecho. Se sintió llena de remordimientos por aquella vida suya que solo había vivido a medias.

Decidió pasar la mañana sola, solo ella y la perrita. Apagó el teléfono móvil y lo dejó conectado en el cargador en la mesa del vestíbulo. Sacó del bolso un billete de diez libras y se lo metió en el bolsillo del abrigo junto a algunas bolsas para recoger las caquitas de la perra y las llaves.

Sin ningún motivo aparente paseó junto al canal en vez de hacerlo por la playa. Un día como Dios manda por su belleza, las ramas de los árboles eran siluetas negras desnudas contra un cielo blanco brillante. Los juncos a lo largo de las orillas eran de un dorado pálido susurrante. El agua del canal estaba quieta y oscura, los reflejos de los árboles se extendían hacia sus profundidades.

Addie solo tuvo un momento, tal vez dos, para asimilar todo aquello antes de que *Lola* interrumpiera la paz. La perra atravesó a toda prisa el borde de hierba y se lanzó al agua, aterrizando con un gran planchazo. Un hombre que paseaba por la orilla opuesta se paró y soltó una carcajada. Su corazón lleno de orgullo.

Había una garza en la orilla opuesta, Addie no se había dado cuenta hasta entonces. Estaba entre los juncos, el cuerpo perfectamente equilibrado sobre una pata flacucha. Con un ojo negro que centelleaba, observaba a *Lola* acercarse.

El hombre de la otra orilla también lo observaba. Estaba de pie con las manos en los bolsillos y una ligera sonrisa en su rostro. Más adelante del camino también había algunos borrachines reunidos junto a un banco que

dejaron lo que estaban haciendo para contemplar el espectáculo. *Lola* tenía bastante público mientras nadaba resoplando hacia la garza.

Addie observaba cómo se desarrollaba todo, aunque mientras lo hacía no dejaba de pensar en Della. La pobre Della probablemente estuviera en ese mismo momento en su casa, dejándole otro mensaje más en su buzón de voz. Tal vez estuviera incluso ante la puerta de su apartamento, preguntándose dónde estaba. Hugh debía de estar aporreando los teléfonos, llamando a todos y cada uno de sus colegas de profesión, pidiéndoles una segunda y una tercera opinión, organizando más exámenes y más análisis de sangre. Addie se sintió agotada solo de pensarlo. Y Bruno, Bruno debía de estar sentado alegremente a su escritorio de la biblioteca. El pobre Bruno vivía feliz sin saber la que estaba a punto de caerle.

Addie pensaba en todo eso y sin embargo no estaba triste. Si acaso era más consciente de la enormidad del cielo vacío que tenía encima. De la tierra húmeda bajo sus pies. Del silencio de aquel lugar, en medio de la ciudad. Estaba saboreando aquel tiempo robado. Se sentía como si estuviera haciendo novillos de clase, aquella agradable sensación de libertad aumentada por el hecho de saber que las clases siguen desarrollándose sin ti.

*Lola* ya casi tenía a la garza a tiro, un salto y sería suya. La garza todavía esperó durante un segundo insoportable, con su cuerpo magnífico completamente inmóvil. Y siguió esperando mientras la perra se esforzaba por ganar pie en la orilla fangosa. Luego lentamente, muy lentamente, la garza levantó las alas, las batió estruendosamente y echó a volar. Apenas *Lola* salió del agua, empezó a brincar tras ella, con su cuerpecillo desaliñado elevándose más y más a cada salto. La garza describió una curva y volvió a poca altura sobre el canal, su sombra desplazándose sobre el agua debajo de ella. Sobrevoló la cabeza de *Lola* en una exhibición aérea triunfal.

Los borrachines se rieron. El hombre del traje soltó una risita ahogada, luego dio media vuelta y siguió su camino. La pobre *Lola* se quedó mirando a la garza. Parecía desconcertada, no podía entender cómo le habían burlado su victoria. Se quedó mirándola durante un rato y luego pareció haber



olvidado qué era lo que estaba mirando, se sacudió el agua y volvió a saltar alegremente al canal.

Addie la esperó en la orilla y certificó con sorpresa aquel momento de pura e inapropiada felicidad.

«En medio de nubes que se avecinan», había dicho Obama.

Era una mañana de frío gélido en Washington, las imágenes de la pantalla parecían descoloridas por el frío, como imágenes en blanco y negro que hubieran sido retocadas. La corbata roja, el abrigo amarillo mostaza que llevaba ella, manchas de colores vivos sobre un fondo sepia.

—*Chartreuse* —dijo Addie—. El color del abrigo de Michelle. No es mostaza, es *chartreuse*. Créeme, es uno de los temas que domino.

Se sentía aliviada de haber llegado tan lejos sin contárselo. Una sensación como de orgullo, había logrado lo que se había propuesto. Había alcanzado la meta. De repente parecía sencillo no decírselo. Como si hubiera llegado a duras penas al final de un maratón y hubiera descubierto con sorpresa que podía seguir corriendo.

Guardaba su secreto como un guijarro escondido a buen recaudo en su mano cerrada. Solo tenía que abrir los dedos para que viera la luz. Un pequeño paso que ahora le parecía imposible dar.

Se sentó con las piernas cruzadas en el sofá. Era consciente de cómo se aguantaba su cabeza encima de su cuerpo. Era consciente de cómo sostenía los brazos, de la postura de sus hombros. La perra estaba en el suelo a su lado, la miraba fijamente. Bruno en el sofá junto a ella, paralizado por lo que pasaba en la pantalla.

Addie estaba allí sentada dándole vueltas a su secreto, no podía pensar en otra cosa. Ahora que había pasado su fecha límite, cada momento parecía un pequeño engaño. La alegría que sentía Bruno, el placer con que vivía aquel día, era un regalo que le hacía ella. Podía arrebatárselo en cualquier momento. Era una sensación terrible, como si fuera una asesina esperando para abalanzarse sobre él.

De repente le pareció inconcebible dejar pasar ni un minuto más sin contárselo.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## 37

Bruno estaba sentado en el pasillo ante el consultorio del médico.

Eran las ocho de la mañana y ya llevaba casi una hora allí esperando. La secretaria no dejaba de asomar la cabeza para decirle que no lo verían si no tenía hora.

—El médico no lo recibirá —dijo, con un deje de dureza en la voz—. Es lo que trato de explicarle. Me temo que está perdiendo el tiempo.

Bruno fue tan cortés como pudo.

—Se lo agradezco mucho, señora —repetía una y otra vez—, pero creo que me quedaré aquí sentado y esperaré de todos modos.

De vez en cuando salía un paciente y cerraba la puerta detrás de él. Pasaban algunos minutos y llegaba otro que llamaba a la puerta, y una voz profunda respondía desde dentro que podía pasar. Luego aparecía la secretaria con una nueva carpeta con el correspondiente historial médico. Llamaba a la puerta antes de girar el pomo y volver a desaparecer, echándole a Bruno una mirada recelosa al pasar.

El médico tiene que salir en algún momento, pensaba Bruno. A menos que se escape por la ventana, tendrá que salir por la puerta.

Solo era cuestión de esperar.

A Bruno la noticia le causó un impacto físico.

No se había sentido igual desde sus días de cocainómano. Sentía la cabeza a punto de estallar y el estómago revuelto como si acabara de bajar de una montaña rusa. Se sentía agotado y al mismo tiempo tenso.

No había pegado ojo. Había esperado a que Addie estuviera dormida y había salido sigilosamente de nuevo a la sala de estar. Había conectado su ordenador portátil y había empezado a navegar por internet. Y lo que había encontrado allí era terrorífico, daba miedo de leerlo. Era algo de lo que nunca había oído hablar, no sabía que cosas como aquellas todavía existieran.

Había un gráfico de índices de supervivencia. Un veinte por ciento después de un año. Pasados tres años, un cinco por ciento. La supervivencia media desde el diagnóstico era de tres a seis meses. Bruno sabía que Addie ya había pasado por aquello antes que él, estaba seguro de que había recorrido aquel mismo camino. Imaginó que veía sus pisadas en la nieve delante de él.

Prácticamente sin síntomas, decía en todas las páginas web. En especial difícil de diagnosticar. Para cuando se descubre suele ser demasiado tarde para tratamientos.

—Vaya, es terrible —dijo su hermana, esforzándose por comprenderlo.

Eran las cinco de la madrugada en Irlanda, medianoche en Estados Unidos, Bruno la había llamado a pesar de saber que era un error. Estaba sentado en el brazo del sofá en camiseta y calzoncillos, con los dedos de los pies desnudos doblados bajo de un cojín. El resplandor del portátil era la única luz que había en la sala. Bruno hablaba en susurros para no despertar a Addie.

—Eso es terrible —dijo Eileen—. ¡Me acuerdo perfectamente de ella! Era la pequeña, ¿verdad? ¡Oh!, era una chiquilla tan dulce. ¡No como la mayor! La mayor estaba hecha una buena pieza.

Había sido una equivocación llamarla. En cuanto oyó su voz se dio cuenta. La llamada la había alarmado. ¡No, no estaba durmiendo! Ya mientras lo decía se notaba que se esforzaba por hacer que la mentira sonara convincente. Y notó el alivio en su voz cuando le dijo que él estaba bien. Notó que su respiración se calmaba, casi pudo oír lo que estaba pensando. Se trataba de una tragedia ajena, no suya.

Para ser justos con ella, ¿cómo podía entenderlo? Por lo que ella sabía, Bruno atravesaba la crisis de los cuarenta y aquello no era más que una

aventura de vacaciones. Una chica a la que solo hacía un par de meses que conocía, una chica que pronto pasaría a formar parte de su pasado. Eso era lo único que sería Addie para sus hermanas, ahora se daba cuenta. Y le pasó una idea por la cabeza, como la sombra de un pensamiento. Jamás podría volver a casa.

Se imaginó a Eileen de pie en el vestíbulo, tiritando en camisón. Con el teléfono encajado entre el hombro y la oreja. Reuniendo la energía necesaria para atenderlo cuando la necesitaba. Bruno sabía que estaba deseando volver a la cama.

—¿Y no pueden hacer nada por ella? —había preguntado.

—No —había respondido Bruno—. No parece que puedan hacer nada, me temo.

Se hacía difícil de creer que, en los tiempos que corrían, todavía hubiera cosas que no se pudieran curar.

—¿Y en Estados Unidos? —le había preguntado Bruno a Addie cuando se lo había contado—. ¿Con células madre, quizá?

Pero ella había seguido negando con la cabeza.

—La verdad es que no me importa —había dicho Addie—. Eso es lo que quiero que entiendas. Me alegro de que sea a mí a quien le está pasando. No me importa tanto como le importaría a cualquier otra persona.

En aquel momento, Bruno habría hecho cualquier cosa por ella. Cualquier cosa que ella le hubiera pedido, Bruno lo habría intentado. Pero precisamente lo que le pedía era algo que Bruno no era capaz de hacer. No podía entenderlo, no quería entenderlo. No tenía ningún sentido para él.

—Sé que es muy egoísta por mi parte —le había dicho Addie—. Es mucho peor para todos vosotros, ya lo sé.

Hablaba con voz clara y firme. Bruno percibió la ligereza de su tono, la alegría de su forma de hablar. Se dio cuenta de que lo decía en serio. Pero aun así no podía aceptarlo.

Bruno tenía la sensación de haber perdido una discusión monumental, de haber tomado partido en un gran debate sobre el sentido de la vida y haber perdido sin saber muy bien por qué.

Ya llevaba dos horas esperando. Diez pacientes habían entrado y salido de la consulta. Diez viajes arriba y abajo de la recepcionista, diez historiales médicos entregados. Bruno estaba considerando la posibilidad de una escapada a la máquina de café cuando oyó un tumulto en la recepción. Al instante apareció Hugh en el pasillo hecho una furia.

Enloquecido, con los pelos de punta y unas ojeras enormes. Parecía un científico loco que se ha pasado toda la noche despierto en su laboratorio. Al ver a Bruno en el pasillo, se detuvo en seco, con cara de sorpresa, como si estuviera tratando de recordar dónde lo había visto antes.

Bruno se levantó para saludarlo. Se quedaron frente a frente en guardia durante un instante, como rivales.

—No quiere recibirme —dijo Bruno—. Llevo aquí ya casi dos horas y no dejan de decirme que no me va a recibir.

—¡Y un cuerno que no va a recibirte! —dijo Hugh encaminándose directamente hacia la puerta cerrada.

Sin siquiera llamar a la puerta la abrió bruscamente y entró como un vendaval en la consulta, Bruno tras él.

El médico levantó la vista cuando entraron, con gesto de aburrimiento. La paciente que tenía sentada frente a él se volvió para ver qué pasaba con cara de susto.

Hugh se plantó en medio de la consulta, con los pies separados, como un toro a punto de embestir. Bruno se quedó detrás de él, tratando de no parecer demasiado incompetente en comparación.

—Hugh —dijo Doherty con calma, dirigiendo su mirada a la paciente en una disculpa silenciosa.

—Dermot. ¡Hace dos días que trato de comunicarme contigo! ¿No has oído ninguno de mis mensajes?

—Ah, sí, disculpa —respondió agitando la mano con displicencia—. He estado fuera de la ciudad, en una conferencia, y no me llevé el móvil.

Doherty tenía aspecto cansino, como si cada movimiento le supusiera un esfuerzo.

—Mira —dijo arrastrando las palabras—, déjame un momento, ¿quieres? Ya estábamos acabando.

Bruno estaba a punto de volverse para salir de la consulta cuando se dio cuenta de que Hugh no iba a ninguna parte, sino que se mantenía firme en su lugar. De mala gana, Bruno tampoco se movió.

Doherty no tuvo más remedio que dar por terminada la visita. Su paciente se incorporó de un brinco. Con el bolso firmemente agarrado y lanzando una mirada de pánico hacia Hugh, salió disparada de la consulta.

—Bueno, caballeros —dijo Doherty, indicando las dos sillas vacías ante su escritorio—. ¿Quieren sentarse, por favor?

Hugh no se movió.

—¿Qué crees que estás haciendo? —rugió Hugh—. ¡Atender a mi hija sin decirme nada!

—Estás furioso —dijo Doherty sin alterarse.

—Por supuesto que lo estoy, Dermot. Acabo de saber que mi hija tiene un adenocarcinoma. ¡Y nadie tuvo la cortesía de telefonearme para contármelo!

Doherty levantó las manos abiertas delante de él y las bajó lentamente en un gesto pacificador.

—¿Quieres calmarte, Hugh? Ni siquiera sabía que era tu hija hasta esta mañana. ¿Cómo demonios iba a saber que era tu hija?

Hugh se podía imaginar la prisa por mostrar el expediente. Habría apretado el botón del intercomunicador.

—Tráeme la historia clínica de Adeline Murphy, ¿quieres? Tengo que echarle un vistazo.

Hugh se había acercado un paso más hacia el escritorio y miraba a Doherty amenazadoramente.

—¿Es así como hacemos ahora las cosas? ¿Le damos a una chiquilla un diagnóstico de cáncer terminal sin asegurarnos de que alguien la acompañe?

Doherty levantó la mirada hacia él como un alumno irrespetuoso. Su voz era profunda y muy razonable.

—Le preguntamos si quería llamar a alguien. Por el amor de Dios, Hugh, ¿por quién nos tomas? No quiso llamar a nadie y tenemos que

respetar su voluntad. Y ya no es una chiquilla, santo cielo, es una mujer de cuarenta años.

Treinta y nueve, pensó Bruno. A él le parecía un detalle importante, pero no dijo nada. Tampoco le habrían permitido intervenir en la discusión.

—¡Saliste de la consulta para discutir sobre la política del hospital! ¡Estabas hablando de cierres de quirófanos y de la escasez de enfermeras mientras le dabas el pronóstico!

Doherty levantó las cejas. Su voz, cuando salió, fue casi un bostezo.

—Hugh, creo que no estás en posición de dar sermones sobre el protocolo médico-paciente.

—¡Hijo de puta!

Antes de que Bruno se diera cuenta de lo que ocurría, Hugh se había abalanzado sobre el escritorio. Doherty soltó un pequeño aullido y tiró la silla hacia atrás para evitar el ataque. Bruno tuvo que saltar adelante para sujetar a Hugh, y necesitó toda su fuerza para retenerlo.

—¡Maldito hijo de puta! —gritaba, escupiendo las palabras entre dientes—. ¡Miserable hijo de puta!

Doherty reclinaba ahora su silla contra la pared, con cara de hacerle gracia el asunto.

Bruno arrastró a Hugh fuera de la consulta. La última imagen que vio antes de caerse en el pasillo fue la de Doherty arreglándose la corbata mientras dejaba caer de nuevo la silla sobre las cuatro patas.

Bruno vio a Hugh abrirse camino entre las hileras de coches hacia la parada de taxis. Tenía la cabeza gacha, lo que hacía claramente visible la calvicie de su coronilla. Daba lástima verlo.

Bruno se había ofrecido para acompañarlo a casa, pero él había murmurado algo acerca de que tenía una cita. Parecía tener prisa por escaparse.

Las ganas de pelea habían desaparecido, le habían obligado a batirse en retirada. Caminaba muy deprisa, se sentía sobre todo como un depredador gigante que vuelve a casa tras un día de caza sin haber conseguido ninguna pieza.



Aquel hombre hacía lo que le daba la gana. Era lo que había dicho Addie e incluso más. Era una pesadilla. Sin duda, era una pesadilla. Y aun así, a pesar de todos sus defectos, a Bruno le pareció que había algo de heroico en Hugh.

Bruno no recordaba haber admirado tanto a alguien.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## 38

Hugh se detuvo ante la puerta de Four Courts, el Tribunal Supremo, y examinó su reloj de pulsera.

Llegaba con una hora de antelación. Decidió bajar a la cantina y regalarse un segundo desayuno. En realidad estaba bastante hambriento, pero no se había dado cuenta hasta ese momento. Tenía tanta prisa por salir de casa que no había desayunado como es debido. Hizo cola con una bandeja frente a la barra, pidió dos huevos fritos, dos lonchas de tocino y dos salchichas. Algunas tostadas y una taza de té.

—Ya se las llevaré.

Un joven que estaba detrás de Hugh en la cola no dejaba de echarle miradas por algún motivo. Hugh era consciente de que lo observaban y trató de no hacer caso. Arrastró los pies a lo largo de la barra, colocó cubiertos y servilletas en su bandeja. Se sirvió algunas porciones de mantequilla y un minúsculo tarro de mermelada con una alegre tela de algodón a cuadros en la tapa. Deslizó la bandeja hasta la caja registradora, la mostró para el escrutinio de la joven cajera.

—La mermelada son dos euros.

—Perdone, ¿qué es lo que ha dicho?

—La mermelada, tiene que pagar dos euros por ella.

Por un segundo consideró la posibilidad de dejar la mermelada. Le pareció que era lo que se esperaba de él. Pero le apetecía mucho. Ya casi notaba su sabor, su deliciosa acidez empalagosa sobre la tostada con mantequilla.

—Sí —dijo mientras sacaba un billete de veinte euros—. Sí, de acuerdo.

El hombre que tenía a su lado observó el intercambio y por algún motivo Hugh tuvo la sensación de estar siendo juzgado. Cogió la bandeja y la llevó al rincón más alejado de la sala. Se sentó a una mesa para cuatro personas, de espaldas a la pared, para tenerlo todo a la vista. Demasiado tarde, se dio cuenta de que debería de haberse comprado un periódico. Había un montón junto a la caja registradora. Pero le dio pereza volver a levantarse para coger uno.

El hombre que lo había estado observando se unió a una pareja de mediana edad en una mesa en el centro de la sala. Tomaban café y pastas, y el hombre no ocultaba en ningún momento que estuviera observando a Hugh. Estaba sentado frente a los demás, pero con los ojos clavados en Hugh mientras hablaba.

Había algo familiar en aquella gente. Hugh estaba tratando de situarlos cuando llegó su desayuno. Una mujer con un gorro de ducha de plástico dejó la bandeja frente a él. Hugh observó con disgusto que llevaba un guante de goma.

—Cuidado con el plato —advirtió—. Quema.

Sin pensarlo alargó la mano para tocarlo, y se quemó la punta del dedo corazón. Se colocó una servilleta de papel en el regazo, cogió el cuchillo y atacó la comida.

Cuánto tiempo hacía que no me regalaba un desayuno como Dios manda, pensó. Y no dejaré que me lo estropee el tipo raro que me está mirando. Probablemente un paciente, iba pensando, es imposible acordarse de todos.

Cortó una salchicha y la mojó en la yema del huevo con un placer infantil antes de metérsela en la boca.

Ahora ya se marchaban, gracias a Dios, empezaban a levantarse. El hombre más joven ayudaba a la pareja mayor a recoger los abrigos.

Hugh siguió comiéndose su desayuno, controlando sus movimientos con el rabillo del ojo. Parecía que se dirigían hacia él. Sin duda alguno de ellos debía de haber sido un paciente y probablemente se acercaban para darle las gracias. Tendría que despacharlos deprisa para que no se le enfriara el desayuno.

—Mary —decía el hombre más joven agarrándola del brazo, tratando de pararla—. Déjalo estar, ¿quieres?

—Solo será un minuto —dijo ella, dando la vuelta para plantarse delante de la mesa de Hugh.

Entonces Hugh la reconoció.

—Hay una cosa que me gustaría saber —le dijo.

Sus ojos eran pequeños y brillantes, su rostro marchito y arrugado. Lo miraba de una manera que casi le paró el corazón. Jamás nadie lo había mirado de aquella manera, con un desprecio tan puro y tan directo.

—¿Se ha parado alguna vez a pensar —le preguntó— cómo se sentiría...?

Durante el resto de su vida, Hugh recordaría la forma en que lo dijo. El énfasis que puso en una única palabra.

—¿... cómo se sentiría si fuera «su» hija?

Inmediatamente advirtieron su transformación. Lo notaron en cuanto lo vieron llegar por la puerta de vidrio emplomado. Era como si le hubieran sacado el aire. Parecía desinflado. Parecía envejecido.

Se dejó caer en la silla delante de ellos. Llevaba una cartera de cuero, pero no la abrió, se limitó a dejarla sobre la mesa delante de él. No dijo palabra a ninguno de ellos, simplemente se sentó allí con su pequeña cartera impotente delante de él. Llevaba el abrigo colgado del brazo. Tenía el aspecto de un hombre que espera un tren al final de un día muy largo.

—Buenos días, Hugh —dijo el pasante en un tono deliberadamente optimista.

El abogado se hizo eco del saludo, con voz profunda y teatral. Llevaba peluca y toga. Con su traje de trabajo añadía una capa más de dramatismo. El pasante parecía un poco soso a su lado, como un viejo pájaro poco agraciado. Una joven abogada en prácticas estaba de pie con cara de ansiedad junto a la pared. No digas nada, le habían dicho. Nunca se sabe cómo puede reaccionar.

Todos esperaban una respuesta, aunque no había ningún indicio de que Hugh los hubiera oído. Ninguna respuesta por su parte. Se limitaba a columpiarse en la pequeña silla tapizada, con el ceño ligeramente fruncido, como si tratara de recordar algo.

Los dos abogados se miraron nerviosos. Por un instante, ninguno de los dos supo muy bien qué hacer.

—Bueno, Hugh —dijo el pasante finalmente—. Tenemos pocas cosas en la lista esta mañana, aunque parece que tendremos que dedicarles un rato. El demandante será el primero en declarar.

Hugh hizo como si no existiera. Tenía una expresión extraña, como si estuviera dormido y los dos hombres sentados al otro lado de la mesa no fueran más que personajes de su sueño.

El pasante bajó la mirada hacia el montón de papeles que tenía delante y empezó a hojearlos, buscando algo.

—Vamos a darle un rápido repaso —dijo, alzando la vista hacia Hugh—. Simplemente para asegurarnos de que estamos todos en el mismo barco.

El pasante buscó con la mirada el apoyo del abogado. Pero el abogado estaba reclinado en su silla. Tenía la toga desplegada debajo de él, con las piernas extendidas hacia el pasillo. Observaba a Hugh divertido y distante, las cejas levemente levantadas mientras esperaba ver qué pasaba a continuación.

La puerta de dos hojas se abrió y entró una ráfaga de viento. A continuación hizo su entrada un hombre enorme y rollizo con el rostro colorado que se detuvo junto a la mesa. Llevaba un traje que parecía un caparazón en el que no acababa de entrar, como si su cuerpo tratara de liberarse de él.

—¿McGovern contra Murphy?

El abogado se incorporó de un brinco.

—¿Juzgado cinco?

—Sí —dijo el pasante—. Sí, sí, somos nosotros.

—El juez los está esperando.

—¡Ah!, muy bien. Sí, de acuerdo. Enseguida estamos con él.

El pasante ya estaba de pie, guardaba a toda prisa los papeles en un pequeño maletín que tenía en el suelo junto a él.

—Hemos tenido suerte —dijo sin convicción, mirando a Hugh.

—¡Empieza la función! —dijo el abogado.

Y mientras se incorporaba se envolvió con la toga y sacó pecho en un gesto primitivo. Solo le faltó golpearse el pecho con los puños.

Hugh miró a uno y después al otro, con una sombra oscura cruzando su rostro.

Antes de que los abogados se dieran cuenta de lo que pasaba, se levantó y murmuró una disculpa confusa. Llevaba la cartera aferrada al pecho y el abrigo todavía colgado del brazo. Se quedó allí quieto un instante, como si esperase que se abriera la puerta de un tren. A continuación se puso a andar y sin decir nada más pasó por delante del alguacil, empujó la puerta de la calle y se perdió de vista.

Los abogados trataron de alcanzarlo.

Salieron corriendo tras él, los tres, la joven estudiante en prácticas se esforzaba por correr con los tacones altos. Salieron a la calle y miraron a un lado y a otro, pero no había ni rastro de él en ninguna parte.

Lo llamaron al móvil, pero fue en vano. Trataron de pactar un aplazamiento, pero el juez no quiso saber nada. Finalmente, se vieron obligados a proceder sin él. *Hamlet* sin el príncipe, susurró el pasante al abogado mientras ocupaban sus asientos en la sala del tribunal.

La compañía de seguros hizo un último intento de llegar a un acuerdo, pero la familia demandante se cerró en banda. Querían llegar hasta el final.

Mientras los testigos pasaban uno tras otro, mientras llegaban expertos de Inglaterra para testificar, seguía sin haber ningún rastro de Hugh. Le dejaron mensajes y más mensajes en el contestador automático, pero no hubo respuesta. Tres días duró el juicio, cada cual peor que el anterior.

El resultado estaba cantado.

## 39

Los médicos dijeron tres meses y tres meses fueron, casi exactamente.

El tiempo es curioso, cuando te lo planteas así. Uno pensaría que es algo rígido, algo que solo puede medirse en segmentos iguales, donde un minuto sigue inevitablemente al anterior a un ritmo inexorable. Pero no es así como funciona. El tiempo también puede ser elástico, puede ser lo que uno quiera que sea.

Los médicos dijeron tres meses y parecía un tiempo muy corto cuando lo dijeron. ¡Pero lo que ocurrió en aquellos tres meses desafió toda lógica! Addie y Bruno lograron vivir un matrimonio en esa estrecha franja de tiempo.

La ceremonia de la boda se celebró en el Registro Civil de la calle del Gran Canal. Se suponía que había que pedir hora con tres meses de antelación, Addie sonrió cuando se lo dijeron. Tenías que obtener un documento en los juzgados para conseguir una exoneración. Debías demostrar que tenías una razón válida por la cual el período de notificación habitual representaba una dificultad para ti.

—Podremos demostrarlo —dijo Addie alegremente.

Ella misma organizó la boda hasta el más insignificante detalle. Se compró el vestido de satén plateado en una tienda de segunda mano y pintó con espray un par de zapatos viejos para que hicieran juego. Ni coche de lujo, ni fotógrafo, ni flores, ni alboroto. Reservó, en el restaurante de Danny, una comida con bistec y patatas fritas para todo el mundo. Un

montón de merengues como pastel. Le dijo a una de las camareras que le pagaría un extra si cantaba y tocaba la guitarra.

—¡Ah!, ya veo —dijo Della—, una boda muy original.

Pero Addie se limitó a reír. Eso era lo bueno de su situación, que podía hacer lo que quisiera. ¡Podía actuar con libertad! Sentía como si se hubieran cortado los hilos que la habían sujetado toda su vida. Se sentía flotando sobre el suelo, transportada como una hoja llevada por el viento.

Les encargó a las niñas la faena de entrar a *Lola* en el Registro Civil con disimulo. Estaba convencida de que *Lola* tenía que asistir.

—Es lo más parecido que tengo a una hija —les dijo, y todas asintieron solemnemente con la cabeza.

Decidieron que *Lola* necesitaba un disfraz. La taparon con un sombrero para el sol y le pusieron un chal de terciopelo sobre los hombros como si fuera una capa. Luego la embutieron en una bolsa de lona y se la colgaron a Elsa al hombro. Solo se veían los ojitos asustados de *Lola* mirando por debajo del ala del sombrero.

—Parece sacada de *ET* —dijo Hugh cuando la vio.

Y a las niñas les dio un ataque de risa.

Tess sentó a *Lola* a su lado en el banco, la rodeó con un brazo para que no se moviera, y le iba dando galletas de perro que sacaba de su bolsillo. La juez de paz se enrolló e hizo ver que no se daba cuenta.

Al acabar, fueron todos paseando hasta el restaurante de Danny. Bebieron champán en copas de vino y Bruno leyó en voz alta los mensajes que había recibido de sus hermanas. Había una prohibición estricta de discursos, pero Maura se levantó de todos modos y propuso un brindis. Nadie más intentó hablar, ni siquiera Hugh, que estaba sorprendentemente tranquilo. No dejaba de darle palmaditas en el brazo a Addie, sus ojos brillaban tras las gafas con alarmante aspecto de lágrimas.

Después de la comida, la camarera se acomodó en uno de los taburetes de la barra con su guitarra.

—El primer baile —dijeron las niñas, gritando a coro—. El primer baile, el primer baile.



Bruno se levantó y extendió su mano hacia Addie con un gesto teatral. Todas las niñas aplaudieron mientras la obligaban a levantarse. Addie siguió a Bruno hacia un diminuto espacio libre entre la mesa y la máquina de café. Sin soltar la mano de Bruno, se inclinó hacia la camarera y le susurró algo al oído.

Por petición especial de la novia, anunció la camarera. Y comenzó a cantar con una voz clara y dulce.

*Te suplico que me perdones,  
jamás te prometí un jardín de rosas.*

Bruno echó la cabeza atrás y se rio, y cogiendo a Addie por la cintura la hizo girar. Ambos cantaron en voz alta mientras bailaban.

*Además de hacer sol,  
también tiene que llover alguna vez...*

Las niñas se habían levantado para bailar y bailaban el vals torpemente en parejas a lo largo del estrecho pasillo, chocando con las mesas a su paso.

*... así que sonrío un rato y alegrémonos:  
El amor no debería de ser melancolía.  
Ven a compartir los buenos momentos mientras podamos...*

Hugh y Maura estaban sentados uno al lado del otro en silenciosa solidaridad. A los ojos de todo el mundo parecían un viejo matrimonio. Simon observaba nervioso a las niñas, temiendo que estuvieran a punto de romper algo. Della miraba horrorizada a Bruno y a Addie, los seguía con sus enormes ojos redondos mientras se movían por la sala.

—Están locos —se dijo a sí misma—, están locos de remate.

Addie y Bruno daban vueltas por la sala, perdidos en su propia broma privada. Della se levantó de un brinco y corrió hacia el baño con los ojos

llenos de lágrimas.

Antes de marcharse, Addie le pidió a Danny que les sacara una foto.

En la fotografía, están todos fuera, a la sombra del toldo. Addie y Bruno están en el centro del grupo, con las niñas situadas delante de ellos. Hugh y Maura están de pie a un lado. Hugh tiene el brazo torpemente apoyado alrededor de los hombros de Maura, tirando de ella para que salga en la foto. Simon y Della están al otro lado, Simon con las manos firmemente plantadas en los hombros de Lisa. Tess y Stella estiran el cuello hacia atrás para mirar a Addie. Elsa está en cuclillas sujetando a *Lola*.

Más adelante, Della estudiará esa fotografía una y otra vez, buscando cualquier evidencia de lo que estaban pasando. Escudriñará las caras una a una, buscando algún indicio de que algo iba mal. Mirará fijamente su propia cara, buscando atrás en el tiempo alguna prueba visual de su agonía. Pero en la foto no hay nada, es bastante inquietante. Es como si la foto no hubiera sabido captar absolutamente nada.

En la foto se ve a Hugh seguro de sí mismo, con la cabeza alta con aquel aire suyo de desafío y las gafas que reflejan la luz. Maura está inclinada bajo el abrazo de Hugh, tan alegre como siempre. A Simon se lo ve tranquilo, con los hombros echados atrás y su hija sujeta delante como si fuera un escudo. Della había adoptado una sonrisa forzada, como si la hubieran situado en medio de un grupo de desconocidos, para ella todos podrían ser desconocidos.

Bruno está de pie orgulloso en el centro de la foto, rodeando con el brazo la cintura de Addie. Está mirando directamente a la cámara, sereno. Y Addie... ¡Addie parece como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo!

De luna de miel viajaron a la costa sur. Bruno había encontrado el hotel en internet. Un edificio de piedra sobre los acantilados, con una piscina enorme desde la que se dominaba el mar.

—¿Cómo lo encontraste? —preguntó Addie—. No podía ser más perfecto.

Por la ventana se veía claramente el otro lado de la bahía. Podías distinguir las caravanas en el cabo, a lo lejos, podías ver las boyas de color amarillo y rosa fluorescente oscilando en el agua, el líquen de color mostaza sobre las rocas bajo el hotel.

Estaban sentados en sendas butacas idénticas frente a la ventana, bebiendo champán en copa larga, vestidos ambos con un enorme albornoz blanco del hotel. Addie tenía los pies apoyados en la mesita baja delante de ella. Por primera vez, se había pintado las uñas de los pies.

—Me siento como un personaje de una novela de F. Scott Fitzgerald. Me siento como una belleza trágica en un manicomio suizo.

Bruno se volvió y la miró con una gran tristeza en los ojos.

—Venga, Bruno. No me mires así, por favor.

Addie volvió la cabeza para mirar por la ventana y le dio un sorbo al champán.

—Volverás a casarte —dijo con dulzura.

—No —respondió Bruno negando con la cabeza.

Addie tenía la vista clavada en el mar mientras hablaba. Su tono era flemático.

—Por supuesto que volverás a casarte. Y me gustaría que lo hicieras, sería el mejor cumplido que podrías hacerme. Della dice que las personas que han tenido un buen matrimonio siempre vuelven a casarse.

Addie se volvió para verle la cara.

—Tiene sentido —añadió—. Es porque saben cómo ser felices.

Cuando volvió a mirar hacia la ventana, la vista había desaparecido. Lo único que se veía era una espesa nube blanca que lo cubría todo, como una cortina. Se oía el mar, sabías que estaba allí. Pero no podías verlo.

—Te olvidas —replicó Bruno— de que también he tenido algunos matrimonios infelices.

—¡Bah!, no te preocupes por eso —dijo ella—. Hemos conseguido romper ese ciclo.

Aquella noche comieron marisco en el restaurante del hotel, dijeron que no al café y los postres, y a las nueve ya estaban en la cama. Dejaron la ventana del dormitorio abierta para poder oír, mientras dormían, el ruido de las olas al romper sobre la arena.

Durante el día fueron a pasear por la playa.

—Dios mío, echo de menos a *Lola* —dijo Addie—. Me parece una infidelidad estar andando por una playa sin ella. Deberíamos haberla traído aquí con nosotros.

—¡Bah!, estoy seguro de que lo está pasando bien con Hugh.

—¿Cuánto darías por estar allí y verlo?

—Pobre *Lola* —dijo Bruno con una pequeña sacudida de la cabeza.

—Pobre Hugh —añadió Addie, riéndose.

—Apostaría a que están haciendo buenas migas.

Addie se colgó del brazo de Bruno y lo miró esperanzada.

—Bruno —preguntó—: ¿Crees que hay alguna posibilidad de que Hugh le coja cariño a la perra?

Y por la expresión de su rostro, él supo qué era lo que le estaba preguntando, supo qué era lo que esperaba ella.

—Cosas más raras se han visto —respondió, apretándole la mano.

Y Addie asintió felizmente con la cabeza.

—Me gusta pensar en ellos dos juntos.

Se detuvieron. Habían llegado al final de la playa. Las nubes se habían abierto y había salido el sol, de forma que la espuma de las olas danzaba brillante bajo la luz. Se volvieron hacia el mar.

—¡Vamos a nadar! —dijo Addie de repente.

—¿Estás loca? —sugirió Bruno—. ¡Estamos en abril!

Pero Addie ya se estaba quitando las bambas y luego el jersey. Antes de que Bruno pudiera darse cuenta, ya estaba en camiseta y bragas delante de él.

—¡Vamos! Deprisa, mientras haya sol.

Viéndola allí, se hacía difícil creer que estuviera enferma.

Bruno se quitó la ropa como pudo, la amontonó junto a la de ella sobre una roca. Y dando saltos de puntillas, la siguió por la arena mojada hasta el agua.

Bruno entró hasta que el agua le llegó a las rodillas, con los brazos extendidos a cada lado, y los agitó arriba y abajo, como si tuviera la esperanza de elevarse y flotar sobre el agua. Addie estaba más adelante, con el agua por las caderas.

—¡Solo para que lo sepas —gritó él—, creo que no deberíamos estar haciendo esto!

Addie se volvió con los cabellos en la cara por el viento.

—¿Qué es lo que te preocupa tanto? —gritó ella—. ¿Que pueda morirme?

Y dicho esto hundió los hombros bajo el agua. Bruno dio un gran salto y se sumergió detrás de ella.

Ambos salieron jadeando. Riendo y resoplando, nadando como locos para que la sangre fluyera. Bruno nadó en una dirección, Addie en la otra. Luego se volvieron y nadaron el uno hacia el otro.

—¡Esto es el paraíso! —gritó Addie, nadando de espaldas, mirando hacia el cielo—. ¡Me encanta!

Volvió a ponerse bocabajo, nadó hacia donde estaba Bruno de pie con el agua a la altura del pecho. Addie le puso los brazos sobre los hombros, envolvió sus piernas alrededor de su cadera y apretando su pelvis contra la de Bruno se sentó erguida fuera del agua. Se sentía casi ingrávida.

—¿Te das cuenta? —preguntó ella, echando la cabeza atrás y riendo con una risa obscena—. Parecemos salidos de un folleto de lunas de miel.

Y bajó la cabeza para besarlo, lo abofeteó con sus cabellos mojados y se cogió con fuerza de su cuello. El beso solo debió de durar unos pocos segundos. Pero para Bruno se quedó congelado en el tiempo. Llevaría grabado ese beso.

Interrumpieron su viaje un día antes de lo previsto.

—Bruno —dijo Addie mientras terminaban el desayuno una mañana—, creo que necesito volver a casa.

Y Bruno no le preguntó por qué. Se limitó a volver a la habitación y a empezar a hacer las maletas. Cogió las botas y los impermeables y los jerseys y los metió en la maleta. Cogió los bañadores mojados del colgador de detrás de la puerta del baño y los metió en una bolsa de plástico antes de meterlos también en la maleta. Guardó los frasquitos de champú en el neceser, miró debajo de la cama y en el armario para asegurarse de que no se dejaban nada. Luego bajó la maleta a recepción y pagó la cuenta. Dejó a Addie sentada en el sofá del vestíbulo y fue a buscar el coche.

—Eres un buen marido —dijo ella mientras se sentaba en el coche—. No podría haber encontrado un mejor marido.

Pero Bruno no contestó. Esperó a que hubiera cerrado la puerta del coche, describió un círculo y bajó la colina hacia el pueblo. La playa estaba a su derecha mientras lo atravesaban, y al cabo de un momento había desaparecido.

## 40

Cuando Addie cayó enferma, fue Bruno quien la cuidó. Della se pasaba horas sentada junto a su hermana y leía para ella. Simon se encargó de la atención médica. Actuaba de enlace con los médicos. Puso en práctica un plan de cuidados y encargó una serie de siniestros artilugios que serían necesarios más adelante. Aparecieron cojines de formas extrañas, y una especie de cabrestante. Un colchón inflable eléctrico. Los demás observaban la llegada de aquellas cosas en un silencio horrorizado. Para sorpresa de todos, Hugh delegó en Simon sin siquiera un murmullo. Ahora era solo un soldado raso, e incluso parecía aliviado de que fuera otra persona quien estuviera al mando.

La misión de Hugh era pasear a la perra.

—Mi justo castigo —la llamaba—. Mi justo castigo y yo nos vamos a dar un paseo.

Eran compañeros a regañadientes, Hugh y *Lola*, ambos igual de reacios. Todas las mañanas Hugh pasaba a recogerla. Y todas las mañanas tenía que sacar a *Lola* a la fuerza por la puerta, la perra arrastraba las patas traseras detrás de ella y tenía la mandíbula rígida con la determinación de no ir a ninguna parte. Nadie sabía decir si era que no quería dejar a Addie o si era que no quería irse con Hugh.

—No te preocupes —gruñía él en cuanto ya estaban en la calle—. Tú a mí tampoco me gustas demasiado.

Los demás dueños de perros no dejaban de preguntar por Addie.

—¡Ah!, está bien —había dicho Hugh la primera vez que se lo habían preguntado—. Solo es que se ha marchado unos días.

Y mientras lo decía se daba cuenta de lo raro que era mentir sobre la cuestión. Era consciente de que se estaba metiendo en un berenjenal del que le podía resultar difícil salir. Y así era. Ahora todo el mundo le preguntaba cuándo volvería Addie.

—¡Huy!, todavía tardará un tiempo —decía volviéndose hacia la perra como quien pide ayuda.

*Lola* no quería cruzar la carretera con él. Cuando llegaban a la carretera de la playa, se quedaban esperando ante el semáforo y cuando se ponía verde y Hugh empezaba a cruzar, *Lola* se quedaba allí plantada. Y a Hugh le daba apuro arrastrarla, con toda la gente mirando.

Así que se agachaba y la cogía en brazos, maldiciéndola entre dientes mientras cruzaba la calle tambaleándose. Y el olor de la perra le hacía sentir urgencia por soltarla en cuanto llegaban al otro lado.

—Vamos —rugía—, a correr. —Y le señalaba la inmensidad de la playa que tenían delante—. ¿A qué esperas?

Pero la perra no dejaba de andar en círculos delante de él, brincando con expectación, mirándolo a los ojos. Hugh tenía que pararse para no tropezar con ella.

—No tengo ninguna pelota para tirarte, chucho estúpido.

Hugh hacía gestos con los brazos para ahuyentarla.

—Venga, a correr un poco, perra estúpida, ¿no es a eso a lo que hemos venido?

Había un tono de súplica en su voz que lo sorprendió. Pero *Lola* seguía sin captarlo. Retrocedía cuando Hugh avanzaba hacia ella, estudiando su cara. Como si esperara que se sacara una pelota del bolsillo.

—Venga, vamos, no seas pesada.

Finalmente, *Lola* cedía y salía a la carga tras unos pájaros, y giraba triunfalmente cuando se dispersaban volando. Hugh se sentía aliviado de que hubiera encontrado alguna otra cosa que hacer. Y aun así no podía evitar la sensación de haberla defraudado, de no ser un buen paseador de perros.

Hugh caminaba con la cabeza gacha y los puños en los bolsillos. Las marcas en la playa le parecían interesantes, profundas huellas de tacones



grabados en la arena, como si miles de cascos de caballo hubieran dejado su huella. No podía imaginar qué había dejado esas señales, probablemente el agua.

De repente su ojo izquierdo tuvo un espasmo. Hugh cerró el ojo con fuerza y se secó una gota grande de agua con el dedo. Una gota de lluvia, tenía que haber sido. Le había caído justo detrás de las gafas, justo en el rabillo del ojo. La primera gota de lluvia, ahora ya caían más, goterones de lluvia. El cielo seguía azul, la lluvia parecía salir de la nada.

Hugh siguió su camino, con la cabeza gacha mientras caminaba. Había huellas de pájaro en la arena, no se había dado cuenta hasta entonces, miles y miles de huellas de pájaro. Diminutas huellas de tres puntas, tan claramente definidas como si las hubieran marcado con un cortaplumas. Se preguntó a qué pájaros pertenecían. Tenían que ser animalitos diminutos para dejar unas huellas tan delicadas. Miró a su alrededor y solo vio grandes pájaros blancos. No eran gaviotas, no parecían lo bastante grandes para ser gaviotas, por tanto, ¿qué eran? No tenía ni idea. Hacía casi cuarenta años que vivía en aquella playa y los pájaros seguían siendo desconocidos para él. Era una impresión extraña, que lo dejó perplejo.

Miró a su alrededor y vio la inmensidad de la playa, que se inclinaba interminable desde donde él estaba, el agua, que curvaba la arena como si fuera cristal fundido. Y la perra, correteando por los bajíos. Ella, al menos, allí se sentía como en casa.

Hugh se dio cuenta del insoportable silencio, del cielo tranquilo sobre su cabeza y de la playa vacía que lo rodeaba. De repente se acordó del iPod que Addie le había regalado en Navidad. Se le ocurrió de pronto que lo llevaba en el bolsillo, se lo había metido allí pensando exactamente en los paseos. Se había imaginado a sí mismo caminando a grandes zancadas por el arenal como un personaje de ópera, el cielo como resplandeciente telón de fondo detrás de él.

Desenredó los cables y logró sin saber cómo colocarse los auriculares en las orejas. Sostuvo el aparatejo con la mano izquierda, comenzó a mover el dial con el dedo corazón de la mano derecha. Addie le había enseñado cómo se hacía, pero había olvidado lo que le había dicho. Tras algún ensayo

y error consiguió que apareciera el menú y al segundo intento apareció en pantalla la lista de artistas. Apretó un botón y, milagrosamente, empezó a sonar la música. Se sintió orgulloso de haberlo logrado. Se volvió a meter el trasto en el bolsillo y empezó a caminar hacia la orilla.

La pieza musical le resultó familiar. Ya la había oído antes, aunque no sabía identificarla. Un trino de instrumentos de viento, una sensación de expectación. Hugh echó los hombros atrás, sacó pecho y sintió palpar el corazón mientras andaba.

Un punteo de cuerdas y esperó la voz que sabía que venía.

*Belle nuit, ô nuit d'amour...*

Hugh siguió la cadencia de aquella hermosa voz y se le hizo un nudo en la garganta de emoción. Se vio obligado a pararse. Se quedó quieto y dejó que la música lo inundara.

*Le temps fuit et sans retour  
emporte nos tendresses.*

También había otras voces femeninas, que se separaban y volvían a unirse. Tuvo la curiosa impresión de que eran su mujer y sus hijas las que cantaban, tuvo la sensación de tener a su alrededor a todas las mujeres de su vida.

Y sin darse cuenta de lo que ocurría, estaba llorando. Estaba llorando sin importarle quién pudiera verlo. Lloraba por la mujer a la que había amado y perdido, por la hija a la que tanto amaba y que ahora perdería. Y por la hija a la que nunca había sido capaz de amar lo suficiente, la que se quedaría con él hasta el final.

Había un patrón común en todo aquello, ahora lo veía claro, había un patrón que no había sabido ver. De pronto le pareció que nunca había entendido nada hasta entonces. Había ido a trompicones por la vida sin ver

nada a su alrededor. Y ahora que podía verlo, sentía que se le rompía el corazón.

Se había definido a sí mismo por lo que no era. Y ahora estaba claro para él. No era una buena persona. Casi deliberadamente, había logrado no ser una buena persona.

¿Cuánto tiempo hacía que no lloraba? Seguro que desde la muerte de su mujer. ¿Y había llorado, entonces? No tenía constancia. Aunque ahora sí lloraba. Se quedó allí de pie a orillas del mar y aulló de dolor. Empezaba a llover fuerte y se estaba empapando, pero apenas era consciente. Tenía las gafas empañadas, no veía nada a través de ellas. Se las quitó de un tirón y las guardó en el bolsillo, se secó los ojos con la manga del abrigo. La música había terminado y oía sus propios sollozos. Un sonido patético que le hizo llorar todavía más. Levantó la cara hacia el cielo y dejó que la lluvia se la mojara. El agua corría por su rostro junto con las lágrimas.

Nunca sabría cuánto tiempo había estado allí, podría haber sido un minuto o una hora. Se podría haber quedado allí de pie para siempre, si no se hubiera dado cuenta de una cosa. El agua iba hacia él, vio que le rodeaba los pies. El mar formaba charcos en la arena, era como si avanzara. Olas diminutas que se rizaban en los bajíos. Iban hacia él.

Dio un paso atrás y contempló fascinado que el agua se movía con él. Siguió retrocediendo, y una y otra vez el agua lo seguía. Se dio cuenta de que se habían reunido aves en la orilla, donde empezaba la arena, pequeños pájaros que picoteaban en la marea. Se preguntó por qué se habían reunido allí. La perra estaba a su lado, con la cabeza totalmente inmóvil mirando lo que él miraba. Como si también estuviera tratando de averiguarlo.

Hugh miró a derecha e izquierda, pero todo estaba borroso, no podía ver nada entre la lluvia. Entonces cayó en la cuenta de que se había quitado las gafas, ¡por eso no veía nada! Las sacó del bolsillo y trató de secarlas con la manga. Cuando se volvió a ponerlas, el cristal estaba empañado y turbio. Pero al menos podía ver.

Estaban atrapados en una lengua de tierra, de unos cien metros de ancho por doscientos de largo. Él y la perrita en medio. En las orillas, una hilera de pájaros minúsculos. Y a su alrededor, el mar.

Hugh se volvió a mirar la costa. Pudo ver la torre Martello, pudo distinguir la larga línea gris del paseo, y encima de él las casas de Strand Road. Entre la costa y él, una extensión de agua gris.

Al principio no estaba asustado, sino simplemente furioso consigo mismo.

—Mira que hay que ser estúpido para... —Ni siquiera terminó la frase —. Hay que ser idiota...

Estaba enfadado con la perra.

—¿No me podrías haber avisado? ¿No podrías haber ladrado o algo? Estúpido chucho inútil, eso es lo que eres.

Y *Lola* se quedó allí quieta mirándolo, suplicando consuelo, pero Hugh no parecía dispuesto a darlo.

No llevaba un teléfono móvil encima, eso fue lo primero que pensó. Por un instante se preguntó si el iPod tendría algún tipo de mecanismo de comunicación incorporado, pero descartó la idea. Mediante un proceso de eliminación, llegó a la conclusión de que solo tenía una opción posible. Tendría que andar. No podía ser tan profundo. Y de todos modos ya estaba empapado, tampoco cambiaría tanto la cosa. Y la perra sabía nadar. La perra sabía nadar, ¿no?

Se armó de valor y salió de la franja de tierra, entró a grandes zancadas en los bajíos. El agua tardó un segundo en filtrarse dentro de sus zapatos, pero cuando lo hizo estaba sorprendentemente caliente, era casi reconfortante. La perra salpicaba a su lado, tal vez a fin de cuentas no sería nada del otro mundo. Una aventurilla y ya está. A esas alturas se imaginaba contando la historia más tarde, serviría para entretener un rato a los demás, se ofrecería a contarla. Sería un relato que no decepcionaría a nadie, se divertirían.

El agua ya le llegaba más arriba de los tobillos, la tela de sus pantalones se le pegaba a la piel. Tenía los pies entumecidos. A la perra el agua le llegaba por la barriga, un poco más profundo y tendría que empezar a nadar.

La lluvia había parado, gracias a Dios, pero empezaba a hacer frío y la luz iba menguando. ¿Cuánto tardaría en oscurecer? No lo sabía. No sería nada divertido si se hacía de noche.

Hugh avanzaba lentamente mientras el agua se iba haciendo más profunda. La parte inferior de su abrigo se había vuelto pesada con el agua y tiraba de él hacia atrás. Avanzar resultaba sorprendentemente difícil. Hugh se concentró en su técnica. Grandes pasos, utilizando las caderas para arremeter contra el agua. Se volvió y vio a la perrita resoplando detrás de él.

¡El iPod! Lo recordó justo a tiempo. El agua todavía no le había llegado a los bolsillos. Lo sacó y se felicitó por su previsión. Lo agarró firmemente en su mano, lo sostuvo por encima del agua mientras andaba.

Parecía que no avanzase nada, el paseo parecía tan lejos como al principio. Miró atrás para medir cuánto había recorrido, pero el banco de arena había desaparecido. Se sorprendió por cuánto había oscurecido, el agua detrás de él parecía casi negra, el cielo de un gris pizarra.

Ya vadeaba con el agua por la cintura, el cuerpo convulsionado de frío. Caminaba con los brazos sobre la cabeza, como si cargara con un rifle invisible. Trató de no pensar en qué pasaría si el agua se volvía más profunda. ¿Podría nadar? No estaba demasiado seguro. Sin duda, no con tanta ropa encima, no sabía cómo lo haría.

Es así como se muere la gente. Se le ocurrió entonces. Todas las semanas leías que alguien se había ahogado, eran las típicas cosas que leías en los periódicos y que te costaba imaginar. Pues así era así como ocurría.

Él no podía morirse. Qué inconveniencia para todos, con todo lo que estaba pasando.

La oscuridad ya era casi total. En todas las casas de la primera línea de mar se empezaban a encender las luces, pudo distinguir incluso su propia casa, un espacio oscuro entre sus vecinos alegremente iluminados. La torre era una silueta plana contra el cielo; los árboles y arbustos, negros como la tinta. Podía ver el paseo delante de él, como una línea oscura con siluetas de personas que caminaban arriba y abajo. Si gritaba incluso podrían oírlo. Pero sabía que no gritaría.

¡Qué absurdo! Estuvo a punto de reírse de su situación. De la posibilidad de morir allí, delante de su casa. Al alcance del oído de decenas de personas. Qué forma tan ridícula de actuar. Se imaginó a la gente leyendo la noticia en el *Irish Times*, imaginó su horror. Con tintes de

alborozo. Pensó en el personaje tragicómico en que lo convertiría la muerte y tuvo un escalofrío.

En eso pensaba cuando tropezó. Su pie chocó con algo bajo el agua, una roca tal vez, y se cayó hacia delante. Preso del pánico, pensó que se iba a hundir. Pero aterrizó de rodillas, con la barbilla por encima de la superficie, haciendo fuerza desesperadamente con las manos para mantenerse erguido. Advirtió que el iPod había desaparecido, lo había soltado en su caída.

No importaba. Ahora las cosas habían cobrado una nueva dimensión, el iPod no importaba. Sin saber cómo, logró volver a levantarse, jadeando por el susto y por el frío.

Sabía que tenía que continuar adelante. Tenía que concentrar todas sus energías en avanzar. Tenía tanto frío que existía un riesgo real de hipotermia, era esencial que no se detuviera. El abrigo pesaba tanto que lo arrastraba hacia el fondo. Con una dificultad considerable, logró quitárselo. Lo dejó caer al agua y siguió avanzando a duras penas sin él.

Levantó la cabeza y fijó la vista en el perfil oscuro del paseo. Mantuvo su vista puesta en el paseo como si fuera una diana. Alguien lo había visto desde allí arriba, había alguien en las rocas que gesticulaba ostensiblemente hacia él, aunque Hugh no oía lo que decía. Qué embarazoso, pensó, qué terriblemente embarazoso.

Ahora el agua ya no era tan profunda, de eso no había duda. De repente descubrió que le resultaba mucho más fácil avanzar.

Vio una luz giratoria justo delante de él. Un coche patrulla, dos chalecos reflectantes que avanzaban rápidamente hacia el extremo del paseo.

Hugh caminaba con dificultad entre las olas que rompían en la playa. El agua ya solo le llegaba a los tobillos. Unos instantes antes había creído que se debatía entre la vida y la muerte. Ahora se veía ridículo. Se sentía abatido por la humillación, temiendo la llegada. Casi estuvo tentado de dar media vuelta y volver atrás. Cuando llegó al principio de las escaleras, uno de los guardias se inclinaba sobre él alargando la mano para ayudarlo a subir.

Un buen gentío se había reunido en el paseo para mirar. Tanto los paseadores de perros como los que hacían footing y los niños que jugaban

al fútbol se habían parado para contemplar el espectáculo. Hugh subió los escalones con gran lentitud. La ropa mojada se le pegaba al cuerpo como si fueran algas, tenía los zapatos empapados. Mirando al suelo, rezaba para que le dejaran pasar en silencio.

Detrás de él, en la playa, un letrero desgarrado sobresalía del agua sobre postes oxidados.

¡PELIGRO!

LAS PERSONAS QUE VAYAN 200 METROS MÁS ALLÁ DE  
ESTE LETRERO CORREN EL PELIGRO DE VERSE  
ATRAPADAS POR LA MAREA ALTA

Los guardias trataron de convencerlo de ir al hospital, le costó persuadirlos de que no hacía falta. Con una mirada fulminadora, trató de reunir todo su aplomo profesional, a pesar del charco de agua que se extendía a sus pies.

—Soy médico —dijo con voz bronca—. Se lo aseguro, guardia, lo único que necesito es una ducha caliente.

A regañadientes, lo dejaron marcharse, aunque esperaron a ver cómo cruzaba chapoteando la carretera. Siguieron sin perderlo de vista mientras subía las escaleras de su casa, se paraba arriba del todo para palparse los bolsillos buscando en balde las llaves. Observaron cómo se agachaba para recuperar la llave extra de una grieta de los escalones de piedra. Cuando abrió la puerta, dieron media vuelta y se dirigieron a su coche.

En cuanto Hugh cerró la puerta detrás de él, se quitó la ropa mojada poco a poco. Subió las escaleras desnudo y lanzó el fardo empapado a la bañera. Abrió del todo el grifo de la ducha y se quedó de pie en la alfombrilla del baño, esperando a que el agua saliera caliente.

Y entonces se acordó de la perra.

## 41

Si en algo estuvo todo el mundo de acuerdo fue en que no debía contárselo a Addie.

—Por nada del mundo —dijo Della, cuando Hugh se presentó ante su puerta—. No tiene que saberlo bajo ninguna circunstancia.

Y Hugh asintió con la cabeza. Su voluminosa cabeza pendía sobre su cuello y tenía los ojos clavados con desesperación en el rostro de Della. Della nunca antes lo había visto así. Estaba para el arrastre. Por primera vez en la vida, sintió lástima por él. Lo hizo entrar y le preparó una taza de té.

—No me puedo creer que se haya ahogado —dijo Della, pensando en voz alta—. No tiene sentido. *Lola*, la perra nadadora.

Hugh estaba sentado en el más absoluto silencio, con la cabeza gacha.

—Mira, Hugh —le dijo—, hay que ver las cosas como son. Solo era una perra.

Y él asintió con la cabeza lastimeramente.

—Si lo miramos en perspectiva, probablemente sea lo mejor. La perra habría echado muchísimo de menos a Addie, se habría sentido muy triste sin ella.

Hugh seguía sin decir nada. Tenía la cara gris y expresión de desolación. Se lo veía viejo y cansado.

—Addie está ya tan enferma que ni se va a dar cuenta de que *Lola* ya no está.

Hugh no apartaba la mirada de su taza de té. Ni siquiera le había dado un sorbo. Lentamente, alzó la cabeza para mirarla.

—Della —preguntó—: ¿cómo diablos nos las arreglaremos sin ella?



Las tardes se iban alargando, había luz hasta casi las nueve. Era primavera y el magnolio del jardín delantero de Della estaba en plena floración, sus flores rosas se abrían lentamente como grandes zarpas. Durante el resto de su vida, Della se dejaría guiar por el magnolio. En cuanto empezaran a desplegarse aquellas crueles garras rosadas, sabría que había llegado el momento de empezar la cuenta atrás de los días.

A Della cada día le costaba más sentarse junto a Addie. A Bruno también le resultaba difícil, Della lo sabía sin que él lo dijera, se daba cuenta de que se tomaba descansos. Hugh era el único que parecía poder estar con ella interminablemente. Parecía tener una capacidad infinita para permanecer sentado en aquel espacio de tristeza.

Della se encontraba a menudo yendo de aquí para allá en la cocina, sacando cosas de los armarios de la cocina y vaciando el lavaplatos. O saliendo al balcón con Bruno, a fumar cigarrillos, uno detrás de otro. Tenía que obligarse a volver a la habitación. Cuando entraba, se sentaba en el lado opuesto de la cama para no tener que ver el rostro de Addie.

—No vas a tener siempre en la cabeza esta imagen de ella —le dijo la enfermera—. Desaparecerá con el tiempo, te lo prometo. La recordarás como era antes.

Pero Della no la creyó. Sabía que nunca se quitaría de la cabeza la imagen de la cara demacrada de Addie. Le resultaba horrible. La horrorizaba lo mucho que estaba tardando. Nunca hubiera imaginado que tardaría tanto.

Había habido un día —¿hacía solo una semana?— en que había rezado para que aquello durara para siempre. Estaba sentada junto a la ventana del dormitorio de Addie, leyendo para ella mientras empezaba a oscurecer. Se había resistido a encender la lámpara por temor a romper el hechizo. No sabía si Addie estaba despierta o dormida, pero de todos modos seguía leyendo. Y entonces deseó, lo deseó con toda su alma, que aquel momento durara para siempre.

De aquello hacía solo una semana.

Ahora Della quería que terminara. Llegados a ese punto ya era un sinsentido. Era como un libro que ya sabes cómo acaba. Sintió ganas de saltarse las últimas páginas e ir directamente al final.

Cada cierto tiempo, la enfermera acercaba una silla a la cama de Addie. Se sentaba al borde de la silla, con los antebrazos apoyados en las rodillas y la cabeza ligeramente ladeada. Con una débil sonrisa, observaba el rostro de Addie, estudiaba su expresión en busca de cualquier indicio de dolor.

—Bruno —dijo Addie—, ¿estás aquí?

—Está despierta —anunció la enfermera, asomando la cabeza en la cocina—. Pregunta por usted.

Bruno se acercó y se sentó en la silla de la enfermera, se inclinó con los codos en el borde de la cama, dejó descansar la mano en las mantas sobre el muslo de Addie.

—Bruno —dijo ella, volviendo la cabeza sobre la almohada para verlo—, estaba pensando...

Hizo una pausa. Le empezaba a costar mucho articular las palabras. Bruno tuvo que acercarse para oír lo que estaba diciendo.

—Estaba pensando —repitió.

Su voz se iba apagando. Por un momento a Bruno le pareció que había olvidado lo que quería decir. Pero entonces volvió a empezar. Le costaba tanto esfuerzo hablar. Las palabras se mezclaban con su respiración fatigosa. Costaba escucharla.

—Estaba pensando —dijo— que qué maleducado por mi parte.

Addie frunció el ceño.

—Abandonarte aquí. ¡Con mi familia!

Sacudió la cabeza reprochándose a sí misma.

—Imperdonablemente descortés.

Su pecho se hundió con el alivio de haberlo dicho. Cerró los ojos. Bruno bajó la cabeza, apoyando la mejilla en la barriga de Addie, que movió el brazo para acariciarle la nuca. Cuando la enfermera volvió a entrar, parecía que fuera Addie quien lo consolaba a él.

Addie no dejaba de despertarse inquieta. Siempre tenía la misma idea en la cabeza, siempre la misma ansiedad.

Tenía que hacer las maletas, tenía que dejar sus cosas en orden. Lo que se llevaría consigo y lo que dejaría atrás. Tendría que limpiar a fondo su apartamento, tendría que cambiar las sábanas. ¿Se acordaría de sacar la basura? Tenía que acordarse de sacar el cubo verde.

Tenía que resolverlo todo mentalmente. Reconstruirlo todo en su cabeza era una tarea ardua. La morfina la hacía pensar más lentamente, de eso era consciente. Le estaba costando mucho resolver las dudas.

Hugh se inclinó hacia ella y le dio unas palmaditas tiernas en la mano. Su voz sonaba extraña.

—No seas tonta, Addie —le dijo—, no hay ninguna necesidad de hacer las maletas.

Y ella sonrió cuando cayó en la cuenta. Era un alivio enorme. Ella no tenía que hacer nada, eso era algo que tenía que recordarse continuamente. Ya no le quedaba nada por hacer.

Bruno le había regalado un estuche con varios DVD de *El planeta azul* por Navidad, que había puesto en el televisor de pantalla grande colocado para ella en un rincón del dormitorio. Lo tenía sin volumen. Lo único que se oía eran los jadeos del colchón inflable, como el oleaje del mar. Las cortinas estaban cerradas y la habitación estaba bañada en una luz azul cambiante. Era como si todo el mundo estuviera bajo el agua.

Addie estaba allí tumbada, rodeada por todos aquellos encantadores peces silenciosos.

—¿Te acuerdas de la sirena? —dijo de repente, con una voz sorprendentemente clara.

Hugh se acercó a ella, con un pequeño resoplido.

—La maldita sirena —respondió—. ¿Cómo iba a olvidarme?

Bruno estaba en el balcón, mirando al cielo. Fumándose un cigarrillo. Sabía que no debía hacerlo, pero qué diablos.

El cielo estaba oscuro como boca de lobo, aquella noche parecía más oscuro de lo habitual. Bruno inclinó la cabeza atrás para ver si encontraba la luna, pero no había ni rastro de ella por ninguna parte. Tampoco había estrellas en el cielo.

Buscaba algo ahí arriba, algún tipo de respuesta.

—Ahí arriba hay un hombre —eso era lo que le había dicho su padre.

Hacía cuarenta años, ya debía de hacer cuarenta años, su padre lo había despertado y le había hecho salir al jardín. Era una noche de verano bochornosa, Bruno todavía recuerda que se echó de espaldas sobre la hierba húmeda. Todavía siente la corpulencia de su padre echado a su lado.

—Mira —le había dicho su padre señalando directamente a la luna—. Esta noche, por primera vez en la historia, hay un hombre allí arriba.

Y Bruno había tratado de imaginárselo, pero no había podido. Recuerda estar tumbado sobre la hierba tratando de imaginárselo una y otra y otra vez sin lograrlo.

El tiempo parecía transcurrir tan lentamente.

Como cuando ves una película y no puedes evitar dormirte continuamente. Cada vez que abres los ojos ves la misma escena.

Hugh seguía sentado en la silla a su lado, con el libro abierto sobre el regazo y la mano apoyada entre las páginas. La puerta estaba abierta de par en par, dejando ver el pasillo bañado por una luz amarillenta. Addie podía oír un murmullo de voces, que luego se alejaron.

Ahora era Hugh quien hablaba, su voz flotaba en el aire.

—Lo siento, Addie —decía—. Lo siento muchísimo.

Y Addie se sintió confundida, no entendía por qué le pedía disculpas.

Sabía que debería tratar de preguntárselo. Pero no podía. Era como si estuviera en un sueño. No conseguía hablar por mucho que lo intentara.

Cuando llegaron Della y las niñas se encontraron a Bruno echado en el suelo del balcón, mirando al cielo.

—Cielo santo, Bruno, ¿estás bien?

Bruno volvió bruscamente la cabeza. Allí estaban todas en fila, Della y las cuatro niñas, mirándolo con cara de asombro.

—Rápido —dijo él—, os lo estáis perdiendo. —Y volvió a apoyar la cabeza en el suelo.

Las niñas salieron corriendo al balcón, inclinaron la cabeza atrás para poder ver el cielo.

Un rayo de luz verde fantasmagórica atravesaba la oscuridad, describiendo un arco en el cielo.

—¡Hala!

—¡Dios mío!

—Es precioso.

La voz de Bruno ascendió desde el suelo, con un sonido extrañamente plano.

—Desde aquí abajo se ve mejor.

Las cuatro se apresuraron a echarse en el suelo. No había demasiado espacio en el balcón y tuvieron que apretarse como sardinas.

—Vamos, Della, inténtalo.

—Desde aquí lo veo de primera.

—Vamos, mamá, es fantástico.

Así que Della también se echó en el suelo, se apretó junto a Tess y utilizó los brazos como almohada.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¡Es precioso!

—¿Qué es?

—Una especie de espectáculo de luces —contestó Della—. Parece salido de algún teatro.

—Pero ¿para qué sirve?

—No sirve para nada, cariño, solo para que nosotros lo disfrutemos.

Se quedaron los seis tumbados en el suelo de madera, alineados como si estuvieran pescando. A través de las grietas del suelo de madera se veía el agua quieta y oscura de la cuenca debajo de ellos. Y encima de ellos, el

cielo bullía de luces verdes intermitentes cuya magia se reflejaba en sus ojos.

Addie los oía ahí fuera, podía oír claramente sus voces por la ventana.

La aurora boreal, oyó que decía alguien. Era una de las niñas, por la voz pareció que era Stella. O sea que eso era lo que estaban mirando, estaban mirando la aurora boreal. Addie se alegró sobremanera de que Bruno hubiera podido hacer realidad finalmente su deseo.

Dentro de la habitación había silencio, aunque ella sabía que Hugh estaba allí. Estaba sentado entre ella y la ventana. La habitación estaba tan oscura que no podía verlo, pero sabía que estaba allí.

Addie podía oír la respiración de *Lola*, tenía la sensación de que estaba en el suelo junto a la cama. Solo tenía que alargar la mano y podría tocarla. Ni siquiera hacía falta que alargara la mano, sabía que *Lola* sabía que ella estaba allí.

En su cabeza sonaba una canción, y observó con interés que era una canción que ni siquiera le había gustado jamás. No recordaba toda la letra, solo una frase que se repetía constantemente en su cabeza.

*Brother Louie, Louie, Louie.*

No podía recordar cómo continuaba.

Una discoteca en Mallorca. Alpargatas de suela de esparto sobre la dura pista de baile. Hombros bronceados.

*Brother Louie, Louie, Louie.*

Una canción absurda. Addie no quería tener aquella canción en la cabeza. Trató de volver a escuchar los sonidos de la habitación. Oyó a Hugh, que se movía en la silla. Oyó el libro, que caía al suelo. Oyó a la

perra respirar por la nariz, larga y profundamente y hacer una prolongada pausa antes de volver a respirar.

Tenía la sensación de estar viendo imágenes por la ventana de un coche en movimiento. Un cielo claro. Nidos de pájaros en árboles pelados. Una pequeña mano abrigada con un guante dentro de una mano más grande también con guante.

Sensaciones.

Un estremecimiento de agua fría. Espirar burbujas. Un bañador rojo cereza.

Fuera, oyó que Bruno decía algo, aunque no pudo distinguir qué era. Oyó que las niñas se reían.

Y entonces se le ocurrió la cosa más extraordinaria. Un instante de absoluta claridad, lo supo sin ninguna sombra de duda.

Así termina todo.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)